

«La lectura más romántica de la temporada», *USA Today*

EFFECTOS  
COLATERALES  
DEL  
AMOR

KRYSTAL  
SUTHERLAND

CROSS  
BOOKS

## Índice

Portada  
Sinopsis  
Dedicatoria  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Notas  
Gracias  
Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## SINOPSIS

Henry cree en el amor para toda la vida. Y cuando conoce a Grace, excéntrica y coja, se enamora perdidamente de ella contra todo pronóstico. Pero el pasado de ella oculta secretos que aún está intentando superar, y un nuevo amor no forma parte de sus planes futuros.

Juntos, recorrerán el emocionante y complicado camino del primer amor, con consecuencias imprevistas.

*Para mi familia, por todo, por siempre*

# Capítulo 1

Siempre había pensado que, cuando encontrara el amor de mi vida, todo sería como en las películas. Bueno, todo no, claro. No esperaba que sucediera a cámara lenta, con los cabellos al viento y música de violín de fondo. Pero sí creía que pasaría algo. No sé, que el corazón se me pararía un milisegundo, que sentiría un pellizco en el alma o que alguna cosa en mi interior me diría: «Joder. Es ella. Por fin, después de tanto tiempo, es ella».

Sin embargo, aquella tarde de martes de la segunda semana del último año de instituto, no ocurrió nada extraordinario cuando Grace Town entró en la clase de teatro de la señora Beady con diez minutos de retraso. Grace era de esas personas que causan impresión, pero no precisamente porque generase una adoración instantánea y perpetua. Tenía las características necesarias para integrarse en un instituto nuevo sin pasar por el drama que eso puede conllevar: su altura, su constitución y su belleza estaban dentro de la media.

Ahora bien, destacaban tres leves detalles que la libraban de caer en la banalidad:

1. Grace iba vestida, de los pies a la cabeza, de chico. Pero no en plan *skater*, no: llevaba ropa de tío, que le quedaba enorme. Los tejanos, que se suponía que debían ser ceñidos, iban sujetos con un cinturón. A pesar de estar a mediados de septiembre, llevaba ya un jersey, una camisa de cuadros y un gorro de lana y, como complemento, un collar largo de cuero con un ancla al final.
2. Grace tenía un aspecto desaliñado y poco saludable. La verdad es que había visto a yonkis con mejor pinta que ella. (No es que yo tuviera mucha experiencia con yonkis, pero ver «The Wire» y «Breaking Bad» cuenta, ¿no?) Su cabello rubio estaba completamente despeinado y muy mal cortado, su tez era cetrina, y estoy casi seguro de que si la hubiera olido, habría comprobado que apestaba.
3. Y por si todo eso no hubiera sido suficiente para fastidiar sus posibilidades de encajar en un instituto nuevo, Grace Town caminaba con bastón.

Y así fue. Esa fue la primera vez que la vi. No hubo movimientos a cámara lenta, ni brisa, ni banda sonora, y el corazón no me dio un vuelco. Grace entró cojeando diez minutos tarde, en silencio, como si la clase fuera suya y ya llevara años en nuestro instituto; y quizá porque era nueva, rara o porque solo con mirarla saltaba a la vista que una pequeña parte de su alma estaba rota, la señora Beady no dijo nada. Grace se sentó al final del aula de paredes negras del curso de teatro, con el bastón apoyado entre los muslos, y no dijo esta boca es mía.

La miré un par de veces, pero cuando acabó la clase me había olvidado de que estaba allí, y ella se escabulló sin que nadie se percatara.

Pues bien, esta no es una historia de amor a primera vista.

Pero sí es una historia de amor.

Bueno.

Más o menos.

## Capítulo 2

La primera semana del último curso, antes de la repentina aparición de Grace Town, había transcurrido de la forma más anodina posible. Hasta ese momento solo había habido tres escándalos menores: habían expulsado a un chico de un curso inferior por fumar en el lavabo de las chicas (a ver, chaval, si te expulsan, al menos que no sea por algo tan típico), un anónimo sospechoso había subido a YouTube una grabación de una pelea en el aparcamiento (la jefatura de estudios estaba flipando mucho con esto), y corrían rumores de que Chance Osenberg y Billy Costa habían pillado una venérea por tener relaciones sin protección con la misma chica (os aseguro que me encantaría estar inventándome todo esto, queridos lectores).

Como siempre, en mi vida no había pasado nada. Tenía diecisiete años y era un chico raro y desgarbado, el chaval al que ficharías para interpretar a Keanu Reeves de joven si te hubieras gastado la mayor parte del presupuesto en efectos especiales malos y en el catering. No había sido ni tan siquiera fumador pasivo, y nadie, gracias a Dios, me había propuesto hacer nada sin pantalones y sin profiláctico. El pelo oscuro me llegaba hasta los hombros, y me había aficionado a llevar una americana de mi padre de los años ochenta. Podría decirse que era un cruce entre Summer Glau (pero en chico) y Severus Snape. Si le quitáis la nariz ganchuda y añadís un poco de acné, ya la tenéis: la receta perfecta para fabricar un Henry Isaac Page.

En ese momento, tampoco me interesaban las chicas (ni los chicos). Mis amigos llevaban cinco años empezando y terminando relaciones adolescentes dramáticas, pero yo no había llegado a enamorarme. A ver, me había gustado Abigail Turner en preescolar (le había dado un beso en la mejilla cuando no se lo esperaba y nuestra relación se vino abajo poco después), y durante la primaria, la idea de casarme con Sophi Zhou me había obsesionado durante al menos tres años; no obstante, tras llegar a la adolescencia, fue como si saltara un interruptor dentro de mí, y en lugar de convertirme en un monstruo controlado por la testosterona, como la mayoría de los tíos de mi curso, no conseguía encontrar a nadie de quien pudiera pillarme.

Me hacía feliz centrarme en los estudios y en sacar las notas que necesitaba para entrar en una universidad medio decente. Es muy posible que esa fuera la razón por la que no pensé en Grace Town durante, al menos, un par de días. Quizá nunca lo habría hecho si no hubiera sido por la intervención del señor Alistair Hink, el profesor de inglés.

No sé más del señor Hink de lo que la mayoría de los alumnos de instituto sabe acerca de sus profesores. Tiene caspa, y su costumbre de llevar jerséis de cuello alto negros casi a diario lo hace más evidente, pues el color oscuro resalta el fino polvo blanco que cae sobre sus hombros como nieve sobre el asfalto. No lleva anillo alguno en la mano izquierda, así que supuse que no estaba casado, lo que probablemente tenía mucho que ver con la caspa, y con el hecho de que guardaba un notable parecido con el hermano de Napoleon Dynamite, Kip.

A Hink le apasiona la lengua inglesa, tanto que, cuando un día la clase de matemáticas acabó cinco minutos tarde y, por tanto, se comió parte de la de inglés, Hink llamó la atención al otro profesor, el señor Babcock, y le dio un discurso sobre por qué las letras no son menos importantes que las ciencias. Muchos estudiantes se reían por lo bajini, pues la mayoría pensaba meterse en una ingeniería, en ciencias o trabajar en un servicio técnico, supongo; pero ahora, echando la vista atrás, creo que puedo identificar esa tarde en nuestra sofocante aula de inglés como el momento en que me enamoré de la idea de convertirme en escritor.

Siempre he tenido cierta gracia para escribir y juntar palabras. Algunas personas nacen con oído para la música, otras, con un talento para dibujar, y hay incluso otro grupo de gente, al que pertenezco yo, imagino, con un radar incorporado que les dice dónde colocar una coma en una frase. Aunque en la escala de superpoderes molones la intuición gramatical quede bastante abajo, al menos me había permitido llamar la atención del señor Hink, que, casualmente, estaba al cargo del periódico estudiantil en el que llevaba colaborando desde el segundo año de instituto, con la esperanza de llegar a editor.

El jueves de la segunda semana del curso, en mitad de la clase de teatro de la señora Beady, sonó el teléfono, y ella respondió.

—Henry, Grace, el señor Hink quiere veros en su despacho después de clase —dijo, después de charlar por teléfono unos minutos. (Beady y Hink siempre se habían llevado bien. Eran dos almas que se habían equivocado de siglo, pues ahora a la gente le gustaba burlarse de quienes seguían pensando que el arte era la creación más extraordinaria de la humanidad.)

Asentí y evité mirar a Grace, aunque con el rabillo del ojo podía ver que ella me miraba fijamente desde la parte de atrás del aula.

Cuando a la mayoría de los adolescentes les dicen que tienen que ir al despacho de un profesor después de clase, suponen lo peor, pero, como ya he dicho, mi vida carecía de escándalos. Sabía (o al menos esperaba saber) por qué quería verme el señor Hink. Grace llevaba en Westland High solo dos días, así que no le había dado tiempo de contagiarle tricomoniasis a otro alumno y/o haberse metido en peleas a la salida del instituto (aunque llevaba un bastón y parecía muy enfadada).

Ahora bien, por qué quería el señor Hink ver a Grace era, como todo lo que la rodeaba, un misterio.

## Capítulo 3

Cuando llegué al despacho de Hink, Grace ya estaba esperando junto a la puerta. Volvía a llevar ropa de chico, pero estaba algo distinta, parecía mucho más limpia y sana. Se había lavado y peinado la melena rubia, lo que le daba un aspecto muy diferente; no obstante, el cabello le caía en mechones desiguales sobre los hombros, como si se lo hubiera cortado ella misma con un par de tijeras de podar oxidadas.

Me senté a su lado en el banco, tan incómodo que no conseguí colocarme de forma normal y tuve que hacer un esfuerzo añadido para situar mis extremidades. No lograba adoptar una postura correcta, así que me dejé caer hacia delante, con una pose extraña que hacía que me doliera el cuello; sin embargo, no quería seguir moviéndome, porque veía que Grace me miraba con el rabillo del ojo.

Ella estaba sentada con las rodilla pegadas al pecho y el bastón entre ellas. Leía un libro con las páginas teñidas del color de unos dientes manchados de café. No fui capaz de ver el título, pero sí que estaba lleno de poemas. Cuando me pilló mirando por encima del hombro, pensé que cerraría el libro o que lo movería para que no pudiera seguir cotilleando; en cambio, lo volvió un poco hacia mí, para que lo leyera mejor.

El poema que Grace estaba leyendo (de forma compulsiva a juzgar por el aspecto gastado y manchado de las páginas) era de un tipo llamado Pablo Neruda, al que yo no conocía de nada. Se titulaba: «No te quiero», y eso me intrigó, así que empecé a leerlo, aunque Hink no había conseguido que me gustara la poesía.

Había dos versos subrayados.

*Te amo como se aman ciertas cosas oscuras,  
secretamente, entre la sombra y el alma.*

Hink salió de su despacho y Grace cerró el libro de golpe, antes de que yo pudiera acabar de leer.

—Ah, bien, veo que ya os conocéis —dijo Hink, cuando nos vio sentados juntos.

Me levanté de un salto, aliviado por poder abandonar la extraña postura en la que había doblado el cuerpo. Grace se deslizó hasta el borde del banco y se puso en pie muy despacio, distribuyendo con cuidado su peso entre el bastón y su pierna buena. Por primera vez, me pregunté cómo de grave sería su lesión. ¿Cuánto tiempo debía de llevar así? ¿Sería un defecto congénito o habría sufrido algún trágico accidente en su infancia?

—Vamos, entrad.

El despacho de Hink estaba al final de un pasillo que tal vez se habría considerado moderno y atractivo a principios de los ochenta: paredes de color rosa pálido, luces fluorescentes, plantas de plástico baratas y un extraño linóleo, imitación de granito, pero completamente de plástico. Seguí a Hink a un ritmo más lento del normal porque no quería que Grace se quedara atrás. Ahora bien, no es que quisiera tenerla a mi lado, sino que pensé que ella lo agradecería, que sería un gesto bonito por mi parte permitir que me siguiera el ritmo; pero, aun cuando yo caminaba muy despacio, ella continuaba cojeando dos pasos por detrás de mí, hasta que tuve la impresión de que competíamos por ver quién era el más lento. Hink se había distanciado unos diez pasos de nosotros para entonces, así que aceleré, la dejé atrás, y debí de parecer un tío muy raro.

Cuando llegamos al despacho de Hink (pequeño, insulso y pintado de verde), me pareció tan deprimente que pensé que debía de pertenecer a un club de la lucha los fines de semana; entramos y nos hizo un gesto para que nos acomodáramos en las dos sillas que había delante de su escritorio. Me senté con el ceño fruncido; no tenía ni idea de por qué también había venido Grace.

—Os he llamado a mi despacho porque los dos escribís fantásticamente bien. Y ahora que he de elegir a los editores del periódico, he pensado que seríais los más adecuados...

—No —lo cortó Grace con brusquedad.

Su intervención me sobresaltó tanto que solo entonces me di cuenta de que esa era la primera vez que la oía hablar. Tenía una voz clara y profunda que no encajaba en absoluto con su imagen de chica frágil y tímida.

—¿Perdona? —preguntó Hink atónito.

—No —repitió Grace, como si no hiciera falta ninguna aclaración.

—No... No lo entiendo —dijo Hink, que desvió la mirada hacia mí, esperando que yo interviniera.

Casi pude oír cómo me pedía ayuda en silencio, pero me limité a encogerme de hombros.

—No quiero ser editora. Gracias por elegirme, de verdad. Pero no.

Grace recogió la mochila del suelo y se puso en pie.

—Señorita Town. Grace. Antes de que comenzase el curso escolar, Martin me pidió que revisara tus artículos del East River. Si no te hubieras cambiado de instituto, este año te habrían nombrado editora del periódico, según tengo entendido. ¿Es así?

—Ya no escribo.

—Es una pena. Lo que he leído es maravilloso. Tienes un talento natural para las palabras.

—Y tú para los clichés.

Hink se quedó con la boca abierta.

Grace suavizó el tono un poco.

—Lo siento, pero no son más que palabras. No significan nada.

Ella me miró con un gesto de desaprobación que yo no esperaba y tampoco comprendía; entonces, se echó la mochila a los hombros y salió cojeando. Hink y yo nos quedamos sentados en silencio, intentando asimilar lo que acababa de suceder. Tardé unos diez segundos en darme cuenta de que estaba enfadado y, en ese momento, yo también recogí mi mochila, me levanté deprisa y me encaminé hacia la puerta.

—¿Podemos hablarlo mañana? —le pregunté a Hink, que debió de darse cuenta de que quería ir tras ella.

—Sí, sí, claro. Ven a verme antes de clase.

El señor Hink me hizo un gesto para que me fuera, y yo corrí pasillo abajo, sorprendido al no encontrar a Grace. Cuando abrí la puerta que estaba más lejos y salí del edificio, ella ya estaba a punto de abandonar el recinto escolar. Podía moverse muy rápido cuando quería. Corrí tras ella y, cuando creí que ya podría oírme, grité:

—¡Oye!

Se volvió brevemente, me miró de arriba abajo con desaprobación, y siguió caminando.

—¡Eh! —volví a probar, sin aliento.

Cuando por fin me puse a su altura, me paré a su lado.

—¿Qué pasa? —dijo ella, sin aminorar el ritmo y golpeando la calle con el bastón a cada paso.

Un coche que apareció detrás de nosotros nos pitó. Grace señaló con brusquedad su bastón y lo agitó en el aire. El conductor se amedrentó.

—Bueno... —empecé a decir, sin conseguir encontrar las palabras. Escribir no se me daba mal, pero hablar, lo que viene a ser formar sonidos con la boca, no era mi fuerte.

—Bueno ¿qué?

—La verdad es que no había pensado llegar tan lejos en esta conversación.

—Pareces cabreado.

—Y lo estoy.

—¿Por qué?

—Porque hay gente que se pasa años trabajando y dejándose la piel para lograr ser editor, y tú llegas el último curso, te sirven el puesto en bandeja, ¿y lo rechazas?

—¿Te has dejado la piel?

—Ya te digo. Desde que tenía, no sé, quince años, he intentado ganarme a Hink fingiendo ser un escritor adolescente torturado que se identifica con Holden Caulfield.

—Bueno, pues felicidades. No comprendo tu enfado. De todos modos, normalmente solo hay un editor, ¿verdad? El que yo haya rechazado la oferta no te afecta en absoluto.

—Pero... a ver... ¿Por qué no quieres ser editora?

—Pues porque no.

—¿Cómo?

—Y sin mí, podrás tomar tú solo todas las decisiones creativas y publicar el periódico tal como llevas imaginándotelo estos dos años.

—Vale, sí, supongo..., pero aun así...

—Déjate de historias. Sales beneficiado en cualquier caso. Así que... de nada.

Caminamos uno junto al otro, en silencio, durante un par de minutos más, hasta que mi enfado desapareció por completo y ya no acertaba a recordar por qué había salido corriendo tras ella.

—¿Por qué razón me sigues, Henry Page? —preguntó ella, deteniéndose en mitad de la carretera, como si no le importara en absoluto que un coche pudiera arrollarnos en cualquier momento.

Me di cuenta de que sabía mi nombre completo aunque nadie nos había presentado.

—¿Sabes quién soy? —le dije.

—Sí, y tú también sabes quién soy yo, así que mejor dejamos de fingir. Respóndeme. ¿Por qué me estás siguiendo?

—Pues, Grace Town, porque me he alejado demasiado de la escuela y probablemente habré perdido el autobús; estaba pensando cómo acabar la conversación sin ser grosero, pero no se me ocurre nada, así que he aceptado mi destino.

—Y ¿cuál es?

—Caminar en esta dirección hasta que mis padres denuncien que he desaparecido y la policía venga a buscarme a las afueras de la ciudad para llevarme a casa.

Grace suspiró.

—¿Dónde vives?

—Justo al lado del cementerio de Highgate.

—Vale. Ven conmigo, yo te llevaré a casa.

—Ah, genial, gracias.

—Siempre y cuando prometas no darme la brasa con lo del puesto de editor.

—Prometido. Si quieres desaprovechar esta oportunidad increíble, allá tú.

—Estupendo.

En aquel infierno residencial de las afueras había mucha humedad, y el cielo estaba cubierto de nubes tan consistentes como el glaseado de un pastel; los jardines y los árboles todavía conservaban el verdor brillante y dorado de finales de verano. Caminamos uno junto al otro por el cálido asfalto. Pasaron otros cinco minutos de incómodo silencio durante los que me devané los sesos para encontrar algo que preguntarle.

—¿Puedo terminar de leer el poema? —dije por fin, porque me pareció la menos mala de todas mis opciones.

(Las otras eran las siguientes: primera: «¿Te gusta travestirte o qué pasa? No me parece mal, solo es curiosidad»; segunda: «¿Qué tienes en la pierna, tía?»; tercera: «Pareces una yonki. Acabas de salir de rehabilitación, ¿verdad?»; cuarta: «¿Puedo terminar de leer el poema?».)

—¿Qué poema? —respondió ella.

—Ese de Pablo como sellame. Se titulaba «No te quiero» o algo así.

—Ah, vale.

Grace se detuvo, me entregó el bastón para que se lo aguantara, se puso la mochila en el pecho y rebuscó en su interior hasta que encontró el libro desgastado y me lo entregó. Se abrió directamente por la parte de Pablo Neruda; ahora sí que estaba del todo seguro de que lo releía a menudo. Los versos que no me podía quitar de la cabeza eran en los que decía:

*Te amo como se aman ciertas cosas oscuras,  
secretamente, entre las sombras y el alma.*

—Es precioso —le dije, al tiempo que cerraba el libro y se lo devolvía. Lo pensaba de verdad.

—¿Tú crees? —Me miró con expresión dubitativa y los ojos un poco entrecerrados.

—¿No estás de acuerdo?

—Creo que eso es lo que dice la gente que no comprende el significado de la poesía. Este poema en concreto a mí me parece triste, no precioso.

No entendía por qué unos versos tan bonitos eran tristes, pero, teniendo en cuenta que mi relación más íntima era con mi ordenador, preferí no discutirlo.

—Toma —dijo Grace; volvió a abrir el libro y arrancó la página del poema. Me estremecí como si me hubiese dolido de verdad—. Si te gusta, para ti. No vale la pena malgastar poesía bonita conmigo.

Cogí la página que me ofreció, la doblé y me la guardé en el bolsillo, horrorizado en parte porque hubiera roto el libro, pero también exultante porque me hubiera dado con tanta gracia algo que claramente significaba mucho para ella. Me gustan las personas capaces de desprenderse de sus posesiones materiales sin apenas titubear. Como decía Tyler Durden: «Las cosas que posees acaban poseyéndote», y todo ese rollo.

La casa de Grace era justo como me la había imaginado. El jardín estaba descuidado, venido a menos, con la hierba muy alta; se notaba que nadie se ocupaba de él desde hacía tiempo. Las cortinas estaban echadas, y los dos pisos de altura parecían a punto de venirse abajo por el peso del mundo. Delante de la entrada había un coche solitario, un Hyundai blanco, pequeño, con una pegatina de los Strokes en la luna trasera.

—Quédate aquí —me pidió—. Voy a buscar las llaves del coche.

Asentí y esperé de pie en el jardín delantero. El coche, como todo en ella, era extraño. ¿Por qué caminaba (o cojeaba, más bien) los quince minutos que había desde su casa hasta la escuela si tenía carné y un vehículo a su disposición? Todos los demás chicos de mi clase estaban desesperados por conseguir un coche para ir al centro comercial o al McDonald's durante el almuerzo, y escapar así del instituto. Por supuesto, también estaba el aliciente de poder pasar del autobús e ir derecho a casa, donde te esperaban comida, tu PlayStation y unos cómodos y agradables pantalones de chándal.

—¿Tienes carné de conducir? —preguntó Grace detrás de mí.

Di un respingo porque no la había oído salir de la casa, pero allí estaba, con unas llaves colgando de su muñique. El llavero también era de los Strokes. No había escuchado ni una canción suya, pero anoté mentalmente que tenía que buscarlos en Spotify en cuanto llegara a casa.

—Eh..., pues sí. Me lo saqué hace un par de meses, pero aún no tengo coche.

—Estupendo. —Me lanzó las llaves, se sentó en el asiento del copiloto y sacó su móvil. Tras unos veinte segundos, levantó la mirada de la pantalla, con las cejas arqueadas—. ¿Piensas arrancar en algún momento?

—¿Quieres que conduzca yo?

—No, se me ha ocurrido que podía ser divertido lanzarte las llaves y quedarme aquí hasta que alguien invente el teletransporte. Sí, Henry Page, quiero que conduzcas tú.

—Eh..., pues de acuerdo. No tengo mucha práctica, pero vale, como quieras.

Abrí la puerta de mi lado del coche y me coloqué en el asiento del conductor. El interior olía igual que ella, estaba impregnado del aroma almizcleño y masculino de un chico adolescente. Eso, como mínimo, me resultaba muy confuso. Arranqué el motor, hasta ahí todo bien, y respiré hondo.

—Haré lo posible por no matarnos a los dos —bromeé.

Grace Town no respondió, así que me reí de mi propio chiste con una única carcajada y di marcha atrás.

Hasta mi abuela habría conducido con más dignidad que yo. Iba encorvado sobre el volante y extremadamente preocupado porque: a) el coche no era mío, b) llevaba meses sin ponerme al volante, y c) había aprobado por los pelos el examen práctico, y solo porque mi examinador era

un primo segundo mío y estaba con una resaca tan tremenda que tuve que parar tres veces para que vomitara.

—¿Seguro que tienes carné? —dijo Grace, después de inclinarse para mirar el velocímetro y comprobar que iba 8 kilómetros por hora por debajo del límite de velocidad.

—Oye, solo tuve que sobornar a dos funcionarios. Me lo gané a pulso. —Casi la vi sonreír —. Entonces ¿vienes del East River?

—Sí.

—¿Por qué te has cambiado de instituto el último curso?

—Me va la aventura —contestó cortante.

—Ya, bueno, nuestro instituto es increíble. No me sorprende tu interés.

—Hink parece todo un personaje. Seguro que las lía pardas.

—No lo dudes, es la juerga padre.

Y entonces, gracias a Dios, se acabó. Aparqué delante de mi casa y, al soltar las manos del volante, me di cuenta de lo tensos que estaban mis músculos.

—Creo que no he visto a nadie conducir tan tenso. ¿Necesitas un minuto para reponerte? —preguntó ella.

—¿Qué quieres que te diga? Soy un rebelde sin causa.

Esperaba que Grace se pasara al asiento del conductor, pero me pidió que apagara el motor. Salimos los dos, le devolví sus llaves y cerró la puerta del coche, como si tuviera intención de entrar en mi casa. No sabía qué hacer. ¿Se suponía que debía invitarla a pasar? Entonces se volvió hacia mí y me dijo:

—Bueno, pues adiós. Nos vemos mañana. O quizá no. Quién sabe dónde estaré.

A continuación, se fue cojeando calle abajo, en dirección contraria.

—Por allí no hay más que una alcantarilla y un cementerio.

Tener el cementerio tan cerca de casa había supuesto que tuviese que ir a varias sesiones de terapia durante la primaria, cuando, durante un corto aunque intenso período, estaba convencidísimo de que el fantasma de mi bisabuelo Johannes van de Vliert intentaba matarme.

Grace no respondió, ni se volvió para mirarme, simplemente levantó la mano con la que no sujetaba el bastón para hacer un gesto con el que parecía decir «Ya lo sé», y continuó caminando.

Me quedé observándola, completamente estupefacto, hasta que desapareció tras la esquina de la siguiente calle.

—Hola, hermanito —saludó Sadie en cuanto cerré la puerta detrás de mí.

—Ay, Dios, Suds, me has pegado un susto de muerte —dije, llevándome la mano al pecho.

Sadie o Suds, como la solía llamar, era doce años mayor que yo, una neurocientífica de éxito que era la niña mimada y la oveja negra de la familia a la vez. Nos parecíamos mucho, ambos teníamos el pelo negro y los ojos saltones, y nos salían hoyuelos al sonreír. Ahora bien, ella tenía un aspecto algo más *heavy* que yo, pues llevaba un *piercing* en el cartílago de la nariz, tatuajes en el brazo y rastas: todos eran recuerdos de su adolescencia difícil.

—Llevo dos días sin saber nada de ti, chaval. Empezaba a pensar que mamá y papá te habían asesinado y enterrado en una tumba poco profunda.

Aquella era, sin duda, una mentira estratégica. Sadie estaba pasando por un divorcio particularmente asqueroso con su marido particularmente asqueroso, de ahí que pasara el noventa por ciento del tiempo que no estaba en el hospital en nuestra casa.

—Sadie, no digas tonterías —dijo papá desde la cocina.

Iba vestido con su atuendo habitual: camisa hawaiana, pantalones muy cortos y gafas negras. (Su sentido de la moda había caído en picado desde que, hacía tres años, había instalado su taller de carpintería en el jardín trasero. La verdad es que era un milagro verlo sin el pijama.) Sadie y yo habíamos heredado su pelo. O al menos eso suponía, porque, si bien la barba de varios días de su mentón era oscura, yo lo recordaba siempre calvo.

—Nos aseguraremos de que su tumba tuviera al menos metro y medio de profundidad. En esta familia, no nos tomamos el asesinato a la ligera.

—Que se lo digan a *Toby y Gloria* —señaló Sadie, en referencia a un acontecimiento ocurrido seis años antes de mi nacimiento, en el que se vieron involucrados dos peces de colores y un bote de insecticida, y que culminó con la muerte accidental de las dos macotas acuáticas.

—Veintitrés años, Suds. Han pasado veintitrés años desde que murieron tus peces de colores. ¿Podrás olvidarlo alguna vez?

—¡No hasta que obtenga mi venganza! —gritó Sadie con dramatismo. Al oír el llanto de un niño pequeño que provenía de la parte trasera de la casa, mi hermana suspiró—. Después de tres años debería haberme acostumbrado a este rollo de la maternidad, pero sigo olvidándome del crío.

—Ya voy yo —respondí, dejando caer la mochila al suelo y adentrándome en el pasillo que conducía a la antigua habitación de Sadie, donde solía dormir Ryan.

El pobre había sido, más o menos como yo, un accidente y una sorpresa. Mamá y papá habían planeado tener solo un hijo, pero doce años después aparecí yo.

—Ryan, tío, ¿qué pasa? —dije, al abrir la puerta y encontrarme con mi sobrino de dos años y medio, a quien mi padre cuidaba entre semana.

—*Hengui* —murmuró, frotándose los ojos—. ¿Dónde tá mamá?

—Ven, te llevaré con ella.

—¿Y quién es la chica, por cierto? —me preguntó Sadie cuando me acercaba a ella por el pasillo con Ryan de la mano.

—¿Qué chica?

—La que te ha traído a casa.

Sadie cogió a su hijo en brazos con una sonrisa de medio lado. Conocía ese gesto, lo había visto muchas veces, cuando era una adolescente. Y siempre acarreaba problemas.

—Ah. Se llama Grace. Es nueva. He perdido el autobús, así que se ha ofrecido a llevarme.

—Es mona. En plan raro, como una Janis Joplin dispuesta a morir a los veintisiete años. Me encogí de hombros, y fingí que no me había dado cuenta.

## Capítulo 4

En cuanto Ryan se calmó, bajé al sótano, que Sadie había transformado en un lugar de perdición adolescente hacía más de una década (y que yo había heredado cuando se fue a la universidad). No era nada del otro mundo. Parecía una especie de refugio posapocalíptico. Los muebles no combinaban, un montón de alfombras persas falsas cubría el suelo de cemento, el frigorífico era más viejo que mis padres, y una cabeza de alce disecada con notable mediocridad colgaba en la pared. Nadie sabía de dónde había salido, pero yo suponía que Sadie la había robado y que mis padres, por vergüenza o por miedo, o por ambas cosas, no se atrevieron a devolverla a su propietario.

Como de costumbre, mis dos mejores amigos ya estaban allí, jugando al *GTA 5* con mi PS4. En el sofá, y por orden de aparición, estaban:

- Murray Finch, alias Muz, diecisiete años, australiano. Alto, bronceado, musculoso, pelo rubio rizado hasta los hombros y un ridículo bigote pubescente. Llevaba seis años en Estados Unidos, pero todavía hablaba (deliberadamente) como Steve Irwin y usaba a todas horas el argot australiano. Estaba convencido de que la película *Cocodrilo Dundee* era lo mejor que le había pasado a su país. Volvía locas a las chicas.
- Lola Leung, alias La, diecisiete años, piel negra, ojos negros, pelo negro (muy corto). Mi vecina de toda la vida y autodeclarada «triple ración de diversidad»: mitad china por su padre, mitad haitiana por su madre, y cien por cien lesbiana. Desde que tengo memoria, a Lola la seleccionaban siempre «al azar» para aparecer en primera fila y en el centro de las fotos oficiales de la escuela. A saber: la portada del anuario de nuestra promoción, el tablón de anuncios que había delante del insti, la web e incluso los marcapáginas que distribuían en la biblioteca. También había sido la primera chica a la que había besado, hacía tres años. Dos semanas más tarde, salió del armario y entabló una relación de larga duración y larga distancia con una chica llamada Georgia que vivía en el pueblo de al lado. Todavía se comentaba que habían sido mis grandes dotes de besucón las que la habían empujado a cambiar de acera. Yo intentaba no tomármelo a mal. (También volvía locas a las chicas.)

Me apoyé en la barandilla al pie de la escalera para observarlos.

—Es maravilloso descubrir que, al no aparecer yo por el autobús, que podría haber estado muerto o agonizando, os ha parecido de lo más sensato venir a mi casa, saquear mis reservas y jugar con mi consola. Por lo menos mi padre se habrá dado cuenta de que no estaba con vosotros, ¿o ni eso?

—A ver, no te ofendas —respondió Lola con una gran sonrisa—, pero Justin nos quiere bastante más que a ti.

—¿Quién era esa tía?—preguntó Murray, sin apartar la vista de la pantalla, donde aplastaba una fila de coches de policía con un tanque—. Te he visto correr detrás de ella como un koala en celo.

—No te flipes con los australianismos, Canguro Jack. —Crucé la habitación para ir a encender el viejo iMac de Sadie, que seguía zumbando después de casi veinte años de ofrecer buenos y leales servicios—. No veo a ninguna pobre ilusa a la que te puedas ligar por aquí —añadí a continuación.

La mayor parte del tiempo, Murray era capaz de expresarse como un ser humano normal, pero había descubierto que con sus pintas de recién llegado del *outback* australiano encandilaba al género femenino. A veces, no obstante, se olvidaba de volver al lenguaje cotidiano.

La única carpeta en el escritorio del ordenador se titulaba «Fotos Desaparición/Entierro/Busca y captura», y contenía una fotos preciosas de cada una de las personas presentes en la habitación (más Sadie) para utilizarlas en caso de que alguno desapareciese/muriera/se convirtiese en un enemigo público. Nuestros padres tenían la orden de acceder a estas fotos y hacerlas llegar a los medios antes de que los periodistas se pusieran a husmear en Facebook para elegir cualquier imagen en la que se nos hubiera etiquetado contra nuestra voluntad.

—Muz no anda desencaminado —dijo La—. ¿Quién es esa chica rara detrás de la que corrías? ¿Te has dicho a ti mismo: «Esta no se me escapa», pero al final sí?

—Ja, ja. No me puedo creer que lo hayáis visto.

Pillé una Coca-Cola del frigorífico antes de volver al ordenador donde la página de Facebook se cargaba dolorosamente, píxel a píxel.

—Se llama Grace Town. Es nueva. Hink le ha propuesto ser editora, pero ella ha rechazado el puesto. Me ha cabreado sobremanera, así que he ido a buscarla.

—¿Se llama Grace Town? ¿Como Gracetown, el pueblo de Australia? —comentó Murray, al tiempo que abría una lata—. Hostia. Pobre.

Lola se levantó.

—¿Hink le ha ofrecido el puesto de editora en vez de a ti? La ha cagado. Yo paso de diseñar esa revistucha con aire s de grandeza si tú no estás, ¡y punto pelota!

—No, para el carro. Nos lo ha propuesto a los dos, pero ella lo ha rechazado porque la señora, y cito textualmente, «ya no escribe». Y además lo ha dicho de forma bastante siniestra.

—Ah —aceptó, mientras Murray tiraba de ella para que se volviese a sentar—. A lo mejor pasan cosas horribles cuando escribe. O tal vez le hayan echado una maldición vudú según la cual, con cada palabra que escribe, se le rompe un hueso de la pierna, y por eso lleva la muleta.

—Vamos a dar una vuelta por Facebook —sugirió Murray—. Nada como un poco de ciberbúsqueda para aclarar la cuestión.

—Vas tarde, ya estoy en ello.

Cuando teclé el nombre de Grace en la barra de búsqueda, apareció una lista de personas. La primera era Sadie Grace Elizabeth Smith, seguida por Samantha Grace Lawrence (fuimos juntos a primaria), Grace Park (una prima lejana, me parece) y Grace Payne (ni idea de quién podía ser). Por debajo, aparecía la lista de nombres exactos, es decir, cinco Grace Town con quien no tenía ningún amigo en común, y solo una vivía en mi zona.

—No parece que sea ninguna.

—Espera, ¿y esta? —dijo Lola, señalando una foto.

Cliqué sobre el perfil de la Grace Town que vivía cerca, una chica vestida de rojo, con pintalabios a juego y rizos rubios. Reía a carcajadas, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, y dejaba a la vista unas clavículas prominentes bajo la piel. Necesitamos varios segundos para reconocerla. Porque, desde luego, era ella. Era la Grace Town que me había acompañado hasta casa. La misma boca, la misma cara.

—Hostia puta —exclamó Murray—. Los tíos deben de echársele encima como buitres.

—Traducción: es una chica seductora que debe de atraer mucha atención masculina —dijo Lola—. Y femenina —añadió, después de haber examinado la foto—. Guau. Tiene un aire a Edie Sedgwick. Es tan guapa que debería ser ilegal.

Así era. En Facebook, Grace Town era una chica alta, delgada y de piel morena, con un cuerpo que te recordaba palabras como «grácil», «delicado» o incluso «joder, esa foto debe de ser muy vieja». Pero no. Según la fecha de publicación, Grace la había modificado hacía solo tres meses. Miré las otras cinco imágenes del perfil público y todas eran del mismo estilo. Databan de unos pocos meses atrás, pero aquella persona era totalmente diferente de la que yo había conocido. El pelo largo hasta la cintura le caía en una cascada de rizos sedosos y limpios. Había fotos suyas en la playa, maquillada, con una sonrisa increíble, como las que prodigan las modelos a las que les entusiasma comer ensalada en los anuncios. Sin muleta, sin ojeras, sin capa tras capa de prendas de chico.

¿Qué le había pasado en los últimos tres meses que la había cambiado de manera tan drástica?

Entonces, Sadie me llamó desde la planta de arriba para que ayudara a papá a acabar de preparar la cena antes de que volviera mamá de la galería de arte que dirigía en el centro.

—Gracias, Dios mío. Tengo tanta hambre que me comería a Lázaro por los pies —dijo Murray.

Durante unas horas olvidamos el misterio de Grace Town mientras comíamos, fregábamos los platos y veíamos Netflix juntos, como todos los jueves por la noche. No volví a pensar en ella hasta que mis amigos se marcharon y, al regresar al sótano, reparé en la pantalla del pobre iMac, que todavía estaba encendido. Justo entonces, me enganché.

Aquella noche no me lavé los dientes. No me duché, ni me desvestí, ni deseé buenas noches a Sadie y a Ryan cuando se fueron a eso de las doce. En cambio, me quedé en el sótano y pasé el resto de la noche escuchando todas las canciones de los Strokes que pude encontrar en Spotify.

«*You say you wanna stay by my side* —cantaba Julian Casablancas—. *Darlin', your head's not right.*»

Si hubiera sido más viejo, o más sabio, o si hubiera prestado más atención a los sentimientos dramáticos que mis compañeros me habían descrito cuando experimentaron sus primeros amores, probablemente no habría achacado aquella sensación de ardor en el pecho a una indigestión (me había zampado cuatro chimichangas con pollo para cenar). No comprendía que, en realidad, me aquejaba una enfermedad mucho más grave y dolorosa.

Fue la primera noche que soñé con Grace Town.

## Capítulo 5

Cuando al día siguiente, antes de clase, llamé a la puerta del despacho de Hink, me hizo pasar con una sonrisa.

—Gracias por haber convencido a Grace de que acepte el puesto, Henry. Muy amable por tu parte. No ha sido fácil para ella, la pobre.

—Espere, ¿al final ha aceptado?

—Ha venido a verme hace media hora para informarme de que le habías hecho cambiar de opinión. No sé qué le has dicho, pero ha funcionado.

—¿Ella le ha contado que yo le he hecho cambiar de opinión?

—Deberías empezar a pensar en el primer número desde este instante. Antes de que te des cuenta, ya estaremos en diciembre. Ayer mismo metí presión a mis alumnos de primero, así que seguro que encuentras voluntarios para que te ayuden. La mayoría necesitan actividades extraescolares para acceder a la universidad; no puedo prometerte que sus ideas valgan la pena, pero es un comienzo.

—Cuando ha dicho que «no ha sido fácil para ella», ¿a qué se refería?

—Pues a que cambiar de instituto el último año nunca es fácil. Ven a instalarte en tu despacho. Tus contraseñas están en un *post-it* delante del ordenador. Grace ya está allí. También Lola Leung. Me parece que ya os conocéis, ¿no?

Me dedicó la típica sonrisa que significaba que sabía que yo había sido el último chico en besar a Lola antes de que cortara de raíz sus relaciones con el género masculino.

—Sí.

Me aclaré la garganta en lugar de hacer lo que de verdad quería, es decir, contestar:

«¡Ella siempre ha sido lesbiana! ¿Es que no sabe cómo funciona la biología?».

—Lola es mi vecina.

—Ah, ya, tu vecina, claro. En cualquier caso, no hace falta que os presente. Vete a instalarte, nos reuniremos la semana que viene para hablar del primer número.

Hink volvió la atención a lo que fuera que estuviese haciendo en el ordenador (¿organizar un club de la lucha?, ¿escribir haikus?) como si no hubiera pasado nada y no acabara de lanzar una bomba de la talla de Grace Town.

Aturdido, entré en el pequeño despacho que hacía las veces de redacción. Era una auténtica pecera. La pared pegada al pasillo era de cristal, y la puerta (también acristalada) no cerraba, sin duda para impedir que se produjera en el interior algún coito apasionado; una estrategia que había fracasado estrepitosamente, porque el redactor del año pasado se acostaba con su novia en el sofá. Por suerte, ahora una manta disimulaba las manchas sospechosas que se habían acumulado en la tela.

Sentada delante del Mac reservado al diseñador gráfico, con una piruleta en la boca y sus gruesas botas sobre la mesa, Lola miraba la página de ASOS. Grace se había instalado ante una mesa minúscula apoyada contra la pared de cristal, lejos del escritorio del editor. Debían de haberla colocado allí en el último minuto, cuando cambió de opinión.

—Hola —dije, con una sensación de nervios extraña y nueva.

Cuando miré a Grace, noté algo inquietante: era como observar una vieja fotografía coloreada de la Guerra de Secesión o de la Gran Depresión y darse cuenta por primera vez de que aquella gente había existido de verdad. Yo había visto a la Grace coloreada en Facebook y ahora me encontraba con la versión sepia: inaprensible, fantasmal y cenicienta.

Me hizo un gesto con la cabeza.

—¡Hola, tío! —exclamó Lola mientras agitaba la piruleta en mi dirección, sin dejar de mirar la pantalla.

Me senté a la mesa del editor. Encendí el ordenador del editor. Abrí la cuenta del editor. En definitiva, saboreé la sensación de triunfo por haber conseguido el objetivo para el que llevaba dos años trabajando sin descanso.

No obstante, mi pequeño momento de satisfacción se vio rápidamente interrumpido por Grace, que se volvió hacia mí y me dijo:

—No voy a escribir nada. Ni editoriales, ni artículos de humor. Si quieres publicar algo, lo escribes tú mismo. Puedo ayudarte con otras cosas, pero no escribiré ni una palabra. Ese es el trato que te propongo.

Lancé una mirada a La, que ponía todo su empeño en fingir que no estaba escuchando nuestra conversación. La hipótesis de la maldición vudú cobraba fuerza.

—Me parece bien. De hecho, yo mismo espero no tener que escribir demasiado. Hink me ha dicho que deberíamos poder reclutar a gente de primero para hacer el curro.

—De acuerdo.

—Genial.

—Bueno, eh..., deberías leer la política editorial, el reglamento, el libro de estilo y los estatutos. Todo está en el disco duro común. ¿Ya tienes contraseña?

—Hink me la acaba de dar.

—Entonces empecemos.

—Directo al grano. Así me gusta.

Se volvió, abrió la carpeta y se puso a trabajar.

Lola giró sobre sí misma en su sillón con deliberada lentitud, los ojos como platos, pero como me vio negar con la cabeza, volvió a su carrito de la compra con un suspiro.

No había mucho que hacer aquella mañana aparte de planificar, así que aproveché para poner Spotify en modo aleatorio. El primer tema era *Hey*, de los Pixies. *Been trying to meet you*, cantaba Black Francis. Subí un poco el volumen y canturreé a la vez que revisaba el correo (y me decía que tenía que volver a ver *El diablo viste de Prada*, ahora que era redactor jefe, por aquello de pillar ideas), y de repente percibí un movimiento con el rabillo del ojo. Levanté la cabeza. Grace Town articulaba las palabras en silencio. «*If you go, I will surely die*», canturreaba distraídamente mientras hacía desfilas las treinta páginas de temas que no estábamos autorizados a tratar: nada de sexo, nada de drogas, nada de rock'n'roll, nada que resultara interesante a los adolescentes en realidad.

—¿Conoces a los Pixies? —le pregunté después del primer estribillo.

Me lanzó una mirada sin responder enseguida.

—«Me has encontrado en un momento extraño de mi existencia» —acabó por decir—. *El club de la lucha. Where is My Mind?* salía en la banda sonora.

—Sí, ya lo sé. Lo he pillado. *El club de la lucha* es una de mis pelis favoritas.

—Y de las mías.

—¿En serio?

—Sí, ¿te sorprende?

—La mayoría de las chicas...

Lola levantó la mano.

—Ojo a lo que vas a decir, Henry Page. Las frases que empiezan por «La mayoría de las chicas» no auguran nada bueno.

—Cierto —asintió Grace.

—Eh. Vale. Iba a decir que a muchas, no a la mayoría, pero a muchas chicas a las que conozco no les gusta *El club de la lucha*.

—Pues a mí me encanta, machirulo —dijo Lola.

—¿Quieres decir que a la mayoría de las chicas no les gustan las pelis sesudas? —preguntó Grace—. ¿O que las chicas a las que les mola *El club de la lucha* son especiales y por tanto mejores que el resto del género femenino?

—Para nada. Las chicas de aquí... seguramente no han visto *El club de la lucha*.

—Yo soy una chica y la he visto —replicó Lola.

—¿Ves? El cien por cien de las chicas aquí presentes han visto *El club de la lucha*. Vas a tener que recalcular tus estadísticas.

—Vale, ya me callo. No quiero alimentar el patriarcado.

—Nos estamos quedando contigo, Henry —explicó Grace con una sonrisita.

Hubo un silencio, que llegaría a ser una característica de nuestras conversaciones, durante el cual intenté con desesperación continuar hablando más de lo debido.

—¿Por qué has cambiado de opinión? —pregunté muy rápido.

La sonrisa de Grace se desvaneció.

—No lo sé.

En ese momento, sonó el timbre de la primera clase y, aunque no estábamos obligados a ir porque nos permitían dedicarle esa hora al periódico, Grace Town se levantó, amontonó sus papeles y salió.

—¿Te has fijado? —le dije a Lola, después de que Grace se fuera—. Le gustan los Pixies y *El club de la lucha*.

—Estoy casi segura de que a mí también, animal de bellota.

—Sí, pero tú eres una lesbiana marginada que roba primeros besos a los chicos antes de castrarlos al salir del armario dos semanas después.

—Eso me recuerda que me he olvidado de comentarte una cosa. El otro día, Madison Carlson me preguntó cómo de nulo eras con la lengua para hacer que una chica aborreciera a los hombres para siempre.

—Espero que le hayas explicado con amabilidad que la orientación sexual está predeterminada y que ya eras lesbiana cuando me besaste.

—Ah, no, le he dicho que tienes el pene torcido y que, después de verlo, no me han quedado ganas de ver otro.

—Gracias, tía.

—Siempre es un placer —dijo, mientras se levantaba.

En la puerta, se detuvo e inclinó la cabeza en la dirección por la que acababa de irse Grace Town.

—Me mola esa tía, Henry. Tiene... un no sé qué.

Le hice un gesto con la cabeza sin decir nada, pero como Lola era mi mejor amiga y como no nos ocultábamos nada, sonrió. Porque incluso sin pronunciar ni una palabra, sabía exactamente que aquel cabeceo significaba «a mí también me mola».

## Capítulo 6

Aquella tarde, después de que sonara el timbre que anunciaba el final de las clases, casi tropecé con Grace Town mientras guardaba los libros en la mochila. Hasta mucho después no me di cuenta de que ella debía de haberle preguntado a Lola dónde estaba mi taquilla. Yo no se lo había dicho, y el único ser humano con quien la habían visto hablando era el señor Hink, que no tenía ni idea de dónde estaba.

—Henry —dijo.

—Hola —respondí despacio.

—¿Quieres que te lleve?

—De acuerdo.

—Tienes que conducir tú.

—Eh... ¿Estás segura?

Sin una palabra y sin comprobar que la seguía (aunque evidentemente lo hice), se echó a caminar por el pasillo. Cuando llegó al campo de fútbol, aceleró, lo que acentuaba su cojera, y sus movimientos se volvieron un poco frenéticos. Unos andares que recordaban, sin duda, al profesor Alastor *Ojoloco* Moody de Harry Potter. Yo tenía que ir al trote para seguirle el ritmo. Al final del campo, me volví hacia el sitio donde Lola y Murray esperaban (como siempre) el autobús que los llevaría a mi casa. Les hice un gesto. Me saludaron levantando el brazo a la vez. Por suerte, Grace Town no los vio, menos mal.

En la calle, solo algunos coches y el tintineo de la muleta de Grace sobre el asfalto perturbaban el silencio. Al fin, habló:

—Y bien, Henry Page, ¿cuál es tu historia?

Una vez más, noté una especie de cólera sorda en sus palabras, como si, por alguna razón, la decepcionara.

—Quiero los detalles más escabrosos —añadió.

Me entró pánico.

—Yo, pues, eh... Esto... Me gusta la piña colada y que me pille la lluvia de improvisto —dije, sin mucha confianza.

—¿No te parece una locura que cuando alguien te pide que te describas te salgas por la tangente y cites una canción de Rupert Holmes? Tendría que resultarte fácil. Tú te conoces mejor que nadie y, sin embargo, te cuesta hablar de ti mismo.

—Sí. Pero es un poco como preguntar a alguien que acaba de volver después de tres meses de viaje: «¿Qué tal te ha ido?». Hay demasiado que contar.

—Es cierto. Entonces habría que reducir el perímetro de búsqueda, ¿no? ¿Te puedo hacer una pregunta?

—De acuerdo.

—Es superpersonal, así que no respondas si no tienes ganas.

—Eh... vale.

Me preparé para que cuestionase mi orientación sexual o mi anormal predilección por la chaqueta negra de mi padre a pesar del calor, que parecían las dos preocupaciones más populares cuando conocía a gente por primera vez.

—¿Cuál es tu color preferido?

Eso no me lo esperaba.

—Pueees...

Nunca había tenido un color preferido. O quizá demasiados como para redactar una lista. Para mí todos nacían libres e iguales.

—No tengo ninguna preferencia con los colores. ¿Y a ti, cuál te gusta?

—El azul del vestido de *Alicia en el País de las Maravillas*.

—¿Azul cielo?

—No, ni hablar, odio el azul cielo, el pastel y el vincapervinca, pero el del vestido de *Alicia en el País de las Maravillas* es perfecto.

—¿Es el nombre técnico de ese tinte? ¿El que ponen en los muestrarios?

—También podríamos llamarlo «azul coche *vintage* de los años cincuenta», pero es más fácil «Alicia». Siendo rigurosos, puedo aceptar azul aciano.

—Le has dado muchas vueltas.

—Me gusta tener respuestas cuando se me hacen preguntas personales. Si no sé quién soy, ¿cómo lo descubrirán los demás?

Me devanaba los sesos para intentar sacar algo del vacío sideral que parecía engullir mi cerebro cada vez que Grace se encontraba dentro de un radio de menos de tres metros.

—Verde. El verde es mi color preferido.

—Qué aburrido.

—Vale, pues el verde desteñido y acidulado de los ojos de mi hermana cuando le da el sol. Mi sobrino los tiene exactamente iguales. Ese sería mi color preferido.

—Mucho mejor.

Guardamos silencio durante una décima de segundo.

—¿Tienes pensado hacerme más preguntas?

—No, me parece que no.

—Ha sido el juego de las veinte preguntas más raro de mi vida.

—Solo tenía una pregunta, no pretendía jugar a eso.

Cuando llegamos a casa de Grace, todo fue igual que la víspera. Esperé en la acera a que entrase a buscar las llaves. Conduje hasta mi casa, me despedí de ella y luego la observé echar a caminar hacia ninguna parte. En el instante en el que crucé la puerta me arrepentí de no haberla invitado a entrar. Justo cuando bajé la escalera del sótano, me di cuenta de por qué habría sido muy mala idea.

—¡Que me aspen si no te has echado una follamiga! —Soltó Murray con un golpe en la espalda.

—Solo me ha acompañado.

—No, en serio —dijo Lola, cuando me tumbé en el sofá—. Algo se cuece, Page.

Murray saltó sobre mis rodillas. Sus gruesos muslos me aplastaron las piernas mientras me pasaba el brazo alrededor del cuello y pegó su frente contra la mía.

—¿Seguro que no pasa nada? Porque es muy posible que os hayamos espiado desde la ventana de tu sótano mugriento y que os hayamos visto miraros intensamente a los ojos.

Intenté apartar a Murray, sin éxito.

—Dejadlo estar, tíos. Está chiflada. No tiene amigos, debe de sentirse sola, así que se me ha pegado porque la trato bien.

—No la tratas bien —comentó La—. La has perseguido gritándole obscenidades.

—Menuda película te has montado.

La cabellera de Muz se agitó cuando apoyó un puño en mi pecho.

—Ha tenido un flechazo por tu fogosidad y tu pasión ardiente por la vida.

—No digas tonterías. De hecho, yo creo que le caigo regular. Me mira bastante mal la mayor parte del tiempo. Es muy desconcertante.

—Dile que se pase por aquí el lunes después de clase —sugirió Lola—. Tráela a la jaula de las fieras y deja que demos nuestro veredicto.

—Siempre y cuando Murray prometa no montar un número. —Ahora, Muz se dedicaba a frotar su pelo contra mi cara, mi torso y mis brazos—. ¿Podrías...? Puaj, Murray, ¡por favor!

—Estoy marcando mi territorio. ¡Me niego a perderte!

—Y por esa razón sigo soltero —le dije a Lola, que negó con la cabeza.

—Te prometo que no tiene nada que ver.

Me resigné a dejar que Murray me unguiera con su melena seborreica, seguro de que si Grace constataba lo que ocurría en aquel sótano, saldría por piernas.

Esa me pareció la excusa perfecta para no invitarla a venir, jamás de los jamases y por nada del mundo.

Luego, después de que mis okupas se fueran, me dediqué a mirar el perfil de Facebook de Grace Town; mantuve el dedo sobre el icono de «agregar a mis amigos» durante más de diez minutos antes de cerrar los ojos y clicar. Mi valor flaqueó al ver la notificación de «invitación enviada». La respuesta tardó solo unos segundos en llegar. «Grace Town ha aceptado tu invitación. Escribe en la biografía de Grace.»

Por supuesto, eché una ojeada a su página, pero aparte de algunas fotos del perfil públicas, su muro estaba vacío. Ningún estado. Ninguna actualización. Ningún acontecimiento. Ninguna etiqueta en ninguna foto. Sin contar a sus 2.879 amigos (¿quién conocía a tanta gente?!), Grace Town era un fantasma virtual.

Cuando, aquella mañana, abandonó la redacción, empecé a enviar mails a los mánagers de la ciudad para ver si aceptaban que algún periodista cutre del *Westland Post* (le habían puesto ese nombre al diario en sus inicios, en los años ochenta) entrevistara a alguno de los grupos cutres a los que representaban. Eso me pareció una razón convincente para entablar una conversación con Grace.

Solo quería decirte que he conseguido una entrevista con los Plastic Stapler's Revenge la semana que viene.

## GRACE TOWN

Genial. Siempre he querido conocer los profundos pensamientos de las bandas que se ponen nombres irónicos. ¿Cuándo?

Todavía no hay una fecha establecida. Los voluntarios de primero deberían llegarnos muy pronto. Yo digo que vendrán dos iletrados y el gato de la directora Valentine. A ver si alguno acepta el encargo.

Perfecto. Reúne a unos cuantos esbirros que se sometan a todos nuestros caprichos. (El gato es mi favorito.)

Me encanta tener esbirros.  
¿Crees que así se siente Kim Jong-un?

Todo forma parte del lavado de cerebro.

Vamos a construir un ejército.

Primero el Instituto Westland... y luego el mundo.

Rendíos a mi voluntad, queridos esbirros, ya veréis, la victoria será nuestra!

Sí.

¿Cómo va? ¿Te vas haciendo a las novedades?  
¿La gente es maja?  
¿Ha sido duro dejar el East River o no mucho?

Casi todos mis amigos han acabado el instituto. Era más fácil irse al mismo tiempo, aunque lo echo un poco de menos.

---

La gente del East River tiene reputación de fiestera. ¿No detuvieron a unos de segundo el año pasado por construir y conducir una mesa de pícnic motorizada por el campus?

La expresión me da alergia, pero... #YOLO

Por esta vez pase. Solo por esta vez.

Nunca más. Lo prometo.

Muy bien. Me alegro de que hayamos llegado a un acuerdo.

\*tomo nota para una sección titulada YOLO\*

Si te atreves a firmarla, adelante, por favor.

No, paso.

La conversación se paró aquí. Grace siguió en línea una hora más, pero no se me ocurrió nada más que decirle, así que lo dejé estar.

Había una manera de saber más sobre la vida de los alumnos de otros institutos: Madison Carlson parecía gestionar un servicio tentacular de intercambio de bienes e información tan extenso e intrincado que era capaz de competir con el mercado negro. Su novio iba al East River, lo que le daba acceso a la vida privada del instituto (anoté mentalmente pedirle que me escribiera una crónica a lo «Gossip Girl» para el periódico).

Ahora bien, hacer tratos con Madison Carlson era un arma de doble filo. Si me atrevía a pedirle información, con toda probabilidad solo obtendría algún dato anodino sobre la antigua vida de Grace Town y, a cambio, el rumor de que me gustaba se extendería por el instituto como un reguero de pólvora.

Por ahora, Grace Town continuaría siendo un misterio.

## Capítulo 7

El lunes por la tarde, Grace ya me estaba esperando en mi taquilla. Nunca supe cómo se las apañaba para escaparse antes de la última clase, pero a partir de ese día, siempre se me adelantaba.

—¿Te acompaño?

Su expresión y el tono de su voz revelaban que no se alegraba demasiado de verme, como si hubiese confiado en no encontrarme allí.

—Claro, por qué no —dije con prudencia.

Empezó entonces la rutina que marcaría nuestra relación. Caminamos hasta su casa, Grace insultaba a los coches que nos pitaban para que los dejáramos pasar. Me hacía aguardar en el césped sin cortar, mientras ella iba a buscar las llaves. Después me las tiraba para que condujera yo. En el coche, miraba hacia delante, impassible y muda, o me hacía preguntas del tipo: «¿Cuál es tu canción preferida?».

Yo respondía en plan: «¿Por qué me resulta tan difícil contestar?».

Y luego ella decía algo como: «Porque estás buscando una canción que sea a la vez guay y aceptable socialmente. Lo más normal es escoger una canción de hace veinte años como mínimo, porque todo lo reciente, en general, se considera porquería pop».

—Ahora que sé que me juzgas, no voy a poder elegir.

—Para eso sirve conocer a alguien: para juzgarlo.

—Entonces ¿me estás juzgando incluso aunque no conteste?

—Siempre. Bueno, di alguna canción que te toque la patata.

—Vale. *Someday*, de los Strokes —dije, recordando la noche en la que me quedé dormido mientras escuchaba al grupo preferido de Grace.

—Una elección arriesgada. No tiene veinte años de existencia, pero es lo bastante indie como para que salgas bien parado.

—Y la tuya ¿cuál es? ¿*Stairway to Heaven*? ¿*Smells Like Teen Spirit*? Algo tan guay como clásico, me imagino.

—*She Will Be Loved* de Maroon 5.

—No es... lo que esperaba.

—¿Qué quieres que te diga? Cuando la escucho, me recuerda la felicidad.

Si ese era su concepto de una canción alegre, ¿qué escuchaba cuando estaba triste? ¿Marchas fúnebres?

—¿Dónde la escuchas? ¿Todavía la ponen en la radio? ¿La radio todavía existe tan siquiera?

—Ja, ja.

—¿Ninguna canción de los Strokes, entonces?

—¿Qué quieres decir?

—Los Strokes. Tienes pinta de ser fan suya. Llevas una pegatina en el coche —añadí, ya que ella parecía no entenderme—. Y el llavero, y el fondo de pantalla de tu móvil.

—Ah, sí. Los Strokes. Sí. Tenía un amigo que era superfán. Y los escuchaba a todas horas.

—¿Y le gustaban tanto que has puesto pegatinas en tu coche?

—Es que el coche era suyo.

—¿Y el teléfono?

—También.

—Ya veo.

De repente, con un gesto de la cabeza mientras salía de coche, propuso:

—¿Quieres entrar?

—¿Por qué?

—Eh... ¿podríamos charlar un rato o algo? En fin, si te apetece.

—Por las tardes voy a un sitio.

—Ah. Ya. Me había dado cuenta. Bueno, entonces nos vemos mañana.

Grace lanzó un suspiro.

—Nos encontramos aquí esta noche, a la puesta del sol —propuso.

—¿Por qué?

—¿No querías charlar o algo?

—Eh, sí, claro.

—Pues, entonces, quedamos. Esta noche. Después de la puesta del sol, nos encontramos aquí, ¿vale?

—¿Vamos a hacer algo ilegal o...? Es que eso de «después de la puesta del sol» suena muy diabólico.

Grace me lanzó una de sus sonrisas cansadas.

—Hasta esta noche, Henry Page.

Se alejó cojeando y desapareció al doblar la esquina de la calle.

Sin saber por qué, no informé a los habitantes del sótano de mi cita con Grace. Lo que pasaba entre nosotros me parecía tan tenue, tan frágil, que no quería compartirlo. En el fondo, creo que estaba convencido de que aquello no iría a ninguna parte, y no tenía ganas de afrontar la inevitable vergüenza si anunciaba a mis amigos que me molaba una chica y luego que resultase que no me correspondía. En su lugar, puse cara de no encontrarme bien y se fueron a sus casas de mala gana para cenar con sus familias en lugar de seguir gorroneando en la mía.

Después de irse, solo me quedaba avisar a mis padres.

La mayor parte de los adolescentes odiaban a sus padres, o al menos los ignoraban, pero yo siempre había admirado a los míos. Habían vivido uno de esos flechazos estafalarios de película de Disney a. de F. (antes de *Frozen*). Se habían conocido en un KFC (bueno, vale, esto no es muy Disney que digamos) después de clase. Mi padre, que debía de ser algo chulito, le pidió inmediatamente a mi madre que se casara con él, ofreciéndole una pata de pollo frito a manera de anillo de compromiso (bueno, casi mejor nos olvidamos de lo de Disney).

Mis padres vivieron una historia de amor a la antigua usanza, con petición de matrimonio en la primera cita y todo lo que conlleva. Pasó así de verdad. Y funcionó. Esperaron once años para casarse, pero desde aquel día no salieron con nadie más. Poco después de acabar la universidad,

se casaron en la India, el día de Navidad, en traje de baño y pintados con henna. Tenía polaroids suyas dando de comer mangos a los elefantes. Su amor era increíble. Eso dice mucho de la receta secreta del rebozado del coronel Sanders.

Pero lo que más me gustaba de ellos no era su romance a lo Nicholas Sparks, tan perfecto que da asco, sino su manera de ser. Conocía a jóvenes asediados por las hormonas que no experimentaban un amor tan vertiginoso como el de mis padres, y en lugar de darme arcadas, como debería ser, me encantaba.

Cuando Sadie era pequeña, eran un par de hippies: una artista y un carpintero que vivían en un almacén abandonado. Puede que la experiencia infernal de criar a Sadie hasta la edad adulta haya drenado su sistema de toda resistencia, pero conmigo se han mostrado siempre increíblemente guais y abiertos.

En consecuencia, cuando mi madre, Daphne, volvió de la galería y le dije:

—Madre, voy a salir esta noche y no sé a qué hora volveré, ni lo que voy a hacer con exactitud. No estoy seguro al cien por cien, pero es posible que me vea implicado en actividades ilegales. ¿Te parece bien?

Ella se conformó con responder:

—¿Te vas a la aventura? Excelente. Empezaba a preocuparme por ti. A tu edad, a Sadie ya la habían detenido tres veces, y mira en lo que se ha convertido.

—Gracias, mamá. Sabía que me apoyarías.

—En todo excepto en un asesinato y en el uso de sustancias ilícitas que impliquen una inyección.

—Perfecto, porque justo me preguntaba si querías invertir en el laboratorio de metanfetamina que llevo unos meses planteándome.

—Por supuesto, cariño. Preséntame una hoja de cálculo en su debida forma y le echaré un vistazo al coste. ¿Necesitarás un medio de transporte de urgencia para tus actividades potencialmente ilegales esta noche?

—Aún no lo sé. Te mantendré informada. No pienso volver tarde, no quiero que me esperéis despiertos.

—Si no respondo al teléfono, llama a la policía para que te traigan. Haremos como que te has escapado.

—Gracias, mamá.

Me besó en la frente.

—En fin, en serio, no infrinjas la ley. Y llama si lo necesitas, ¿de acuerdo?

—Descuida.

El final de la tarde transcurrió muy despacio, y los minutos hasta la caída de la noche, muy rápido. De repente, la oscuridad se adueñó del ambiente y me encontré en la puerta de entrada, gritando «¡Buenas noches!» a mis padres y devanándome los sesos para dar con un buen pie para la conversación y preguntas que hacerle a Grace. Siempre me entraba pánico escénico delante de ella, mi cerebro se transformaba en una gruta cavernosa incapaz de desenterrar ni un solo pensamiento útil, incluso aunque se tratara de una cuestión de vida o muerte.

Fuera, el coche de Grace había desaparecido, como las dos tardes precedentes en las que me había acompañado. Esperé cerca del buzón, tiritando por la brisa fresca de la noche. Pasaron cinco minutos, luego percibí un movimiento con el rabillo del ojo. Al final de la calle, una

pequeña silueta sombría me hizo una señal en la oscuridad. Desde lejos era imposible ver su rostro, solo distinguía sus hombros anchos. No era precisamente el tipo de figura a la que hubiera seguido de buen grado. Como no me movía, Grace utilizó el brazo y la muleta para indicarme que me reuniera con ella. Corrí mientras me cerraba la cazadora hasta el mentón. Al acercarme, me di cuenta de que llevaba su característica ropa de chico, rematada con una cazadora de fútbol americano tan grande que hubiera podido servirle de vestido. ¿Había vuelto en coche y luego regresado a pie?

—¿Tienes un bonobús? —preguntó, cuando estuve lo bastante cerca.

Nada de saludos. Nunca.

—Aquí no, lo siento.

—No importa. Te pago el billete.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás.

—Pero no saldremos del estado, ¿no?

—Ya lo verás.

Luego, en lugar de tomar mi calle, Grace avanzó por el extenso césped que se extendía al final.

—¿Estás de coña? Este prado desemboca en una zanja que se convierte en un estanque cuando hay tormenta.

—Es un atajo —se contentó con decir, mientras se hundía en la oscuridad.

—Pero ¿no te molesta la pierna? ¡El suelo es muy irregular! —exclamé, detrás de ella.

No sabía si era políticamente correcto o no mostrar que había notado que cojeaba.

—¡Que es un atajo!

Se puso a separar la hierba con la muleta, como una exploradora en la jungla. Seguí el camino que abría entre la vegetación, bastante cerca para poder agarrarla en caso de que tropezara. Pero se mantuvo en pie, a pesar de que su cojera se había acentuado.

Bordeamos el estanque al tiempo que hablábamos del periódico, hasta que el sumidero nos escupió en la carretera principal, cerca de una parada de autobús. Bajo la luz de neón, esperaba ver aparecer un autocar Greyhound que nos llevaría hasta la otra punta del país, pero Grace señaló al que llevaba al centro. Pagó mi billete como había prometido y se dirigió a los asientos para personas con discapacidad que eran, y cito textualmente: «La única ventaja de ser una lisiada».

Por la noche, la ciudad estaba espectacular. Soy un gran fan de las montañas, de los bosques y de las fuentes claras, pero aquellos millones de luces urbanas encendidas en la oscuridad me conmovieron. Quizá me recordara a la galaxia.

Al salir del autobús, Grace me llevó directo al supermercado.

—Necesitamos un tentempié. Esta ronda es mía.

—Eres demasiado generosa. Si sigues así me convertiré en un mantenido.

Elegí unos M&M's y una Coca-Cola. Grace cogió unas patatas fritas al vinagre (que, aunque suene raro, en ella no desentonaba para nada), una Vitaminwater, y pan de molde barato. Y luego caminamos. Mucho tiempo. Tanto que comencé a pensar que solo íbamos a vagar juntos, y que no había destino alguno.

Sin embargo, a pesar de mis protestas, Grace no me dejaba comerme los M&M's.

Al final se detuvo ante una reja de hierro detrás de la que crecía un seto espeso.

—¡Tachán!

—Es una... verja. Muy bonita, de factura admirable, pero una verja.

—Estamos aquí por lo que se encuentra detrás de la verja.

—¿Qué es?

—Me encanta que me hagas esta pregunta. Ahí detrás se encuentra uno de los secretos mejor guardados de la ciudad. ¿Sabías que antes de que construyesen el metro había un tren de vapor que atravesaba el barrio de negocios?

—Pues no tenía ni idea, pero, ahora que lo dices, parece lógico.

—Detrás de esta verja se encuentra la última estación del tren de vapor. Está cerrada al público desde hace décadas.

—Entonces ¿qué hacemos aquí?

Impasible, Grace dejó el pan en el suelo, luego blandió su muleta como si fuera una jabalina y la lanzó por encima del seto.

—Ups, será mejor que vaya a buscarla —dijo, mientras ponía su pierna buena en la reja para subirse.

—¿Qué estás tramando?

—Evidentemente, estoy cometiendo un delito. Ven.

—¿Y si alguien llama a la policía?

—Les diré que he utilizado mis encantos para forzarte a infringir la ley.

—Así de fácil, como si eso fuera a funcionar.

—Va, Henry. Tú tienes carita de ángel y yo me visto como Aileen Wuornos, la asesina en serie de camioneros —dijo, recuperando el aliento—. Los polis te creerán. ¿Nunca has infringido la ley?

—Una o dos veces he cruzado fuera del paso de peatones.

—Qué rebelde.

—Y he estado implicado en al menos tres casos de consumo de alcohol por debajo de la edad legal.

Con un último gruñido y una mueca de dolor, Grace se apoyó en su pierna mala para pasar por encima de la reja. Sin duda alguna, no era la primera vez que lo hacía.

—Henry.

—Es que quiero poder entrar en la universidad.

—Escala la reja.

—¿Sabes que he vivido diecisiete años sin que me afectara la presión social? Mis padres me habían advertido sobre ella en primaria, pero nunca había llegado a experimentarla. Empezaba a creer que era una leyenda.

—Henry Page. Escala. La. Reja.

—Y dale, era esto. Siento con toda su fuerza la presión social en este preciso momento.

—¡Henry, tírame el maldito pan de molde y ven aquí!

—¡Bueno, vale!

Lancé el pan antes de agarrarme a los barrotes para trepar, lo que fue bastante complicado teniendo en cuenta que no sentía las piernas (con toda probabilidad, a causa de la crisis de ansiedad que me acechaba).

—Mierda, mierda, mierda, mierda —repetía, al tiempo que Grace desaparecía detrás del seto—. Me van a arrestar, no iré a la universidad. Me convertiré en un delincuente. Mis padres me matan fijo.

Cuando llegué a la cima, daba la impresión de que no había forma de descender con facilidad al otro lado, así que salté el seto y rodé. No me fue muy bien. Aterricé en el suelo de golpe, perdí el equilibrio y acabé de rodillas. La fría risa de Grace se parecía, por no decir que era idéntica, a un graznido ronco, del tipo que esperas oírle a un cuervo y no a un ser humano.

—Pareces la mala de una peli de Disney —señalé mientras me sacudía el polvo, lo que redobló sus graznidos.

—Te lo advierto, niño. ¡Si me exasperas morirás! ¿Entiendes? —dijo—. Felicidades, Henry. Estás fuera de la ley.

Miré a mi alrededor. Además de algunos árboles desnudos (por el otoño o porque llevaban tiempo muertos), no parecía haber nada más que un terreno abandonado.

—¿Dónde está esa misteriosa estación de la que ha blabas antes?

Grace apuntó hacia delante con la muleta y se puso en marcha.

—Bajo la colina.

En efecto: diez segundos más tarde, un pequeño edificio iluminado por lámparas de vapor de sodio se dibujó a lo lejos, en medio de la oscuridad.

—Parece una cripta.

—Es una cripta. En el sentido filosófico del término. Todos los edificios viejos se convierten en criptas cuando los abandonan. Como un templo dedicado a una época pasada.

—Eres muy rara, Grace Town.

—Ya.

—Y no me importa.

—Ya.

Delante del edificio se levantaba una gran verja del mismo estilo que la que acabábamos de saltar.

—Ven —dijo Grace—. Ahora toca añadir el allanamiento de morada a tu expediente criminal.

—Grace, no, por favor, de verdad...

Pero la verja se abrió sola cuando Grace la tocó. Me guiñó un ojo y entró.

—Lleva abierta años.

La seguí por un corto túnel sombrío hasta un andén a cielo abierto; me chocó mucho que estuviese iluminado. La estación se hallaba en mucho mejor estado de lo que me esperaba. Casi no había grafitis, y apenas vegetación.

—Mmm, este edificio abandonado no me parece tan abandonado.

El techo estaba compuesto por arcos de cristal esmerilado, el suelo era de mármol escaqueado en blanco y negro, y las paredes estaban cubiertas de azulejos en tonos verde esmeralda y crudo.

—¿Estás segura de que no es un decorado de *El gran Gatsby* o algo así?

Era muy bonito.

—Es un monumento histórico; aunque no esté permitida la entrada, tratan de conservarlo. Ven, aún no has visto lo mejor.

Se arrodilló delante de la puerta de madera roja ornamentada y se puso a forzar la cerradura con una horquilla del pelo.

—Bueno, esto sí que es delito.

—Lo más guay de los monumentos históricos —dijo, antes de que el pestillo cediera con un clic— es que todos los equipamientos son antiguos. Forzar cerraduras centenarias es un juego de niños.

—¿Te das cuenta de que das un poco de miedo?

Grace me ignoró y encendió la linterna de su móvil antes de sumergirse en la oscuridad. La seguí a través de varias salas desiertas y sombrías, adentrándonos más y más en las entrañas del viejo edificio, hasta una escalera de caracol metálica que se hundía en las profundidades.

—Mira arriba —dijo Grace mientras bajábamos.

Por encima de nuestras cabezas, uno de los paneles de la cúpula de cristal estaba roto y revelaba un reguero de estrellas blancas. Era poco habitual verlas en la ciudad.

No pudimos descender hasta abajo del todo porque el sótano estaba completamente inundado. Grace se sentó en el penúltimo escalón, se quitó los zapatos y a continuación se mojó los pies. Luego arrancó un trocito de pan y lo lanzó al agua. Flotó unos segundos en la superficie antes de desaparecer con un «blup».

—¿Qué es eso? —pregunté, reculando un paso.

—Tranqui, solo es un pez. Siéntate y deja de moverte, verás cómo suben.

Tenía un poco la impresión de estar en la escena del compactador de basuras de *Star Wars*, pero ya que había llegado hasta allí, obedecí. Bajé y me quité los zapatos. Me senté a su lado, lo bastante cerca como para que nuestra ropa se tocara. Sumergí los pies en el agua fría. No me movía. No hablaba. Observaba cómo el pan flotaba sobre nuestros dedos. Pasaron unos minutos, luego llegaron los peces; eran plateados y del tamaño de la palma de mi mano. Sus cuerpos viscosos nos rozaban los tobillos a toda velocidad. Cuanta más comida tiraba Grace, más peces venían, hasta que el agua a nuestro alrededor centelleó con reflejos plateados.

—Es genial.

Pero me hizo callar para que no los asustase, así que me conformé con mirarlos y contemplar a Grace, a la vez que me esforzaba por no pensar en lo dulces que debían de ser sus labios.

Cuando se acabó el pan, Grace se tumbó en los escalones, con el brazo detrás de la cabeza, y yo la imité.

—¿Has tenido novia, Henry?

Mi ritmo cardíaco se aceleró.

—Eh, pues no, ninguna sería.

—¿Por qué no?

—Pues,... joder, qué mal se me da comunicarme.

—Ya lo había notado. ¿Y por qué será? Creía que escribías.

—Exacto. Escribo. Podría volver a mi casa y te redactaría un ensayo sobre por qué nunca he tenido novia, y me quedaría níquel. Pero soy... nulo de viva voz.

—Entonces siempre redactas un borrador, ¿no? ¿Lo filtras todo?

—Dicho así, suena deprimente, pero sí. Eso creo.

—Menudo desastre. Si pasas todo por una criba, se pierde la espontaneidad descarnada, tu esencia.

—Quizá tengas razón, sobre todo, si lo que buscas es la espontaneidad descarnada. Me cuesta transmitir un mensaje si no lo escribo.

—¿Por qué no pruebas?

—¿Cómo?

—Dame el primer borrador sin corregir de por qué no tienes novia. Venga, escupe.

—Porque... hay demasiadas razones. Porque tengo diecisiete años. Porque no me molesta estar solo. Incluso me gusta. Estoy rodeado de gente que se pasa la vida en relaciones dramáticas y tóxicas, y eso nunca me ha atraído. Quiero lo que tienen mis padres. Un amor extraordinario.

—Ya sabes que, al elegir ese camino, te pierdes un montón de cosas bonitas, ¿no? A veces, no sabemos si algo va a ser extraordinario hasta que ocurre.

—Ya, bueno. Sí. En fin, supongo.

—Pues si lo tienes claro, allá tú. Un primer borrador muy logrado, por cierto. Revisa tu respuesta y me la envías en forma de mensaje si ves que te apetece.

—Te mantendré al corriente. Es posible que recibas una disertación en un par de días.

—De acuerdo, Henry Page, te he hecho tres preguntas hasta ahora. La cifra mágica. Te toca a ti.

—¿Qué debería preguntar?

—Preguntar qué preguntar se carga el objetivo del juego. Pregúntame algo que quieras saber.

—¿Qué te ha ocurrido en la pierna?

Grace volvió la cabeza hacia mí. Estábamos a unos pocos centímetros de distancia. Sentía su aliento tibio en mis labios.

—Qué tostón de pregunta.

—¿Por qué?

—Porque la respuesta no dice nada de mí como ser humano. Yo te pregunto cosas muy profundas sobre tu canción y tu color preferidos y tu espléndido celibato, y tú apuntas a las cosas físicas evidentes.

—Puedo probar de nuevo si lo prefieres.

Grace levantó la cabeza hacia las estrellas.

—Hace tres meses tuve un accidente de coche. Grave. Dio siete vueltas de campana. Pasé un mes en el hospital y me colocaron clavos, injertos de piel, etcétera. Estuve en coma casi una semana, luego durante otra semana me quería morir del dolor. Y después comencé a encontrarme mejor. Volví a aprender a caminar. Tengo un montón de cicatrices horribles. No, no puedes verlas. ¿He respondido a tu pregunta?

—Qué putada.

—Pues sí, lo es. Y ya me sé el cuento de que todo sucede por una razón y esas movidas.

Levantó la vista al cielo.

—¿No lo crees?

Inspiró por la nariz.

—Reflexiona, Henry. Reflexiona, de verdad, y dime si te parece que nuestras vidas son más que una ridícula cascada de acontecimientos aleatorios. Una nube de gas y de polvo formó nuestro planeta, una reacción química creó la vida, y después todos nuestros antepasados prehistóricos

vivieron el tiempo suficiente para echar un polvo antes de morir en circunstancias atroces. El universo no es un lugar mágico, como le gusta imaginar a la gente. Es de una belleza insoportable, pero no hay magia, solo ciencia.

Yo seguía observando las estrellas mientras pensaba en la vida sexual de los hombres prehistóricos.

—¿Cómo descubriste este sitio, por cierto?

Se reincorporó para abrir su bolsa de patatas fritas.

—Hace unos años me trajo un amigo, cuando éramos pequeños. Nos encantaba liarla y teníamos la impresión de ser unos rebeldes al entrar aquí sin permiso. Veníamos a todas horas y nos pasábamos el rato hablando. Ahora, vengo siempre que me apetece recordar hasta qué punto soy insignificante dentro de la gran maquinaria del universo.

—Qué divertido.

—El espacio es el mejor remedio que conozco para la tristeza.

—Sentirse insignificante no te cura un bajón.

—Vaya que sí. Cuando miro el cielo de noche, me acuerdo de que no soy nada más que las cenizas de estrellas muertas hace mucho tiempo. El ser humano es una colección de átomos que se unen para formar un modelo preciso durante un corto período de tiempo, antes de separarse de nuevo. Mi pequeñez me tranquiliza.

—Creo que tú no vives en el mismo plano de la realidad que el resto de los mortales, Town. Deberías estar aterrada por el olvido y por la nada, como los demás.

—El mejor regalo del universo es ser olvidados.

—No me fastidies. Nadie quiere que lo olviden.

Grace volvió a echarse, con la cara hacia el cielo. Me vino a la cabeza una cita: «He amado demasiado las estrellas como para temer la noche». Un ligero estremecimiento me recorrió al mirarla.

—Me gusta pensar que, cuando muramos, a pesar de todo el dolor, el miedo y la enfermedad que hayamos podido experimentar en vida, a pesar de las penas y de los corazones rotos, nos dispersaremos en la nada. Saber que al final se hará tabla rasa me da valor. Se nos otorga un breve centelleo de consciencia para hacer lo que queramos, y después volvemos al universo. No soy creyente, pero incluso yo me doy cuenta de que es una especie de redención a la mayor de las escalas. El olvido no da miedo, es la forma de absolución más auténtica que pueda imaginar.

—Vaya. Ya veo por qué Hink te reclutó para el periódico.

—¿Ves? A veces, los primeros borradores son los buenos.

—Seguro que escribes maravillosamente bien. ¿Por qué lo has dejado?

—Bah, por lo de siempre. El estrés postraumático, todos esos rollos. Como trama de intriga es soporífera.

Tenía ganas de decirle «Más bien eres extraordinaria; a ver, muy rara, pero también extraordinaria», pero en su lugar, dije:

—¿Qué tipo de redención necesita una chica de diecisiete años?

—Te sorprenderías —contestó, mientras se incorporaba con una sonrisa traviesa—. ¿Quieres descubrir un sombrío secreto de mi pasado?

—Lo sabía. Has enterrado un cuerpo aquí, ¿es eso?! —grité, a la vez que ella se levantaba y me tendía la mano para ayudarme—. ¿Quién era? ¿Un indigente? ¿Un profesor? ¿Por eso te has cambiado de instituto?

No me soltó la mano hasta la mitad de la escalera, donde se puso en cuclillas para enseñarme algo grabado en el metal.

—Hace tiempo, yo era una vándala de las buenas.

La inscripción decía «GYD XA SIEMPRE».

—Aquí está.

—¿La hiciste tú?

—Sí. Debía de tener diez años.

—Grace Town, ya no sé qué pensar de ti. ¿Quién es D?

—Un chico.

—¿Era tu novio?

—Más bien un cuelgue, en aquella época.

—Para siempre, ¿eh? ¿Seguís juntos, entonces?

—Al final, para siempre no resultó ser tanto tiempo como yo creía.

Pasó los dedos por la inscripción, como en trance, como si hubiera olvidado que estaba conmigo.

—Mejor volvamos a casa —dijo en voz baja—. Gracias por acompañarme. He venido muchas veces aquí, pero sola no mola tanto.

—No hay problema. Podemos volver cuando quieras.

—Nos vemos mañana.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo es que... los viejos recuerdos resquemán, ¿sabes? Mi madre vive en el centro. A lo mejor voy a dormir a su casa. ¿Te parecería mal regresar solo en el bus?

—Ay, Dios, Grace Town, ¿cómo lo haré para volver a mi casa sin nadie que me lleve?

—Me tomaré eso como un sí.

Se puso a subir, pero tres escalones más arriba, se detuvo y se volvió.

—Me alegro de haberte conocido, Henry.

—Yo también, Grace.

Me quedé mirando cómo se alejaba mientras la luz de su teléfono se hacía cada vez más débil, hasta que la oscuridad la engulló, hasta que no quedó nada de ella, ni siquiera un ruido, y yo me encontré solo en la negrura de la noche.

Sentía un nudo en el estómago. Por lo general, sabía descifrar mis emociones con precisión. Feliz, triste, enfadado, molesto: todo relativamente fácil de etiquetar y catalogar. Pero aquello era nuevo: se trataba de una especie de telaraña de pensamientos insensatos que brotaban en todas las direcciones; era una sensación profunda, tan gigantesca como la galaxia, tan enorme y retorcida que mi pobre mente no conseguía ni siquiera empezar a comprenderla. Era como cuando te explican que la Vía Láctea está formada por cuatrocientos mil millones de estrellas; tú te dices: «Joder, es enorme», pero tu endeble cerebro humano jamás será capaz de entender hasta qué punto es colosal porque somos demasiado pequeños. Eso era lo que sentía.

Sabía reconocer cuándo le gustaba a una chica. O como mínimo cuándo coqueteaba conmigo. Grace Town no flirteaba. Yo no le molaba. O al menos, lo expresaba de una manera a la que no estaba acostumbrado.

También sabía reconocer cuándo me gustaba una chica. Abigail Turner (de preescolar) y Sophi Zhou (de primaria) me habían obsesionado. Dos caprichos. Pero con Grace era diferente. No me gustaba como tal. No sentía un deseo ardiente. No tenía ganas de desgarrarle la ropa. Simplemente, me sentía... atraído por ella. Como por la gravedad. Quería orbitar a su alrededor, como la Tierra y el Sol.

«No seas tonto, Henry», me dije mientras encendía la linterna de mi móvil para trepar por la escalera oxidada hacia el cielo nocturno.

Pensaba en Ícaro, en su soberbia desmedida y hasta qué punto esta metáfora (de la que estaba bastante orgulloso, la verdad) me parecía apropiada.

«Cuidado, Henry, no te acerques demasiado a esa chica o la cera de tus alas se derretirá.»

De vuelta en casa (mamá vino a buscarme, bendita sea), abrí las notas de mi teléfono móvil y escribí:

Segundo borrador  
Porque nunca he conocido a nadie  
a quien quisiera tanto en mi vida.  
Aunque contigo  
podría hacer una excepción.

## Capítulo 8

—MPDG —dijo Lola la tarde del martes después clase. Estaba sentada cabeza abajo en el sofá, con las botas en el respaldo, jugando sin mucho interés al FIFA—. Olfateo un comportamiento de MPDG.

—¿Qué es MPDG? —preguntó Murray.

—*Manic Pixie Dream Girl*, es un estereotipo que se ve en las pelis. Fíjate: embarca a Henry en una aventura para llevarlo a una estación abandonada llena de peces, y allí se pone a hablar del universo. La gente normal no hace esas cosas.

—Ella sí —afirmé—, y es bastante guay.

—No, es muy malo. Las MPDG son un campo de minas.

—Y ¿cómo sobreviven los peces en un sótano? —quiso saber Murray.

Desde que se lo había contado, acariciaba la pelusa de su barbilla con perplejidad. El pelo, que había debido de lavárselo la víspera (un raro acontecimiento), había retomado su forma natural: una melena leonina con la consistencia del algodón de azúcar. Abarcaba la mayor parte de sus hombros y de su cara, hasta el punto de que tenía que tomar prestados pasadores de Lola para poder ver.

—¿Es una especie de ecosistema cerrado? ¿Cómo han llegado allí?

—Seguramente comunicará con alguna fuente de agua —comentó Lola—. Los pájaros que se posan en la superficie llevarán huevos de peces pegados en las patas, o algo así.

—¿Crees que son comestibles? Podríamos ir a pescar. ¿Qué clase de peces eran, Henry? ¿Truchas? ¿Carpas?

—¿Podemos centrarnos, tíos? Estoy acojonado.

—¿Por qué?

—Creo que la quiero.

No era algo fácil de decir; en circunstancias normales nunca lo habría reconocido. Quizá tuviera ganas de un pequeño escándalo, porque estábamos en el último año del instituto. Tampoco quería uno del nivel de «contraer una ETS con tu colega y ganarnos el apodo de Trío de la Tricomoniasis», pero, al menos, algo. Yo escuchaba desde fuera las agitadas historias amorosas de Lola y de Murray, pero nunca participaba.

Por primera vez, quería jugar. Por primera vez, me parecía que alguien merecía la pena.

—Madre del amor hermoso —dijo Lola.

Muz fingió secarse una lágrima.

—Llevo esperando este momento mucho tiempo. Nuestro pequeñín por fin se ha convertido en un hombre.

—¿Qué debo hacer?

—¿Y ella? ¿Te corresponde? O sea, ¿has visto alguna señal? —preguntó Lola.

—Me ha llevado a su estanque secreto y me ha hablado de la muerte. Puede que en su cabeza eso quiera decir que le intereso.

—No tiene por qué. Si es una MPDG, quizá lleve a todo el mundo allá.

—Grace no es una *Manic Pixie Dream Girl*, ¿vale? Si no, llevaría vestiditos, flequillo, se desplazaría en bicicleta con barras de pan en la cesta y nunca dejaría de sonreír. Céntrate: no es un poco excéntrica, sino completamente estrambótica. Pensándolo bien, quizá sea depresiva.

—Vale, vale, Romeo, no pretendía ofenderte.

No le dije a Lola lo que pensaba en realidad: que Grace se había plantado aquella mañana en el instituto con la misma ropa que el día anterior, con el pelo como briznas de paja y los ojos rojos e hinchados propios de una noche en blanco. Las chicas que contaban patrañas acerca de tener familia en el centro y que pasaban de vez en cuando la noche en la calle no eran *Manic Pixie Dream Girls*.

Murray me pasó el brazo alrededor de los hombros.

—Escucha, hermano. Lo más importante es no precipitarse. Si fracasas, ya la has cagado. Tómate tu tiempo. Solo hace una semana que la conoces. Evalúa la situación. Observa su lenguaje corporal. Espera a conocerla antes de darle todo; ¿entiendes lo que te quiero decir?

—Por extraño que parezca, es el consejo más sabio que hayas dado en tu vida —dijo Lola.

—Como diríamos en las antípodas: no tiene sentido empujar estiércol colina arriba a pleno sol.

—¿Los refranes que nos sueltas son de verdad o te los sacas de la manga según te conviene?

—Están en los genes. Los llevamos en la sangre.

—¿Y qué es eso con lo que te ha salido de que por las tardes va a un sitio? —añadió Lola—. ¿Qué quiere decir?

Me encogí de hombros.

—Ni idea. Sale del coche, baja la calle y desaparece. Dos o tres horas más tarde, el coche se evapora. No sé si vuelve ella a buscarlo o se lo lleva otra persona.

—Pues vaya, sí que es enigmática... —señaló Murray.

—Grace Town es un acertijo envuelto en un misterio y todo ello empaquetado en un enigma.

—Podríamos resolverlo. A ver, ya sé que no somos Madison Carlson, pero podríamos intentarlo.

—Sí —dijo lentamente Lola—. La seguimos, descubrimos adónde va y desciframos el enigma.

—Da mal rollito, ¿no? Un poco en plan Christian Grey.

—¡Bah, no es que vayamos a olerle el pelo mientras duerme! Solo proponemos seguirle el rastro cinco minutos para ver adónde va. A lo mejor tiene novio. Vete a saber.

Por su manera de decirlo, estaba claro que Murray sabía que aludir a un posible pretendiente bastaría para que yo aceptara. Bien visto.

—Diecisiete. Diecisiete años sin sufrir ni una sola vez la presión social y, de repente, me pasa dos veces en dos días. Vale, muy bien. Juguemos a los mirones.

Muz aplaudió.

—Decidido. Mañana por la tarde, después de clase, aparcaremos delante de tu casa, preparados para llevar a cabo nuestra operación furtiva.

—Soy el único que tiene carné y pretendo permanecer oculto en la parte de atrás del coche. ¿Cuál de los dos conducirá, par de cretinos?

—No te preocupes —dijo Lola, empuñando el teléfono—. Tengo una idea genial.

—No me puedo creer que hayáis conseguido convencerme —refunfuñó Sadie al volante, mientras yo me acurrucaba en el suelo de su todoterreno.

Lola y Murray ya se habían puesto los cinturones, listos para la marcha.

—Soy neurocientífica, tengo veintinueve años y estoy ayudando al estúpido de mi hermano a acosar a la chica coja por la que se ha pillado. ¿Dónde la he cagado en la vida?

—Tío, ¿qué zapatos llevas? ¿Unas botas de *cowboy*? —pregunté a Murray, que cerraba la puerta mientras yo intentaba tumbarme a sus pies, lo que descubrí que era bastante complicado, pues corría el riesgo de perforarme los riñones con las puntas de los zapatos.

—Son zapatillas normales, relájate. No seas gallina y siéntate a mi lado.

—¡Pero qué dices! Debo proteger mi identidad. Lola, me encantaría que te sentaras en la parte de atrás para que Grace no te viese.

—¿Y perder el asiento de primera fila para presenciar la catástrofe? Ah, no, ni hablar.

Yo me removía sin poder encontrar la postura.

—¡Va, Sadie, arranca ya!

—Paciencia, mi pequeño John Hinckley Jr. 2.0, seguimos a una chica que camina con una muleta —dijo mi hermana, arrancando lentamente.

Me resigné a estar mal instalado y apoyé la cara en la alfombrilla mugrienta.

—Juro que no tengo pensado asesinar al presidente.

—Di lo que quieras, pero cuando cojas un avión para Washington y te pongas a ver películas de Jodie Foster en bucle, te denunciaremos a los federales.

El coche se paró.

—¿Qué pasa? ¿La veis?

—Sí, está justo delante de nosotros. Acaba de coger unas flores de un jardín. Menudo pedazo de MPDG. —Casi veía a Lola negar con la cabeza—. Tranquilo, no creo que se nos escape.

—No me da miedo que se escape, sino que nos vea.

—Si nos detienen, diremos a los polis que Sadie está obsesionada con Grace y que nos ha obligado a venir para masacrarnos en un ritual satánico.

—Ja, ja —ironizó mi hermana—. No sabéis cómo os odio, pandilla de chiflados.

—Justo lo que diría una satanista. ¿Te acuestas a menudo con el demonio, o sois amigos con derecho a roce?

Sadie despeinó a Lola, que se rio mientras se resistía.

—¡Mierda! Ha cogido un atajo —intervino Murray—. ¿Adónde lleva ese camino?

—Acaba en el cementerio.

Murray me dio un golpe en el costado.

—¡Lo sabía! Va a un osario todas las tardes. ¡Para flipar! ¿Abrimos apuestas? ¿Qué creéis? ¿Es un vampiro? ¿Un fantasma? ¿Uno de esos zombis capaces de amar?

—Diez dólares a ángel caído —indicó Sadie—. Están de moda.

—Venga, me arriesgaré. ¿A cuánto se cotizan las sirenas, Muz? —preguntó Lola.

—Las sirenas no viven en los cementerios, zoqueta.

—Vale. Entonces me decanto por demonio/sirena del infierno que frecuenta el pantano del cementerio. ¿Cómo están las apuestas?

—Cien mil a una.

—Perfecto. Apúntame diez. Ya puedo oler los billetes.

—¿Y tú, Romeo? ¿Qué crees que será tu chica? ¿Una bruja? ¿Una alienígena? ¿Una mujer lobo? ¿Una mujer koala?

—¿Una qué?—dijo Lola.

—Es un problema grave en mi país. Sidney está infestada. Tenemos que pasearnos con salsa Vegemite untada detrás de las orejas para evitar encontrarnos con ellos. El número de personas transformadas alcanza niveles trágicos.

Levanté la cabeza.

—¿Quieres cerrar la boca de una vez y recordar que estamos en una misión secreta/acoso muy seria? Suds, da la vuelta hasta Beauchamp Road, puede que la pillemos en el otro lado.

—Tampoco hace falta que me hagas un mapa, mocososo.

Noté como el coche daba una amplia media vuelta en Cemetery Drive, un nombre muy adecuado aunque poco original.

—Y aquí está el centro mortal de la ciudad—dijo Lola.

—Parece ser que la gente se muere de ganas de venir aquí—añadió Murray.

—No sé—continuó—, se comenta que los vecinos son bastante... estirados.

—Ya hemos llegado—anunció Lola, y me dio un golpe en el hombro—. Levántate, Henry; está lo bastante lejos como para no verte.

Murray me tiró de la ropa y acabé por acomodarme en el asiento entre gruñidos. A varios metros de distancia, Grace recorría un camino entre lápidas, con un ramo de flores en la mano. Se había quitado el gorro, y sus cabellos, que reflejaban la luz de la tarde, tenían el color de la mantequilla. Se detuvo, se colocó un mechón detrás de la oreja y se arrodilló delante de una tumba ya decorada con docenas de flores en diferentes estados de descomposición. Después se tumbó boca abajo, con la cabeza apoyada en un brazo, los dedos entrelazados con las hojas de hierba, y dio golpecitos con los pies detrás de ella. Incluso desde tan lejos, veía como movía los labios: hablaba, o quizá cantaba, a un ser invisible bajo tierra.

Durante un minuto nos quedamos subyugados, anestesiados por la tranquilidad que emanaba de aquel momento íntimo que no nos pertenecía. Luego Sadie negó con la cabeza y arrancó.

—No deberíamos estar presenciando esta escena, Henry. No es para nosotros.

Asentí.

—Llévanos a casa, Suds.

El resto de la tarde me quedé leyendo junto a la ventana y observando las nubes de tormenta, mientras esperaba que el misterio del coche evaporado se resolviera. Justo después de la puesta de sol, en el momento en que los rayos listaban el cielo, un vehículo se detuvo frente a nuestra casa. Un hombrecito calvo salió del lado del pasajero y corrió bajo la lluvia hasta el Hyundai de

Grace. Abrió la puerta, levantó la cabeza, me vio observarlo y me saludó con la mano. Lo imité. El hombre cabeceó, subió al coche y arrancó bajo la tromba de agua. Los pilotos traseros me recordaron a los ojos de un demonio en la oscuridad.

## Capítulo 9

No podía abordar con Grace la cuestión del cementerio sin reconocer que la habíamos seguido; en consecuencia, como persona con dos dedos de frente y emocionalmente estable, decidí intentar olvidar lo que había visto. Seguí el consejo de Murray de conocerla poco a poco, lo que descubrí que era más fácil de decir que de hacer, porque era probable que Grace Town fuera el ser humano más extraño del planeta.

Las dos semanas siguientes, almorzamos juntos casi todos los días, a veces con mis amigos y otras, cuando me daba la sensación de que no tenía ganas de relacionarse con otros seres humanos, solos. Este nuevo ritual empezó de la misma manera que el de llevarme a mi casa: al día siguiente del incidente del cementerio, Grace se materializó junto a nuestra mesa en la cafetería y preguntó si podía comer con nosotros.

«Vampiro», articuló en silencio Murray, cuando Grace se sentó al lado de Lola.

Le di un puntapié bajo la mesa.

Recordando su discurso sobre el lenguaje corporal, intenté observar qué hacía Grace. Me incliné hacia ella por encima de la mesa, con las piernas en su dirección. Ella jamás imitaba mis movimientos. Permanecía recta, o con la espalda pegada al respaldo de la silla, con las piernas cruzadas, lejos de mí. Cada vez que me adentraba en su espacio personal, traicionado por mi subconsciente, me batía en retirada para no revelar más de lo necesario.

La publicación del periódico funcionaba de la manera siguiente: cuatro números al año, al principio de cada trimestre. El que circulaba en aquel momento era el último editado por el redactor del año anterior, Kyle, el famoso profanador del sofá. Así pues, el último ejemplar del que nos ocuparíamos Grace y yo saldría en verano, después de que hubiéramos recibido los diplomas. Sería nuestro legado, la sabiduría que prodigaríamos a los nuevos alumnos de último año.

Además de recapitular los acontecimientos importantes del trimestre, cada número se centraba en uno de los cuatro sabores ultraedulcorados del instituto: «¡amistad!», «¡viajes!», «¡tolerancia!», «¡armonía!».

Kyle, que venía al instituto vestido con una capa y había colgado la máscara de Guy Fawkes en la redacción, había ampliado los límites con temas abstractos como «círculos», «rojo» (en ese salió mucho Taylor Swift), «perturbador» o incluso «monótono». Los profesores, que en general preferían la propaganda *hardcore* del tipo «el instituto es la mejor época de vuestra vida», lo veían con malos ojos; los alumnos, en cambio, estaban encantados de leer por fin algo diferente de «forjar lazos para toda la vida» o «en marcha hacia un porvenir prometedor», así que lo adoraban. Y cuando digo «adoraban», quiero decir que al menos el cuarenta y cinco por ciento se tomaba la

molestia de ir a buscar un ejemplar, lo que, si consideramos la inclinación de los adolescentes a no querer saber nada ni del instituto ni de todo lo relacionado con él, situaba al periódico de Kyle en la categoría de superventas.

Con la esperanza de superar el legado de Kyle, encontrar el tema perfecto exigía un trabajo enorme en un espacio cerrado. Hink nos había dado control absoluto sobre el contenido. En nuestra única reunión nos había dicho, con cierta inconsciencia: «Sois dos buenos alumnos, confío en que respetaréis las normas». Así, Grace y yo teníamos que pasar bastantes tardes, después de clase, haciendo tormentas de ideas. Yo acercaba mi silla hasta su mesita y bebía Red Bull o café (teníamos acceso a la sala de profes, toma ya), mientras ella sorbía poleo menta y llenábamos el periódico de ideas cada vez más repugnantes. «¿Nuevos comienzos?» «¿Empezar desde cero?» «¿Llegar a ser la persona que quieres ser?» «¿Jóvenes para siempre?»

Durante aquellas primeras semanas, me preguntaba si ella era tan hiperconsciente de su cuerpo como yo del mío. Me quedaba sin aliento cada vez que nos rozábamos sin querer, o siempre que un estallido de risa nos hacía apoyar la frente en el hombro del otro. Algunos días, era Grace quien iniciaba el contacto accidental. Otros, se mantenía como una marioneta y medía cada gesto para asegurarse de que nuestras pieles no se tocaran jamás.

Yo solía descifrar bastante bien a la gente, pero Grace Town era una anomalía, un punto ciego en mi radar. Aunque no me gustaba tener que recurrir a *Crepúsculo*, por fin comprendía cómo Edward podía encontrar a esa idiota de Bella interesante. (No estoy llamando «idiota» a Grace, al contrario: era inteligente, de espíritu vivaz y provista de un humor tan negro como el de Batman.) Pero empezaba a entender la atracción que el señor Piel de Purpurina alimentaba por Bella. Y cuanto menos descifraba a Grace (o menos conseguía comprenderla), más me fascinaba. Necesitaba desesperadamente descubrir lo que ocurría en los oscuros, retorcidos e hilarantes pasillos de su mente.

Algunas veces, éramos como dos viejos amigos. Otras, se ponía los auriculares y solo nos dirigía la palabra a Lola y a mí para saludarnos. Y otras, ni siquiera venía. Yo aceptaba tanto lo bueno como lo malo, me dejaba llevar por el tornado Grace Town.

En los días buenos de Grace, aquellos en los que se implicaba, pude descubrir que:

- Grace Town hacía atletismo (¡corría por placer!). O al menos, antes del accidente.
- Grace Town no bebía café.
- Grace Town dedicaba el tiempo libre a leer las páginas de Wikipedia sobre asesinos en serie y accidentes de avión.
- Grace Town celebraría su cumpleaños el fin de semana después de Acción de Gracias.
- A Grace Town le gustaban «Breaking Bad», *Star Wars* y «Juego de Tronos», pero ni «Star Trek» ni «Doctor Who» (por esta razón estuve a punto de perder todo el interés en ella).

Solo teníamos una clase en común (teatro), que suponía que suspendería, ya que nunca abandonaba su asiento al fondo de la sala, y Beady jamás la hacía participar. A pesar de estar en el último año, cuando todos nos desquiciábamos con el tema de la admisión en la universidad, la nota media y las pruebas de acceso, en las primeras semanas de clase me fue bien. Sabía que los profes que ya había tenido me pondrían buenas calificaciones (Beady, Hink y Sánchez, el de

español); en cambio, tendría que hacer mucho la pelota a los que no conocía para asegurarme la nota, porque la mayor parte guardaba rencor, aunque hubiesen pasado más de diez años, a la familia Page.

Todos los cursos escolares empezaban así: los profesores que llevaban en Westland el tiempo suficiente para haber tenido a mi hermana en clase reaccionaban siempre igual: reconocían el apellido Page, levantaban la mirada horrorizados, constataban mi parecido con Sadie y se daban cuenta de que éramos hermanos.

Mamá no exageraba cuando decía que a Suds ya la habían detenido tres veces a mi edad, pero se portaba aún peor en la escuela que ante la ley. Expulsada (extraoficialmente) y readmitida cinco veces por (entre otros motivos) venta de cigarrillos, robo de una cámara, incendio de una cocina en clase de economía doméstica (ella sostenía que había sido un accidente), destilación de alcohol de contrabando (durante ocho meses) en un armario del laboratorio y, para acabar, cultivo de marihuana (durante tres años) en el invernadero del departamento de ciencias. No resultaba nada extraño, pues, que se hubiera convertido en científica, ya que había pasado mogollón de tiempo trabajando en «proyectos de ciencias» ilegales.

Y se le permitió volver siempre por una razón muy simple: Sadie Page era, por así decirlo, un genio. Imagino que, a pesar de todos los problemas que ocasionaba, Westland no pensaba deshacerse de la única posibilidad de que una exalumna ganase el Premio Nobel. La directora Valentine incluso albergaba una ternura especial por sus travesuras menos serias (según la leyenda, se había llevado el alcohol de contrabando de Sadie a casa y cada fin de año se tomaba un chupito). Además, las notas de Sadie no eran tan solo excepcionales, eran increíbles. Junto a comentarios como «marginal» e «inaguantable», en los boletines aparecían otras indicaciones como «matemáticamente precoz» e «inteligencia perturbadora». Y no había más. Ser un Page implicaba cargar con una reputación de genio del mal, que a mí me venía grande, y tener que trabajar encarnizadamente para que no se me considerara a) un poco por debajo de la media intelectual, y b) un delincuente juvenil.

Siempre me había fastidiado esta circunstancia. Sin embargo, ahora tenía la excusa perfecta para pasar el mayor tiempo posible estudiando, lo que, por supuesto, requería disfrutar de compañía, en concreto, la de Grace. La última semana de septiembre, habíamos ido a almorzar al McDonald's para «estudiar», eufemismo con el que llamábamos a nuestras deconstrucciones estúpidas de la literatura («lo que más me gusta de *Rebelión en la granja* es la ausencia de simbolismo inútil. Solo es un cuento, sencillo, sobre unos animales que detestan a los humanos», dije, imitando al personaje de Ron Swanson, de la serie «Parks and Recreation»). Ese comentario me granjeó una carcajada y que Grace se apoyara en mi hombro, y a las discusiones todavía más absurdas sobre problemas de mates («¿Qué te ha dado la seis?», pregunté. Grace miró su cuaderno: «Violeta, porque los alienígenas no llevan sombrero»).

Esas primeras semanas de trabajo en el periódico fueron las mejores. Estar encerrado en esa pecera que nos servía de oficina con Lola y Grace tenía algo de mágico. El trabajo no avanzaba mucho, pero no era grave: quedaban varios meses hasta la fecha de publicación. Las hojas de los árboles apenas acababan de cambiar de color y el sol todavía calentaba a mediodía, lo que significaba que éramos dueños de todo nuestro tiempo. Podíamos esperar a que el tema perfecto apareciera en nuestro cerebro. Sabíamos que, cuando llegara, sería maravilloso y que quedaríamos tan deslumbrados por su resplandor que acabaríamos el periódico en cero coma.

Habíamos pedido a los periodistas de primero (por fin, cuatro alumnos se habían ofrecido voluntarios, todo un récord) que se dedicaran a los contenidos que no tuvieran que estar ligados al tema: entrevistas, eventos, fotos. La mayor parte del tiempo, no trabajábamos en absoluto, porque, al menos en los días buenos de Grace, estar juntos resultaba mucho más divertido.

Compartíamos vídeos de YouTube. Las chicas nunca habían visto a Liam Neeson ir a pedir consejo a Ricky Gervais para hacer de monologuista, así que lo vimos juntos, tres veces, porque era muy gracioso. Intercambiábamos memes, nos enviábamos snapchats diez veces al día. Encadenábamos chistes privados. Yo observaba estupefacto lo rápido que una persona puede convertirse en una parte esencial de tu vida. A principios de octubre, solo cuatro semanas después de habernos conocido, Grace y yo habíamos desarrollado un idioma propio. Podíamos mantener una conversación entera enlazando citas de películas o incluso mediante GIF, si hacía falta. Habíamos llevado a escondidas pistolas de dardos de espuma para dedicarnos a librar minibatallas en el despacho después de clase. Nos habíamos intercambiado nuestros libros preferidos (el mío: *La carretera*, de Cormac McCarthy; el suyo: *84, Charing Cross Road*, de Helene Hanff) y nos horrorizamos mutuamente porque el otro no hubiera leído una obra literaria que, cada uno, de forma individual, consideraba un clásico.

Un día de la primera semana de octubre, Lola, en un arrebatado de generosidad hacia nuestra causa, anunció que necesitaba que Grace y yo le sirviéramos de modelos para un trabajo de su clase de arte. Nos dirigimos al campo de fútbol, vacío a aquella hora crepuscular; Lola llevaba su cámara de fotos alrededor del cuello para realizar una sesión que cada vez se volvía más ridícula. No eran todo lo animadas que Lola deseaba (Grace no podía ejecutar la pose a lo *Dirty Dancing* debido a su herida), pero acabamos estallando de risa en la hierba.

—Me debes una gorda —dijo Lola, a la mañana siguiente, al pasar delante de mi taquilla.

Me puso una foto en blanco y negro contra el pecho. Había conseguido captar un momento de intimidad. Yo tenía los ojos cerrados, la cabeza un poco agachada y una leve sonrisa en los labios. Por su parte, Grace miraba directa al objetivo, mientras me pasaba un brazo alrededor del cuello, en plena carcajada. Nunca la había visto reír así. Hasta entonces, ignoraba que fuera capaz.

Escondí la foto en mi libro de biología, convencido de que, si Grace la encontraba, iría directa a pedir una orden de alejamiento. No obstante, cuando llegué al despacho del periódico esa tarde, había algo distinto. Tardé unos minutos en descubrir qué era. Vi un pequeño rectángulo pegado con celo en el vidrio, delante de la mesa de Grace. Era una foto. Me acerqué para mirarla. Aparecían una chica rubia y un chico moreno en diversas tonalidades de grises. Ella sujetaba al chico sonriente por el mentón, y lo besaba en la mejilla. No se nos parecían. Él no era desgarrado y torpe, y ella no llevaba ropa de chico, ni iba desaliñada, ni se desplazaba con una muleta. Lola había capturado una expresión que nunca había visto antes.

Éramos personajes de una película.

Estábamos totalmente vivos.

Y éramos increíblemente bellos.

—Creo que necesito un pseudónimo —le dije a Grace ese jueves—. No lo sé, tengo la impresión de que ahora que soy un redactor muy ocupado y muy importante, no debería firmar con mi nombre.

En realidad, todavía no habíamos logrado producir nada aceptable. Al fin, un voluntario de primero muy entusiasta, Galaxy Nguyen (le habían dejado elegir su propio nombre de pequeño, cuando su familia se trasladó aquí desde China; una pasada), se había encargado de entrevistar a los Plastic Stapler's Revenge; mientras que los otros tres periodistas voluntarios nos habían presentado un puñado de artículos (la mayor parte sobre temas que les apasionaban de manera inquietante, tales como las cartas Magic o los gatos).

Pero todavía no era el momento de entrar en pánico.

—Acepto el desafío de encontrarte un alias genial —dijo Grace, haciendo una reverencia con la cabeza.

Así, un cuarto de hora después, empecé la redacción de mi primer artículo bajo el nombre de Randy Knupps (la menos mala de las opciones propuestas). Pero mi ritmo cardíaco se aceleró cuando Grace declaró:

—Yo también quiero un seudónimo. ¿Y si nos convertimos en una familia? Yo sería Dusty Knupps, tu knuppsesposa, y Lola podría ser Candy Knupps, nuestra knupps hija.

—El periódico de la familia Knupps. Me gusta.

—De hecho, ¿sabes qué? Creo que estoy lista para pasar al siguiente nivel de nuestra relación.

—¿Ah, sí?

Mi ritmo cardíaco se aceleró hasta el punto de que no distinguía un latido del siguiente.

—Me parece que ya es hora de que Lola tenga un hermanito. Adoptemos un pez.

El resto del día estuvo consagrado a los preparativos para la llegada de nuestro bebé con branquias. Lola fabricó un majestuoso palacio con arcilla en clase de arte, mientras que yo acompañé a Grace a la tienda de animales para comprar un acuario y una planta acuática; firmamos, incluso, un acuerdo de custodia para que nuestro hijo pez sin nombre viviera en el despacho durante la semana y en casa de Grace o en la mía un fin de semana de cada dos.

Por la noche, Grace nos llevó, a Lola y a mí, a la estación abandonada, donde utilizó sus dones de chica que susurra a los peces (es decir, que les da pan) para reunir un cortejo de cuerpecitos plateados al pie de la escalera.

—Soy Grace de la Casa de los Town, madre de los animales acuáticos con branquias —dijo, mientras manejaba la red que le habíamos comprado para sacar un pez centelleante del lago subterráneo.

Lo transfirió a una bolsa de plástico llena de agua.

—¿Qué nombre le ponemos? —pregunté.

—Yo diría que es un chico —opinó Lola—. Un fabuloso macho exótico. Llamémoslo *Ricky Martin*.

—*Ricky Martin Knupps* —corregí—. No excluyas a tu hermano tan a la ligera, La.

*Ricky Martin* murió esa misma noche. Resultó que la arcilla utilizada por Lola para fabricar su majestuoso palacio no era adecuada para peces. A la mañana siguiente, lo encontramos boca arriba; se había ido a un mundo mejor.

—Soy yo —murmuré cuando Grace me enseñó su minúsculo cadáver—. Es culpa mía. Sobre mi familia pesa una funesta maldición que acaba con todos los peces.

—Ahora está con *Toby* y *Gloria* —dijo Lola, al tiempo que me ponía una mano en el hombro.

Grace llevó a RMK en un táper en su mochila hasta el almuerzo, e hicimos unos cortos pero solemnes funerales en las gradas del estadio, canturreando *Livin' la vida loca* en el momento de meterlo en su minúscula tumba, que señalamos con un anzuelo (fue un detalle de muy mal gusto, ya lo sé).

Limpiamos el acuario, cambiamos el palacio asesino por plantas y unas inofensivas figuritas de Ewoks, y fuimos a buscar a nuestro nuevo bebé, *Ricky Martin Knupps II*, también al estanque de la estación.

—Tiene tus ojos —dijo Grace, mientras lo observábamos moverse por su nuevo entorno protegido.

—Tiene tus aletas y tus branquias —respondí.

Llevado por el entusiasmo del momento, la cogí de la mano, igual que harían unos padres jóvenes, como si fuera el gesto más natural del mundo.

—Sois muy raros —señaló Lola.

—Serás muy buen padre para *Ricky Martin Knupps II* —afirmó Grace sin soltarme la mano.

En aquel preciso momento, me pregunté si un ser humano podía transformarse en supernova. Tenía la impresión de que mis átomos se separaban unos de otros y emitían ondas de choque de calor y de luz.

—Nunca le mencionaremos que hubo un primer *Ricky Martin Knupps*.

Después de eso, decidí que el rollo del lenguaje corporal inconsciente era una tontería fantaseada por un psicólogo chiflado, muerto hacía medio siglo (no lo digo por nadie, Freud). Grace nunca me dio un indicio concreto de que podía estar interesada en mí, y jamás me pidió vernos a solas salvo la noche en la que fuimos a la estación abandonada. En cambio, me acompañaba a mi casa todos los días. Y pasábamos los fines de semana enviándonos mensajes. No obstante, nunca quedamos.

No importaba que ella no cruzara inconscientemente las piernas hacia mí, pues me había tomado de la mano conscientemente mientras contemplábamos al pez nadando en su acuario, y, durante bastante más tiempo del necesario, su pulgar me había acariciado la piel.

Lo que contaba era que nos inventábamos seudónimos para nuestra familia de mentira, y que adoptábamos animales domésticos; y, en el mundo de Randy Knupps, Grace era mi mujer y la madre de nuestro fantástico niño acuático, *Ricky Martin Knupps II*.

## Capítulo 10

El martes de la segunda semana de octubre, tomamos la decisión de recurrir a los servicios de la detective de institutos y vendedora ambulante de chismes Madison Carlson. Hacía nueve días que Murray intentaba, sin éxito, retomar el contacto con su exnovia, y tocar *Wonderwall* (muy mal) con la guitarra delante de su casa no había desembocado en la reconciliación que él esperaba, sino en varias llamadas a la policía y una persecución a pie a través de una zona residencial.

Sugar Gandhi, el gran amor de Murray (que había cortado con él al final del curso pasado), se llamaba en realidad Seeta Ganguly. Ignoro si había entendido mal el nombre o si se negaba de buena fe a pronunciarlo correctamente, pero Murray no la llamaba otra cosa que no fuera Sugar Gandhi. Estoy seguro al noventa y nueve por ciento de que era un apodo bastante racista, pero la propia Sugar había insistido en que la llamaran así, de modo que, en cierto modo, eso le quitaba gravedad. Por ese motivo, los demás hicimos lo mismo. Su relación no había durado mucho: cinco meses en los cuales Murray aprendió a cocinar biryanis y samosas, y le dedicó muchos estados de Facebook.

Por desgracia, como suele suceder en las relaciones entre adolescentes, su idilio no duró. Seeta le dijo a Murray que sus padres preferían que saliese con un «chico indio» (supongo que se trataba de una mentira muy elaborada, inspirada en la película *Quiero ser como Beckham*, para no herir los sentimientos de mi amigo).

Desde entonces, Muz intentaba reconquistarla, pero para eso necesitaba un confidente. Aquí es donde intervendría Madison Carlson.

De todas las chicas de nuestro instituto, Madison era la más terrorífica, la más rubia, la más sensual. En su presencia, uno se sentía anulado, porque las tías como ella y los tíos como yo eran criaturas que habían evolucionado en dos niveles diferentes del reino animal. Tenía un número importante de seguidores en Instagram, había diseñadores que le enviaban regalos de vez en cuando, e iba a Nueva York todos los meses para sesiones de fotos y a reunirse con personajes vip. Corría el rumor de que ya tenía más dinero que sus padres y de que se pagaría la matrícula de la uni en metálico.

—Eh.. —dije, al acercarme a ella delante de su taquilla, el martes por la mañana.

—Hola —respondió, con una expresión extraña pero justificada, vista mi manera de abordarla, tan sutil.

—Aparta, Henry, que así no acabaremos nunca —ordenó Murray, empujándome para tomar la mano de Madison con una reverencia—. Señorita Carlson. Como un *boomerang*, vuelvo a ti.

—¿Qué quieres?

—Información. Sobre el East River. Solo puedo pagar un precio limitado, pues estamos en posesión de 8,75 dólares, pero estaremos encantados de invitarte a degustar un menú extra grande en el restaurante de tu elección.

—¿Quieres chismes? Ya no estamos en el colegio, Murray. Ahora tengo cosas más importantes que hacer.

—Mads, colega, sigues saliendo con ese gordinflón grasiento del East River (lo cual no consigo entender), así que algo debes de saber. Seeta Ganguly. Último curso en el East River. Quiero saberlo todo sobre su vida sentimental. Serás generosamente recompensada —dijo, mientras deslizaba algo dentro del bolsillo de Madison.

Sacó el papel y lo desplegó.

—Es un vale descuento caducado de Pizza Hut.

—Y tengo muchos más —le susurró al oído—. Quedamos mañana a primera hora de la tarde en tu taquilla. Ya sabes dónde está. Ah, si alguien pregunta, no hemos estado aquí.

Murray se alejó reculando en medio de la multitud e intentó desaparecer como por arte de magia a lo Jason Bourne, pero todo el mundo lo vio meterse en el baño de las chicas.

—No me hace ni un poco de gracia —indicó Madison—. ¿Podrías decírselo, por favor?

—Lamento que hayas tenido que sufrirlo.

—Preguntaré por Seeta. Y dile a Murray que rompí con Sean hace dos meses.

—De acuerdo. Ah, y... podrías también, quizá... Grace Town. Murray quiere saber por qué dejó el East River.

—Murray quiere saberlo, ¿eh?

—Es un cotilla incorregible.

Madison cerró la taquilla.

—A ver de qué me entero.

Alrededor de veinticuatro horas más tarde (Madison Carlson no se tomaba en broma los cotilleos), estábamos de nuevo delante de su taquilla.

—¿Has hablado con Seeta? —preguntó Murray—. ¿Tiene novio? ¿A quién tengo que matar?

—Verás, me ha hablado de un exaustraliano psicótico por cuya culpa su padre tuvo que llamar a la poli, pero, aparte de eso, Seeta está soltera —explicó Madison.

—¡Todo está saliendo a pedir de Milhouse!

—Vas a acabar en chirona, Murray. Tu obsesión no es nada romántica, da miedo.

—Eh, que fue su viejo el que llamó a la poli, no ella. Ella me envió un mensaje, quería que habláramos, pero sus padres le confiscaron el teléfono.

—Piensa lo que quieras.

—¿Y sobre Grace? —pregunté.

—Déjalo estar, Henry. Créeme. Es mejor que no te metas en esa historia.

—Va, Mads —intervino Murray—. Sabes muy bien que, al no querer decírnoslo, todavía vamos a tener más curiosidad. Ayúdanos a hacer avanzar la trama y desembucha.

—Lo único que sé es que su familia es un caos, y que hace unos meses estuvo involucrada en un accidente de coche. Nada más.

—Por tus fatigas —dijo Murray, y le entregó otro vale de Pizza Hut.

—¡Hala, este todavía es válido!

—Para que no digas que nunca te doy nada bueno.

Madison lanzó un suspiro y se volvió hacia mí.

—Si fuera tú, de ninguna manera iría al campo de atletismo del East River, los martes, a eso de las nueve de la noche. No hay nada interesante que ver allí.

—Campo del East River, nueve de la noche el martes. Gracias. Y ahora que lo pienso... ¿qué te parecería encargarte de una columna a lo «Gossip Girl» para el periódico?

—Preferiría una sección de cine o algo por el estilo.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de películas?

—No sé, ¿clásicos contemporáneos? *El club de la lucha, Origen, Matrix, Pulp Fiction*. Las mejores.

Fruncí el ceño.

—¿Lola te ha pedido que dijeras eso?

—¿Qué?

—Bah. Nada, déjalo. Sería muy guay. Tómame tu tiempo, no imprimimos hasta diciembre. Gracias.

—Sí, gracias, camarada —dijo Murray, dándole un golpe en la espalda.

—Os odio a los dos —concluyó Madison.

Su mirada se demoró en Murray una fracción de segundo de más, y tuve la clara sensación de que Madison Carlson, en realidad, no lo odiaba ni un poco, nada en absoluto, de hecho.

Llegó la noche de aquel miércoles: el primer mensaje personal de Grace, espontáneo, sin tener nada que ver con el periódico, apareció en mi móvil cuando subía al autobús para volver de casa de Murray, alrededor de la medianoche.

GRACE TOWN

¿Qué tal Simba? ¿Ha afrontado sus demonios y salvado al mundo?

La noche anterior había ido a ver el musical de *El Rey León* con Sadie y Ryan. Debí de habérselo mencionado hacía una semana por lo menos. Lo habíamos pasado muy bien. Después del espectáculo, nos hicimos una foto con una estatua de Rafiki antes de ir a tomar un helado cerca del teatro, en un sitio donde los fabricaban con nitrógeno líquido.

—¡Mira, *Hengui*, mira! —gritó Ryan, cuando la camarera le sirvió una copa de helado de menta más grande que su cabeza—. La vida es bella —proclamó con aire muy serio al examinar su postre.

Sadie y yo estuvimos a punto de morirnos de la risa.

HENRY PAGE

¡Fue guay! Pero han añadido canciones y cosas que no molan nada. Y Scar intentó tirarse a Nala, eso me ha jodido la infancia.

¡Vaya! Habría preferido que no me lo hubieses contado.

Exacto. Hay más cambios. Timón y Pumba son drag queens que bailan el charleston en lugar del hula: ¿por qué? Y Zazú no canta «tengo dos buenos cocos de verdad».

Qué ultraje. Por piedad, dime que Rafiki sigue siendo un puto crack.

Rafiki estaba a tope de power.

No puede ser que hayas dicho eso.

¿Tengo que recordarte que tu dijiste #YOLO?

Punto para ti, Page.

Lola acaba de enviarme un mensaje. Está encantada con nuestras habilidades como modelos. Nuestras fotos le vendrán muy bien para su book.

No lo dudaba.

Creo que me ha copiado y pegado en una, y la ha titulado las Las tres Grace.

Lola tiene un gusto impecable. A veces, me pregunto si habrá algo en la vida más allá de ser escandalosamente guapa.

La próxima vez habrá que probar tu mirada «Acero azul».

Exacto

\* mira la maqueta del periódico\*

¿Qué es esto? ¿Un periódico para hormigas?

Ja, ja.

Me estoy riendo solo en el autobús, parezco un loco. Y me da igual.

P.D.: La directora Valentine ha venido al despacho esta tarde. Esta mujer me da un miedo de muerte. Le he dicho que ya teníamos un tema. Y que queríamos mantenerlo en secreto porque va a ser increíble. Es ABSOLUTAMENTE necesario que encontremos un tema.

¿Cuánto tiempo te has quedado en el despacho? Siento mucho no haber ido por allí hoy.

Justo estoy volviendo a casa. Ahora. He pasado la tarde con Murray editando un apasionante artículo de Galaxy sobre la decepcionante textura del pollo que sirven en la cafetería.

Puaj.

De repente me compadezco de Miranda Priestly (puede que haya visto El diablo viste de Prada el finde pasado).  
¿Cómo se las apañaban antes para editar solos el periódico?

¿Anfetaminas?

Fijo.  
Deberíamos conseguir unas cuantas para el día de la publicación.

Por lo que me han contado de Kyle, no me extrañaría que hubiese escondido un alijo en el despacho.

Seguro que quedan residuos en las tarjetas de visita que nos dio Hink. Deberíamos lamerlas.

Sí, como en American Psycho. «Qué bello ese color sutil, casi blanco. La exquisitez del grosor. Si hasta tiene marca de agua.»

Clase Business. La única manera de volar.  
Quizá en lugar de atiborrarnos de pastillas deberíamos convertirnos en alcohólicos torturados. Eso les pega más a los escritores. Deberíamos comenzar a beber en el despacho todas la tardes. Compramos una

minivevera y la llenamos de cervezas. Podemos esconderlo debajo de la mesa de Lola. Ella es bajita. No se dará ni cuenta.

«Lo sentimos, no puedes sentarte aquí, es el sitio de la cerveza.»

«Este año no tenemos diseñador, lo hemos cambiado por cerveza.»

#LaCervezaPrimero

Un buen eslogan de campaña política.  
«Hillary Clinton, 2016: La cerveza primero.»

Solo Hillary podría ganar con ese eslogan.

Sin duda.  
Yo la votaría.

Yo también. Bueno, me voy a dormir.  
¿Te recojo mañana?

Sí. Nos vemos.

Y luego, el jueves, como una aparición milagrosa bajada de los cielos, llegó la noticia de La Fiesta. (Igual que la Primera Guerra Mundial, La Fiesta no llegó a ser conocida como tal hasta después. Antes de que se celebrara, La Fiesta [la Primera Guerra Mundial] era simplemente «la fiesta de Heslin» [la Gran Guerra].) La fiesta de Heslin/La Fiesta empezó como un rumor que se amplificó hasta el punto de convertirse en tema de conversación en el almuerzo, y luego en un acontecimiento imprescindible cuando James Heslin la anunció en Facebook, menos de veinticuatro horas después de las especulaciones iniciales. Todos los de último curso estábamos invitados, así como la mitad de los del año anterior (solo las tías buenas, claro). Los de nuestro curso nos llevábamos bien, a pesar de algunos choques de personalidad. Quizá éramos una anomalía, o quizá las películas nos habían mentido; en todo caso, entre nosotros, los deportistas podían juntarse con los frikis, y la mayor parte del tiempo todo el mundo era majó.

En fin, la cuestión es que aquel viernes noche tenía que celebrarse La Fiesta, que fue de lo único que se habló durante todo el día. Lola y Murray irían, por supuesto. Y también la novia de La. Yo, por mi parte, no era demasiado fan de las fiestas, pero esta... Esta era diferente.

Deseaba desesperadamente ir con Grace y sentarme a su lado toda la noche, con los bajos de la música resonándonos en el pecho, lejos de la pecera silenciosa que era nuestro despacho y de su coche de chico.

Abrí la aplicación de las notas en mi móvil y, bajo el segundo borrador, escribí:

Tercer borrador

Porque nunca había sido consciente de que uno podía enamorarse de un ser humano como de una canción. Un tema que no te dice nada al principio, una melodía desconocida, puede transformarse en una sinfonía grabada en la piel; en un himno en las venas; en una armonía cosida en el reverso del alma.

## Capítulo 11

—He decidido ir a La Fiesta —le anuncié el viernes por la mañana, antes de clase. (Ahora que lo pienso, era probable que me dijera «a la fiesta de Heslin», pero no quiero irme por las ramas.)

Grace levantó la mirada de la pantalla de su ordenador; estaba en Tumblr, como siempre.

—¿En serio? —dijo ella.

—En serio —respondí.

Dejé mis cosas en el suelo, encendí mi ordenador y la observé mientras volvía a concentrarse en su pantalla. Ese era el momento de la verdad: o le gustaba o no. O correspondía mis sentimientos o no. Pasó un minuto, después otro más, y justo cuando pensaba que tendría que ir a esa fiesta de mierda yo solo (no tenía más remedio ahora que había confirmado mi asistencia), Grace declaró, sin levantar la mirada:

—Creo que yo también iré.

Entonces lo supe. A la bella, misteriosa, herida e increíblemente extraña Grace Town le gustaba. Ni su precario lenguaje corporal ni la ausencia de flirteo significaban nada, porque iba a venir a la fiesta, donde habría alcohol y habitaciones poco iluminadas; tal vez una copa la ayudara a soltarse un poco y podría hablarme del cementerio, del accidente de coche y de todo lo demás.

Grace seguía sin mirarme, así que, sin mostrar ningún tipo de emoción, dije:

—Genial.

—¿Beberás? —me preguntó.

Lo cierto es que no me iba mucho el alcohol. Solo me había emborrachado de verdad una vez, a los dieciséis años. Murray me había obligado a tomar chupitos de tequila con él, para comprobar si era verdad el dicho de «un tequila, dos tequilas, tres tequilas, y al suelo». Esa noche descubrí que era superimpreciso. Yo apostaría más bien por la versión: «un tequila, dos tequilas, tres tequilas, vomita y máchate toda la ropa, llora mientras tu padre te mete en la ducha, llora y pide a tu madre que te prepare huevos de salmón, que a saber lo que son, deja que te acuesten, decide que vas a escapar del régimen totalitario de tus padres, vomita en el jardín en plena huida, deja que tu padre vuelva a llevarte a la cama y, entonces sí, al suelo».

En definitiva, el resultado no fue elegante como parecía indicar el dicho.

Sin embargo, añadí: «A lo mejor me tomo un par de copas», porque tenía la impresión de que Grace bebería y yo quería estar con ella y ver cómo la cambiaba el alcohol. En definitiva, quería saber cómo era cuando estaba borracha. ¿Gruñona? Era probable. ¿Ligona? Dudoso. ¿Depre? Casi seguro.

—Puedo conseguir bebida —señaló Grace. Yo volví a responder tan solo «Guay».

Inmediatamente después, sonó el timbre, ella recogió sus cosas y se marchó sin decir ni una palabra más.

Una cosa estaba clara: después de solo cinco semanas, no podía quitarme a Grace Town de la cabeza.

El viernes por la tarde, ya habíamos entrado de lleno en el otoño. Una neblina tamizaba la luz del sol y reflejaba los colores dorados y ocre de las hojas, que se desprendían de los árboles cuando se levantaba brisa. Todo lo necesario para la fiesta estaba listo: el alcohol y el sitio (los padres de Heslin se habían ido a pasar el fin de semana fuera; era todo un cliché, pero bueno).

Lo único que debía hacer era contarles a mis padres los planes que tenía para esa noche. La conversación fue más o menos así:

Yo: «Padre, esta noche tengo la intención de beber, aunque no llego a la edad».

Papá: «Dios santo, Henry. Ya iba siendo hora. ¿Necesitas que te lleve?».

A alguien le había parecido buena idea, una especie de rito de iniciación, beber en el campo de fútbol antes de ir a la fiesta de Heslin. Cuando llegué, acababa de anochecer, pero los asistentes apenas podían mantenerse en pie; se habían metido entre pecho y espalda media bañera de ponche. Y, sí, alguien había comprado o robado una bañera de verdad y la habían llenado con una mezcla de vodka barato, vino todavía más barato y «bebida de fruta» (los chavales de instituto no tienen dinero para comprar zumo de verdad).

Grace ya estaba allí cuando yo llegué, sentada con las piernas cruzadas y sola, apoyada contra un árbol en el borde del campo, con su bastón en el regazo. Delante de ella había dos botellas de plástico, una vacía y otra medio llena, de un extraño líquido amarillo.

—Henrik —dijo ella al verme. No recuerdo en qué momento nos habíamos asignado apodosos germanorrusos, ni por qué, pero me encantaba.

—Buenas noches, Grakov —respondí.

—Te he conseguido el material necesario para una buena borrachera.

Me entregó la botella de plástico vacía y señaló con un gesto de la cabeza la bañera del ponche, de la que Murray estaba bebiendo directamente con las manos mientras mostraba a un pequeño grupo de espectadores la técnica correcta para beber con seguridad de una poza llena de cocodrilos. Cuando participaba en reuniones multitudinarias como aquella, intentaba ir vestido con la mayor cantidad de «ropa de safari» posible, en un esfuerzo para emular a Steve Irwin y reforzar la idea de que era un aventurero. Esa noche, se había recogido el pelo en un moño desaliñado y llevaba un enorme colmillo a modo de colgante. Muchas chicas lo miraban embobadas.

—Entonces, cuando me dijiste que conseguirías bebida, lo que en realidad querías decir es «Rebuscaré en la basura a ver si encuentro una botella usada». Me siento traicionado.

—Dos botellas usadas, querido amigo. Me ha llevado todo el día encontrar estas preciosidades. Además, mira lo que he conseguido —dijo ella, sacándose una petaca plateada del sujetador (quién fuera petaca)—. Hala, sírvete una copa.

El ponche se había convertido en un brebaje repugnante. Unos cuantos bichos habían encontrado su final poético, a la par que trágico, en él; por no mencionar el tronco que Muz había dejado flotando en el fondo amarillento para que representara su némesis reptiliana. Pero no me

importó. Sumergí mi botella vacía en él y esperé a que desaparecieran las burbujas. Di dos buenos tragos (casi la mitad de la botella), y volví a rellenarla. No quería llegar al punto de pedir «huevos de salmón», pero sí esperaba que el alcohol me ayudara a soltarme un poco.

Lola se acercó a mí mientras yo enroscaba el tapón de la botella, con Georgia, su novia.

—Tócame, Henry Page —dijo Georgia, cogiéndome la mano libre y llevándosela a la mejilla.

Ese era su saludo estándar, y resume bastante bien la personalidad de Georgia McCracken, a excepción de dos detalles: a) que era una pelirroja pequeñita con pecas por toda la cara, y b) que hablaba con cierto acento irlandés, a pesar de no haber vivido nunca en Irlanda.

—Hola, G —le contesté, abrazándola con cuidado, pues era tan pequeña que temía que un abrazo de verdad le rompiera la columna—. ¿Cómo te trata la vida de pueblo?

—Si ves «Amos del pantano», te harás una idea bastante precisa, porque es básicamente un documental sobre mi vida.

—Buf...

—Vaya, parece que va a ser una noche interesante —dijo Lola. Dio un buen trago a su copa y señaló con la cabeza algo detrás de mí.

Me di la vuelta, y encontré a Murray hablando con una chica india, que no parecía hacerle demasiado caso. Sugar Gandhi.

—No sabe cuándo rendirse.

—Mierda —exclamé—. Que alguien ponga la alarma: el derrumbe emocional se prevé para la una de la madrugada. La, creo que hoy te toca a ti ir al rescate. Yo me encargué de la última.

—Joder —respondió simplemente Lola, al darse cuenta de que era su turno. Dio otro trago a su copa, entrelazó los dedos con los de Georgia y dijo—: Será mejor que intervengamos ahora, antes de que vuelva a cantarle canciones de amor de Bollywood.

—¿Por qué? ¿Acaso hay algo más romántico que un poco de racismo inocente? —preguntó Georgia, mientras Lola la arrastraba hacia Sugar Gandhi, que ahora me estaba mirando a mí, como si yo fuera responsable del terrible comportamiento de Muz.

Me limité a encogerme de hombros y a mirarla con cara apesadumbrada, y luego volví a donde estaba Grace. Cuando me desplomé en el suelo, a su lado, me había bebido otra cuarta parte de la botella, y ya notaba los efectos extraños, a la par que familiares, del alcohol, que me nacían en el pecho y me bajaban hasta los muslos.

—Hoy va a ser una gran noche —aseguré.

Me apoyé en el árbol, de manera que mi hombro tocaba el suyo. Las palabras me salían como chispas de la punta de la lengua, y notaba que mi boca era ya demasiado pequeña para mi cara.

Cuando llegamos a casa de Heslin, estaba ya bastante borracho, de modo que no recuerdo cómo llegamos allí ni quién llevó la bañera (con Murray en su interior).

Tampoco recuerdo muy bien cómo acabamos Grace y yo sentados uno junto al otro a una mesa en el patio trasero de Heslin. Empezamos a cambiar de sitio, como si jugáramos a las sillas musicales. Alguien se levantó para ir al lavabo, otro fue a por bebida, otra persona se sentó en el asiento de alguien que se había ido, hasta que al final, todos nos habíamos cambiado de lugar, y Grace Town estaba a mi lado. Cerca de mí. Tanto, que nuestras piernas se rozaban. Debía de haberse bebido botella y media de ponche, y nunca la había visto tan relajada y cariñosa como en ese momento. Se reía de los chistes; me sonreía y participaba en las conversaciones. Incluso

cuando no estaba hablando, y creía que nadie la miraba, una luz brillaba en sus ojos. Estaba sentada muy recta. Sus problemas con el lenguaje corporal desaparecían al perder la sobriedad y, con medio pedo, se desenvolvía con naturalidad. A pesar de su aspecto sucio y descuidado, estaba bastante guapa.

La gente la veía de otra manera. Se daban cuenta de lo guapa que era. Eran conscientes de que estaba allí. Por jodido que resulte decirlo, el alcohol le daba vida.

Cada vez que trabajábamos en el periódico, nos sentábamos juntos, de modo que acabábamos rozándonos; pero si no había bebido, Grace siempre se apartaba. De hecho, solía sentarse lo suficientemente cerca para que nos tocáramos, pero enseguida se separaba cuando sucedía. Parecía que quisiera que la tocara hasta que la rozaba y, en ese momento, cambiaba de opinión. Sin embargo, esa noche todo era distinto. Los roces casuales de nuestra piel se hicieron cada vez más frecuentes; sin saber cómo, me encontré contándole una anécdota que la hizo reír a carcajadas.

—Para, déjalo ya, ¡estás quedando como el culo! —me dijo entre risas.

Grace me tapó la boca con la mano en un esfuerzo por silenciarme, mientras yo fingía que intentaba resistirme, lo que provocó las risas de ambos. Yo había colocado la mano en su cintura, y ella, la suya en mi rodilla, de modo que nuestros cuerpos estaban pegados, aun sin ninguna necesidad.

—¡Henry! ¡Es nuestra canción! —exclamó cuando empezó a sonar una versión de *Someday*.

Me sorprendió que recordara mi canción favorita. Y todavía más que se refiriera a ella como «nuestra canción». No dijo «mi canción», sino «nuestra». Grace entrelazó sus dedos con los míos, me levantó y me condujo a la improvisada, y abarrotada, pista de baile (es decir, el suelo de parqué de la sala de estar de Heslin). Cuando empezó a sonar el estribillo, ella comenzó a moverse de una manera que jamás habría imaginado, del todo antiGrace. No daba crédito, era incapaz de apartar la mirada. Bajo las luces doradas de la lámpara de araña que colgaba del techo, el tiempo cambió, se abrió un portal y, de repente, pude ver a la chica que había sido antes de conocerla, la de las fotos de su página de Facebook.

Mientras bailaba, se quitó la camisa de franela que llevaba y se la ató a la cintura, de modo que se quedó con una camiseta de tirantes blanca y vaqueros. Debajo de la ropa, su figura aparecía esbelta, angulosa y adorable. Se le marcaban bastante los hombros, las clavículas y la línea de la mandíbula, como si no comiera lo suficiente. Además, las mejillas y los ojos hundidos, así como el corte de pelo recto, hecho por ella misma, le daban pinta de yonki.

Pero su forma de moverse... Madre de Dios, cómo se movía: cerraba los ojos y se mordía el labio, como si pudiera sentir la música en las venas.

—Henrik, ¿por qué no bailas? —preguntó Grace al fijarse en mí.

Me cogió de la mano y casi me sacudió, como si ese gesto fuera a imbuirme con el poder del ritmo. El baile no era lo mío, pero estaba con Grace, borracho, y ella era tan increíblemente hermosa que solo pensaba en besarla mientras se oía «nuestra canción». Así que la acerqué a mi cuerpo y, cuando volvió a sonar el estribillo para entusiasmo de todos los presentes, bailé con ella.

Grace no me quitaba las manos de encima y aprovechaba cualquier excusa para acariciarme. Solo necesitaba reunir el valor necesario para acercarme y besarla. Solo un momento de valor extraordinario.

—¡Henry! ¡Grace! —gritó una voz conocida.

Un segundo después, Lola se plantó a nuestro lado con Georgia, nos abrazó y se puso a bailar entre nosotros. La habría matado. Entonces, la siguiente canción empezó a sonar, y todos bailamos juntos, saltando al ritmo de la música, mientras yo me lamentaba para mis adentros por lo que podría haber pasado.

Tres canciones después, Grace me cogió de la mano.

—Necesito una copa —dijo.

—Vamos con vosotros —respondió Lola.

Lancé una mirada a mi amiga con la que claramente quería decirle: «No me dejas más remedio que retorcerte el pescuezo», pero ella no la vio, así que apreté los dientes y seguí a las chicas hacia el patio. Los restos del ponche de la bañera se habían vuelto de un color marrón sospechoso, y había un zapato de Murray flotando en él. (Solo había visto a Muz una vez desde que habíamos llegado a casa de Heslin y, de forma inexplicable, iba disfrazado de pirata y bebía con una pajita de una copa yarda. Qué campeón.)

Grace todavía llevaba en el bolso la petaca de vodka, así que la dividimos en cuatro, lo mezclamos con lo único que teníamos disponible (un refresco de arándano) y nos sentamos junto al jardín, en la oscuridad, a beber.

—Un momento, tengo que ir al lavabo —explicó Grace, y me pasó su vaso.

—Ah, yo también —añadió Georgia.

En cuanto se alejaron lo suficiente para que no pudieran oírnos, me volví hacia Lola.

—No pretendo ser duro, pero, por favor, por lo que más quieras, tenéis que marcharos de inmediato. Creo que puede haber tema entre Grace y yo.

—Ya decía yo que me había parecido ver que hacíais manitas.

—Entonces ¿por qué narices te has pegado a nosotros?

—Porque ella está borracha, y tú también, así que no creo que sea buena idea que os lieis.

—Lola.

—¿Has descubierto ya a quién pertenece la tumba que va a visitar todos los días? Porque cuanto más lo pienso, peor rollo me da.

—Lola.

—¿Te estás enamorando de ella, Henry? ¿De la Grace a la que conocemos? ¿O de la chica de la foto de perfil de Facebook? Porque está claro que ya no es esa persona, por mucho que quieras engañarte.

—Lola.

—¡Vale! Pero cuando te haga trizas el corazón y acabes hecho polvo, no me vengas a llorar a mí.

—Pues claro que acudiré a ti, para eso están los mejores amigos.

Le hice un gesto a Lola con la cabeza para que se volviera: Murray y Sugar Gandhi mantenían una acalorada discusión en un rincón apartado del jardín y, por muy extraño que parezca, Muz seguía vestido de pirata.

—Dios santo. —Lola negó con la cabeza—. En fin, los tíos son así.

Cuando nuestros respectivos intereses amorosos regresaron, Lola se puso de pie, besó a Georgia en la mejilla y dijo:

—Vamos, preciosa, tenemos que ir a hacer un recado.

Y entonces, por fin, nos quedamos solos. Nosotros y el universo.

Grace me tendió la mano para que me levantara, y paseamos entre la multitud, con los dedos entrelazados, durante unos minutos, esperando a que el alcohol hiciera efecto y nos devolviera al feliz estado de confusión en el que nos habíamos encontrado hacía treinta minutos.

No sé quién llevó a quién, o si ambos tuvimos la misma idea, pero de repente nos encontramos en el pasillo oscuro que recorría el lateral de la casa. Me apoyé en la pared de ladrillos para mantener el equilibrio y antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba pasando, Grace estaba encima de mí, besándome y acariciándome el pelo. Lo primero que se me pasó por la cabeza fue: «Vaya. No sé qué canción está sonando», pero enseguida dejó de importarme, porque Grace Town estaba besándome y era tan genial como me había imaginado. Las semanas de angustia pensando «¿Le gustaré?» se desvanecieron. Ahora sabía que sí, claro, no quedaba otra.

La copa que sujetaba en una mano se estaba derramando, pero no quería interrumpir el beso, así que la rodeé por la cintura con el brazo y procuré evitar tirarle el refresco rojo por la espalda. Nos movíamos uno contra el otro como las figuras de un caleidoscopio. Deseaba cogerla en brazos y que ella me rodeara las caderas con las piernas, pero era consciente de que alguien podría vernos, y no quería ser una de esas parejas a las que poco les falta para tener sexo en público.

El beso duró dos canciones, y no conocía ninguna de las dos. Entonces, Grace se alejó, se mordió el labio inferior, apoyó las manos en mi pecho y me miró, como si quisiera confesarme algo, pero finalmente se limitó a decir:

—Debería irme a casa.

—Puedo acompañarte, si quieres.

—De acuerdo.

Cogí nuestros abrigos del dormitorio de la hermana pequeña de Heslin (en cuya puerta había un cartel colgado que decía: NADA DE SEXO AQUÍ, PUTOS BÁRBAROS), mientras Grace llamaba a sus padres para avisarlos de que volvía andando a casa, como si intentara dejarme claro que, una vez que llegáramos allí, de ningún modo iba a dejarme entrar. Lo cierto es que me parecía bien, porque yo aún era virgen y, de todas maneras, dudaba mucho de que estando tan borracho pudiera hacer gran cosa. Así que caminé a su lado, en la fría noche, sin tocarla, sin cogerle la mano, simplemente hablando de posibles temas tontos para el periódico (¿Espíritu escolar? ¿La historia hasta ahora? ¿Deja marca?), como si no nos hubiéramos enrollado.

Cuando llegamos a su casa, se despidió de mí con la mano, me dijo que nos veríamos el lunes, y punto pelota.

Con el valor que aún me confería el alcohol, le envié un mensaje de camino a casa de Murray, que estaba más cerca que la mía y tenía mejor acceso.

HENRY PAGE

Bueno, Dusty Knupps. A estas alturas, supongo que resulta obvio que me gustas bastante.

GRACE TOWN

¡Vaya! ¡Me alegra saberlo! No te habría perseguido si no sintiera lo mismo.

A mí también me alegra saberlo. Desde luego. Te iré informando este fin de semana de cosas e historias.

Jaja. Sí. No dejes de contarme ni una sola de esas cosas e historias.

Excelente. No te perderás ni una.  
Adiós, señora Knupps. Ha sido un placer.

El placer ha sido mutuo, señor Knupps.

—Muz —susurré cuando llegué a casa de Murray, a la vez que daba unos golpecitos en la ventana.

Nadie respondió, así que la abrí, me colé y me quedé dormido, solo y con la ropa puesta, en la cama de Murray, sin dejar de pensar en Grace Town. Si era cierto que los seres humanos estamos hechos de pedazos de universo, el alma de Grace estaba compuesta por polvo de estrellas y caos.

## Capítulo 12

Nuestros padres estaban totalmente acostumbrados a entrar en nuestros dormitorios por la mañana y no encontrar a sus hijos. El padre de Murray, Baz (diminutivo de Sebastian, no de Barry, cosa que siempre mencionaba cuando le presentaban a alguien), me despertó con el olor a beicon y café. Al levantarme, me di cuenta de que mi cerebro se había soltado de las paredes de mi cráneo. Cuando me movía, mis sesos hacían lo propio y parecían golpearse contra el hueso como una medusa enfadada que picaba a diestro y siniestro.

Con la cabeza como un bombo, me arrastré hasta el comedor, donde la madre de Murray y sus tres hermanas menores ya estaba sentadas alrededor de la mesa.

—Buenos días, Henry —dijeron las chicas al unísono, entre risitas.

Se parecían bastante a Muz, tenían el mismo pelo rubio rizado y los mismos ojos azules (solo les faltaba el incipiente bigotillo de adolescente de su hermano, claro).

—Callad, bestias infernales —les respondí, mientras me dejaba caer en una silla del comedor; apoyé la frente con delicadeza sobre la mesa de madera, lo que hizo que se rieran todavía más—. ¿Por qué hay tanta luz aquí?

El sol parecía colarse por todas partes, y sentía que me chamuscaba las venas, aún empapadas en vodka y ponche.

—Puede que Drácula no fuera un vampiro, solo un borracho empedernido con una resaca constante.

—Si esa fuera la trama del libro, sería mucho más interesante —opinó Baz.

—Supongo que no sabrás dónde está nuestro hijo —dijo Sonya, la madre de Murray.

Sin despegar la cabeza de la madera fría, comprobé mi teléfono. Tenía tres mensajes:

LOLA LEUNG

Es puntual como un putito reloj.

Después, me había mandado una foto de un Murray muy borracho, medio inconsciente y llorando a moco tendido, en el suelo de la cocina de Lola, abrazado a lo que daba la impresión de ser un canguro de peluche.

LOLA LEUNG

Le he puesto el canguro ahí porque me parecía gracioso, pero no pienso confesarlo cuando le enseñe la foto por la mañana.

Y más tarde, a las 4.03:

MUZ FINCH

He escapado del mandato despótico de Lola. Tu padre me ha dejado entrar en tu casa. Estoy borracho y a punto de disfrutar de un polvo de reconciliación en tu cama. Espero que te parezca bien.

Cerré los ojos y gruñí.

—Cabrón australiano.

—Henry —dijo Baz, señalando a las chicas—. Esa boquita.

—Ah, lo siento. Sí, Murray está en mi casa.

—¿Otra vez andáis con el juego de las camas musicales?

—Como siempre. Primero se quedó dormido en casa de Lola. Posiblemente en el suelo de la cocina. Y no descartaría que abrazado a un canguro. Vuestro hijo es todo un libertino.

—Por eso dejamos que pase tanto tiempo contigo. Porque puedes colar palabras como «libertino» en una conversación informal —indicó Sonya, antes de alborotarme el pelo y servirme un vaso de zumo de naranja.

Desayunamos juntos, bajo la luz cegadora del sol, y después las chicas me arrastraron a su sala de juegos a ver *Avatar: La leyenda de Aang*, hasta que llegaron mis padres con Murray. Dejé que me pintaran las uñas con esmalte de purpurina plateado a cambio de que me trajeran algo de comer a escondidas. Intentaron trenzarme el pelo, pero ninguna de ellas consiguió que el peinado aguantara.

Al fin, mamá y papá acudieron a realizar el intercambio de hijos con los padres de Muz. Murray entró descalzo, aún disfrazado de pirata, con una bandeja de horno vacía y un cartel colgado alrededor del cuello donde se podía leer ABRAZOS Y GALLETAS GRATIS.

No pregunté. No me hizo falta.

Mis padres decidieron que nos quedáramos a almorzar, así que me tumbé en la cama de Murray durante la siguiente hora y media, dando cabezadas, mientras él ponía algo de orden en su habitación y me contaba que se había reconciliado con Sugar Gandhi (dos veces) en mi cama. La idea no me hacía mucha gracia, pero él se apresuró a señalarme que mis sábanas estaban ofensivamente sucias y que necesitaban un buen lavado de todos modos, y no le faltaba razón. Por supuesto, le hablé de Grace, del beso, y del mensaje que me había enviado después. «No te habría perseguido si no sintiera lo mismo.» Le expliqué que cuando yo pensaba que le era indiferente, en realidad, ella había intentado seducirme a su extraña y silenciosa manera. Murray y yo no solíamos hablar de este tipo de cosas, porque tampoco solían pasarme, pero estaba bien poder compartir algo para variar.

—Vaya dos... Somos un par de bobos enamorados —dijo Muz, mientras se dejaba caer en la cama, junto a mí. Me pasó la pierna por encima y me olisqueó el cuello como un perro lanudo, según su costumbre.

De la parte del amor no estaba del todo seguro, pero no cabía duda de que bobos lo éramos un rato.

## Capítulo 13

Y entonces, llegó la nada.

No sé muy bien qué esperaba. Era consciente de que darnos un único beso, en plena borrachera, no significaba que Grace tuviera que consagrarse a mí en cuerpo y alma, pero sí que me imaginaba que, al menos, seríamos menos reservados sobre nuestros sentimientos. También creía que, ahora que sabía que le gustaba, me resultaría más fácil conectar con ella los días en que se encerraba en sí misma, que sería más sencillo estar a su lado incluso cuando fingía que era la única persona del mundo, o que si le rozaba sin querer el brazo no se pondría rígida como si una corriente eléctrica le recorriera la columna vertebral. Pensé que, después de que dos personas se enrollaban, las cosas tendían a simplificarse. Y, naturalmente, estaba muy, pero que muy equivocado.

La semana siguiente fue algo así:

### SÁBADO

Cuando, por fin, regresé a casa a primera hora de la tarde, después de comer con Muz y su familia, le envié un mensaje a Grace. (Antes había despegado las sábanas de mi cama y las había metido en la lavadora, ataviado con guantes y una mascarilla quirúrgica.)

HENRY PAGE

Uf. Me he despertado con sabor a rata muerta en la boca. He oído que han castigado a Heslin. Pobre chico. ¿Qué tal, Grakov? Dame un toque si te apetece quedar este finde.

GRACE TOWN:

Yo me encuentro bien. Ya te diré algo sobre este finde. Que tengas buen día.

### DOMINGO

A pesar de lo que me había escrito, Grace Town no me dirigió la palabra en todo el fin de semana. Me pasé la mayor parte de esas cuarenta y ocho horas esperando a que me mandara un mensaje, pero nada, así que me fui a dormir a las ocho de la tarde del domingo, pero no conseguí conciliar el sueño hasta que la luz sonrosada de la mañana empezó a entrar por las ventanas del sótano.

## LUNES

Grace Town vino a la redacción por la mañana, antes de la primera clase, me saludó con la cabeza, recogió un montón de papeles de su mesa y se marchó. Llegados a este punto, estaba razonablemente seguro de que El Beso (como llegaría a ser conocido) había sido poco más que una alucinación causada por una ligera intoxicación por el alcohol metílico del ponche. Durante todo el día, mi único deseo fue volver a casa a buscar otro instituto que admitiera traslados a mitad del último año.

Por desgracia, tuve que quedarme después de clase para acabar (léase: empezar) mi primera tarea de inglés para Hink, ponerme al día con los deberes de mates, abrir el libro de español por primera vez en todo el curso y comenzar a pensar en solicitar plaza en la universidad. Por todas esas razones, aún estaba en la biblioteca cuando recibí un mensaje de Grace, y sentí que el corazón me daba un vuelco. Era mucho mucho peor de lo que había esperado.

### GRACE TOWN

¿Quieres jugar al fútbol americano los jueves por la tarde? Hink está organizando un equipo de profesores y alumnos para promover «la vida sana» y quiere saber si te apuntarías. Al parecer todo el mundo (es decir, todos los profesores) va a aceptar. Yo no jugaré, pero iré a animaros.

Me había preparado para un mensaje que dijera: «Lo del viernes fue un error» o «No quiero que haya mal rollo entre nosotros», pero eso era una tortura. Por un lado, unirme al equipo de fútbol americano de los profesores tenía dos beneficios:

1. Grace Town, obviamente. Más eventos sociales obligatorios implicaban más tiempo juntos fuera de clase, de la redacción y del coche de Grace.
2. La posibilidad de demostrar a mis profesores, en especial a los que seguían pensando que yo era el equivalente en chico de Sadie Page, que carecía de malicia criminal y de brillantez psicótica.

Por otro lado, había una enorme desventaja:

1. Tener que hacer deporte.

La balanza casi se decantaba por rechazar la oferta. No me hacía ninguna gracia que Grace fuera testigo de mis torpes intentos de coordinación. Pero no podía dejar pasar la oportunidad de estar más tiempo con ella, así que le escribí:

### HENRY PAGE

Supongo que podría aprovechar para acercarme a menos de dos metros del señor Hotchkiss. En clase, siempre me obliga a sentarme al fondo, pero ¡no podrá esconderse de mí en el campo!  
¿Tienes idea de a qué hora planean jugar?  
¿Y qué tal te ha ido el lunes?

## GRACE TOWN

El partido será a las 16 h de cada jueves. Hoy, bien. He ayudado a Lola con algunas cuestiones de diseño de los artículos que ya tenemos. ¿De verdad queremos sacar el artículo de 10 000 palabras sobre el juego de Magic: The Gathering...?  
¡Ah! ¿Y si escogemos Magic: The Gathering como tema?

Siento no haber ido a ayudarte, tenía deberes.  
¿No te había dicho que ya había decidido que Magic: The Gathering fuera el tema global hace ya una semana o así? Ese artículo épico se va a convertir en un clásico de la literatura del Westland Post.  
(Aunque quizá deberíamos reducirlo a 9 000 palabras.)  
¿Qué haces esta noche?

Acabo de salir del despacho y he quedado con un par de compañeras del equipo de atletismo del East River. Es posible que necesite una cerveza, o tres, después de intentar corregir la gramática de Galaxy.

Puede que poner una neverita no fuese una buena idea. A este paso, acabaré el año siendo alcohólico. En serio.

¡Como todos los grandes escritores! Hemingway estaría orgulloso de ti.  
¿Tomamos unos chupitos antes del fútbol? No llaman al alcohol un "desinhibidor" por nada.

Beber será un 95 % de mi estrategia.

¿Y el otro 5 %?

1 % de talento atlético puro y sin adulterar. 4 % de suerte.  
Es una estrategia audaz, Cotton. Ya veremos si da resultado.

Ya lo creo. El 60 % de las veces funciona.

## MARTES

A la hora de comer, fuimos a una cafetería que queda cerca del centro comercial e hicimos cola juntos, en silencio, porque era un día malo de Grace: apenas me había hablado desde hacía horas, y resulta difícil apartar a alguien que no está presente. Por los altavoces empezó a sonar la versión de Elvis de *Can't Help Falling in Love*, lo que resultó tan ridículamente tópico que tuve que apretar los labios para no echarme a reír.

Cuando llegamos al mostrador, pedí un té. Grace no quería nada, pero insistió en pagar mi bebida, y yo le dejé hacer, porque me gustaba cómo me hacía sentir. La gente no invita a alguien si le es indiferente, ¿verdad?

En ese momento, mientras Elvis cantaba «*Take my hand, take my whole life too*» por el altavoz, el té era mucho más que una infusión. Después de media semana de nada, era una muestra de que a Grace Town seguía interesándole, aunque no supiera encontrar las palabras para transmitírmelo.

—¿Se supone que ese atuendo va a ayudarnos a pasar desapercibidos mientras la espiamos? — dije.

Era martes por la noche, y había transcurrido una semana desde que Madison Carlson nos había dado el chivatazo. Yo conducía hacia el Instituto East River. Murray estaba en el asiento del copiloto, vestido con una gabardina y un sombrero clásico estilo fedora, con un puro sin encender entre los labios.

—La lluvia caía como balas —describió él, sin quitarse el puro de la boca; había decidido narrar los acontecimientos de esa noche, impostando un fuerte acento americano de los años cincuenta, como si estuviéramos en una película de cine negro. En realidad, no llovía en absoluto —. Me volví hacia el muchacho. —Murray me miró—. Y dije: «Espero que sepas en qué te estás metiendo». Era un buen chico, metro ochenta de piel y huesos, y una cabeza decente sobre los hombros. No tenía las agallas para decirle que la dama a la que perseguía era como el humo de un cigarro: bella pero mortal.

—El humo no es bello.

—El chico dijo algo estúpido, pero yo lo ignoré. «Estamos a punto de llegar al East River», señalé cuando doblamos la esquina y aparecieron las luces de la escuela. «Aparca aquí, o nos descubrirán en menos que canta un gallo.»

—En serio, si no te callas y te quitas ese sombrero, te voy a dejar en el coche.

—Ya no aguantaba los lloriqueos del chaval. Necesitaba fumar desesperadamente. —Murray encendió una cerilla y la acercó al puro, en el coche de mi madre nada menos. Me apresuré a darle una colleja en el cogote.

—Ah, joder, ¡vale, vale! —exclamó él, sacudiendo la cerilla hasta que la llama se apagó.

Se quitó el sombrero, dejó el puro en el coche, y caminamos hacia las luces blancas de la pista de atletismo del East River. Se levantó viento, que trajo consigo el olor limpio y crujiente del otoño. Las hojas muertas se partían bajo nuestros pies. Las luces de la calle relucían en la penumbra, pero la carretera estaba vacía y en silencio. Me metí las manos en los bolsillos y especulé sobre lo que Madison Carlson nos había enviado a ver.

Cuando llegamos a la pista, encontramos las gradas desiertas, así que nos refugiamos en las sombras. Muz me dio un codazo en las costillas, señaló hacia la otra punta del campo y dijo «Mira, allí», lo cual fue del todo innecesario, porque ella era la única persona que se veía: una pequeña silueta que se recortaba sobre una galaxia de luz fluorescente.

Grace iba vestida como siempre, con ropa extragrande y masculina, pero noté algo diferente. Se había recogido el pelo, y tenía la cara rosa y cubierta de sudor; estaba inclinada hacia delante, con las manos en las rodillas, y jadeando. Tras un minuto, se puso derecha y volvió cojeando, sin bastón, hasta la línea de salida, donde se arrodilló. Respiró hondo y empezó a correr. Arrastraba la extremidad dañada como podía, y la mueca de dolor de su cara se acentuaba cada vez que la pierna impactaba sobre el tartán rojo de la pista.

—¿Qué hace? —dijo Muz, mientras la observábamos.

Jamás había imaginado que Grace fuera capaz de realizar ese esfuerzo físico, tal vez por su aspecto pálido y quebradizo, aunque no era frágil, en absoluto, pues también era fuerte. Después de haber corrido a toda velocidad unos treinta metros, Grace se detuvo, gritó y se tiró del pelo. Cogió el bastón, lo había dejado junto a la pista, y se golpeó la pierna herida una y otra vez antes de derrumbarse en el suelo, entre sollozos. Ahora entendía por qué su cojera seguía siendo tan pronunciada.

—Joder —exclamó Murray, antes de sacar otro puro del bolsillo de su gabardina. Esta vez, dejé que lo encendiera. Le dio una larga calada, como si de verdad fuera un duro detective salido de una novela negra.

—Como el humo de un cigarro —señaló con su acento americano, tras exhalar varios remolinos grises. No quise decirle nada al chaval, pero, mientras la observábamos, pensé que cuanto más respirara su esencia, más enfermo se pondría.

## MIÉRCOLES

—Invítala a salir —me dijo Muz, la tarde siguiente.

Habíamos decidido no contarle a Lola que habíamos visto a Grace en la pista de atletismo porque: a) señalaría lo obvio, es decir, que Grace era una persona con un serio problema emocional, y eso ofrecía motivos muy racionales para mantenerme alejado de ella, y b) ya nos sentíamos bastante mal por lo que habíamos hecho y visto. No me había podido quitar la imagen de Grace de la cabeza en todo el día, se me había pegado a la piel como una telaraña, así que ahora debía esforzarme en reprimir ese recuerdo, además de los acontecimientos del cementerio.

—No conseguirás conquistarla si te limitas a deambular a su lado como alma en pena. Deja de ser una nenaza.

—Murray —lo interrumpió Lola—. ¿Qué habíamos acordado sobre usar «nenaza» como insulto?

—Ah, mierda, es verdad —dijo Muz, en un tono de auténtico arrepentimiento. Pausó la partida de *Call of Duty* y se volvió para mirarnos directamente a Lola y a mí, que estábamos tumbados en la cama—. Las mujeres son increíbles, y de ningún modo pretendía insinuar que el sexo femenino fuera débil. Lamento haber usado esa expresión coloquial, y entiendo que puede resultar ofensiva. Así que me abstendré de volver a utilizarla en el futuro.

—Gracias.

—Bueno, a lo que iba, tienes que hacer algo grande. Así conseguí tirarme a Sugar Gandhi.

—Sugar Gandhi casi te da un puñetazo en casa de Heslin, cuando te echaste a llorar. —Lola negó con la cabeza, y se volvió hacia mí—. Henry, deberías confesarle tus sentimientos. Déjate de historias. Si quieres algo, dílo. Envíale un mensaje ahora mismo en plan: «Me gustó besarte el otro día, y me gustaría volver a hacerlo. ¿Qué te parece?».

—¿Tienes claro adónde quieres llegar con todo esto? —me preguntó Murray—. Es decir, ¿estás seguro de querer empezar una relación un año antes de marcharte a la universidad? ¿O solo quieres echar un polvo?

—Tan elocuente como siempre, amigo australiano —dije.

El problema era que sí sabía cómo quería que fuera mi relación con Grace Town. Desde luego, pretendía acostarme con ella; pero también quería que fuera mi novia, y, al cabo de unos años, que nos casásemos. Cuando fuéramos viejecitos, quería beber té de menta a su lado, leer Harry Potter a nuestros nietos y sentarme junto a ella en el porche de una vieja casa de campo a contemplar las nubes de tormenta. ¿Acaso pedía demasiado?

—Tal vez esté condenado a vivir solo para siempre. —Saqué mi teléfono, abrí la app de notas, y empecé a escribir.

Cuarto borrador

Porque encariñarse con alguien trae demasiados problemas. Tu cerebro echa humo, los engranajes de tu mente giran sin parar hasta que todo el aceite de tus pensamientos se consume. El fuego se extiende a tu pecho, donde te carboniza los pulmones y convierte tu corazón en ascuas. Y justo cuando crees que las llamas han arrasado con todo excepto con tu esqueleto, una chispa se escapa de entre tus huesos para inmolar no solo tu carne, sino también tu vida entera.

—Por Dios, Henry —exclamó Lola, poniendo los ojos en blanco, mientras leía por encima de mi hombro—. Qué dramático.

—Déjame en paz. No sabes por lo que estoy pasando.

No obstante, esa misma tarde, escribí un mensaje a Grace y usé la única excusa que se me ocurrió para iniciar una conversación:

HENRY PAGE

El primer partido de fútbol americano es mañana, ¿verdad? ¿Tengo que ir preparado para machacarlos a todos?

GRACE TOWN

Sí, a las 4. Empieza a calentar ya. Quiero ver cómo te dejas la piel en el campo.

Ah, me la dejaré, no lo dudes. Casi seguro. Quizá.

Tu confianza es contagiosa.

Vale, a ver qué te parece esto: «Y os aseguro que vendré a castigar con gran venganza y furiosa cólera a aquellos que pretendan envenenar y destruir a mi equipo. Y tú sabrás que mi nombre es Randy Knupps cuando caiga mi venganza sobre ti». ¿Mejor?

Vaya, nada como tener en tu equipo a un personaje de Pulp Fiction, señor Winnfeld.

«Di "equipo" una vez más. Te reto. Te reto dos veces, cabronazo, di "equipo" una maldita vez más.»

## JUEVES

La tarde llegó demasiado rápido, como suele ocurrir con las cosas que no esperas con ansias precisamente. Después de la última clase, fui directo al vestuario de chicos y me puse la única ropa que tenía y que podía pasar por «deportiva». Había llegado a un metro ochenta hacía un año, pero mi peso no había aumentado de forma proporcional, pese a que trasegaba comida como si fuera un triturador de basuras. Esa ropa de deporte me daba un aspecto muy desgarrado, era todo brazos y piernas; esperaba que a Grace no le diera demasiado asco mi cuerpo pálido y larguirucho.

—Esto no acabará bien —dije con un suspiro, al tiempo que me arrepentía de no haber engañado a Muz para que se uniera al equipo; habría dejado a todos asombrados con sus habilidades atléticas, y yo habría podido esconderme bajo las gradas.

—Estás fabu, Henrik —afirmó Grace, conteniendo la risa, cuando me vio con mi ropa de deporte.

Su cojera volvía a ser acentuada, como la de un villano de James Bond de la vieja escuela, y cada paso le arrancaba una mueca de dolor. («La rehabilitación está siendo muy dura», me había explicado el día anterior. Yo asentí y fingí no darme cuenta de la facilidad con la que mentía.)

—Te odio —aseguré.

Los profesores organizaban partidos amistosos con otros institutos cada semana, pero a menudo incluían a alumnos para conseguir algo de ventaja para su equipo. Hink, que nunca había participado y por lo visto tenía una vena competitiva, pensó que una inyección de sangre joven sería positiva, así que había otros dos estudiantes en el equipo además de nosotros. Suki Perkins-Mugnai, que, al parecer, era una *crack* del fútbol americano de toque (una variante menos *hardcore* de ese deporte), y un tío que repetía el último curso por tercera vez y al que yo solo había conocido como Buck. Era pequeño y rechoncho, y tenía un bigote adolescente aún más zarrapastroso que el de Murray; yo sospechaba que solo estaba en el equipo porque parecía un criminal de treinta años.

—¿Listos, equipo? —preguntó Hink, al reunirse con nosotros delante de su despacho diez minutos después. Vestido con ropa deportiva, era la viva imagen de Kip Dynamite cuando iba a juntarse con LaFawnduh en la parada del autobús. Todos nos esforzamos en no echarnos a reír al ver su conjunto de banda para el pelo y calcetines hasta la rodilla. Al menos, yo no sería la persona con las pintas más ridículas.

Hink salió con nosotros al campo de fútbol americano, donde el resto de nuestros profesores ya estaba calentando, haciendo estiramientos y practicando pases.

—Dios santo, esto es carne de pesadilla —dijo Suki—. Ningún alumno de instituto debería tener que ver a sus profesores en esas posturas.

—Si estuviéramos en una película —expliqué, mirando consternado el variopinto equipo que conformábamos—, seríamos los perdedores por los que nadie apuesta, que superan grandes limitaciones personales para acabar proclamándose ganadores absolutos al final del torneo. Como el equipo de balón prisionero de *Cuestión de pelotas*.

—Ya, dudo mucho que practicar con llaves inglesas te vaya a ayudar en este caso —dijo Grace—. Vais apañados.

—Ay, ay, mujer de poca fe —repliqué, copiando los estiramientos de Hink sin que él se diera cuenta, lo que hizo que Suki se partiera de risa.

—Soy más bien práctica —repuso Grace. Señaló el otro lado del campo—. Esos son vuestros rivales.

Resultó que el partido se iba a parecer a *Cuestión de pelotas* mucho más de lo que imaginaba, pero sin el final feliz. En lugar de apuntarnos en una categoría de principiantes o aficionados, Hink nos había metido en la avanzada, prácticamente (solo) porque Suki Perkins-Mugnai ya había jugado antes, y creía que con eso bastaba para sacarnos adelante.

El equipo estaba formado por profesores de gimnasia y deportistas estrella ligeramente lesionados de Rockwood High; todos se parecían bastante a La Montaña de *Juego de Tronos*. Llevaban tanto tiempo jugando (y ganando) que se habían comprado uniformes: unas camisetas negras con un corazón rojo muy realista aplastado por un puño.

El partido se desarrolló según mis expectativas. Grace nos animaba desde las gradas, agitando un pompón que había atado a la muleta, mientras los Aplastasesos hacían honor a su nombre. (Gracias a Hinks, nuestro equipo seguía llamándose: «Hola, Maria, ¿podemos darle un par de vueltas y ya te diremos algo luego?».) La mayor parte de los miembros del otro equipo eran jugadores de fútbol americano retirados o en activo, y tendían a olvidar que se trataba de partido de «toque», así que no se cortaban al hacer placajes. Al primer pase, Buck vio la estampida que se le echaba encima y dijo: «Mierda», dio media vuelta y echó a correr. No volvimos a verlo.

Intenté tocar la pelota lo menos que pude, y siempre se la pasaba a Suki, que era la única que tenía idea de lo que estaba haciendo. Marcó nuestros dos únicos *touchdowns*, que disgustaron en extremo a los Aplastasesos a pesar de que ya estaban acabando con nosotros.

Hink era como una gacela recién nacida que aún no había aprendido a caminar. Beady se torció el tobillo después de tan solo siete minutos en el campo. Mi profe de mates, el señor Hotchkiss, parecía odiarme más durante el partido que en clase, lo cual era justo lo contrario de lo que pretendía. Entonces, cuando el infierno casi había llegado a su fin y la pobre Suki parecía a punto de desfallecer después de hacer frente ella sola a una horda de bestias salvajes, me encontré, por casualidad y sin quererlo, con la pelota en mis manos, y nadie a quien pasársela.

Con el impacto, el horizonte pasó a ser vertical de golpe. Estaba de pie, aterrorizado y sin saber qué hacer con la pelota de las narices, y un segundo después, estaba en el suelo, incapaz de respirar.

—Lo siento, tío, ha sido la inercia —dijo el gigante que me había derribado, mientras me agarraba del brazo y me levantaba del suelo, en lo que supuse que pretendía ser un gesto amistoso; pero, como me faltaba el aire, solo pude agitar la mano que tenía libre—. Deberíais plantearos bajar a una categoría intermedia, o a la de principiantes.

Como era de esperar, Grace sonreía maliciosamente mientras yo caminaba con gran esfuerzo en dirección a las gradas, seguro de que, como mínimo, tenía alguna costilla rota. No dejé de mirarla de reojo mientras cruzaba el campo tambaleándome, pero no había ni rastro de la extraña maníaca que había visto en la pista de atletismo el martes por la noche.

«Nunca. Más»: esas fueron las palabras que dije en cuanto recuperé el habla.

Una vez que los Aplastasesos acabaron de destrozarnos, Hink nos llevó a todos a cenar para disculparse por lo que había terminado siendo poco más que un sacrificio ritual, con un resultado de dieciséis ensayos a dos. No obstante, sentarme al lado de Grace hizo que el infierno mereciera la pena. Estaba de mejor humor que nunca y mostró su lado más bromista cuando se rio de mí por no saber usar los palillos, y cuando se preguntó en voz alta si volveríamos a ver a Buck o si se estaría marcando un Forrest Gump y aún no habría dejado de correr.

Hotchkiss llegó a decir que en mates no me iba tan bien como a Sadie y que tenía que empezar a entregar los deberes si quería aprobar, qué bonito fue. Parecía que había captado el mensaje de que no éramos la misma persona y que no debía temer que yo le escondiera petardos debajo del escritorio.

Al final, hicimos un pacto para no volver a jugar a fútbol americano nunca más en lo que nos quedaba de vida, así que los golpes y la ligera conmoción cerebral casi habían valido la pena para pasar unas horas más con la Grace de los días buenos.

## VIERNES

Nos reunimos en la biblioteca por la mañana antes de la hora de tutoría, yo con la maqueta del periódico doblada bajo el brazo, y ella con un termo y dos delicadas tazas con ilustraciones de *Alicia en el País de las Maravillas* y unas etiquetas colgadas del asa donde se leía BÉBEME. Lola había acabado por perder la paciencia y exigía que eligiéramos un tema para poder empezar a diseñar la portada y los artículos principales. Ya habíamos sacado todo el jugo posible al artículo sobre *Magic: The Gathering*, teníamos varias páginas de fotos y las entusiastas recapitulaciones semanales de Galaxy Nguyen. El momento de la verdad casi había llegado.

Seguí a Grace en silencio entre las estanterías, y nos adentramos en las entrañas de la biblioteca mucho más de lo habitual; ambos estábamos demasiado dormidos para hablar.

Allí detrás no había ni sillas ni mesas, así que nos sentamos en el suelo enmoquetado con las piernas cruzadas, con la maqueta entre nosotros. Grace nos sirvió un té de caramelo y vainilla, según me dijo, que no tenía ni de lejos la teína suficiente para sacarme de mi estado zombi a esa hora intempestiva. En silencio, numeramos los pequeños recuadros, del uno al treinta; cada uno de ellos representaba una página de lo que acabaría siendo un periódico de verdad, de formato

tabloide. Cuando lo tuvimos ante nosotros, enseguida resultó evidente que todo el contenido que habíamos acumulado hasta ese momento solo cubría un tercio del espacio disponible, aun con el artículo de nueve mil palabras de *Magic: The Gathering*.

Mierda.

Al principio, nos ceñimos a lo estrictamente profesional. Nos sentamos a cierta distancia; Grace, muy derecha, anotaba ideas. «¿Un artículo sobre educación sexual potencialmente controvertido?, ¿Un reportaje convencional sobre un algún atleta o deportista del instituto?» Conforme pasó la hora y los dos nos fuimos despertando, resultó evidente que ese sería un buen día de Grace. Se acercó a mí. Apoyó la cabeza en mi hombro mientras trabajaba con total naturalidad, como si esa intimidad fuera habitual entre nosotros.

Recuerdo haber pensado: «Joder, no la entiendo ni un poco». Y no era de extrañar. Una semana sin que pasara nada, y ahora esto. Su pelo (cosa extraña) limpio y peinado, caía sobre mi hombro, tenía el codo apoyado en mi rodilla y dibujaba círculos en mi zapato con un dedo. Su aroma, tibio, embriagador y algo rancio, se desprendía de su piel y me llenaba la cabeza de posibilidades alocadas. Casi parecía que estuviéramos juntos.

Después de eso, no conseguimos avanzar. No solté el lápiz de la mano, pero no hice ni una marca más en el papel. No quería moverme demasiado, para evitar que Grace pensara que estaba incómodo. Así que apoyé la cabeza contra la suya y respiré de forma tranquila y suave mientras ella garabateaba sobre la maqueta, sin prestar atención a la proximidad de nuestros cuerpos. Nos quedamos así hasta que sonó la campana; Grace se levantó poco a poco y bostezó, como si acabara de despertarse de un sueño.

No obstante, lo que terminó de confundirme fue la mirada que me lanzó cuando se volvió hacia mí: era la misma que había visto en su cara después de El Beso. Fue un breve momento de confusión, casi de incredulidad, como si esperara encontrar a otra persona en vez de a mí.

¿Cómo podía comprender esa mirada? ¿Qué significaba? ¿O eran imaginaciones mías?

—¿Te llevo a casa esta tarde? —dijo, mientras se arreglaba, doblaba la maqueta y me la entregaba.

—Sí —respondí—, me encantaría.

Grace se limitó a asentir, a levantarse y a marcharse, con la misma indiferencia de siempre.

Decidí saltarme las dos primeras clases, porque había llegado el momento de la verdad. No había más remedio. No aguantaría otro fin de semana, y mucho menos otra semana, sin estar seguro de lo que sentía por mí. Así que me fui a nuestro despacho, apagué todas las luces y me senté al escritorio. Una vez allí, me encogí en posición fetal y le escribí un mensaje, como Lola me había dicho, pero no me parecía suficiente. Si se producía un milagro y acabábamos juntos, quería que el inicio de nuestra historia fuera extraordinario, y no un mísero chat en Facebook.

Al final, preparé una presentación de PowerPoint con un toque muy Henryesco, titulada: «Por qué deberías salir conmigo», basada en una superconvinciente que había visto en Imgur. No era el tipo de cosa que habría hecho antes de conocer a Grace, pero recordé la conversación acerca de redención cósmica que habíamos mantenido aquella noche junto al estanque secreto: las palabras de Grace sobre la valentía y sobre el borrón y cuenta nueva al final de la vida, y sobre hacer lo posible mientras tus átomos estuvieran agrupados para albergar tu conciencia. En ese momento,

mientras diseñaba el PowerPoint, pensé que, por fin, habría comprendido por qué Grace no temía el olvido. Saber que el universo, al final de tu vida, te cubría las espaldas era una gran forma de perder el miedo. Podías redimirte de todas las estupideces que habías cometido y obtener la absolución total de tus pecados.

Por tanto, al final no importaba que ella me dijera que sí o que no.

Así, diseñé mi PowerPoint sentado debajo de mi escritorio. Apenas me inmuté cuando Lola entró, y a ella no le pareció tan extraño verme allí como para preguntarme qué hacía, así que continué en silencio. Y entonces acabé. Era alegre, tonto y, con un poco de suerte, sería lo suficientemente divertido para hacerla reír.

## **Por qué deberías salir conmigo**

Una presentación informativa en PowerPoint de Henry Page

## **Argumentos principales**

- Te gustan los chicos (o eso espero, no sería la primera vez que me equivoco).
- Yo soy un chico.
- Me gusta enrollarme contigo. Tanto que me gustaría continuar con dicha actividad de forma regular.
- Como una vez dijiste tan sabiamente: #YOLO

## **Ventajas de salir conmigo**

- Pronuncio GIF como es debido.
- Maratones de Star Wars con pizza y helado.
- Te dejaría enrollarte conmigo siempre que quisieras.
- Tengo referencias culturales para dar y tomar.
- Siempre pido guacamole para compartir.
- Saldrías conmigo.
- Por favor.

## ¿Qué puedes esperar de mí?

Un análisis de Henry Isaac Page



## Pros y contras de salir conmigo

PROS	CONTRAS
Sé preparar cupcakes y minipizzas.	Ninguna de las dos cosas me sale muy bien.
Hago PowerPoints románticos.	Esto podría considerarse acoso sexual.
Tengo una extensa colección de cartas de Pokémon y de coleccionables de Doctor Who.	Tal vez tus padres no aprueben que salgas con un chico mab.
No te abandonaré como el novio que tuviste en el cole. Menudo capullo.	Esto podría interpretarse como acoso
Ricky Martin Knupps II tendrá una infancia más estable si nos comprometéramos.	No hay más contras. Ganan los pros

## Testimonio de una celebridad

Como narrador de fiar que soy, te doy mi palabra de que Henry Page es especial y único.

En Tyler confiamos

Famoso narrador de fiar, Tyler Durden, de El club de la lucha.

La leí varias veces mientras pensaba: «¿Seguro que es buena idea enseñársela? ¿De verdad seré capaz de no rajarme en el último segundo?».

Entonces *Someday* de los Strokes empezó a sonar en el Spotify de Lola. Mi canción para Grace.

Nuestra canción.

—No sabía que te gustaran los Strokes —le dije a Lola.

—¿Eh? —Lola giró lentamente la silla—. Ah, la verdad es que no los conozco, pero Grace estaba escuchando esta canción el otro día y me gustó.

«A la mierda», pensé, mientras me conectaba a Facebook y escribía:

HENRY PAGE

Grakov. Reúnete conmigo en el auditorio a última hora. Para que te dejen salir de clase, di que tienes que ocuparte de una tarea del periódico. Quiero enseñarte una cosa.

GRACE TOWN

Henrik. Qué astuto. Nos vemos allí.

Parpadeé varias veces y apagué el ordenador, después me quedé en el despacho el resto del día. En un momento dado, la directora Valentine pasó por delante de la puerta y, al verme allí, con la cabeza apoyada en la mesa, se detuvo y me dijo:

—Page, ¿no debería estar usted en clase?

Sin enderezarme, le respondí:

—Mis hormonas adolescentes me tienen emocionalmente incapacitado para estar en un entorno educativo en este momento.

Valentine se quedó en silencio, y luego se limitó a responder:

—Siga con lo suyo.

Y eso hice.

## Capítulo 14

«Voy a tener que inmolarme», pensé mientras caminaba de un lado al otro del escenario del auditorio, esa misma tarde. No veía ninguna salida posible. Me acababa de dar cuenta de lo estúpido que era mi plan, y no me hacía a la idea de cómo podría vivir con la humillación de ser rechazado, con redención universal o sin ella.

Grace llegaba tarde, y eso me hizo entrar en pánico y pensar que me iba a dejar plantado, lo que de hecho me habría venido estupendamente. Justo cuando me planteaba rajarme, la puerta del fondo del auditorio se abrió con un chirrido, y vi a Grace acercándose por el pasillo entre las filas de asientos, apoyándose en el bastón. En aquel amplio espacio vacío, parecía muy pequeña. Como la figurita en miniatura de un diorama.

—¿Qué es esto? —dijo ella, cuando salté del escenario y corrí por el pasillo a su encuentro.

—Un gran gesto que lamentaré dentro de cinco minutos.

—Ah.

Encendí el proyector y la diapositiva con el título apareció en la pantalla.

—Eres un ser humano ridículo —dijo Grace, pero su tono era de broma, y sonreía. Entonces, se acercó cojeando a la primera fila, dejó su mochila y tomó asiento—. Bueno, que empiece el espectáculo.

Grace lo miraba entre los dedos, como si fuera una película de terror, y decía cosas como: «Qué vergüenza ajena me das», entre risas. Apreté el botón de «siguiente» hasta que apareció la diapositiva de pros y contras. Vi cómo sus ojos se movían de un lado a otro de la pantalla al leer, mientras su sonrisa se hacía más grande; pero, cuando llegó al penúltimo pro («No te abandonaré como el novio que tuviste en el cole»), Grace se quedó de piedra.

—Para —dijo ella, en voz alta y clara.

No obstante, antes de poder detener la presentación, ella se puso de pie, se colgó la mochila al hombro y se dirigió a la salida más cercana. Parecía que se estaba repitiendo lo que había pasado la tarde en la que la había seguido al salir del despacho de Hink. Recogí mis cosas y fui tras ella, sin embargo caminaba demasiado rápido y se alejaba corriendo de forma errática por el patio de la escuela.

—¡Espera! —grité, aunque ella no se detuvo hasta que la alcancé y le puse la mano en el hombro.

En ese momento, justo al lado de la parada del autobús, ella se derrumbó e, igual que Obi-Wan en *Una nueva esperanza*, pareció desaparecer entre un montón de ropa.

—Esto no ha salido en absoluto como lo había planeado —le dije.

Me senté a su lado mientras me pasaba las manos por el pelo; Grace reía y sollozaba a la vez, en una mezcla entre carcajadas maníacas e hiperventilación.

—Él iba al volante —dijo entre jadeos—. Dom conducía. Yo me destrocé la pierna, pero él...

Grace no podía acabar la frase, pero no era necesario. Sentí que se me secaban las entrañas, que el estómago y los pulmones se me encogían hasta no ser más grandes que una alubia. Había tenido asma de niño y conocía esa sensación en la garganta, el momento en el que la zona debajo de tu esternón se convierte en cemento armado y cada respiración es una batalla.

De repente, todo cobró sentido. El cementerio. La ropa. El coche. La pista de atletismo. La estación de tren abandonada. Dios santo, incluso los Strokes.

No había escuchado la música de Grace, sino la de él. «Nuestra canción.» Mierda. No era nuestra, sino suya. Sentí la necesidad repentina de purgar todos los temas de Julian Casablancas de mi sistema sanguíneo.

Grace enterró la cabeza en mi hombro, más para conseguir estabilidad que por cualquier otro motivo, como si temiera hundirse en la tierra si no lo hacía.

—Por eso cambié de instituto. Necesitaba empezar de cero, lejos de todos los sitios en los que habíamos estado juntos. Intentaba poner orden en el caos de mi vida, y de repente, apareciste tú. En mis planes no entraba que me gustaras, ni besarte, no había planeado... Joder, no quería ser la chica del novio muerto. Solo pretendía...

—Por Dios, Grace. Ni siquiera sé qué decir.

Me ardía la cara. Murray y Lola, que estaban haciendo cola para subir al autobús, nos observaban con el ceño fruncido. Lo único que me apetecía hacer era subirme al bus, marcharme de allí, llegar a casa y buscar formas de suicidarme. La autoinmolación parecía la opción preferible en ese momento. Les hice un gesto con la mano, y articulé: «Esperadme».

Grace levantó su pesada cabeza de mi hombro, con la respiración todavía agitada.

—Entenderé que no te apetezca... —No pude acabar la frase, pues ella me agarró por el cuello de la camisa y me besó, como si yo fuera oxígeno y se estuviese ahogando, así que le dejé aspirar todo el aliento que necesitara de mis labios para salvarse.

En ese momento, me di cuenta de que Grace Town era un trozo de cristal dentado con el que me había cortado una y otra vez. Que el camino estaría marcado por la tristeza, el dolor y los celos.

Pensé en el poema de Pablo Neruda, que seguía doblado en mi cartera desde que me lo había dado. Pensé en amarla «secretamente, entre la sombra y el alma». Quizá eso era lo que debía hacer. Puede que mis sentimientos hacia Grace Town pertenecieran a la oscuridad, a un lugar inaccesible.

Sin embargo, nunca me había enamorado, no hasta ese extremo y, por egoísta que pareciera, me preocupaba no volver a sentir lo mismo por nadie. ¿Y si sobre mi familia pesaba una maldición vudú, ya olvidada, que dictaba que su primer hijo varón solo se enamoraría cada diecisiete años? El hermano mayor de mi padre, el tío Michael, no había tenido nunca una novia seria (al menos que yo supiera). Sí tenía un compañero de piso, llamado Albert, que venía a muchas reuniones familiares, pero no quiero desviarme del tema. Si la chispa del amor solo saltaba cada diecisiete años para mí, tendría treinta y cuatro cuando conociera a otra chica que me gustase. Y si las cosas con ella no funcionaban, la siguiente no aparecería hasta los cincuenta y uno. No podía esperar tanto tiempo para tener mi primera relación.

Yo le gustaba a Grace. Estábamos bien juntos. Yo quería estar con ella. Por Dios, era lo que más quería en el mundo. Ahora bien, ¿estaba dispuesto a ignorar toda cautela e iniciar una relación con alguien que estaba claro que no había superado una pérdida?

Entonces, una profesora dijo a través de un megáfono: «Dejad sitio para el espíritu santo». (Nuestra escuela tenía la norma de «ni amor, ni empujones» para controlar los embarazos no deseados y las peleas. Así que se suponía que debíamos respetar una distancia de medio metro entre nosotros en todo momento.) Grace se alejó de mí y se puso en pie con dificultad. Todos los alumnos estaban ya en el autobús, el conductor tocaba la bocina, y Murray me gritaba «¡Mueve el culo de una vez!». Pensé que Grace se ofrecería a llevarme a casa para que pudiéramos hablar con calma, pero no, así que me limité a decir: «Quiero estar contigo en cualquier caso». Después, di media vuelta y salí corriendo hacia el autobús, respirando por la boca, como solía hacer de niño cuando tenía asma.

El bus se alejó del instituto, y pasó junto a Grace, que se encaminaba cojeando hacia la carretera. Se peinó con la mano libre, tenía la cabeza agachada, como si le acabaran de comunicar una noticia trágica y terrible. Me inundó un sentimiento de tristeza y pensé que jamás había visto a un ser humano con un aspecto tan desolado como el que tenía Grace Town en ese momento.

## Capítulo 15

El lunes siguiente, no se mencionó ninguno de los acontecimientos del viernes. De hecho, no creo que volviera a hablarse del tema. Ese fin de semana había tomado la decisión de esperar a ver a Grace en persona antes de pensar en el siguiente paso. No conseguía decidirme, aunque me inclinaba más hacia la opción de «ser solo amigos», porque todo era demasiado complicado e inestable, y no sabía si podía gestionarlo.

Era el último año de instituto. Entre las clases, el periódico, tener que decidir en qué universidades solicitar plaza (pista: en cualquiera que me aceptara) y mantener algo parecido a una vida social, mi existencia ya era lo suficientemente ajetreada y tumultuosa.

Además, por supuesto, había buscado el accidente en Google. No había sido fácil encontrar el artículo, porque el nombre de Grace no se usó en ningún momento, y tampoco sabía el nombre completo de su novio. Cuando lo encontré, no quería leerlo. Era como sacar una mala nota en un trabajo y ver una columna de texto del profesor con todo lo que has hecho mal, pero que ya no puedes cambiar; entonces... ¿de qué sirve?

Pese a todo, le eché un vistazo; me quedé con frases sueltas e intenté leer lo menos posible, porque las palabras se me clavaban como pinchos.

Las clases en el Instituto East River se suspendieron el miércoles después de que un alumno de penúltimo año muriera y otra resultara gravemente herida...

Salté al siguiente párrafo.

La pasajera, cuyo nombre no se ha desvelado, una chica de 17 años, posible novia del conductor, permanecía en estado crítico el viernes, con graves heridas...

Salté al siguiente párrafo.

El coche se salió de la carretera, después de derrapar, y dio varias vueltas de campana antes de impactar contra un árbol...

Salté al siguiente párrafo.

Se cree que el conductor de 17 años, Dominic Sawyer, murió en el acto, mientras que la pasajera tuvo que ser atendida en...

Salté al siguiente párrafo.

El coche está destrozado —dijo el oficial—. No queda nada...

Salté al siguiente párrafo.

En el Instituto East River, los psicólogos de la escuela están preparados para prestar todo su apoyo a los alumnos y...

Salté al siguiente párrafo.

Jeffers ha declarado: «Sawyer era uno de los mejores alumnos que han pasado por mi clase. Era brillante y...»

Salté al siguiente párrafo.

Se está preparando un funeral para despedir al popular alumno del Instituto East River...

Cerré la página web.

Por la tarde, cuando llegué a mi clase de teatro, prácticamente había decidido que no podíamos estar juntos. Era imposible que lo nuestro saliera bien. Grace estaba demasiado rota. Era demasiado extraña. ¿Cómo puedes aceptar algo semejante y seguir como si nada? Necesitaba un amigo, no un novio. Yo podía ayudarla. Podía ser un buen apoyo. Sin duda, lo necesitaba. Así que ocupé mi sitio habitual en la sala de paredes negras, delante de la puerta, cerca del escenario, y esperé a que llegara. Por suerte, no era demasiado tarde para cortarlo de raíz. Seguro que con empeño se puede reprimir un sentimiento, ¿no?

Grace llegó tarde, como siempre, y la señora Beady no dijo nada, como siempre.

Todo seguía igual. Llevaba el pelo enmarañado. Tenía la piel cetrina. Vestía ropa de chico, la de su novio muerto, Dom. Y caminaba con una cojera nada atractiva. Pero, en cuanto nuestras miradas se encontraron, su expresión se suavizó.

Y entonces supe que quería intentarlo.

Era cierto que Grace estaba rota, de luto, y uno de nosotros, o tal vez los dos, podía acabar totalmente hundido. Sin embargo, hay algunas cosas por las que vale la pena luchar, ¿no?

## Capítulo 16

Como soy un cobarde, no le pregunté por él. Probablemente lo mejor para ambos habría sido que nos sentáramos y ella me lo contara todo, llorara y me dijera que visitaba su tumba con regularidad.

Sentía curiosidad por algunos aspectos, cómo no. ¿Cuánto tiempo habían estado saliendo? ¿Se conocían desde pequeños? ¿Se habían acostado?

¿Lo había amado?

Ahora bien, Grace no me pertenecía. No era mi novia. Solo la había besado dos veces. De hecho, me había pedido que no se lo contase a nadie, y que fuera discreto al menos hasta que estuviera segura de lo que quería, porque, al parecer, no estaba bien visto salir con alguien tan poco tiempo después de morir tu pareja. Me costó no sentirme dolido porque quisiera mantenerme en secreto, pero lo acepté.

No me creía con el derecho a preguntar por él y, además, en el fondo, prefería saber lo menos posible. La Grace de la que me había enamorado no era una chica de luto, sino un misterio que desvelar, y parte de mí quería que siguiera siendo así.

Llegué a la conclusión de que el truco para salir con alguien era tener alguna actividad que hacer. Ir al cine me parecía un poco cutre y antisocial, pero habían estrenado una peli de Liam Neeson, sobre el que solíamos bromear, así que decidí escribirle un mensaje el lunes por la tarde para preguntarle qué estaba haciendo.

HENRY PAGE

¿Tienes planes esta noche?

GRACE TOWN

Pues por ahora no.

Estaba pensando ir a ver la peli nueva de Liam Neeson. Seguro que habrá muchos monólogos cómicos improvisados. A ver, supongo que el argumento será el mismo de siempre, pero no me importa.

¿Sitio y hora?

Pues por lo general propondría el cine que hay al lado de mi casa, pero será más fácil llegar al Regal si vienes en autobús, como el resto de los plebeyos. 19.45.

Sí, probablemente coja el bus. Pero suena bien: Liam Neeson vs el mundo. Apuesto por nuestro hombre, claro.

Nadie puede con Neeson. ¿Nos vemos allí a las 19.30?

Genial, Henrik Page. Hasta luego.

Cuando llegué, Grace ya me esperaba en la puerta del cine, absorta en su teléfono, despeinada como siempre.

—Hola —la saludé cuando levantó la mirada y me vio.

¿Se suponía que tenía que besarla? No sería la primera vez, pero eso no significaba que ahora pudiera lanzarme a ello en cualquier momento, ¿verdad? ¿Podíamos besarnos en público o rompía eso la regla de ser discretos?

—Henry Page —dijo Grace. ¿Por qué no la había besado todavía?—. ¿Compramos las entradas?

—Suena bien.

Normalmente, en los días buenos de Grace, la conversación entre nosotros fluía con facilidad, aunque seguían produciéndose silencios incómodos, cuando no era capaz de formar palabras aunque me fuera la vida en ello. Esa noche, en cambio, parecía distinta. Sentía una tensión nueva entre nosotros, porque era una cita de verdad, o eso creía yo. Algo había cambiado. Habíamos reconocido que nos gustábamos, y eso complicaba la situación.

Cuando se apagaron las luces, me pregunté si debía cogerle la mano. Una vez había tomado a Lola de la mano en el cine, durante la semana que había culminado en el beso que había determinado su homosexualidad de una vez por todas. Crucé los dedos para que con Grace no acabara igual.

Después de los tráileres y de los anuncios, nuestros dedos por fin se rozaron, como imanes que se atraían en la oscuridad.

Nos pasamos toda la película de la mano. Grace dibujaba círculos en mi piel con la yema de los dedos. De vez en cuando, se llevaba mi mano a los labios y la besaba. Durante dos horas, no aparté la mirada de la pantalla, consciente más o menos de que Liam Neeson estaba dándole una paliza a alguien, pero si me hubieran preguntado después cuál era el argumento, apenas habría podido ofrecer algunos detalles de la trama.

Cuando salimos del cine, volvimos juntos paseando hasta la parada del autobús, con las manos metidas en los bolsillos porque era noviembre y hacía demasiado frío para sacarlas. O puede que no fuese por eso. Tal vez la razón fuera que nuestra relación (¿podía llamarse así?)

debía permanecer en secreto. Enrollarnos en las fiestas a oscuras, y cogernos de la mano en la penumbra del cine estaba bien, pero en público, donde podían vernos, Grace y yo seguíamos siendo solo amigos.

—Liam Neeson es el amo —dijo Grace, cuando nos detuvimos en la parada del autobús.

—Ya te digo.

—El mejor cómico del mundo.

—Una pena que todos sus chistes tengan que ver con el sida.

—Pero ¿qué dices? El sida es una mina de oro para la comedia. Ah, mira, tu autobús.

Maldita sea. ¿Tan pronto? Tenía la esperanza de que apareciera primero el suyo y, así, pudiéramos hablar, reírnos y besarnos, sentados en el muro bajo que rodeaba el parque.

—Puñetas. Bueno, adiós —me despedí. Qué labia, Page, qué labia.

Me acerqué a ella. Le di un beso rápido y apoyé mi frente en la suya durante un segundo, con la esperanza de que ese pequeño gesto expresara lo que no podía decir en voz alta: «Me gustas mucho».

Entonces, di media vuelta y me fui, pensando si habría hecho algo bien en toda la noche. Las luces cáusticas del autobús levantaron el manto de oscuridad en el que había pasado envuelto las últimas horas y, de repente, todo adquirió un cariz más feo. Me pasé todo el trayecto de vuelta a casa mirando por la ventanilla, con el teléfono en la mano y preguntándome si debería enviarle un mensaje y decirle lo bien que me lo había pasado y cuánto me gustaba. Pero me pareció un poco cutre, un golpe bajo a un novio muerto cuyo cadáver aún no había acabado de descomponerse.

En ese momento, me di cuenta de que la nuestra nunca sería una historia de amor normal, si es que las hay. Aunque ninguno de los dos quisiera hablar sobre él, Dom siempre estaría ahí, una presencia fantasmal de la que no podíamos escapar. La había sentido en el cine, como una cuña. Y ahora también notaba su presencia, como si su cadáver medio podrido estuviera sentado en uno de los asientos vacíos del auto bús. Lo veía negando con la cabeza y diciéndome: «¿Piensas salir con mi novia, mientras a mí se me pudren los ojos? Qué cabrón, tío».

Pero la situación podía volverse más fácil. Grace podía mejorar. Podía volver a ser la chica de antes. La chica a la que en ocasiones lograba atisbar.

El teléfono me vibró en la mano.

#### GRACE TOWN

El señor Neeson me ha inspirado para asumir el cargo de vigilante encubierta voluntaria en el autobús. No se ha detectado ningún movimiento sospechoso todavía.

#### HENRY PAGE

Sigo pensando que habría sido la hostia que, al final, el terrorista fuera el niño.

Sí, desde luego.

¿No crees que Neeson debería interpretar a Qui-Gon Jinn en todas las películas?

Sería mucho más fácil ser una vigilante de autobús si pudiera usar la Fuerza.

Espera, voy a probar.

¿Y bien?

No ha habido suerte.

Yo llevo años intentándolo. Pero todo llega, algún día lo conseguiré.

Siempre nos queda el lado oscuro.

Me tira bastante el lado oscuro. Una vez soñé que Bellatrix Lestrange era mi novia. Aunque no nos llevábamos muy bien. Estaba obsesionada con matar a Harry Potter. Discutíamos mucho.

No te conformas con nada.

Solo quería un poco de atención, pero no, ella se pasaba la vida con Voldemort y sus Mortífagos, planeando genocidios y matando a niños.

Salta a la vista que la pobre mujer tenía problemas, necesitaba ayuda, pero tú eras demasiado egoísta para darte cuenta. Henry Isaac Page, me has decepcionado.

Supongo que podría haberla apoyado más... Quizá diciéndole alguna vez lo bien que se le daba perseguir a los Sangre Sucia. Si vuelvo a tener ese sueño, me aseguraré de interesarme más por sus aficiones. Como asesinar a adolescentes u obsesionarse con Señores Oscuros. Tal vez podríamos convertirlo en una cita. La pareja que mata unida, permanece unida.

Te deseo lo mejor. Además, momento de confesión (no me odies): no he leído nada de Harry Potter. Ni he visto las pelis. Así que no sé muy bien de qué me estás hablando.

NO. ME. JODAS.

Sí.

¿QUÉ TIPO DE INFANCIA TUVISTE? ¿TUS PADRES ERAN NAZIS?

No, es que nunca me ha ido la fantasía. A mí dame Estrellas de la Muerte y AT-AT y déjate de varitas mágicas y túnicas.

Es que... No sé qué pensar de ti ahora mismo...

Entonces ¿Harry Potter es un factor decisivo?

Es hora de elegir entre lo que es correcto y lo que es fácil, Grace. Y leer Harry Potter es lo correcto.

Eso es una cita, ¿verdad?  
¿De quién? ¿Del Dumbledón ese?

¡¿CÓMO TE ATREVES A OCUPAR SU LUGAR?!

Sí, vale, imagino que parafraseas a Harry Potter, pero no lo pillo.  
¡He llegado a casa en tiempo récord!

Qué bien. Yo me voy a dormir. Iba a enviarte un GIF muy romántico de Los amos de la noticia, pero has perdido muchos puntos por el sacrilegio de Harry Potter.

Genial. ¡Gracias por la invitación! Nos vemos mañana.

Buenas noches.

## Capítulo 17

Lo primero que hice en cuanto me desperté la mañana siguiente fue enviarle un mensaje.

HENRY PAGE

¿Te apetece venir a cenar esta noche, Town? Te dejaré alucinada con mis dotes para la cocina.

GRACE TOWN

Hola, Page. Puedes hacerme la cena, pero nunca cocinarás mejor que mi madre. (Eso era un sí, por cierto.) (Y mi madre cocina fatal.)

Genial. Hasta luego.

Sopesé incluir un *emoji* de un beso al final del mensaje, pero no sabía si habíamos llegado a ese nivel, y la idea de que no me respondiera con otro similar me desanimó, así que lo dejé estar. Me quedé en la cama, dando cabezadas, hasta que oí a mamá gritar desde el piso de arriba: «Henry, ¿estás vivo?». Ese fue el impulso para salir de mi cómoda maraña de sábanas y vestirme a regañadientes.

Mis padres ejecutaban su habitual rutina de cada mañana: mamá ya estaba vestida con un traje azul claro, peinada y lista para otro día en la galería. Papá llevaba un albornoz absurdamente esponjoso y unas gafas de montura negra en la punta de la nariz. Estaban sentados en los extremos opuestos de la mesa, tan lejos el uno del otro como era posible, y leían las noticias en sus correspondientes iPads.

—Madre. Padre. Tengo algo que anunciar.

Papá dejó de leer un artículo sobre una de las Kardashian y me miró.

—¿De qué siglo vienes? ¿Te van a mandar a la guerra?

—Uf, vale. Papichulo, Mamacita, tengo un tuit que compartir con vosotros. ¿Mejor?

—Ay, Dios, vuelve a la Segunda Guerra Mundial, por favor —dijo mi madre.

—¿Qué pasa, chaval? —preguntó mi padre.

—¿Puedo encargarme de preparar la cena esta noche?

—Cariño, solo sabes hacer minipizzas —respondió mi madre.

—Ya. Por eso pensaba preparar minipizzas para todos, si no os importa comprarme los ingredientes. Además... —Me aclaré la garganta— he invitado a una chica.

—¿Estáis haciendo un trabajo para clase juntos? —quiso saber mi madre.

—¿Te está ayudando a estudiar? —aventuró mi padre.

—¿Piensas venderle algo?

—¿La has engañado para que venga?

—¿Cree que vienes de una familia de posibles?

—¿La estás chantajeando?

—¿Es una yonki?

Puse los ojos en blanco.

—Ja, ja, ja. Qué gracioso sois.

—En eso estamos de acuerdo —dijo mi madre, a la vez que hacía como que chocaba la mano a papá. (Vale, retiro lo de que son guais.)

—Bueno, ¿y quién es ella? —preguntó mi padre.

—Se llama Grace. Trabajamos juntos en el periódico del instituto.

—Ay, Henry. ¿No has oído nunca el dicho de «donde tienes la olla no metas la polla»?

—Justin, qué asco —exclamó mi madre.

—No estoy metiendo la polla en ninguna parte —me apresuré a responder.

—Bueno —continuó mi padre—, supongo que este es el momento en que deberíamos decir: «Nada de sexo, drogas ni rock'n'roll en nuestra casa», pero tu hermana ha crecido aquí, de modo que estoy seguro al noventa y nueve por ciento de que todo eso ya ha pasado.

—Pues la verdad es que encontré una bolsita con polvo blanco en la boca del alce el otro día —comenté, acariciándome la barbilla.

—A eso me refería precisamente —señaló él.

Mi madre se levantó, fregó su plato y me dio un beso en un lateral de la cabeza, de camino al baño.

—Nosotros compramos los ingredientes, tú cocinas. Y yo sí pienso decir lo de: «Nada de sexo, drogas ni rock'n'roll en nuestra casa», aunque tu padre no quiera.

Le di una palmadita en la espalda.

—Eso no me impedirá esnifar cocaína de una prostituta con Led Zeppelin de fondo, pero bueno, al menos lo has intentado.

Ella negó con la cabeza.

—Dios santo, a veces me pregunto dónde nos habremos equivocado con vosotros dos.

Cuando Grace y yo llegamos a casa, mis padres estaban en la cocina, sacando la compra de las bolsas, ambos vestidos con sus uniformes de *Star Trek*, orejas de vulcaniano incluidas.

—No —dije al verlos—. Santo cielo, no.

La tarde ya había sido extraña. Habíamos ido caminando como siempre a casa de Grace, pero, al girar en su calle, ella había soltado un largo suspiro y me había puesto la mano en el pecho. Estábamos todavía bastante lejos de su casa, pero Grace había notado una perturbación en la Fuerza: había un coche pequeño aparcado en la entrada, junto a su Hyundai.

—Quédate aquí —me había susurrado.

—¿Quién es? —le había preguntado

—Quédate aquí si quieres que te lleve.

No me pasó por alto el tono ominoso de la frase, como si se tratase de un asunto de vida o muerte.

En cualquier caso, me senté en la acera, junto a la alcantarilla, y observé a Grace cojear calle abajo hacia su triste casa gris. Tardó bastante rato en volver, cerca de cuarenta y cinco minutos; me dio tiempo de pensar en llamar a la policía o volver a mi casa caminando, pero, entonces, una mujer con el pelo teñido de rubio abrió la puerta principal de un golpe y cruzó el césped hasta el coche con pinta de ofendida. Sacó marcha atrás el vehículo destartado tan rápida y violentamente que chocó con un contenedor de basura que había en el lado opuesto de la carretera, y luego los neumáticos echaron humo al arrancar.

—¿Era tu madre? —le pregunté a Grace cuando apareció con las llaves del coche diez minutos después, con la mandíbula y los labios apretados y en tensión.

—No. Sí. Da igual.

—Te pareces a ella.

—¿Me parezco a una alcohólica de cuarenta y cinco años que de vez en cuando se pone ciega de anfetas?

—Ay, Dios, Grace, no pretendía...

—Ya lo sé. Da igual. Tú conduce.

—¿Vives con tu padre?

Grace guardó silencio.

—No sé nada sobre ti y, cuando te pregunto, nunca me respondes.

—Te he dicho cuáles son mi canción y mi color favoritos.

—No estamos en la guardería. Quiero saberlo todo, incluso tus movidas.

—Hay más belleza en el misterio.

—No quiero que seas un misterio.

—Sí, Henry. Eso es exactamente lo que quieres.

Quizá lo que más me dolió es que Grace tenía razón. Ni yo ni mis mejores amigos habíamos necesitado lidiar con unos padres inestables o un hogar desestructurado. Lola, Murray y yo habíamos tenido mucha suerte en la vida. Lo más *heavy* que nos había pasado había sido que cuando La tenía once años se escapó de casa... Y se vino a la mía. Durante su clase semanal de inglés en el centro social, la madre de Lola, Widelene, pequeñísima en estatura y haitiana de nacimiento, había anunciado con orgullo a sus compañeros que la piel sobrante del codo se llamaba «elrabo», algo que le había explicado su hija preadolescente. Cuando su padre se había enterado, se había enfadado bastante con ella, así que Lola y yo nos escondimos debajo de la cama a comer chucherías y a mirar fotos de tetas en el ordenador de Sadie. Ahora que lo pienso, me doy cuenta de que debería haberme dado cuenta de la inclinación de Lola por las chicas mucho antes.

Grace y yo no hablamos durante el trayecto hasta mi casa. Ahora, mis padres intentaban avergonzarme, y yo quería enfadarme con ellos, pero ninguno de los dos era un alcohólico ni consumía drogas, y creo que nunca había valorado esa circunstancia lo suficiente, así que cuando papá dijo: «Larga vida y prosperidad» e hizo el saludo vulcaniano, me limité a levantar las manos en un gesto de rendición y soltar sin mucha convicción: «Por favor. Basta».

Grace apretó los labios en una línea, trató con todas sus ganas de sonreír, pero tenía los ojos vidriosos y la mirada de un general curtido en la batalla que no aprueba las tonterías de los demás. Se avecinaba una noche divertida.

Me aclaré la garganta y presenté:

—Grace, padres. Padres, Grace.

Mientras ella estrechaba la mano a mi madre, papá dijo:

—Henry, toma.

Y dado que, obviamente, había desarrollado unos reflejos tan rápidos como el rayo después de mi único partido de fútbol americano, cogí lo que me lanzó sin dudar un segundo. Resultó ser una caja de preservativos.

—Por si acaso. No quiero que tengáis que pasar por el infierno de un embarazo no deseado, como nos ocurrió a nosotros. Por supuesto, me refiero al tuyo, no al de Sadie; a ella la planeamos.

—¿Sabes que suelo decir a la gente que sois guais? Y, sin embargo, os las arregláis para dejarme mal y hacerme quedar como un mentiroso una y otra vez.

—¿Le dices a la gente que somos guais? —preguntó mamá—. Vaya, ¡teletransportame, Scotty!

—No necesitamos su aprobación —respondió papá—. Ya sé que somos los vulcanianos más ilógicos de la ciudad.

—Ay, Dios, Grace, por favor, aléjate de ellos lentamente.

—Hasta luego, pareja —se despidió papá, mientras yo cogía a Grace de la mano y tiraba de ella.

—Ha sido un placer conocerlos —dijo Grace por encima del hombro.

—No, qué va, no les mientas.

—¡Nada de copular en casa, por favor! —gritó mamá tras nosotros con un tono de voz dulce. Y luego, mucho más bajito, añadió—: ¿Por qué nadie te dice lo divertido que es ser padre?

Le saqué la lengua y cerré la puerta del sótano.

—Siento muchísimo el espectáculo que han montado —dije.

—No, por favor, no te disculpes.

—Quieres hablar sobre tu madre o...

—Estás presuntuoso hoy —señaló Grace, al ver la caja de condones que tenía en la mano, mientras bajaba la escalera con ella, de peldaño en peldaño—. Estaba pensando que... quizá podría quedarme a dormir después de la fiesta de Halloween de este fin de semana. —Grace sacudió la caja de condones—. Nos podrían venir bien.

—Eh... eh...

—Ahora te toca decir algo para seducirme.

—Algo como... tu padre debe de ser pastelero, porque hueles a pasteles.

Grace se echó a reír y tiró los condones a la otra punta de la habitación.

—Pues nada, me parece que no los vamos a necesitar.

Los recogí y los dejé sobre la mesita de noche.

—No descartemos nada —repliqué.

Grace se sentó en el borde de mi cama, me tumbó a su lado y me besó.

—Lo de Halloween va en serio. Si quieres que me quedé, lo haré.

—Las sutilezas de la seducción no son lo mío, así que voy a ir al grano y decirlo directamente: ¿estás hablando de mantener relaciones sexuales?

Grace puso los ojos en blanco.

—Sí, Henrik. Bien hecho.

—De acuerdo. Me parece estupendo.

—Genial.

—Eres... O sea, quiero decir, ¿tú y... él? —Casi nunca me refería a él por su nombre—. ¿Supongo que no eres...?

—No, no soy virgen.

—Vale. Solo quería asegurarme.

—¿Y tú...?

—Yo soy, eh..., la verdad es que no, nunca he jugado al teto.

Grace estalló en carcajadas y ocultó la cara en mi pecho. Joder, me estaba luciendo.

—Te cuesta más hablar de sexo que de ti mismo.

—Qué quieres que diga, soy un caballero.

—No, eres un bicho raro. El sexo es una función humana básica. ¿Acaso te resulta difícil hablar de respirar o de parpadear?

—Mi función respiratoria es una información en extremo privada. Espera, ¿qué haces? —pregunté, cogiendo a Grace de la muñeca para que no se levantara.

—Aún no he acabado de juzgar tu habitación.

—Tú y tus juicios —dije cuando se levantó y empezó a andar en círculo por el sótano.

—Puedes averiguar muchas cosas de una persona solo con ver su cuarto, ¿no lo sabías? Los dormitorios son como escenas de crímenes, llenos de pistas que descubrir.

—Y ¿cómo es el tuyo?

—Puede que llegues a averiguarlo. Por el momento, déjame desarrollar mis habilidades de investigadora de CSI para descifrar quién eres exactamente.

—¿Y bien? —pregunté, después de escucharla tararear la canción de la serie en cuestión durante unos minutos—. ¿Quién soy?

Grace se aclaró la garganta.

—A juzgar por la decoración y por los aparatos electrónicos de hace décadas —indicó ella, subiéndose las gafas de sol al estilo de Horatio Caine—, concluyo que esto es algún tipo de búnker de un conspiranoico, y que es probable que creas que el presidente es un cambiaformas reptiliano.

—Eso es una locura. Los cambiaformas reptilianos son los miembros de la familia real. El presidente no es más que un hechicero común.

—Ah, claro. Mis disculpas. Pero ¿qué es esto? —dijo Grace, señalando la vitrina antigua que mi bisabuelo usaba para guardar su colección de absentas y de instrumentos para beberla antes de que se ilegalizara en Holanda, momento en el que había decidido mudarse con su vitrina y toda su familia a Estados Unidos.

En la parte superior tenía una especie de placa en la que se podía leer: MATIGHEID IS VOOR DE DØDEN. «La moderación es para los muertos.» Johannes van de Vliert, fiel a su filosofía vital, murió a los cuarenta y siete años de una hepatitis alcohólica. Era, con diferencia, mi antepasado favorito.

—Es lo mejor de toda la habitación. Aparte de ti, claro.

—Es una vitrina... llena de basura rota...

—¡No es basura! —Salté de la cama y decidí enseñarle los diversos tesoros que había ido guardando allí desde primaria—. Grakov Town, pobre ignorante, estás ante mi gabinete de curiosidades. Mis piezas favoritas son estos boles. Hace unos años descubrí en un libro de arte el Kintsukuroi. ¿Lo conoces? —Grace dijo que no con la cabeza—. Verás, en pocas palabras, es una técnica japonesa que consiste en reparar la cerámica rota con laca de oro. Es decir, pegan todos los fragmentos y los cubren con este entramado de venas doradas. Creen que algunas cosas son más bellas cuando se han roto.

Grace cogió una de las piezas de Kintsukuroi. Tenía once en total; algunas me las había regalado Lola al cabo de los años, otras me las había comprado mamá en sus viajes a Japón, y unas cuantas más me las había pillado yo mismo en eBay o de segunda mano con mi paga. En la vitrina había otras cosas, todas rotas o con algún desperfecto. Un brazalete de plata que habían regalado a Sadie con el cierre retorcido. Una lata de Coca-Cola con un error en la etiqueta.

—Qué pena que no se pueda volver a pegar a una persona con laca de oro —declaró Grace, dándole la vuelta al bol que tenía entre las manos.

No estaba seguro de si hablaba de sí misma, de su madre o de otra persona de su vida. Y probablemente nunca despejaría mis dudas, porque a Grace Town le gustaba ser un misterio. Entonces, al darse cuenta de que la alegría que mostraba un minuto antes había desaparecido, aplastada por algo mucho más pesado, dejó el bol en su sitio y dijo:

—Sabes que esto es casi tan extraño como coleccionar Muñecas Repollo, ¿no?

—No sabes nada, Grace Town. A las chicas les encanta la cerámica Kintsukuroi.

Grace intentó en vano forzar una sonrisa.

—¿Podemos ponernos con la cena? Me muero de hambre.

—Claro —convine—, claro.

Grace me ayudó a preparar las minipizzas. Bueno, más o menos. Parecía que la cocina era territorio desconocido por completo para ella, y yo tenía que darle instrucciones todo el rato. «¿Te importaría cortar los tomates? Podrías rallar un poco de queso, si te apetece.» Después de cada pequeña tarea, se hacía a un lado y me miraba incómoda, a la espera de que le diera más faena.

Mientras las pizzas estaban en el horno, volvimos al sótano; nos tumbamos en mi cama, sin tocarnos, ambos con la mirada fija en el techo.

—¿Qué quieres de mí? —dije, en un arrebató de valor.

Sentía auténtica curiosidad por saber qué esperaba sacar de esta relación.

Grace no me miró.

—No sé. ¿Qué quieres tú?

—Ya lo sabes.

—No, no estoy segura.

—Te quiero a ti.

Entonces, sonrió levemente, pero no llegó a decir: «Yo también».

Durante la cena, Grace estuvo bastante rara con mis padres, igual que le pasaba con todo el mundo excepto conmigo. Su encanto desaparecía. Solo hablaba si se dirigían a ella, y no sonreía cuando sería oportuno. Comió poco y habló menos.

Cuando la acompañé a la puerta a las once de la noche y la vi desaparecer en la oscuridad, en dirección al cementerio, casi me alegré de que se fuera, pues temía que a mis padres no les cayera bien la primera chica a la que llevaba a casa.

Entré y me los encontré en la cocina, metiendo los platos en el lavavajillas. Me senté en silencio en la barra, a la espera de su juicio, que sabía que llegaría, tanto si quería escucharlos como si no.

—Es muy taciturna —opinó mi madre después de un rato—. Guapa, pero taciturna.

—¿Tú crees? —respondí extrañado. «Taciturno» es un vampiro, no Grace—. No me había fijado.

—Eso sí, tiene una sonrisa muy bonita, aunque no la use mucho. Es una chica asombrosa.

—Lo asombroso constituye una parte esencial y característica de la belleza —dijo mi padre, cogiendo a mamá por la cintura.

Ella asintió, pero se separó enseguida de él. Los observé moverse por la cocina, pero ni una sola vez se tocaron, ni se sintieron atraídos. Entonces, me di cuenta de que hacía tiempo que no los veía besarse, cogerse de la mano o bailar juntos cuando pensaban que estaban solos, como solían hacer cuando yo era pequeño.

Mucho mucho tiempo.

Durante los siguientes tres días, Grace y yo apenas estuvimos una hora sin vernos. Por las mañanas, antes de clase, íbamos a la redacción para trabajar en el periódico, y nos pasábamos el rato picándonos sin piedad. Llevamos una red y unas raquetas de bádminton, y pusimos fotos de familia en plan de coña, con *Ricky Martin Knupps*, en nuestros escritorios. A la hora de comer, íbamos juntos al McDonald's, nos leíamos en alto pasajes de libros (yo, siempre Harry Potter; ella, siempre poesía); o paseábamos por los terrenos más alejados del recinto escolar, dábamos patadas a los montones de hojas y jugábamos a proponer temas tontos para el periódico, hasta que sonaba el timbre y nos dábamos cuenta de que no habíamos comido.

Por la tarde, cuando acababan las clases, seguíamos la rutina que habíamos convertido en nuestro propio ritual: yo la acompañaba a pie hasta su casa, la esperaba fuera mientras buscaba las llaves, y ella me obligaba a conducir hasta mi casa en su coche. Luego, todo cambiaba. En cuanto se ponía el sol, Grace se convertía en una persona del todo diferente, como si la luz la alimentara y, sin ella, se quedase sin fuerzas, vacía. El jueves entró en casa y se sentó en el sótano, claramente incómoda. Se aferraba a Lola como si fuera un salvavidas, mientras que apenas le dirigió la palabra a Murray y casi no intervino en ninguna conversación. A solas, Grace era capaz de ser efervescente, de iluminar toda la habitación con su inteligencia e ingenio. Pero cuando había más gente, parecía perder su encanto.

—Te prometo que antes se me daba bien socializar —me dijo, después de que Muz se fuera, convencido de que Grace lo odiaba—. Lo hacía a todas horas.

—Ahora debe de ser más duro. Sin él, quiero decir. ¿No?

Esa fue una de las extrañas ocasiones en las que reconocía que hubo otro antes que yo, y que ya no estaba aquí.

Grace negó con la cabeza.

—No, más difícil no. Tan solo se me ha olvidado. Me meto en mis pensamientos y caigo en un abismo cada vez más profundo. Me olvido de que el mundo existe.

Y en ese momento probablemente debería haber dicho: «Eso suena a trastorno mental. Tal vez deberías buscar ayuda médica o incluso algún medicamento». Sin embargo, me callé porque no quería que Grace estuviera enferma, rota ni deprimida. Quería que se cepillara el pelo, que se pusiera ropa limpia y que estuviera satisfecha y feliz.

De modo que fingí que así era.

Y poco a poco, hora a hora, la cuenta atrás para la víspera de Todos los Santos continuó hasta que por fin llegó el día. Mi calle se convirtió en un anexo del cementerio, con lápidas, telarañas y esqueletos desparramados por todas partes. A mediodía del sábado, parecía que en nuestro jardín delantero había explotado el apocalipsis *kitsch*. Sadie trajo a Ryan para tallar calabazas en el césped, pero yo solo podía pensar en la fiesta que se celebraría esa noche. O, más bien, en lo que pasaría después, para lo que no me sentía preparado en absoluto.

—Tío, ¿qué demonios le estás haciendo a esa calabaza? —dijo Sadie, al ver el desastre que estaba haciendo.

Sadie, con sus *piercings*, sus rastas y su chaqueta de cuero, parecía una maniaca con el cuchillo en la mano y una calabaza entre las rodillas. La mía estaba un poco blanda y el cuchillo no estaba demasiado afilado, de modo que parecía que la había tallado con una escopeta recortada a poca distancia.

—Es peor que la de Ryan, y él ni siquiera tiene habilidades motoras finas. No te ofendas, Ryan.

—Disculpa, pero es una interpretación surrealista de la calabaza de Halloween tradicional.

—Si pudiera hablar, susurraría «Mátame, antes de que vomite semillas y pulpa por todas partes».

Suspiré y solté el cuchillo.

—Sadie, sé que es poco ético, pero ¿crees que podrías traerme alguna pastilla de Valium del hospital?

—Más te vale decirme para qué lo necesitas.

—Grace va a venir esta noche, después de la fiesta. De hecho, se va a quedar a dormir. Por primera vez.

—Ah. Aaah. ¡Qué rápido está creciendo mi pequeñín!

—Apártate de mí, mujer malvada —exclamé, mientras intentaba quitarme a Sadie de encima, que había dejado caer la calabaza en el césped y me estaba estrujando como si quisiera romperme las costillas —. Uf, no sé para qué te he dicho nada.

—Tampoco tienes que estresarte demasiado, tío. La gente lleva follando desde hace millones de años. ¿Tienes condones?

Puse una mueca de incomodidad.

—Sí.

—¿Sabes usarlos?

—Joder, Sadie, pues claro.

—¿Y quieres acostarte con esa chica?

—Ella es una hembra humana que ha dado su consentimiento, y yo un adolescente. Esa pregunta es irrelevante.

—No, para nada. Mira, no tienes por qué amar a una persona para perder tu virginidad con ella, pero deberías conocerla, confiar en ella, sentirte cómodo y desear hacerlo de verdad.

—Bueno, pues sí. O sea, supongo. No, sí, sí. Quiero estar con ella.

—Ya sé que parece una pregunta tópica, pero ¿estás listo? Es decir, no es que el sexo sea un asunto muy importante, pero tampoco es nada importante. ¿Me entiendes?

—¿Creo que estoy listo? —No pretendía que sonara como una pregunta.

—Muy bien, de acuerdo. Eso es lo único que importa. Todo lo demás es biología. Y ahora, dame esa pobre calabaza antes de que la acabes de liar por completo.

Grace vino a casa por la tarde a maquillarme, con una mochila, pequeña pero ominosa, para pasar la noche en casa.

—¿Te sigue pareciendo bien que me quede? —me preguntó cuando me pilló mirándola.

—Sí, sí, por supuesto.

Quería acostarme con ella. De hecho, llevaba pensando en el sexo desde los doce años.

—Bien —respondió ella, antes de sacar un pincel de pintura para la cara y una botella de sangre falsa del bolso—. Y ahora dime, ¿quieres ser un zombi o una víctima de accidente de tráfico? Porque son los únicos dos maquillajes que sé hacer.

Desvié la mirada hacia el bastón que estaba sobre mi cama.

—Eh... La verdad es que no...

—Era broma, Henry.

—Ah... —Me obligué a soltar un sonido similar a una carcajada. Bromeaba con el horrible accidente de coche en el que había muerto su novio. Me parto—. Prefiero ser un zombi, creo.

Durante la siguiente hora, permanecí sentado en el borde de la cama, mientras Grace se movía a mi alrededor, lo más lejos posible, con su postura habitual de marioneta rígida, mientras me aplicaba en la cara heridas de látex líquido y efectos especiales para simular la descomposición de un cadáver. Sé que no es la situación más romántica del mundo, pero la forma en que se movía tocándome lo menos posible era de una precisión casi clínica.

Esperaba que Grace fuera disfrazada de algo estafalario: de meme, de algún personaje literario desconocido o de un pintor impresionista del siglo XVIII. Subió al piso de arriba a vestirse y maquillarse mientras yo hacía jirones una camiseta vieja y la empapaba con sangre falsa. Cuando volvió a bajar, apareció con un disfraz de vampira sexy y una sola gota de sangre en la comisura del labio.

Era la primera vez que la veía vestida con ropa diseñada para una silueta femenina, y me quedé asombrado. Tenía las piernas largas y torneadas, cubiertas por medias negras, y un corsé de encaje negro le acentuaba los pechos y la cintura, marcándole una figura que no había imaginado que pudiera tener una chica de instituto. Se había peinado la melena rubia con ondas y se la había recogido con una redecilla negra que le cubría los ojos; incluso había atado un lazo rojo a su bastón.

Desprendía una belleza oscura; era una mujer fatal, una heroína yonki que se había levantado de entre los muertos, y yo apenas la reconocí.

—No le di muchas vueltas a lo del disfraz, así que he reciclado este del año pasado —dijo ella, con un gesto de resignación—. Es muy cutre.

—No. Cuenta con mi aprobación absoluta.

—¿En serio? Porque pareces un poco... ¿sorprendido?

—Es que no me lo esperaba... No te imaginaba con algo así. Me parecía más probable que te pusieras algo, no sé, estrafalario o raro, sobre lo que tendría que hacerte más de veinte preguntas. Pero estás muy sexy, desde luego.

—La Grace de hace un año era muy diferente de la de ahora.

Me quedé mirándola un poco más y, entonces, asentí.

—Dilo, Henry.

—¿El qué?

—Lo que esté pasando por ese misterioso cerebro tuyo. Veo cómo giran los engranajes detrás de tus ojos, pero no haces más que asentir. Así que habla.

—Es que... Joder, qué mal se me da improvisar. ¿Y si la persona que fuiste... es tu verdadero yo? A ver, no sé nada de ella, pero, en ocasiones, me parece ver destellos de la chica que solías ser, y me pregunto... ¿Era ella un personaje y ahora eres más tú misma, o es la Grace que conozco la ficticia, a la que interpretarás hasta que vuelvas a sentirte bien?

—La gente evoluciona. Es imposible que tú seas el mismo chico que con dieciséis años.

—Sí, pero yo no me cambié de instituto ni empecé a vestirme con la ropa de un chico muerto. Se hizo el silencio.

—Entonces, lo sabes —respondió ella de forma pausada, sin apartar la mirada de mí, ni parpadear—. La verdad sale a la luz.

—Lo siento. No debería haber...

—Soy muy consciente de quién quieres que sea, Henry. Es evidente.

—¿Qué quieres decir...?

—A veces me miras de forma distinta. Tal vez pienses que no me doy cuenta, pero sí. En ocasiones, te gusto de verdad, pero hay momentos en los que no tanto; yo no puedo fingir que estoy mejor solo para hacerte feliz.

—Grace, no es así, de verdad que no.

—Mira, prefiero que no hablemos esta noche de eso, ¿vale?

—Te quiero como eres, siempre.

—Sé que lo crees. Pero a veces no estoy segura de qué versión de mí quieres que sea. La que soy. La que era. O la chica de ensueño Kintsukuroi en la que piensas que me convertiré dentro de un par de meses.

—Tú misma dijiste que no se puede arreglar a la gente con laca de oro.

—A eso me refiero precisamente —afirmó ella, antes de dar media vuelta y volver a bajar la escalera, con una mueca de dolor en cada peldaño.

Teclé mi quinto borrador de «Por qué Henry Page está soltero» mientras la seguía, goteando sangre a cada paso.

Quinto borrador

Porque, al parecer, tienes que perseguir hasta a chicas que no pueden ni correr.

## Capítulo 18

La primera mitad de la fiesta se pareció mucho a la de Heslin. Fuimos al campo de fútbol a beber, solo que esta vez no había bañera, sino un tanque de almacenamiento para agua de lluvia, y no es coña. (La bañera había acabado en el tejado de Heslin. Nadie había asumido la responsabilidad, pero yo sospechaba de Murray.) En esa ocasión, el mejunje estaba teñido de rosa y tenía una extraña espuma en la superficie, como si alguien lo hubiera limpiado con lavavajillas y no lo hubiera aclarado bien antes de verter diez cajas de vino barato. De todos modos, no tenía el mismo sabor a veneno que la última vez. Después de beber el equivalente a dos botellas, Grace y yo estábamos bastante borrachos, lo cual era una suerte, pues ambos nos mostrábamos más agradables bajo los efectos del alcohol.

Nos apartamos del grupo y fuimos a casa del amigo de un amigo del primo de un chaval que se había graduado tres años antes. La fiesta tenía lugar en el sótano de aquella casa. Llegamos cuando todavía no había nadie, y Grace encontró un rincón oscuro y apartado donde podíamos besarnos sin llamar la atención; no obstante, yo no era capaz de quitarme de la cabeza lo que se suponía que llegaría después, así que seguí bebiendo. Con la música cada vez más alta, el sótano fue llenándose de zombis, brujas, piratas y versiones sexy de las cosas menos sexys posibles, como las Tortugas Ninja, un planeta Plutón de papel maché en bikini, y Madison Carlson, quien, por razones que nunca comprenderé, se había disfrazado de mazorca putilla.

Grace se acercó a mí y me dio un beso rápido, después volvió a observar a las personas que se amontonaban en ese sótano.

—Voy a dejar de ir al cementerio —dijo en voz baja, casi en un susurro—. Nunca te lo había contado, pero visito su tumba casi a diario. Ahora, voy a dejar de hacerlo. Por ti.

Me quedé sin habla. Había llegado a aceptar la presencia fantasmal de Dom como parte de nuestra vida, como una condición para salir con Grace Town. Ella siempre se vestiría como él. Siempre olería a él. Siempre visitaría su tumba. No obstante, ahora parecía querer renunciar a una parte de él.

—Me parece genial —respondí, rápidamente, sin pensarlo dos veces.

Ahora que ella lo había propuesto, me di cuenta de que era algo que me hacía ilusión. Quería que dejara de pasar tanto tiempo con su novio muerto, tumbada en la hierba sobre su cadáver en descomposición, derramando lágrimas que se filtraban en la tierra hasta caer sobre su ataúd.

—Y no quiero que pienses, no sé, que eres un premio de consolación —continuó ella, sin mirarme—. Nunca había conectado con nadie como contigo.

En ese momento, hice un esfuerzo por resistir la tentación de preguntarle a quién escogería si Dom y yo estuviéramos vivos y coleando, uno junto al otro. Porque, en el fondo, sabía que lo elegiría a él. Y su elección sería la misma durante mucho tiempo. Quizá para siempre. Noté que la

herida de mi corazón se abría un poco más. Menuda historia. Mientras ella hacía todo lo posible por declararme sus sentimientos, yo sentía una punzada de dolor más profundo.

—Has bebido. No quiero que tomes ninguna decisión esta noche. Espera a estar sobria. Reflexiona. Quiero que estés segura.

«Quiero que estés segura de que puedes pasar página.»

Grace se volvió hacia mí y me miró a los ojos, primero al derecho y luego al izquierdo.

—¿Qué pasa? —dije al cabo de unos minutos.

—Muchos tíos serían unos capullos con este tema. Pero tú te has portado muy bien.

—¿Por qué iba a ser un capullo? —Parte de mi actitud comprensiva era impostada, pero no podía confesárselo: ser un capullo solo la haría salir corriendo—. Has sido muy sincera desde el principio—. «Excepto con lo del accidente de coche, el novio muerto, el cementerio y la ropa, claro está.»

Volvió a hacer lo de los ojos un par de veces más, cerró los suyos y me besó. Mientras duró el beso, la observé para asegurarme de que no abría los ojos, como si ese gesto indicase que realmente estaba siendo sincera. Grace mantuvo los párpados cerrados todo el tiempo, y cuando noté que el beso iba a acabar, me apresuré a cerrar los míos, antes de que se alejara. Lo único que pude pensar en ese momento fue: «¿Cómo puede alguien dar un beso así y no sentir algo de verdad?».

—¿Cuánto tiempo tenemos que esperar antes de volver a tu casa? —preguntó Grace.

El corazón se me desbocó. Ah, sí. Por un momento me había olvidado de que iba a perder la virginidad.

—Primero quiero ver a la gente. Estar un rato por aquí. Y, de paso, esperar a que mis padres se duerman.

Lo que realmente quería, y que no le había confesado a Grace, era que alguien nos viera juntos, que nos pillaran, que nos acusaran de ser más que amigos con una sonrisa pícara. Quería que nuestra relación fuera real para alguien más que para nosotros; sentía que cuanta más gente supiera lo nuestro, más razones tendría ella para no dejarme. Estábamos en una relación que bien podía equipararse al gato de Schrödinger: ni vivos ni muertos hasta que alguien nos observara; y puede que fuese mejor así. Tal vez permanecer en ese estado de indeterminación fuera lo mejor porque era muy posible que el mero hecho de salir a la luz acabara con nosotros. Comprendía que asumía un riesgo, pues si nadie sabía lo nuestro, tampoco tendrían por qué enterarse en caso de que se acabara. Mi tristeza sería privada. Sin embargo, era un riesgo que estaba dispuesto a asumir.

Así, cuando el ruido de las conversaciones inundó la estancia, la besé. Charlamos, bebimos y flirteamos. Con cada trago de alcohol, Grace se ponía más contenta, y yo seguí besándola, con la esperanza de llamar la atención y que alguien gritara nuestros nombres.

Y, por fin, una hora después, sucedió.

—¡Lo sabía! ¡Joder! ¡Lo sabía! —exclamó Heslin.

En ese momento, sentí que la tensión que había ido creciendo en mi interior se liberaba. Nos habían visto. Teníamos testigos. Alguien además de nosotros podía verificar que lo nuestro era real. Que habíamos estado ahí.

—Calla —le pedí a Heslin, pues, si bien quería que lo supiera, prefería que Grace no se enterara de lo mucho que me importaba que los demás estuvieran al tanto de lo nuestro.

Grace se apartó de mí inmediatamente, se puso de pie y dijo:

—¿Nos vamos? Voy a recoger mis cosas.

Asentí y observé como se abría paso entre la multitud para ir a por su abrigo.

Heslin seguía sonriéndome.

—¿Cuánto tiempo lleváis liados?

—Por favor, no se lo cuentes a nadie. Intentamos ser discretos. —No me pareció necesario darle detalles.

—Soy una tumba —aseguró Heslin, al tiempo que me revolvía el pelo.

Rara vez hablábamos en el instituto, pero conocer este aspecto de mi casi vida sexual parecía unirnos.

—Debería ir a buscarla —dije, mientras me levantaba.

—Sí, deberías —respondió Heslin, dándome unas palmaditas en la espalda.

Así, nuestra superposición cuántica se acabó. Grace Town y yo ya no podíamos estar muertos y vivos a la vez.

Ahora bien, no estaba seguro de en qué estado acabaríamos.

Volvimos paseando a casa, borrachos, en la oscuridad. En mi estado de embriaguez, y sabiendo lo que iba a pasar luego, por fin tuve el valor de hacer con ella las cosas que me apetecía. La empujé contra una valla alta cubierta de enredaderas y la besé con más ansia que nunca. Le besé el cuello, la clavícula, y recorrí sus caderas y sus muslos con las manos. Grace respondió con jadeos, me pasó los dedos por el pelo y se pegó más a mí. Hundió sus falsos dientes de vampira en mi cuello lo suficiente para hacerme daño sin llegar a desgarrarme la piel.

—Llévame a tu casa, Henry Page —dijo ella, con sangre falsa en las comisuras de los labios.

Grace se dio la vuelta, empezó a caminar en la oscuridad; por supuesto, la seguí sin vacilar, con las manos en su cintura y besándola sin descanso. Bajamos a mi habitación, sin despertar a mis padres, gracias a Dios, y llegó el momento de El Sexo.

Nos sentamos juntos en la cama y nos desmaquillamos. Me quité la camiseta y me limpié toda la sangre seca del pecho, mientras me preguntaba si me parecería a él después del accidente y si ella estaría pensando en eso, o en mí. Luego, nos quedamos sentados durante un minuto, en silencio; sopesé apagar la lámpara, porque quizá sería más fácil seguir a oscuras.

Grace, no obstante, sabía lo que hacía. No era su primera vez. Se acercó a mí, me besó y empezó a desatarse el corsé.

—Santo cielo —dije en voz baja cuando se lo quitó.

Ella era una delicia, y todas mis dudas se disiparon al ver sus pechos desnudos.

Nos besamos un poco más, y luego empecé a bajarle las medias, rozando con las yemas de los dedos sus cicatrices. Eran dos rectángulos grandes y rojos en la parte superior de los muslos.

—De ahí sacaron los injertos de piel —me explicó, mientras los tocaba—. El primero no se implantó bien, así que tuvieron que volver a por más.

Le quité las medias del todo y las lancé a la otra punta de la habitación. La peor de las cicatrices estaba en la pantorrilla, donde había perdido piel y músculo, y se hallaba cubierta por un injerto que recordaba a un pájaro desplumado. Esa pierna era la mitad de grande que la otra,

delgada, en carne viva y frágil. En la piel intacta habían aparecido moratones y heridas recientes, un recuerdo de su excursión a la pista de atletismo del East River.

Era impresionante que pudiera andar tan siquiera.

—Ya me han cambiado los tornillos una vez. Dentro de unos años, puede que me los quiten. No estoy segura. Quizá consigan volver a reconstruirme.

Me incliné para besarle la irritada piel roja de la pantorrilla.

—Eres perfecta.

Y entonces empezó.

No fue romántico en exceso. No habíamos puesto música ni encendido velas. No fue como en las comedias románticas, que se centran en breves roces de la piel y en las manos de los protagonistas que se agarran a sábanas blancas limpias. Ni siquiera se parecía al porno que había visto. Todo fue más sudoroso, silencioso, intenso e incómodo. Solo estábamos ella y yo, sin espacio que nos separara.

Había dedicado buena parte de mi mañana a buscar en Google «cómo hacer bien el amor», lo que resultó ser bastante inútil cuando llegó el momento, pues olvidé todo lo que había leído en los foros y dejé que me guiara el instinto.

Y entonces acabó. Ya no era virgen. No hubo jadeos extravagantes ni nada parecido, pero no debió de estar demasiado mal, porque me dijo: «Ha estado mil veces mejor de lo que esperaba». Aunque, claro, no sabía si debía sentirme satisfecho por haber estado decente u ofenderme por las bajas expectativas que tenía de mí. Grace apoyó la cabeza en mi hombro, yo le di un beso en la frente y nos quedamos tumbados juntos, desnudos en la oscuridad, sin hablar y sin poder conciliar el sueño.

Al final, cuando creyó que me había dormido, Grace Town se echó a llorar. Temblorosa, intentaba controlar la respiración, mientras yo sentía sus lágrimas tibias caer sobre mi pecho. Después de un sollozo, se enjugó los ojos, su respiración se calmó y susurró «Te echo de menos»; entonces, se sumió en un sueño tranquilo.

Yo, en cambio, permanecí despierto durante una hora más, mirando al techo, mientras las lágrimas se evaporaban de mi piel e intentaba dilucidar si las náuseas que sentía se debían a lo mucho que había bebido o al hecho de que la chica con quien acababa de acostarme por primera vez probablemente había pensado en su novio muerto todo el rato.

## Capítulo 19

Cuando me desperté a la mañana siguiente, Grace ya se había levantado y volvía a resguardarse debajo de varias capas de ropa de Dom. Después de ser mariposa por una noche, regresó a su capullo. Fingí seguir dormido mientras ella metía su disfraz de vampira en una bolsa de plástico, que luego tiró en un cubo de la basura al lado de mi escritorio. Se marchó sin despedirse.

Esa noche, le envié un mensaje.

HENRY PAGE

Buenas noches, Town. Verás... una noche de esta semana, quiero ir a ver la peli nueva de Pixar. Dicen que no es apta para menores no acompañados por contener escenas de leve violencia animada y humor crudo. Tengo la sensación de que me gustará. ¿Te apuntas?

Envié el mensaje a las 19.58, y Grace lo vio de inmediato. Empezó a escribirme una respuesta, pero enseguida la borró. Pasaron diez minutos, y después otros diez más, sin actividad alguna. ¿Acaso no podía pedirle una cita, aunque nos hubiéramos acostado? ¿Había incumplido algún pacto tácito sobre nuestra relación (o lo que fuera que tuviéramos)?

Cené. Miré el teléfono. Ninguna respuesta.

«Ha cambiado de idea, ha cambiado de idea, ha cambiado de idea.»

Me duché. Miré el teléfono. Ninguna respuesta.

«Ha cambiado de idea, ha cambiado de idea, ha cambiado de idea.»

Intenté hacer los deberes de matemáticas. Miré el teléfono. Ninguna respuesta.

«Ay, Dios, ay, Dios, ay, Dios. Ha cambiado de idea, ha cambiado de idea, ha cambiado de idea.»

Me fui a la cama con la sensación de que alguien había abierto un paraguas negro dentro de mi pecho. Tenía los pulmones bajo las clavículas, y más abajo, en lugar de entrañas, había un agujero enorme. Por fin, a las 23.59, justo cuando me estaba durmiendo, Grace me contestó.

GRACE TOWN

¡Pixar! Claro que quiero verla. Saca las entradas. ¡Buenas noches!

La descarga de endorfinas que inundó mi sistema en cuanto vibró el teléfono y su nombre apareció en la pantalla fue tal que me preocupé. Nunca había sido adicto a nada, pero supuse que así debía de sentirse un yonki cuando necesitaba desesperadamente un chute.

«Edward Cullen, maldito cabrón, no debería haber pensado tan mal de ti», dije para mis adentros, mientras bloqueaba mi móvil y me quedaba mirando el techo.

El lunes, después de clase, Grace y yo decidimos coger un autobús hasta el centro, donde se celebraba un festival de otoño con cerveza y comida en el parque. Aunque tenía deberes y trabajos pendientes, y el periódico necesitaba toda mi atención, Grace estaba feliz e incluso se había cepillado el pelo, así que nada me impediría pasar tiempo con esa versión suya.

Habían transformado el parque en un campamento de pequeños toldos blancos: debajo de cada uno, se ofrecía un tipo de comida y/o de cerveza distinto. Era un paraíso *hipster*: mobiliario hecho con palés, teteras antiguas colgadas por el asa de cada rama, un puesto para decorar tu propio hula-hop. Los Plastic Stapler's Revenge habían conseguido que los contrataran para tocar, y sus suaves melodías acústicas se oían por toda la feria.

—¿Qué deberíamos probar primero, Town? —le pregunté.

No obstante, antes de que pudiera responder, una voz de varón desconocida me interrumpió.

—¡Grace?!

Ambos nos volvimos para descubrir al emisor de esa exclamación: era un hombre alto, bastante atractivo, con un montón de amigos varones altos y bastante atractivos.

—¡Lyndon! —gritó Grace.

Sin pensarlo dos veces, se abrió paso entre la multitud y él la levantó en volandas en cuanto llegó a su lado. Mientras la seguía con las manos metidas en el bolsillo, caí en la cuenta de que de repente aborrecía el nombre de Lyndon y a cualquiera que se llamase así.

Me quedé junto a Grace durante cinco minutos enteros mientras ella charlaba con el chico este, antes de que Lyndon me mirara con el rabillo del ojo y le recordara a Grace mi presencia.

—¡Ah, es verdad, lo siento! Te presento a Henry. Trabajamos juntos en el periódico del instituto. Henry, él es Lyndon, mi primo.

Nos dimos un apretón de manos, y pensé que tal vez me había precipitado al pensar que Lyndon era un nombre pretencioso. El monstruo que llevaba revolviéndose dentro de mi pecho desde que Grace había gritado su nombre regresó arrastrándose a su jaula.

«Joder —pensé, al darme cuenta de cuánto se parecían, lo que demostraba que eran, sin duda, familia—. ¿Soy celoso?» Imagino que es una de esas cosas que no descubres hasta que debes enfrentarte a la situación; tampoco sabes si eres valiente y heroico hasta que te ocurre algo terrible y te ves obligado a actuar. Siempre había pensado que yo sería intrépido, tranquilo y capaz de controlar la situación, como el heroico piloto de avión Sully Sullenberger, que consiguió realizar un aterrizaje de emergencia en el río Hudson. Ahora, sin embargo, ya no estaba tan seguro.

Recordé las palabras de Tyler Durden: «¿Cómo vas a conocerte si nunca te has peleado?».

Entonces ¿cómo vas a conocerte si nunca te ha gustado nadie? Jamás me había sentido tan extraño como en ese momento. ¿A quién pertenecía el cuerpo en el que me movía? ¿De quién era el cerebro que tenía dentro del cráneo? ¿Cómo podía ser yo, vivir en mi piel, y no tener ni la más remota idea de quién era?

Grace y yo habíamos ido al festival a disfrutar de la comida, pero Lyndon y sus amigos eran todos veinteañeros, así que les dimos dinero y nos compraron sidra y vino caliente con especias, y nos sentamos bajo un árbol a beber. Los cientos de farolillos que iluminaban el parque se volvieron cada vez más borrosos conforme el alcohol me subía a la cabeza. Compartimos platos

de los distintos puestos: sopa agridulce del tenderete tailandés, una misteriosa carne glaseada con miel del chino iluminado por una linterna roja, y unos rollos de papel de arroz transparentes acompañados de una espesa salsa dulce del puesto vietnamita.

Cuando a las nueve de la noche me llegó un mensaje de mi padre en el que me decía «Aquí», tenía el estómago lleno y me pesaban los párpados.

Me levanté del césped, donde había estado mirando las lucecitas de colores que titilaban en las ramas sobre mi cabeza, y le dije adiós a Grace, que estaba increíblemente guapa bajo esa aura dorada. Era muy consciente de que Lyndon nos observaba, así que procuré que mi despedida sonara lo más informal posible, a pesar de que por lo general nos dábamos un beso. Incluso la llamé «colega».

—Me piro, colega. Nos vemos mañana —le dije.

Luego me despedí de todo el mundo y me perdí en la multitud del festival, con las manos en los bolsillos. Me volví una sola vez. Grace seguía mirándome fijamente. Esperaba que apartara la mirada, pero no lo hizo, y no estaba seguro de qué significaba eso. ¿Se suponía que tenía que regresar? Pero estaba allí su primo, y nosotros no éramos pareja; no sé ni qué éramos, ni qué era nuestra relación, pero, en cualquier caso, se suponía que nadie debía enterarse de lo que teníamos. Yo quería volver y darle un beso, pero me preocupaba meter la pata y que ella se enfadara. Así que miré hacia delante y seguí andando entre la muchedumbre, con la certeza de que Sully Sullenberger habría vuelto y se la habría llevado en brazos, lo que me convertía en un celoso cobarde.

En el trayecto de vuelta a casa, mientras papá me contaba cómo le había ido el día y yo intentaba con todas mis fuerzas no parecer borracho, mi móvil vibró.

GRACE TOWN

Menuda despedida de mierda. ¿Sigues en pie lo de ir al cine esta semana?

HENRY PAGE

No sabía si te parecería bien que te besara delante de tu primo, así que me ha entrado el pánico y me he pirado por patas. ¿Sigues en pie lo de llevar lo nuestro con discreción? Bueno, lo siento. Lo del cine claro que sí. ¿Te parece bien el jueves, a las 19.30, en el de al lado de mi casa? Podemos quedarnos en mi habitación después de clase, o picar algo antes de la peli.

Suena bien. Y yo también estoy confusa con lo nuestro.

No tenemos remedio. Me sorprende que Hink confíe en nosotros para tomar decisiones.

El miércoles me desperté con una llamada de Grace a las seis de la mañana.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —dije, saltando de la cama.

El estado de preocupación constante por ella en que vivía debería haberme alertado, porque sabía que estaba deprimida y que era temeraria. Y una vocecita en mi cabeza temía que su tristeza pudiera con ella. No es que pensara que fuera a suicidarse, ni nada de eso, sino que, más bien, me daba miedo que se disolviera espontáneamente a propósito y la brisa esparciera sus átomos.

—Tranquilo. Es que no puedo dormir, nada más. ¿Tienes algo importante que hacer en clase hoy?

Tenía que entregar un trabajo de inglés que aún no había terminado (ADV), había quedado con Hink para informarle de los progresos que estábamos haciendo con el periódico, y Hotchkiss llevaba una semana pidiéndome los deberes de matemáticas. Todas esas cosas, no obstante, parecían menos importantes que pasar tiempo con Grace, así que mentí y le dije:

—No.

—Genial, porque estoy delante de tu casa. Nos vamos a vivir una aventura.

—¿Estás aquí?

Oí unos golpecitos en la ventana del sótano. Grace estaba agachada al otro lado del sucio cristal. Parecía cansada, y llevaba la misma ropa del día anterior.

Cuando mamá bajó para despertarme una hora después, fingí estar enfermo, mientras Grace se escondía debajo de mi cama. Después de que mi progenitora se fuera a trabajar, le rogué a mi padre que me dejara pasar el día con Grace, aunque sabía que se chivaría a mamá en cuanto pudiera. Por fin, aceptó a regañadientes, con la condición de poder jugar al *GTA 5* en mi habitación todo el día y de que yo no lo delatas e.

Me extrañé al ver el coche de Grace aparcado delante de mi casa..

—¿Has venido en coche tú sola? —dije.

—Sorpresa.

—¿Es la primera vez desde que...?

—Sí, no sé por qué. Me he despertado en mitad de la noche, y he decidido que ya había llegado el momento. Al fin y al cabo, no conseguiré salir en *Fast and Furious II* si no me pongo las pilas.

Sonreí, y Grace añadió:

—Henry, no me mires así.

—Así ¿cómo?

—Como si pudieras ver las vetas de oro formándose ante tus ojos —respondió en un tono ligero, nada acusador—. Sigo sin ser un bol.

—No eres un bol. Tomo nota.

Nos dirigimos hacia el norte, a las afueras de la ciudad; atravesamos el parque nacional, bajando la velocidad al llegar a los miradores, pero sin llegar a parar. En la costa, casi no parecía otoño. Las franjas de playa visibles a través del bosque eran blancas y, aunque a la mayoría de los árboles solo les quedaban las ramas desnudas, había otros de hoja perenne, palmeras y arbustos. Llevábamos las ventanillas bajadas aunque el aire era frío, y los oídos me zumbaban por la velocidad.

Al final, la línea de la costa desapareció engullida por un bosque, que seguía tan colorido como un joyero, a pesar del frío que estaba al llegar.

Las señales de tráfico indicaban que había que bajar la velocidad por las curvas peligrosas, pero Grace las ignoró. De hecho, subió tanto la música que no podría haberme oído aunque le hubiera gritado, y entonces, ella aceleró. Con cada curva cerrada me agarraba donde podía para evitar como fuera irme hacia los lados. Grace frenaba, aceleraba, quemaba la goma de los neumáticos y derrapaba en cada giro. Entonces, en lugar de disminuir la velocidad y prepararse para el siguiente, aceleraba.

Recé a dioses en los que no creía para que ese no fuera el día de mi muerte. No quería acabar como él. En mi cabeza, desfilaban imágenes de accidentes de tráfico: el vehículo aplastado contra un árbol, arrugado como un abanico de papel; un cuerpo, el mío, que sale disparado a través del parabrisas, como un muñeco de sangre y huesos; la piel quemada sobre el asfalto; mis extremidades descoyuntadas, con huesos rotos asomando por la piel.

Grace conducía muy bien cuando no se comportaba como una maniaca. Confiaba en que controlaba el coche, pero, a esa velocidad, su tiempo de reacción era nimio. Habría bastado un animal en medio de la carretera, un ligero error de trayectoria o un bache para que perdiera el control. Y luego, estaba la persistente voz de mi cabeza, que me recordaba una y otra vez que debía preocuparme por su seguridad.

Nunca me había sentido tan cerca de la muerte. Nunca había temido tanto por mi vida como en ese coche, con ella al volante.

¿Le importaría alguna de esas cosas? Grace veía el mundo como poco más que un patrón de átomos ordenados de forma temporal. Morir solo significaba que los átomos brevemente agrupados en forma humana se redistribuirían de otra manera.

Al fin, detuvo el coche junto a un mirador y apagó la música. Sonrió y salió a disfrutar de la fresca brisa costera. Era un día muy extraño. El sol brillaba cálido, pero el viento traía un aire frío del océano.

—¿Qué narices acaba de pasar? —pregunté, cerrando de un golpe la puerta del coche.

Las manos y las piernas me temblaban, y no de frío. Intenté ocultarle lo perturbado que estaba porque una pequeña parte de mí pensaba que tal vez, solo tal vez, Grace intentaba preocuparme a propósito. Me senté en el muro que nos separaba de la naturaleza agreste y apoyé los codos en las rodillas mientras trataba de calmar la respiración. Grace se sentó a mi lado, con el rostro medio oculto en su pañuelo. A veces, su forma de comportarse conmigo parecía más propia de una relación platónica, o de una hermana.

—Solía conducir por esta carretera muchas veces, antes incluso de sacarme el carné —explicó ella—. La conozco como la palma de la mano. En realidad, mejor. Podría dibujarla de memoria. No sé cómo es la palma de mi mano, la verdad. ¿De dónde vendrá esa expresión?

—¡Joder! No puedes conducir así después de haber estado a punto de morir en un accidente.

—Puesto que tanto te interesa, no fui yo la que se salió de la carretera. Fue Dom. Me gustaba este paseo antes de que él muriera. Así que debería poder disfrutarlo de nuevo.

La amargura era evidente en su voz. Grace nunca había dicho nada negativo sobre Dom y, sin embargo, ahora parecía culparlo del accidente que había acabado con su vida. Supongo que era lógico que estuviera enfadada.

—Es que... No puedes estar con él, ¿entiendes? No puedes ir adondequiera que esté, por mucho que lo desees. Así que deja de intentarlo.

—Joder, Henry. No estaba pensando en...

—A eso me refiero. No pensabas. Has cogido curvas cerradas a mucha velocidad, las ruedas echaban humo. Ha sido todo una locura.

—Solo quería volver a sentirme yo misma. —Como no dije nada, Grace se puso de pie—. Vamos. Hay un restaurante a unos diez minutos de aquí, escondido entre los árboles. Déjame que te invite a almorzar a modo de disculpa.

Y con esas palabras, el susto casi mortal de la media hora anterior casi desapareció, sustituido por el embeleso que sentía cuando Grace hacía algo bonito que me permitía cultivar la esperanza de que también se estaba enamorando de mí. La situación era una puta locura.

El restaurante estaba en un acantilado sobre la costa. Pagó ella, como me había prometido, y después nos sentamos en la hierba, a disfrutar del sol.

Lola me envió un mensaje mientras comíamos.

LOLA LEUNG

¿Dónde te puto has metido?

HENRY PAGE

Uf. Mira que eres posesiva. Estoy en el Parque Nacional. Hace demasiado sol para ir a clase.

Pues ya puedes ir viniendo si no quieres que me chive a Hink por tu contravención.

¿Quién usa «contravención» a estas alturas de la vida?

Más te vale estar decidiendo un tema bestial para el puto periódico. Y no estoy de broma, Henry. No me obligues a salvarte de ti mismo. No tengo ningunas ganas de ser la heroína reticente. Por eso no llevo máscaras ni lucho contra el crimen en las calles de Gotham cada noche.  
PON ORDEN EN TU PUTA VIDA.

Tía, lo tengo controlado.

Más te vale, o pondré a una de las Kardashian en la portada. O a TODAS. Además, no te olvides de que el periódico es clave para entrar en la universidad. No te olvides, capullo.

Lo siento, La. Lo resolveremos enseguida.

Más te vale, porque tengo a Widelene Leung de mi lado, y si me causas algún problema, tendrás que vértelas con ella.

Tomo nota.

Cuando acabamos de comer, Grace y yo nos tumbamos sin hablar bajo el cielo azul. Por fin, ella rompió el silencio y dijo:

—Vuelvo enseguida.

La observé levantarse y cojear hasta el jardín, hasta el filo del acantilado, donde recogió las últimas flores del otoño. Entonces, volvió a subir por la ligera pendiente, cubierta de hierba, donde estaba el restaurante. En una mano traía un pequeño ramillete de flores amarillas, y en la otra, el bastón.

No tardó más de diez minutos, y no le di más vueltas.

Era solo otra excentricidad de Grace Town.

Ese jueves nos quedamos hasta tarde en el periódico, después cogimos un autobús hasta el humilde cine que quedaba cerca de mi casa. Cenamos perritos calientes antes de la película. Grace se manchó la camiseta de los Ramones de ketchup, pero no intentó limpiarse.

—Fingiré que es una herida de arma blanca —dijo, mientras se chupaba la salsa de los dedos.

Me quedé mirándole los labios y la recordé desnuda.

Una vez dentro de la sala, actuamos como siempre: fingimos que estábamos juntos. Me besó una vez, antes de que empezara la película, y después me acarició la palma de la mano con los dedos. Como una quiromántica que intenta averiguar su destino a partir de las líneas que surcan mi piel.

No sé qué pudo leer. Tal vez nada en absoluto.

Cuando la película acabó, volvimos caminando a casa, los dos con las manos pegadas a ambos lados del cuerpo. Al final, Grace cogió la mía con un suspiro. Sin embargo, no sentí que fuera una victoria, sino, más bien, que había suspendido un examen.

No me soltó de la mano hasta que llegamos a casa y, por primera vez, sentí que éramos novios, que nuestra relación avanzaba.

«Dios mío —pensé mientras caminaba—, me estoy enamorando de ella de verdad.»

«No seas imbécil —dijo otra voz dentro de mi cabeza—. No puedes enamorarte de alguien a quien solo conoces desde hace dos meses.»

«A Jack y a Rose tan solo les hicieron falta cuatro días», argumenté.

«¿De verdad quieres usar *Titanic* como prueba de que esto va a acabar bien?», contestó la voz. Mierda.

—Bueno, gracias por invitarme, chaval —dijo Grace cuando llegamos a mi casa.

—Repetimos cuando quieras, Town.

Entonces, me besó sin demasiadas ganas, delante del camino que llevaba a la puerta de entrada. A pesar del frescor de la noche, noté su cuerpo caliente contra el mío.

«Me voy a casar con ella», pensé, mientras la observaba irse a casa.

Sonreí para mis adentros, pues, por primera vez desde El Beso, tenía la sensación de saber algo con seguridad.

## Capítulo 20

Pasó una semana. Y fue una buena semana, llena de días buenos de Grace. Fuimos productivos. Nuestros redactores nos entregaron contenido que no trataba sobre gatos. Lola tenía el diseño de casi la mitad de las páginas. Habíamos editado el artículo sobre *Magic: The Gathering* hasta reducirlo a cinco mil palabras. Intenté hacer algunos deberes de matemáticas. No entendí gran cosa, pero al menos me esforcé un poco.

Grace y yo volvimos a acostarnos. Esta vez no lloró, menos mal.

Las cosas parecían ir a mejor.

El jueves por la noche vino a cenar a mi casa. Mientras mis padres cocinaban, nosotros pasamos el rato sentados en mi cama, echando unas risas y picándonos el uno al otro. Me preguntaba si esa noche, por fin, lo haríamos oficial. «¿Ya puedo decir que eres mi novia?» Había practicado esa frase una y otra vez, e incluso cuándo la dejaría caer en la conversación. Y, por supuesto, una vez que ella me hubiera dicho que sí, tendríamos que gestionar el aspecto público de nuestra relación.

Imaginé qué diría la gente cuando cambiáramos nuestros estados sentimentales en Facebook. No es que necesitara su aprobación, pero era divertido fantasear sobre ello. Las personas que lo sabían desde el principio, como Lola y Murray, dirían cosas como «Uf, por fin» y «Picas demasiado alto, colega». Quienes no tuvieran ni idea se sorprenderían. Pensé en los «Pero ¿qué me estás contando?», y en los comentarios de los amigos de Grace que no me conocían. «Nos alegramos por ti, Grace. Qué bien que hayas encontrado a alguien.»

Por razones que no recuerdo, estábamos acurrucados leyendo en silencio la página de la Wikipedia de Matthew Broderick en mi iPhone. Mientras, yo jugueteaba con un mechón de su pelo, alucinando con que no siempre hubiera pensado que era obscenamente preciosa. El primer día que la había visto en clase de teatro, parecía sufrir un *jet lag* muy *heavy*, o sea, parecía que hubiera volado de una punta a otra del mundo: no solo estaba exhausta y sucia, sino que además, daba la impresión de que cada célula de su cuerpo estaba desajustada con el entorno. Ahora, en cambio, me gustaba que los átomos de Grace vibraran a una frecuencia distinta.

Pensar en sus átomos me llevó a pensar en su piel, lo que derivó en imaginármela sin nada de ropa. Eso acabó dándome el empujón de valor que necesitaba. Así que empecé a decir despacio:

—Bueno, y en lo que respecta a toda esta... situación...

El cambio de Grace fue repentino pero palpable. Estaba acurrucada en mi hombro, y se apartó de inmediato. Dejó de leer sobre Matthew Broderick. Su sonrisa desapareció. Y pensé: «Mierda, mierda. Otra vez no. No puedo haber vuelto a meter la pata».

—Sí —dijo ella.

Pero seguro que sabía por qué estaba aquí, ¿no? Sabía lo que yo quería. Desde el principio le había dejado claros mis sentimientos. ¿Cómo podía volverse tan fría tan de repente?

—Solo quiero saber en qué punto está nuestra relación.

—Pues no sé qué decirte.

—La última vez que hablamos de esto, aseguraste que ibas a dejar de ir al cementerio.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. En la fiesta de Halloween. Estabas algo borracha, creo.

—Lo siento. Siempre digo tonterías cuando bebo. No debería haberte prometido algo así.

—Entonces... ¿no vas a dejar de ir?

—Henry.

—Odio hablar de esto tanto como tú.

—Aún puedo sentirlo. Está en mis huesos. Cuando me quedo dormida, noto la calidez de sus dedos sobre mi piel.

—No te pido que lo olvides.

—Entonces ¿qué esperas de mí? Te estoy dando todo lo que tengo.

—Cuando alguien nos pregunte si estamos saliendo, quiero poder decir que sí. No me apetece tener que esconderme de mis amigos. Quiero que la gente sepa que estamos juntos. Quiero poder cogerte de la mano y besarte en público sin tener que preocuparme de si estoy incumpliendo alguna regla. Quiero que sea real. —Grace no respondió, se quedó mirando al techo, hasta que, por fin, retomó la palabra—: ¿Qué quieres hacer?

—Tal vez... —Hizo una larga pausa durante la que respiró hondo varias veces mientras miraba de un lado a otro de la habitación e intentaba buscar las palabras adecuadas—. Quizá deberíamos ir más despacio. O sea, hemos avanzado muy rápido. Si bajáramos un poco el ritmo, tal vez no me sentiría tan mal.

—¿Te sientes mal contigo?

—No, no. Es que... no estoy lista para mejorar. Todavía no.

—No me importa. Te quiero exactamente como eres.

—No, no es verdad. La quieres a «ella». Sales conmigo con la esperanza de que me convierta en esa chica. Te has enamorado de una idea, no de una persona real, y me mata cuando te pillo mirándome, pero viendo a otra persona.

—Eso es una tontería.

—¿Tú crees?

—Dios, esto es una mierda. Estoy harto. No quiero que seas otra persona, Grace Town. Eres la única con la que deseo estar.

Tiré de Grace hacia mí, y se sentó a horcajadas en mi regazo. Se inclinó y me besó como ella sabía: me hizo sentir que estaba enamorada de mí, aunque yo era consciente de que no era verdad y probablemente nunca lo fuera. Abrí los ojos y la observé, como hacía a veces, para asegurarme de que el beso era real. Grace se alejó de mí con los ojos todavía cerrados y la más leve de las sonrisas en sus labios. Hasta ese momento no me di cuenta de que no era a mí a quien de verdad besaba, al menos en su cabeza.

Tal vez los dos estuviéramos enamorados de ideas.

Grace parpadeó y abrió lentamente los ojos. Cuando me vio observándola, durante un momento pareció confusa, como si, por una décima de segundo, hubiera llegado a olvidar que no estaba besando a Dom. Entonces, su cara reflejó pena, se apartó de mí y se levantó de la cama.

—Mejor me voy —dijo ella, echándose la mochila al hombro, sin mirarme.

—Pensaba que íbamos a hacer deberes.

—No, paso. De todos modos, no voy a aprobar ninguna.

—Todavía no hemos cenado.

—No tengo hambre. Hasta luego.

No me despedí.

Durante media hora dejé que la bola de ácido que había en el interior de mi pecho me carcomiera la carne de la tráquea. Me levanté y me arrastré hasta la ducha. Me quedé bajo el chorro de agua caliente e intenté recoger agua con las palmas de las manos, pero se escapaba entre los huecos de mis dedos. Me pareció que la imagen era una dolorosa metáfora porque sabía, tenía clarísimo, que la estaba perdiendo. Y no podía hacer nada para retenerla.

Los seres humanos no pueden arreglarse con laca de oro.

Apreté la frente contra los fríos azulejos blancos de la pared de la ducha. Me pesaba la cabeza como si fuera a llorar, pero tenía los ojos secos. «La chica perfecta, pero el peor momento», me dije, aunque sabía que me engañaba a mí mismo, porque Grace nunca sería la chica perfecta. Aun así, quería con toda mi alma estar con ella. La necesitaba profundamente. Me dolía todo el cuerpo solo de pensar en perderla y, de repente, me sentí como un capullo por juzgar las rupturas de mis amigos. ¿Se sentiría así Murray por lo de Sugar Gandhi? ¿Le quemaría ella también la piel, con más fuerza que el agua hirviendo?

Tenía que haber una manera de conseguir que me quisiera. No podía no existir.

Se me abrieron los ojos de golpe. Acababa de tener el tipo de revelación repentina que solo puede provocar una larga ducha caliente. Sin perder un minuto, cerré el agua y me anudé una toalla alrededor de mi culito rosáceo; aún goteando, bajé a trompicones la escalera hasta el antro que me servía de dormitorio, con miedo de no encontrar lo que estaba buscando. No obstante, una vez abajo, abrí el último cajón de mi escritorio, que parecía hecho a medida para ese menester, y allí estaba.

Una máquina de escribir azul grisácea, una Olivetti Lettera 32, el mismo modelo que usaba Cormac McCarthy. La había comprado hacía tres años, después de leer *La carretera* y decidir que las novelas redactadas a máquina eran muy superiores a las escritas a ordenador (aunque seguían siendo inferiores a las compuestas a mano). Hasta el momento, solo había escrito «Mucho trabajo, y poca diversión hacen de Henry un tipo aburrido» una y otra vez por ambos lados de una hoja para asegurarme de que la cinta funcionaba. Después de eso, la había tenido encima de mi escritorio durante seis meses, al lado de mi iMac moribundo, hasta que el sentimiento de culpa por no escribir con ninguna de las dos cosas fue tan abrumador que decidí guardar la máquina para no verla; no había vuelto a pensar en ella desde entonces.

En el cajón superior había una gruesa resma de papel para máquina de escribir, de color amarillo canario. Murray lo había mangado del set de *El Gran Gatsby* en su última visita a Sídney. A la luz, podía verse una marca de agua en la esquina superior. Era una de mis posesiones más preciadas.

«Querida Grakov», escribí, provocando una tormenta de sonidos mecánicos con los dedos al teclear.

Iba a redactar una carta para Grace Town. Le diría todo lo que me costaba expresar de viva voz. Sabía que ella prefería los borradores hablados, pero nunca había leído mis escritos, y quizá, después de hacerlo, entendería por qué yo prefería la letra impresa.

Le envié un snap de esas dos palabras, «Querida Grakov», con el comentario: «preparate para flipar». Y entonces, continué con la carta.

**Querida Grakov:**

Durante meses, he vivido mi vida según una simple verdad: que, al final, nada de lo que hagamos importa.

Algunas personas temen que se las olvide. A otras les asusta la idea de que sus vidas carezcan de sentido. Tú me has enseñado a buscar la belleza en el olvido, a hacer de él la fuente de mi valor.

Ese mismo valor me permitió, por ejemplo, usar una presentación de PowerPoint para declararme a una chica, pues sabía que, si me rechazaba, el universo se encargaría de borrar todas las pruebas. Tú me enseñaste que el olvido es la recompensa del ser humano, que el propio tejido de la realidad tiene la bondad suficiente como para asegurarse de borrar todos nuestros pecados y estupideces.

Y ahora vuelvo a utilizar ese coraje para escribirte esta carta, en la que quiero mostrar mis sentimientos hacia ti. Eres especial, Grace Town. Eres preciosa. Brillas. Nunca me canso de mirarte, ni de estar contigo. Antes de conocerte, jamás habría podido imaginar que quería tener a alguien en mi vida tanto como a ti. Desde el primer día en el que me hiciste conducir hasta mi casa, sentí una química entre nosotros que no había tenido con nadie.

Uno no deja pasar oportunidades como esta, aunque la situación sea difícil. Aunque la trama se complique tanto que parezca sacada del Show de Truman, porque piensas: «A ver, esto tiene que ser un guion por cojones». Sé que lo sabes, porque si no fuera así, uno o los dos lo habríamos dejado, o quizá ni siquiera habríamos empezado. Pero hay cosas por las que vale la pena luchar.

Por supuesto, él sigue siendo un problema. Sé que todavía lo quieres, y lo entiendo.

Jamás te pediría que eligieras entre él y yo, ni te daría un ultimátum, o un tiempo, ni te haría responsable si no pudieras olvidarlo. En primer lugar, porque hacerlo sería poco razonable y solo conseguiría ganarme tu resentimiento. En segundo lugar, porque no me parece bien. Sé quién soy. Sé lo que valgo. Espero que tú también seas capaz de valorarlo.

Bien, Grace Town, estos son mis sentimientos. Ojalá pudiera ser igual de elocuente al hablar, pero tengo alma de escritor. En el mundo oral me pierdo, pero en esta carta he puesto un pedacito de mi corazón. En

resumen: estoy aquí, estoy dispuesto, no me voy a ninguna parte y quiero estar contigo.

El final de la Tierra y la muerte del universo son los que me dan el valor insensato para decirte que soy tuyo si me quieres.

Ahora, solo falta que decidas. Soy consciente de que no es una tarea fácil, pero es imprescindible.

Nos vemos pronto,  
HENRIK

Releí la carta una docena de veces, después la doblé, la guardé en un sobre y escribí su nombre a mano. A continuación, lo guardé junto con la máquina de escribir en el oscuro cajón de mi escritorio, y esperé a que me respondiera por Snapchat. Como no lo hizo, aunque yo sabía que había visto mi foto, le envié un mensaje.

HENRY PAGE

Acabo de abrir Safari en el móvil y me ha salido la página de Wikipedia de Matthew Broderick. Por suerte, estaba solo.

GRACE TOWN

Matthew Broderick nunca es motivo de vergüenza. ¿Qué es esa carta que estás escribiendo? No me parece un trabajo de lengua.

Para tu información, ahora mismo estoy reflexionando seriamente sobre el impacto del capitalismo en la literatura femenina posmoderna, ahí queda eso.

La carta trata sobre TODAS LAS MOVIDAS E HISTORIAS. Además, está escrita en una hoja de papel del set de grabación de la película El Gran Gatsby, porque soy un chico con clase.

Movidas e historias, vale... Suena interesante. Y eso de que eres un chico con clase... Bueno. Sin comentarios.

El gran Gatsby, TOWN. Vas a recibir una carta escrita en una hoja de papel que ha estado en presencia de Leonardo DiCaprio. Probablemente tenga células epiteliales tuyas. CÉLULAS EPITELIALES.

Y ¿cómo ha llegado ese papel a tus manos? ¿Seguro que no exageras? Además, el que tiene clase es el papel, no tú.

No exagero. De verdad que es de la película. Muz conocía a un tío que conocía a un tío que lo dejó entrar en el almacén de los estudios, y dijo que podía llevarse lo que quisiera, porque el rodaje ya había acabado. Yo quería que cogiera un coche, pero, por desgracia, ese era un sueño demasiado ambicioso. Así que ya ves, al menos tengo un 85 % de clase por asociación.

Pues te felicito, Page. La plebe se postra ante ti y tu precioso papel. No somos dignos.

No te preocupes, solo por conocerme tienes un 15 % más de clase. Puede que ese porcentaje aumente cuando toques el papel de Gatsby.

Genial. Lo leeré mañana después de clase. Supongo.

—Señor Page —me llamó el señor Hink, al final de la clase de inglés del día siguiente.

Yo estaba sentado a mi mesa de siempre, en primera fila, entre Lola y una chica que se llamaba Mackenzie, que una vez me había preguntado si «muy» se escribía con «i» latina o griega.

—Hablemos un momento, por favor.

—Claro.

Me quedé en mi sitio mientras el resto de la clase se iba a almorzar, e intenté adivinar si Hink iba a echarme la bronca por a) no hacer los deberes, b) pasarme toda la clase mirando la caspa que le caía sobre los hombros e imaginándome que eran monos marinos atrapados en un pozo de brea, o c) ambas cosas.

Cuando nos quedamos a solas, Hink se sentó a su mesa, con las piernas cruzadas y las manos sobre una rodilla. Me pregunté si, en el extraño mundo de Alistair Hink, aquella postura se interpretaba como un intento de intimidación.

—¿Te importaría explicarme dónde está tu trabajo?

—¿Qué trabajo?

—El que tenías que entregar la semana pasada.

—Ah.

Mierda. Ese trabajo. El que había dejado de lado para ir a un parque nacional en el que casi muero y para escribir una carta de amor grandiosa.

—¿Qué te pasa, Henry? Faltas a las reuniones del periódico, no has hecho ninguna de las lecturas obligatorias, ni los deberes de esta semana, y ahora me vienes con esto. He hablado con la señora Beady, con el señor Sánchez y con otros profesores. Todos estamos preocupados. El señor Hotchkiss dice que te distraes a menudo en clase de matemáticas.

Joder, Hotchkiss, menudo capullo.

—Para ser sincero, eso no es raro precisamente.

—Sé que esperamos mucho de ti. Quizá más que de la mayoría de los alumnos. Así que si te ves superado, si hay algún problema que no sepas solucionar, deberías decírmelo. Podemos ayudarte.

—No tengo ningún problema, de verdad. Estoy bien.

—La señorita Leung vino a verme ayer. Sutilmente insinuó que el periódico podría verse afectado por la relación que mantenéis tú y la señorita Town.

Joder. Al final me había vendido.

—Dudo mucho que Lola insinuara algo sutilmente.

—Bueno, sus palabras exactas fueron: «Están destruyendo los cimientos de esta publicación con su contravención», pero pensé que sería mejor omitir ese detalle. De hecho, repetió ese término tantas veces que tuve que buscarlo en Google para asegurarme de que significaba lo que yo creía. «Su contravención, señor Hink, su contravención. ¡Lo están arruinando todo con su contravención!»

—Por favor, deje de decir «contravención».

—Grace y tú os habéis saltado o aplazado todas las reuniones para hablar del periódico. No tenéis tema, ni suficiente contenido, y Lola no puede acabar el diseño a tiempo. Empiezo a preocuparme.

—Le prometo que todo volverá a estar bajo control.

—Muy bien. Porque si tú no puedes solucionarlo antes de finales de mes, tendré que destituirte.

—Pero... llevo dejándome la piel aquí dos años.

—Así es, pero eso no significa que ahora puedas aflojar. Procura mejorar tu actitud. Y por lo que más quieras, hazle un poco la pelota a Hotchkiss, ¿vale?

—Judas —le dije entre dientes a Lola, cuando me la encontré de camino al despacho, vagueando en el sofá del amor, mientras leía un diccionario.

—Si yo soy Judas, ¿tú quién eres, Jesús? —respondió ella—. Menudo ego te gastas.

—No puedo creer que te chivaras a Hink. Y por cierto, ¿sabías que teníamos que entregar un trabajo la semana pasada? Porque yo no tenía ni idea.

—Ya te avisé de que me chivaría de ti a menos que pusieras orden en tu vida. —Lola se puso de pie, vino hacia mí y me cogió por los hombros—. Sé que eres el capitán de un barco que se hunde y estás decidido a morir con él. Y, a ver, es admirable y tal, pero cuando esta nave esté panza arriba, yo me habré subido a un puto bote salvavidas.

—¿Y quién es Grace en esta analogía?

—Esos tíos del *Titanic* que tocaron el violín hasta el final.

—Extrañamente preciso.

Lola cogió el diccionario y me lo incrustó en el pecho.

—Escoge un tema. Tú solo cierra los ojos, ábrelo por una página cualquiera y señala una palabra. Mañana es mi cumpleaños, y eso es todo lo que te pido. Una. Puta. Palabra.

Grace entró justo en ese momento y nos miró extrañada a Lola, a mí y al diccionario que sujetaba agresivamente contra mi pecho.

—Curiosa imagen —dijo ella, mientras dejaba su mochila en el suelo y se apoyaba en el bastón.

—Lola quiere obligarme a escoger un tema para el periódico. —Le quité el diccionario de las manos, apreté los ojos e hice lo que me había ordenado—. «Fracasar» —Leí—. Verbo. Primera definición: «No tener éxito». Segunda definición: «No cumplir las expectativas». Sí, le pega al periódico.

—No sé si lo has hecho a propósito o no, pero es un buen tema, así que úsalo, hostia. Y en cuanto a ti —dijo Lola, soltándome y agarrando a Grace por los hombros—, la vida es una mierda tras otra, y sé que has pasado por cosas muy duras, pero no puedes hundirte con el barco. Súbete a un bote salvavidas. O empiezas a remar, o te dejamos en tierra.

Lola nos hizo un gesto a Grace y a mí de «Os estoy vigilando». Entonces, recogió la mochila y salió del despacho, murmurando algo entre dientes que sonaba muy parecido a «contravención».

—Qué surrealista —dijo Grace—. ¿A qué venía ese rollo del bote salvavidas?

—Hink está cabreado porque hemos pasado del periódico.

—¿Ah, sí?

—Por Dios, Grace, necesito tu ayuda. Eres la ayudante del editor, ¿qué tal si me ayudas un poco a editar?

—Y ¿qué hay para editar? Ya hemos hecho todo lo que podíamos sin un tema. ¿Por qué no eliges el fracaso como tema y listo?

—Porque tanta ironía me supera.

Mi respuesta pareció enfadarla. Pensé que si la besaba ella se sentiría mejor (y de paso yo también), pero me daba miedo espantarla, y no quería tener que soportar ese sentimiento de tristeza toda la tarde, así que lo dejé estar.

—Me marcho —informó ella—. Tengo cosas que hacer esta tarde.

—Espera un segundo —le respondí.

Fui corriendo a coger la carta de mi mochila, donde la había tenido a buen recaudo entre las páginas de *84, Charing Cross Road* todo el día. No me había olvidado de ella, ni por un momento. Me había perseguido como una pequeña nube de tormenta. Llevaba todo el día esperando a que se presentara el momento adecuado, mientras intentaba hacer acopio de todo el valor que necesitaba.

—Ah, sí. Es verdad. La carta —dijo ella.

Cogió el sobre que le tendí, lo dobló y se lo guardó en la mochila. Entonces comprendí que ese momento sería el último de nuestra historia o el primero de algo más. Un inicio o un final. No había punto intermedio. Le había dicho que nunca la pondría en la situación de tener que elegir entre él y yo, pero ahora era necesario, porque ya no aguantaba más. Ella no había dejado de amarle y yo no lo podía ignorar.

Además, ¿acaso yo no valía nada?

—¿Te importa leerla ahora? —le pregunté.

—¿Delante de ti?

—Eh... Pues sí.

—¿Y no puedes decirme lo que pone? Todo lo que has escrito en la carta está en tu cabeza. No quiero la versión con filtros. No quiero las palabras bonitas, el borrador final. Quiero que digas algo crudo. Algo real.

—Puedo leértela, si quieres.

—Eso no es lo que te he pedido.

—Vamos, al menos deja que la revise por encima, para recordar lo que he escrito.

—¿No te acuerdas de lo que sientes?

—Pues claro que sí, pero no sé expresarlo con palabras.

—Inténtalo.

—Tú... Tú eres especial.

Grace suspiró.

—¿Soy algo precioso y único? ¿Te completo?

—¡No! Dice que... Mira, está todo ahí, ¿vale? Todo lo que quiero que sepas. Solo tienes que leerla.

Grace no la abrió. Simplemente dijo:

—Nos vemos mañana por la noche en la fiesta de Lola. —Abrió la puerta y se fue.

Sus palabras resonaron con una extraña y ominosa fatalidad. Intenté recordar el último beso que nos habíamos dado, hacía ya muchas horas, pero no conseguía recordar los detalles, lo que me molestaba, porque sabía que tal vez no se volvería a repetir.

Salí al pasillo y la vi cojear hacia la puerta, deteniéndose cada pocos pasos para descansar la pierna.

Después de irse de mi casa la noche anterior, debía de haber ido a las pistas de atletismo del East River para forzar su herida hasta que le doliera de nuevo. Se me ocurrió que tal vez fuera una forma de autolesión, como quienes se hacen cortes. Quizá ralentizar el proceso de curación fuese lo único que le daba una sensación de control, y la herida fue a lo único que la unía al accidente, y por tanto a Dom. Parecía que no estaba preparada para avanzar.

O quizá se odiara tanto a sí misma que pensaba que merecía ese dolor.

Al fin, Grace llegó a la salida, cerró la puerta tras ella y desapareció de mi vista. No se volvió para mirarme ni una sola vez.

Como sí, en uno u otro sentido, ya hubiera tomado una decisión.

El cumpleaños de Lola fue al día siguiente. Georgia vino en coche desde su pueblo, y pasó a buscarme al amanecer. Los padres de Lola, Han y Widelene, nos dejaron entrar en su casa; entonces, los cuatro nos pusimos manos a la obra para llenar el pasillo, la sala de estar y la cocina con más de doscientos globos de todas las formas y colores. Al final, todos acabamos mareados, y la cabeza nos daba vueltas por la hiperventilación, pero había valido la pena solo por oír gritar a Lola «¿Qué cojones es todo esto?», con su voz ronca y adormilada, antes de echarse a reír como una demente.

—¡Feliz cumpleaños! —gritamos al unísono, cuando una La boquiabierta entró en la cocina, con un camisón rosa, que no le pegaba nada, y el pelo arremolinado en la parte superior de la cabeza.

Después de que se duchara y se cambiase, recogimos a Muz y fuimos a desayunar juntos al centro. Georgia le regaló un cactus a Lola. («Esto es la leche de romántico —dijo al desenvolverlo—. Has llevado nuestra relación al siguiente nivel.») Muz le dio un conjunto de pinturas al óleo dentro de un estuche de bambú, y yo le regalé una vela en forma de gato que revela un esqueleto cuando toda la cera se derrite.

Lola y yo creíamos firmemente en el valor de los regalos metafóricos. Así, mientras que los demás veían en la caja un esqueleto de gato demoniaco con goterones de cera, Lola captó el mensaje. «Nuestra amistad es igual: todo puede desmoronarse, pero tú y yo permaneceremos firmes. Siempre.»

—Ay, Henry, criatura magnífica —exclamó ella, apoyando la frente en una de mis sienes—. ¿Qué enorme proeza llevaría a cabo en alguna de mis vida pasadas para merecer la fortuna de vivir junto a ti en esta?

—Qué monos sois. A veces desearía que no fueras completamente lesbiana para que pudierais casaros y llevar una vida adorable juntos —dijo Georgia—. A ver, no me malinterpretes, estoy encantada de que seas completamente lesbiana, pero me estoy yendo por las ramas.

Me puse a pensar en qué podría regalarle a Grace para su cumpleaños, que era a finales de mes. No me servía ninguno de los típicos de novio, porque a) Grace Town no era mi novia, y b) estoy bastante seguro de que si me presentaba con flores, bombones o joyas me las tiraría a la cara. No tenía que ser algo grande, pero debía tener algún significado.

Ahora bien, ¿qué puedes darle a una chica cuya mente es como el universo, si tu cerebro está firmemente anclado al planeta Tierra?

Sexto borrador

Porque no te mereces menos que polvo de estrellas, pero solo puedo darte barro.

## Capítulo 21

Mi padre me dejó en casa de Grace el domingo por la tarde, mientras el cielo se abría y empezaba a llover. Fui corriendo a refugiarme bajo el olmo que se alzaba delante de su casa. Cuando llegué, con el pelo empapado, me vibró el móvil en la mano.

GRACE TOWN

Llego 10 minutos tarde. Quédate en el jardín. No entres.

Miré la casa triste y tenebrosa, con las cortinas echadas y el jardín descuidado, y recordé que Murray había insinuado que Grace podía ser una criatura sobrenatural. Como una vampiresa, o un ángel caído. Estaba claro que detrás de esos muros había secretos que no quería que supiera, pero ¿cuáles?

La puerta se abrió con un crujido, y de las sombras apareció un hombre bajito que se estaba quedando calvo. El mismo que iba a recoger el coche de Grace todas las tardes.

—¿Henry Page? —dijo, mientras bizqueaba en la penumbra—. ¿Eres tú?

—Pues sí —respondí en voz baja, y luego, más alto—: Sí, soy Henry Page.

—Espléndido. Sí, espléndido. Adelante, entra. Yo soy Martin.

Sentí una punzada de miedo irracional. «Quédate en el jardín. No entres.» ¿Y si el mensaje de Grace no había sido tanto una petición como una advertencia? ¿Y si el tal Martin era un hombre lobo o algo así? Y además, bajo el miedo irracional se encontraba el temor real a traicionar a Grace. Hubiera lo que hubiese en esa casa, ella no quería que lo viera aún. O puede que nunca.

—Es que... no me importa quedarme aquí. Grace llegará dentro de poco.

—No seas tonto, cada vez llueve más. Pasa a calentarte. —Martin me invitó a entrar con la mano, al tiempo que sujetaba la puerta con la otra para que no se cerrara.

Así que entré. Sobre todo porque hacía frío, estaba oscuro y llovía, pero también un poquito porque quería saber qué era lo que me ocultaba Grace. Volví a pensar en Sully Sullenberger, quien nunca haría lo que iba a hacer yo; estaba cayendo cada vez más bajo ante su ilustre mostacho blanco.

«Cállate, Sullenberger», murmuré para mis adentros.

—Henry —empezó Martin, mientras me estrechaba la mano—, Grace nos ha hablado mucho de ti.

—Os habrá contado cosas buenas, espero. —Esa era la frase típica que había que responder cuando te decían algo así, pero a mí me emocionó un poco el hecho de que alguien tan próximo a Grace supiera de mi existencia.

—Casi todo es bueno, sí —soltó, con una risita—. Por favor, como si estuvieras en tu casa. Si quieres, puedes esperar en el cuarto de Dom —dijo, tras lo cual dudó—. Bueno, ahora es el de Grace.

—¿Cómo? ¿Dom... vivía... aquí? —pregunté de forma extraña y entrecortada, con una pausa entre cada palabra mientras mi cerebro trataba de asimilar el significado de la frase.

Martin frunció el ceño.

—¿Que si Dom vivía aquí? ¿No te ha dicho Grace que nosotros no somos sus padres?

—Pues... no. Había dado por hecho que tú eras el padre de Grace.

—No, no. Me llamo Martin Sawyer. Dominic era nuestro hijo. Le dijimos a Grace que se viniera a vivir con nosotros un mes antes del accidente. Imagino que te habrá contado todos los problemas que tuvo con su madre. Después de la muerte de Dom, Mary y yo insistimos en que se quedara. Estuvieron juntos tanto tiempo, tantos años... Grace es como nuestra hija.

—¿Grace... vive... en la habitación de Dom?

—Pensé que te lo habría contado.

—Pues... —Negué con la cabeza, me humedecí los labios y eché un vistazo a mi alrededor por primera vez.

Las paredes eran de un color crema extraño, casi naranja claro, y todos los muebles eran de madera oscura. La escalera estaba forrada de moqueta, con partes raídas por el paso de los años, y había docenas de fotografías colgadas por doquier. Retratos sonrientes de graduación y fotos de boda descoloridas, y en todas ellas estaba él, Dominic, una y otra vez.

La foto más cercana era una en la que llevaba a Grace sentada sobre sus anchos hombros, con las manos apoyadas en las pantorrillas sanas de ella. Era la primera vez que veía una imagen suya, y su visión me hirió como un puñal. Dom era ancho, fuerte y tenía una belleza clásica. Todo lo contrario que yo. En la foto con Grace, llevaba una camiseta de fútbol americano y esbozaba una amplia sonrisa. Grace inclinaba la cabeza hacia atrás en mitad de una carcajada, retorciéndose de felicidad bajo el casco de él, con los dedos entre su pelo.

Sentí que me hervía la sangre, y que se me formaba un nudo en el estómago. No eran celos. No era ansiedad. Solo tristeza.

—Dom era nuestro hijo pequeño —explicó Martin, mientras me alejaba de la pared de la tortura—. Él y Renee se llevan varios años. Los dos mayores ya se habían ido de casa antes del accidente. Es agradable tener a Grace aquí. De otra manera, no sé si podría soportar el silencio.

—Lo siento mucho. No tenía ni idea de que esta fuera su casa.

—No tienes por qué sentirlo, muchacho. Has sido un buen amigo. Tú y tu novia, Lola. Os agradecemos todo lo que habéis hecho.

—¿Mi... novia... Lola? —Volví a hablar entrecortadamente, y Martin ya empezaba a mirarme como si fuera bobo. Grace le había mentido sobre lo que éramos. Aunque, por otro lado, ¿por qué me extrañaba? ¿Cómo se le confiesa al padre de tu novio muerto que te estás acostando con otro? —. Sí. Mi novia Lola y yo queremos mucho a Grace.

Martin señaló con la cabeza una puerta al final del pasillo.

—Puedes esperar ahí. Grace llegará pronto. Le diré que has venido.

—Gracias.

Esperé hasta que Martin se fue y abrí la puerta despacio, con una mano, dudando sobre si traspasar el umbral de la tumba de Dom. El aire estaba cargado y sin duda olía a Grace.

No.

Olía a Dom.

Me dieron ganas de vomitar. O de darme una ducha con agua hirviendo. O de vomitar mientras me duchaba con agua hirviendo. Sin embargo, me pudo la curiosidad, y en vez de eso, encendí la luz y entré.

Se trataba de la típica habitación de adolescente, llena del mismo tipo de trastos y desorden que la mía. El edredón de cuadros estaba arrugado al pie de la cama. Había una estantería rebosante de libros del tipo de Harry Potter y *El Señor de los Anillos*; una guitarra acústica apoyada en una silla; un tocadiscos con mogollón de vinilos antiguos; un mapamundi; un patinete; una mochila; un escritorio con un portátil, revistas de deportes y trofeos de su infancia; una pizarra y un lienzo con un retrato de Mozart y curiosidades de tierras lejanas. En la cómoda, estaban los abalorios de Dom, un surtido de largos collares de cuero con anclas, cruces y calaveras, y su desodorante.

Usábamos el mismo.

Una instantánea de toda una vida reducida al tamaño de un dormitorio. Me quedé unos minutos de pie, absorto en la quietud del lugar. Ahí estaba, expuesto ante mí, todo lo que había sido, todo lo que era.

En esa habitación, yo me sentía más cerca de la muerte, pero pensé que, tal vez, a Grace le permitiera aferrarse a la vida. Además, me costaba asimilar lo injusto que era que tu mundo pudiera derrumbarse en un momento.

Me acerqué al vestidor y encendí la luz tirando del cordel. La tumba de Dom también estaba allí, entre toda su ropa. Vi un traje planchado, seguramente preparado para la graduación, una sudadera del equipo del East River, seis pares de zapatos y cajas sin nombre en las estanterías más altas.

La camiseta de los Ramones que se puso Grace para ir al cine estaba doblada en un estante. Se veía una mancha oscura de ketchup, casi como si solo la hubiera frotado en vez de...

Fue entonces cuando até cabos.

—Madre de Dios... —murmuré, mientras levantaba la camiseta.

Había limpiado la mancha con una esponja, pero estaba sin lavar. La tela seguía oliendo a Grace. A Dom. A mí.

Grace no lavaba la ropa de Dom. Ni sus sábanas. Allá por donde fuera, siempre flotaba en el aire ese olor como a moho y a chico. Había dado por hecho que se trataba de una rareza natural, o que no se aseaba demasiado, pero la visita al vestidor de su difunto novio supuso una gran revelación.

Grace vivía rodeada de él. Durante todas las horas del día, él la acompañaba. Con su aroma impregnado en la piel. El fantasma era Grace, no Dom. Aquel día habían muerto dos personas, pero una de ellas aún seguía unida a su cuerpo.

Eché otro vistazo por el cuarto, en busca de algo que le perteneciera a ella. Lo único suyo que había era una carta que estaba sobre la cómoda. Era la que le había dado, aún estaba sin abrir. Sin embargo, no había ropa ni zapatos de chica, ni maquillaje, ni ninguna de las cosas que encontrarías en la habitación de tu hermana, tu madre o tus amigas.

Grace usaba las prendas de Dom y su desodorante, y dormía entre sus sábanas arrugadas. La chica inteligente y preciosa de la foto de su perfil de Facebook había dejado de existir, suplantada por esa imitación de Dom.

«Puedes averiguar muchas cosas de una persona solo con ver su cuarto», me había dicho. ¿Qué podía sacar en claro de ese cuarto aparte de que Grace Town no existía?

—Bueno, pues ya te has enterado —dijo Grace suavemente.

Me volví para encontrarla observándome desde el umbral de la puerta, con la camiseta de Dom aún entre mis dedos temblorosos. Al verla entonces, no era difícil darse cuenta de que ya no pertenecía al mundo material. Tenía la piel tan traslúcida como el papel perfumado, y su cabello rubio caía en mechones cenicientos hasta asentarse despuntado y sin vida sobre sus hombros. Había una sombra morada bajo la piel de sus ojos, como si hubiera llorado tanto que hubiese acabado por sangrar. Grace era un alma perdida, un espíritu sin rumbo, la encarnación humana del daño colateral.

Quise tocarla. No recordaba si alguna vez había sentido su calidez bajo mis dedos o si siempre había sido un etéreo saco de piel.

—Lo siento, Grace, no debería...

—Me mudé un mes antes del accidente —dijo, mientras me quitaba la camiseta de las manos; luego la dobló y la volvió a colocar en el armario. Alisó la tela, y después apoyó la frente sobre la estantería, con los ojos cerrados—. Los Sawyer llevaban años intentándolo, hasta que por fin reuní el valor para huir de mi madre. Fue el mejor peor día de mi vida.

—Eso es terrible, Grace... No sé... no sé qué decir. No sé cómo puedo ayudarte.

Grace me miró.

—No estoy rota, Henry. No soy una pieza de cerámica como las de tu colección. No necesito que nadie me recomponga.

—Ya lo sé. No quería decir eso. Pero... se pueden averiguar muchas cosas de una persona solo con ver su cuarto, ¿recuerdas?

Jamás habría querido revelarme tantos detalles de su vida. Grace no solo lo había perdido en el sentido físico, también había desaparecido la promesa que representaba. Su cadáver no sería el único que nos rondaría, también estaba el fantasma de la vida que podrían haber tenido juntos. Él la conocía a fondo, lo malo y lo bueno, mientras que yo solo vislumbraba algún destello de vez en cuando. Toda la energía potencial que había contenido Dom se había dispersado en el universo cuando murió, y Grace se empeñaba en aferrarse a ella.

—Bueno, entonces ¿cómo describirías tu habitación? —le pregunté.

—¿Es eso lo que quieres saber? Pues no tengo, ¿vale? Mi supuesto cuarto antes de venir aquí era un sofá en el sótano del marido de mi madre.

—A veces me parece que no existes.

—Vete.

—Me lo ocultas todo. No me cuentas nada.

—¡Vete, vete, vete!

En ese momento apareció Martin Sawyer por la puerta. Pasó la vista de Grace a mí y viceversa, y entonces dijo:

—Henry.

—Ya me voy —contesté yo.

Salí de la casa como alma que lleva el diablo, atravesando el pasillo lleno de fotos de Dom que la recibían sonriente noche y día. Me sentía dolido, enfadado y celoso como un gilipollas integral; y era una tontería, porque los gusanos debían de estar devorándole los ojos en ese preciso instante, o puede que ya hubieran acabado con ellos y hubieran pasado al cerebro, o al corazón, o a los testículos, cosa que no sonaba nada apetecible. Él ya no podía amarla, pero aun así ella no lo abandonaba: era una situación muy injusta para todos los implicados.

Estaba sentado sobre la alcantarilla que había fuera de su casa cuando me sonó el teléfono. Murray. Me sequé una lágrima y respondí.

—Sí, lo sé, voy de ca...

—Hola, Henry. Soy Maddy.

—¿Quién?

—Madison Carlson. Del instituto.

—Ah... ¿Por qué me llamas desde el móvil de Murray?

—Creo que me lo he cargado.

—Déjate de historias. Tengo que ir a la fiesta de Lola.

—No, es en serio. Está tirado boca abajo sobre la hierba, no se ha movido desde hace unos veinte minutos, y Lola se ha ido.

—¿Qué le has dicho?

—Pues me he preguntado si sabía algo de Seeta, y le he contado que tenía novio, y entonces se ha caído de rodillas, se ha tumbado y se niega a moverse. Es posible que la haya palmado y todo. No puedo hacerme cargo de un cadáver, Henry.

—Por el amor de Dios. Envíame tu ubicación. Iré a buscarlo.

—Estamos en el campo de fútbol. Ya se ha ido todo el mundo. Tienes que venir cagando leches.

No llegué cagando leches. Colgué y fui tranquilamente de casa de Grace hasta el instituto, con la esperanza de que Murray se espabilara para poder irme a casa y morir en paz. Mientras caminaba, le mandé un mensaje a La para decirle que a lo mejor no llegaba a su fiesta porque Murray se había lesionado calentando para el partido.

Cuando llegué, estuve a punto de no verlos porque estaba oscuro y Madison también se había recostado, usando la parte baja de la espalda de Murray como almohada.

—He pensado que no tenía por qué estar incómoda mientras te esperaba —me dijo.

—¿Sugar Gandhi se ha echado otro novio? —le pregunté.

—Si te refieres a Seeta, a) sí, y b) ese nombre es muy racista.

—¿Cómo de mal está?

—Mira esto. —Madison se puso de pie y empezó a darle patadas a Murray en las piernas, sin que él se inmutara.

—Por favor, mujer, para. No hagas leña del árbol caído. —Le toqué el cuello para comprobar si seguía caliente, y así era—. Muz, tío.

Como no me respondió, le indiqué a Madison que tirara de sus piernas mientras yo lo sujetaba por los hombros y le daba la vuelta. Murray tenía los ojos abiertos, clavados en el cielo nocturno sin parpadear. Le apretujé los mofletes hasta que se le puso boca de pez.

—¿Cómo estás, colega? —le dije.

—Anda, hola, Henry. No te había visto —respondió sin mirarme, todavía con las mejillas apretujadas.

—¿Y si te levantas?

—Ay, no, quiero yacer aquí hasta descomponerme y que los pájaros carroñeros me saquen las entrañas.

—Mucho me temo que los encargados del campo no te lo van a permitir.

—Pues arrástrame hasta las gradas y entiérrame debajo, junto a *Ricky Martin Knupps*.

—¿Está colocado? —preguntó Madison—. ¿Te has metido algo, Murray?

—No, hemos enterrado un pez debajo de los asientos —expliqué—. Es una historia muy larga.

—Racistas y asesinos de peces. Lo tenéis todo.

Entonces, alguien gritó mi nombre desde el otro lado del campo, y un cuerpo pequeño y oscuro se acercó corriendo hasta nosotros a través de la noche. Lola se arrodilló junto a Muz, le cogió las manos y le dio la vuelta hacia ella, al mismo tiempo que le peinaba el pelo hacia atrás y lo palpaba en busca de heridas.

—¿Qué ha pasado? ¿Tienes una conmoción? ¿Llamo a una ambulancia? —exclamó ansiosa.

—A menos que sepan curar corazones rotos, no —respondió Murray.

Lola nos miró a Madison y a mí frunciendo el ceño.

—Seeta Ganguly tiene novio —le explicó Madison.

—¡Y ni siquiera es indio! —aulló Murray—. ¡Se llama Taylor Messenger! ¡A sus padres les da igual con quién salga!

—Tu mensaje decía que se había hecho daño. —La me miró entornando los ojos.

—Dije que podía haberse lesionado. Además —señalé la figura desplomada de Murray—, los corazones rotos son como una herida.

—Malditos seáis los dos. —Lola le dio una colleja a Murray—. Estoy hasta el moño de toda esta mierda de adolescentes hormonales. Tú —dijo, apuntándome con el dedo—, tienes que espabilarte ya. Vas a entregar los deberes a tiempo. Y vas a dejar de obsesionarte con una chica que nunca te ha pedido que la quisieras.

Asentí sin decir nada.

—Y tú —continuó Lola, volviéndose hacia Murray con más mala leche aún—, ya han pasado varios meses. En serio, tu comportamiento me parece deplorable. Déjala en paz. No te merece.

Murray se puso a llorar, y luego se vomitó en el regazo.

—¿Podemos irnos a tu fiesta ya? —preguntó Madison.

—¡No! ¡Ni se os ocurra acercaros por allí! Levántate y sal de este campo ahora mismo, Murray Finch, porque si no, te juro que...

Murray se puso en pie, sollozante y cubierto de vómito que apestaba a tequila. Lola le apartó el pelo de los ojos, pero con ternura.

—Ahora nos vamos al Burger King, procuraremos serenarnos, y luego iremos a casa de Henry para hacer algo productivo con nuestras vidas.

Una hora y dos menús del Burger King más tarde, me encontraba sentado con las piernas cruzadas bajo la cabeza de ciervo de mi sótano, jugando con un arito de cebolla. Tenía un diccionario en el regazo, mientras Lola usaba un generador de palabras al azar en el iMac, y Murray leía el *Urban Dictionary* desde su móvil. Madison Carlson, quien nos había seguido en

silencio hasta mi casa (seguramente por miedo a despertar la ira de Lola si intentaba huir), dormía en mi cama, un lugar donde nunca habría imaginado ver a la diosa adolescente que era. Hice lo que pude por no fijarme en la manera en que sus vaqueros negros se ceñían a las curvas de sus caderas ni en cómo se desparramaba su pelo sobre mis sábanas, ni en su olor a vainilla y a especias suaves, la antítesis total de Grace Town.

—La encuesta dice... «disfraces» —dijo Lola, quien había decidido que lo mejor que podíamos hacer ese sábado noche era tratar de sacar adelante el periódico, cosa que yo ya sabía que era imposible, porque ya no teníamos tiempo ni ganas de escribir algo decente—. Tal vez podría funcionar. Puedes escribir artículos sobre las máscaras que llevamos los estudiantes de instituto y otras movidas igual de profundas.

—No, calla, tengo algo mucho mejor —irrumpió Muz—. El tema debería ser la disforia de especie: la sensación de que el propio cuerpo pertenece a otra especie. Por fin podremos tratar mi deseo transespecie de convertirme en dragón. Piensa en los titulares: «Seis grados de Smaug», «La primera entrevista del dragón mágico Puff tras su rehabilitación», «Fuyur, el dragón de la suerte: cómo terminó la historia».

—No trivialices el transespecismo —dijo Lola.

—No cuestiones tú mi condición draconiana.

Entonces, Murray se echó a llorar otra vez, de modo que dejamos de intentar salvar el periódico que probablemente había destruido yo solito con mi contravención, y nos centramos en inflar un colchón, en el que dormimos los tres juntos acurrucados.

—Siento que te hayamos arruinado el cumple, La —le susurré, pero ella me puso los dedos sobre los labios y negó con la cabeza.

Entonces pensé que, a pesar de que mi amor por una chica inexistente se había instalado en mis huesos hasta infectar el tejido de mis pulmones, la vida podría irme mucho peor.

## Capítulo 22

Las dos semanas siguientes pasaron sin que me diera cuenta, entre adelantar deberes, escabullirme de reuniones del periódico con Hink, los vaivenes del tiempo y la ausencia. Por un lado, la ausencia de hojas naranja, puesto que el otoño pasó de «todo es de color calabaza» a «mi Facebook es una sucesión de memes de Ned Stark».

Y, por otro lado, la ausencia de Grace Town.

—¿Dónde se ha metido la rarita de tu novia? Hace mucho que no la veo por aquí —comentó Sadie una tarde mientras Murray, Lola, Madison Carlson (cuya compañía era un extraño giro de los acontecimientos) y yo entrábamos por la puerta.

Lola no tardó en ponerse el dedo delante de la boca para indicarle que se callase, pero ya era demasiado tarde.

—Mierda. —Sadie se mordió el labio—. Lo siento. ¿Grace y tú habéis roto?

—Ya no pronunciamos la palabra que empieza por G —dijo Murray—. A partir de ahora, refiérete a ella como «La que no debe ser nombrada».

—Grace tendría que haber sido mi novia para que hubiéramos roto —le expliqué a Sadie, mientras me desenrollaba la bufanda del cuello y la colgaba en un gancho.

—¡Es La que no debe ser nombrada, tío! —protestó Murray—. Apréndetelo de una vez.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sadie.

La cuestión era que no estaba del todo seguro. Sabía que la había cagado pero bien al entrar en casa de Dom, pero no esperaba que Grace se evaporara sin más. Quería disculparme con ella, verla a solas y decirle todas las cosas que no había sido capaz de expresar en voz alta, pero Grace había dejado de aparecer junto a mi taquilla después de clase. Bueno, había dejado de aparecer en general.

Las pocas veces que se había dejado caer por el instituto, nuestros profesores también parecían empeñados en separarnos.

—Hola —le susurré la segunda semana, cuando por fin volvió a clase de teatro reclamando su atalaya en la parte de atrás del aula—. Te he echado de menos.

—Henry, presta atención, por favor —me reprendió la señora Beady—. No puedes permitirte no aprender la teoría dramática de Bertolt Brecht. —Beady señaló el pie del escenario, donde estaba sentado el resto de la clase—. Ven aquí.

—¿Podemos hablar a la salida? —murmuré al levantarme.

Grace Town me miró, pero no dijo nada, y en cuanto salí del instituto, ya se había ido.

A veces pasaba por delante de su casa cuando mi madre me dejaba el coche, pero su Hyundai nunca estaba en la entrada. Iba en bici al cementerio por la tarde, con la esperanza de encontrarla dejando flores en la tumba de Dom, pero, aunque parecían frescas casi todos los días, nunca la vi

allí. En todas partes había pistas de su presencia. A veces lograba entrever su nuca en la cafetería, o descubría que alguien le había puesto comida a *Ricky Martin Knupps II* cuando a mí se me olvidaba, o salía «Leído a las 17.00», «Leído a las 11.34» o «Leído a las 20.05» bajo los mensajes en los que le preguntaba por dónde andaba, pero nunca estaba allí. No del todo. Nunca.

Grace Town se había convertido en el fantasma que quería ser, y su ausencia, aquella herida abierta que había dejado tras de sí al arrancarse de mi vida, hacía que me quedara sin aliento.

—¿Habrá existido de verdad? —le pregunté a Lola una tarde. Estábamos sentados en el campo de fútbol con un termo de chocolate caliente, mientras mirábamos cómo se abrían las delgadas nubes del cielo—. ¿O me la habré inventado yo?

—Anda, no seas melodramático —me dijo, y me tiró un poco de chocolate caliente a la cara.

Lo que más me reconcomía el alma era el olor. Su aroma estaba en mis sábanas, en mi ropa, e impregnaba la redacción del periódico. Hacía que me desmoronase en una descompresión explosiva cada vez que percibía su olor y no a ella. Sentía la tentación momentánea, durante no más de un segundo, de no lavar nada nunca más, con tal de atesorar lo poco que me quedaba de ella. Pero no. No, por Dios. La habitación de Dom, la tumba de Dom... Era incapaz. Así que cambié las sábanas. Lavé toda mi ropa. Y evité la redacción (y al señor Hink) a toda costa.

El autobús era casi igual de horrible. Solo lo había cogido un par de veces en los últimos meses, y no esperaba hacerlo la primera tarde en la que Grace dejó de aparecer al lado de mi taquilla. Había mucho ruido, estaba hasta arriba de gente, y olía como la época anterior a ella; a su ausencia. Ya no quedaban sitios libres, así que tuve que sentarme en primera fila con una de primero, que me fulminó con la mirada hasta que me bajé.

Me encogí de hombros mirando a Sadie.

—Supongo que la he cagado.

—Esa lengua, Henry —me dijo mi padre desde la cocina, mientras preparaba unos tacos con Ryan, quien iba sentado sobre sus hombros y le tiraba del pelo para darle órdenes como los protas de *Ratatouille*.

—¿No lo puedes arreglar? —preguntó Sadie.

—No creo. Me parece que la he perdido.

Entonces bajamos los cuatro al sótano. Desde la noche en que Madison Carlson había dormido en mi casa, Murray había empezado a plancharse la ropa y a tratar de peinar su cabello rebelde, por lo que ahora parecía un chaval de los ochenta a punto de hacerse la foto para el anuario del instituto. Justo se encontraba jugando (y perdiendo) con Madison al *Mario Kart* cuando los teléfonos de todos pitaron a la vez. Lola fue la primera en mirar el suyo. Entonces le cambió la cara y sus ojos me buscaron enseguida.

Era una notificación de Grace Town, nos invitaba a la fiesta de cumpleaños que iba a celebrar en la feria de Acción de Gracias del sábado siguiente. Se la había enviado a más de cien personas, la mayoría del East River. La se abalanzó desde su silla, pero yo le di a «Asistiré» antes de que pudiera arrebatarme el móvil de las manos.

Lola soltó un suspiro y negó con la cabeza.

—Va a haber tormenta —sentenció, aunque mi app del tiempo no anunciaba más que leves lloviznas.

## Capítulo 23

El final de noviembre trajo consigo la llegada de parientes excéntricos de los rincones más recónditos del país a fin de: a) asistir a la feria de artesanía anual de Acción de Gracias, b) comerse toda nuestra comida, y c) amargarme la existencia.

Por lo general, los parásitos tenían libertad de circulación por toda la casa, lo que significaba que montaban el campamento en el sótano y me obligaban a dormir arriba, pero como era mi último año y tenía mucho que estudiar, no tuvieron más remedio que verse relegados al cuarto de Sadie y a colchones hinchables en la sala de estar.

Entre los visitantes se incluían:

- Mi abuela paterna, Erica Page, una mujer temible que supuestamente había espiado para el gobierno durante la Guerra Fría, con un turbio pasado del que se negaba a hablar.
- El novio de la abuela, Harold, un paisajista tranquilo y amable que se había pasado la última década siguiendo a Erica sin decir poco más que «sí, mi amor».
- El hermano de mi padre, Michael.
- El «compañero de piso» del tío Michael, Albert.
- La hermana de mi madre, Juliette, y tres de sus cinco hijos, todos ellos bautizados con el nombre de animales de ficción. Se suponía que Pongo, Duchess y Otis eran demasiado jóvenes para quedarse solos en casa (aunque el mayor era casi de mi edad). Bagheera y Aslan habían escogido universidades en la otra punta del país para que no existiese la posibilidad de hacer visitas relámpago. La tía Jules no entendía por qué nunca volvían a casa por vacaciones, incluso aunque se hubieran cambiado los nombres a Bradley y Asher.
- Los tíos de Lola, Wing y Richard, quienes por algún motivo inexplicable se quedaban este año en nuestra casa en lugar de en la de su familia. Y además, sus dos hijos, Sarah y Brodie.

La cena de Acción de Gracias se desarrolló como casi todas las de la familia Page (o de cualquier familia, en realidad). Albert se levantó de la mesa hecho un mar de lágrimas cuando el tío Michael lo presentó a los parientes de Lola como su «compañero de piso desde hace muchos años». La tía Juliette quemó el pavo, y además decidió que el mejor momento para preguntarle a Pongo si alguna vez había fumado hierba era durante el plato principal. Y la abuelita Page, mientras demostraba lo que había aprendido en el gimnasio, logró dejar a Brodie inconsciente con un bate de béisbol de juguete.

Aun así, nadie llamó a la policía, y el ex de la tía Juliette, Nick, no apareció por la puerta para saltarse la orden de alejamiento, de modo que fue un éxito rotundo.

El Black Friday iba aparejado a otra tradición de los Page: ir de tiendas a las cinco de la madrugada para saciar casi todos nuestros intensos deseos capitalistas en un solo día. Por desgracia, casi todas las familias de la ciudad hacían lo mismo. Casi nos pasa por encima una pequeña estampida, hubo un altercado con gas pimienta que nos irritó los ojos, Brodie desapareció durante varias horas, y se rumoreó que alguien había recibido una puñalada en unos grandes almacenes, pero yo me llevé una GoPro y un muñeco de Yoda electrónico con un descuento del 85 %, así que viva el consumismo, supongo.

Esa misma noche decidí atrincherarme en el sótano para huir de la carnicería del piso de arriba y de las preguntas de mi tía y de mi abuela acerca de por qué estaba tan taciturno.

—Me he fijado que lleva vaqueros ceñidos y el pelo largo —oí que le decía mi abuela a mis padres—. El problema es que se ha metido en un círculo emo y le han lavado el cerebro. He leído mucho sobre ellos en los ordenadores del centro social.

—De eso nada —contestó mamá—, lo que practica es el Satanismo. —Eso bastó para callarle la boca a la abuela en un santiamén.

Entonces llegó el sábado. Frío. Oscuro. Melancólico. Ideal para el cumpleaños de Grace. La tormenta inminente había llegado: la feria de Acción de Gracias.

Aunque el propósito original de la feria de artesanía fuera exhibir el ganado y los productos de la temporada de otoño, en realidad había sido —desde su nacimiento setenta años antes— uno de los acontecimientos sociales del año entre los adolescentes. Había algo en el aire fresco y limpio, las centelleantes luces de verbena y el aroma a fritanga que creaba la atmósfera perfecta para el intrépido abandono juvenil.

Me pasé casi todo el día arreglándome. Normalmente no me importaba un rábano mi aspecto, pero esa noche... Esa noche parecía importante estar lo más guapo posible. Fui a cortarme el pelo. Me compré una chaqueta gris nueva, unos vaqueros negros ajustados y una bufanda del mismo color. No me puse la ropa de siempre, sino el caro abrigo de lana que me habían regalado mis padres como anticipo de la Navidad. Les saqué brillo a mis zapatos. Me peiné, me hice la raya al lado y me alisé el cabello. Me arranqué un pelo rebelde de las cejas. Por la noche parecía un Henry diferente. Más viejo, de una era muy remota.

Envolví el regalo que había comprado para Grace mientras esperaba a que llegaran Lola y los demás. Al final me había decidido por un libro, uno infantil llamado *Eres polvo de estrellas*, de Elin Kelsey. No es que fuera nada metafórico, ni que el papel representara la fragilidad de la vida, o nuestra relación o algo así. Solo era algo que pensé que le gustaría.

Lo envolví en papel marrón, una tradición que había comenzado Murray hacía muchos años, después de ver *Sonrisas y lágrimas* por primera vez. Nunca comprábamos tarjetas de felicitación, sino que dibujábamos sobre el papel de regalo, a veces citas sabias y profundas, otras garabatos, y otras a Abraham Lincoln lanzándose a la batalla a lomos de un velociraptor. Dependía. (Por ejemplo, el de Lola de ese año habían sido símbolos de *Magic: The Gathering*. No le hizo mucha gracia.)

Primero pensé en escribir poesía, alguna cita romántica o emotiva, pero no había sitio. Así que dibujé a Walter White con lápiz negro, el mismo retrato tosco que usaron los primos Salamanca en «Breaking Bad», y debajo escribí «Feliz Heisenpleaños, *bitch*».

—Hala —dijo una voz desde la escalera. Cuando me di la vuelta, vi a Lola con un modelito típico de ella, como si hubiera viajado en el tiempo desde finales de los noventa—. Qué guapo estás, Henry. Guapísimo. No suele atraerme el sexo masculino, pero ¡madre mía!

—Tanta sorpresa no le hace bien a mi autoestima.

—Date una vuelta, bomboncito.

—¿Cómo te atreves a tratarme como a un objeto? —protesté, pero me levanté y giré en redondo mientras me silbaba.

—Estás hecho un galán.

Entonces llegaron Georgia y Muz, que bajaron a Pongo, y nos pusimos a jugar al «Yo nunca» con chupitos de vodka; pero como al atardecer seguía de los nervios, mangué una botella de vino tinto del mueble bar de mis padres, la bajé al sótano y me bebí un vaso. Como no me calmó nada, me tomé otro vaso, y un tercero, hasta que llegó la hora de irse y la botella estaba casi vacía. Para cuando llegamos y la suave luz rosada de la puesta de sol iba cubriendo la feria, íbamos todos haciendo eses, embriagados no solo de alcohol, sino también de las mágicas posibilidades que prometía la noche.

La entrelazó su brazo con el mío mientras entrábamos al recinto.

—¿Estás preparado? —me preguntó.

—No.

—¿Cómo crees que estará?

—Soy incapaz de predecirlo. Van a estar todos sus amigos del East River, así que supongo que la saludaré, la felicitaré y nada más. En realidad, no me apetece hacer otra cosa. Vamos a divertirnos y ya. Tú y yo contra el mundo. Que les den a los demás.

—Me parece un plan divino, querido.

No sabía dónde estaría Grace, solo que andaría por allí, rodeada de gente a quien yo no reconocería. Los cinco pasamos entre la multitud en dirección a la noria, cuyas cabinas multicolores brillaban como caramelos a la luz del atardecer. A través de los crepitantes altavoces de un carrusel antiguo sonaba la canción *Moonlight Serenade* de Glenn Miller, y una pareja de ancianos bailaba mientras hacían cola para pedir patatas fritas en un puesto de comida.

Y mientras sonaba la música, la vi entre la multitud. La gente se apartó de su alrededor como si sintieran que mis ojos se posaban en ella.

Grace Town no era Grace Town.

Llevaba un abrigo rojo y los labios pintados del mismo color. Tenía el pelo lavado, rizado y de color miel, y le caía a los lados de la cara en suaves ondas. Su piel estaba ligeramente bronceada, como si hubiera pasado todo el fin de semana al sol. Hasta tenía rubor en las mejillas, parecía que se hubiera esforzado por ponerse guapa. Entendí a qué se refería Lola cuando dijo que Grace se parecía a Edie Sedgwick. Ambas tenían ese aire de *femme fatale*, como si las acabaran de reanimar con adrenalina tras una sobredosis de caballo. Estaba radiante, resplandeciente, como si las estrellas muertas le hubieran transferido todos sus átomos para hacerla brillar desde la tumba. Nunca había visto nada tan dolorosa y desgarradoramente bello.

Tal y como imaginaba, Grace estaba rodeada de gente. Alguna vez había atisbado la clase de chica que era antes —de las que llenan una feria con sus amigos—, pero aquí estaba la prueba, en carne y hueso. En ese momento me vio mirándola, sonrió y me indicó que me acercara.

—Henry —cuchicheó Lola, pellizcándome el brazo—, no se te ocurra.

—Pero mírala, Lola.

—Ya la veo, y es un cebo.

No dije nada, pero Lola era mi mejor amiga, y nos conocíamos de toda la vida, así que lanzó un suspiro y me dejó marchar.

—Ten cuidado.

Grace y yo nos acercamos el uno al otro entre la muchedumbre, caminando más despacio que el bullicioso gentío que nos rodeaba. El tiempo también pareció detenerse, como si estuviera cubierto de miel espesa, dulce y dorada.

—Qué guapa —le dije, tras lo que me dedicó una sonrisa cansada, como era habitual.

—Cuánto tiempo —respondió, mientras alisaba el tejido rojo de su abrigo. Sabía por su ligereza, por su tono de voz tan dulce y relajado, que ella también estaba borracha—. Casi no me reconozco con esta ropa.

Acaricié su mejilla fría con un dedo, y Grace sonrió y me dio un beso en la palma de la mano.

—Estás preciosa —afirmé—. Te he echado de menos.

—Eso tiene arreglo.

Entonces me cogió de la mano y me alejó de mis amigos y de los suyos. Esperaba pasar la velada a cierta distancia de ella, mirándola con disimulo, y quizá poder charlar un rato. Sin embargo, ahora teníamos los dedos entrelazados, igual que la noche que volvimos andando del cine a casa, cuando supe con total seguridad que íbamos a acabar juntos.

Era como el montaje de una película, como si todo se viera a través de un filtro. Deambulamos por la feria durante horas, yo con el brazo alrededor de su cintura, y no parecía importarle que nos vieran. Esa noche, Grace no era Grace; estaba efervescente, alegre, como un personaje sacado de un libro. Montamos en los autos de choque. Nos dimos de comer el uno al otro algodón de azúcar. En lo alto de la noria, tomamos unos tragos de vodka de su petaca. La ciudad que se expandía en el horizonte parecía muy pequeña desde allí, como una colección de edificios de juguete en un diorama. Hasta le conseguí un premio en un juego de puntería. Y paladeé cada instante, cada momento, pensando que la vida iba a ser así a partir de entonces.

Grace volvió a cogerme de la mano (Dios santo, ¿por qué le resultaba tan fácil tocarme cuando bebía?), y me alejó del gentío, por un descampado junto a la noria, donde había menos barullo.

—He cambiado de idea —dijo cuando nos detuvimos.

El pecho y la cara empezaron a arderme al instante. Fue como si mis orejas se hubieran prendido fuego. Llevaba semanas preparándome para este momento, seguro de que nunca llegaría, y ahora lo estaba viviendo, y en lugar de estar ilusionado, me entraron ganas de vomitar. Estaba empeñado en mantenerme en mis trece, en castigarla por las semanas infernales que me había hecho pasar por escoger a su difunto novio en lugar de a mí.

«Escogiste a otro —señalé para mis adentros, por centésima vez—. ¿Cómo esperas que lo supere?»

Pero como era tan guapa, y la deseaba tanto, y estaba allí, diciendo por fin lo que quería oír, solo respondí: «Grace, la verdad es que no...». Mi voz se fue apagando, y ella empezó a ponerme por las nubes; con cada palabra bonita que salía de su boca como un veneno, fui encontrándome cada vez peor, como Murray había predicho, y la deseé más y más.

—Nunca he conocido a nadie como tú. Quiero que lo sepas —indicó—. Quería a Dom, y mucho, pero entre nosotros hay algo que nunca tuve con él.

—Grace.

—Lo digo en serio, Henry. Lo bien que nos llevamos, la química que tenemos. Dom y yo nunca fuimos así. Eres muy especial. Cuando estamos juntos... Después de él, pensé que nunca iba a apetecerme estar con nadie. No quería que nadie me importara una mierda. Pero apareciste tú. Y tenía miedo, porque había pasado muy poco tiempo, pero nos va bien, Henry. Dios, te tengo muchísimas ganas, todo el tiempo.

—No quiero que me digas esas cosas estando borracha. Quiero que las digas cuando estás sobria.

—Nos veo juntos. De verdad. Quiero estar contigo.

—Pues yo quiero que me lo digas mañana cuando te despiertes. Quiero que estés segura.

—Cuando descubriste su habitación, pensé que fliparías, pero tu comportamiento me hizo quererte más.

—¿Te vas a acordar de esto mañana?

—Necesito saber si te vas a ir a estudiar fuera.

—No lo sé. Es posible.

—Porque si vamos a empezar una relación, tienes que quedarte aquí. No estoy preparada para irme. Por eso necesito saber si te vas o no.

—Grace... Aún no lo sé. No lo he decidido.

—Sé que estoy yendo directa al grano, y lo siento.

—No pasa nada. Yo fui al grano desde el principio.

—Pero así es como debería suceder. La gente no debería andarse por las ramas. Me da envidia que tú puedas expresar exactamente lo que sientes por mí.

—No siempre. Solo a veces. Solo cuando estoy a tu lado.

—¿Todavía quieres estar conmigo?

—Para mí, todo sigue igual —dije, abandonando el empeño que me había acompañado hasta esa noche.

¿Cómo iba a culparla por seguir queriéndolo, porque aún dudara, por no estar segura, aunque yo sí lo estuviese?

Yo no dudaba.

Y nunca lo haría.

Tampoco podía hacerme el duro. Temía que si adoptaba esa actitud, Grace se apartaría de mi lado. Me recosté contra la pared, con los dedos de mi mano izquierda en el pelo, los ojos enrojecidos pero sin lágrimas. No podía mirarla.

—Dime lo que sientes por mí —pidió Grace, con la cabeza apoyada en mi hombro, apretando su pecho contra el mío.

—Grace.

—Quiero oírlo otra vez.

—No es justo.

—Ya lo sé. Pero echo de menos oírlo, así que dilo de todas formas.

—Nunca he sentido por nadie lo que siento por ti.

—Más.

Entonces llegó Lola. La. Un ángel y un demonio en una misma persona.

—¡Ahí estáis! —dijo, mientras apartaba a Grace de mí, alejándome de la fuente del veneno —. Grace, bonita, te está buscando una tal Piper, que por cierto está buenísima.

Grace me miró.

—Ven a buscarme —me pidió, a la vez que me besaba en la mejilla.

Y entonces se fue, y yo fui deslizándome hasta el suelo, con la cabeza entre las manos y Lola a mi lado.

—Creo que me va a dar un brote psicótico.

—Esa tía otra vez. De verdad, cómo son las mujeres. Deberíamos irnos ahora mismo.

Pero nos quedamos, claro. Grace era mi droga favorita, y esa noche, el camello estaba repartiendo chutes gratis. Iba a seguir hasta que me diera una sobredosis.

Así pues, Lola y yo volvimos a la feria. Conseguimos que el primo de Grace nos comprara alcohol. Más adelante, ella volvió a encontrarme, y de nuevo seguía comportándose como cuando estaba borracha: coqueta, habladora, risueña. Me cubrió de halagos. Me acarició el pelo con los dedos. Y yo se lo permití. Como un completo idiota, me senté y dejé que me manoseara delante de la gente, de todos sus amigos, mientras sentía una opresión en el pecho, pero me decía cosas tan bonitas... Demasiado bonitas. Pensé entonces que quizá sí íbamos a estar juntos a pesar de todo, porque nadie hace esas cosas sin sentir las. A nadie se le ocurriría declarar sus sentimientos a otro si no fuera en serio, ¿no?

—Tienes que soltarte el pelo, Henry —dijo de pronto. Estaba sentada en mi regazo, con los labios apoyados en mi sien—. Tienes que ir a tirarte a un montón de tías. Así podré odiarte. Todo sería mucho más fácil si te odiara.

—¿De qué hablas?

—Esto es una putada. Una gran putada. —Arrastraba las palabras y tenía la espalda encorvada. Grace estaba borracha. Llevaba un pedo que lo flipas. Ya la había visto un poco contentilla, pero nunca tan ciega—. Tengo que ir al baño.

—Bueno —convine, al tiempo que saltaba de mi regazo y se iba dando tumbos al cuarto de baño, donde di por hecho que vomitaría, se sentaría y lloraría un rato.

Tal vez debería haberla seguido, pero no lo hice. Me quedé solo en la mesa durante veinte minutos, mientras me comía un perrito caliente; luego fui a buscar a una de sus amigas, la tal Piper o como se llamara, para que fuera a ver si seguía viva (y lo estaba).

Piper volvió diez minutos más tarde y me encontró entre la multitud, pescando patos amarillos del estanque de un juego con Lola.

—¿Puedes llevarla a casa? —me pidió—. Dice que solo saldrá si la acompañas tú.

—Mira... No sé si es buena idea.

—Dice que aún le gustas, Henry.

«Ya sé que le gusto —me dieron ganas de decirle—. Se ha pasado las últimas dos horas repitiéndomelo.»

—Bueno, venga, vale. Tráela. Me encargaré de que llegue a casa sana y salva.

Lola y yo esperamos juntos cerca de la salida, mientras Piper sacaba a Grace del baño. Llegó tambaleándose diez minutos más tarde, con el rímel corrido, y los labios y los ojos hinchados de tanto llorar. Me crucé de brazos cuando Piper la sentaba sobre la hierba y se acercaba a un puesto

de algodón de azúcar para comprarle una botella de agua. No era justo que algunas personas estuvieran tan guapas con un pedal de ese calibre.

—Henry Page —dijo Grace en tono monocorde cuando Piper logró por fin levantarla y que echara a andar—. Llévame a casa.

—Venga, vamos —intervino Lola, y se pasó el brazo de Grace por detrás de su cuello.

No quería llevarla a mi casa. No quería que volviera a mi sótano para quitarle la ropa y tenderla desnuda en mi cama. No me parecía justo. Me molestaba que pudiera utilizarme cuando le viniera en gana.

Empezó a llover, lo que pareció revivir un poco a Grace. Se apartó de Lola y se puso a girar hasta casi caerse, mientras las gotas de lluvia se adherían a su pelo y a su abrigo. Su bastón había desaparecido, lo habría abandonado en algún momento de la noche, pero parecía más ágil sin él. Como si no lo necesitara y solo lo llevase por seguridad, del mismo modo que aún conservaba la ropa de Dom.

—Antes hacía ballet —rememoró, extendiendo los brazos por encima de su cabeza mientras daba vueltas—. Era bailarina. Creo que no te lo había dicho nunca. Ahora se suma a la lista de cosas que no podré volver a hacer.

Lola me cogió de la mano y apoyó la cabeza en mi hombro mientras mirábamos como Grace bailaba bajo la lluvia, ya que era imposible no hacerlo. La fascinación era inevitable. Resultaba casi onírico.

Después de un minuto de piruetas, Grace nos dedicó una reverencia y una sonrisa. Lola aplaudió.

—Ay, madre, creo que Henrik está cabreado conmigo —le dijo a Lola con una mueca burlona—. Lo he tratado fatal. Seguramente me lo merezca.

—Debería devolverte esto. —Saqué el poema «No te quiero» de mi cartera, donde había pasado meses pudriéndose, unos versos que habían sido proféticos desde el principio.

Grace me lo arrebató, soltó una carcajada y me echó los brazos al cuello.

—No lo quiero, Henry querido. Te lo di a ti.

—Nunca vas a ser mi novia, ¿verdad? —dije categórico.

Lola estaba a pocos pasos de distancia, pero por lo visto yo estaba más borracho de lo que creía, así que me dio igual. No me importaba que lo oyera.

—Por el amor de Dios. —Grace se apartó de mí—. ¿No piensas en otra cosa? ¿Qué quieres de mí?

—Quiero que estés conmigo. —Puaj, qué desesperado soné.

—Estoy contigo. Literalmente. En este momento. Estamos juntos.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Por qué me escribiste esa carta de mierda? ¿Por qué no podíamos seguir como estábamos? Siento tener que usar el tópico hollywoodiense, pero ¿por qué tenemos que ponerle una etiqueta?

—Venga ya. ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

Lola fingía que su teléfono móvil era extremadamente interesante.

—¿Yo? ¿Y tú qué? ¿Qué es lo que quieres? ¿Pretendes que lo hagamos oficial en Facebook para que todos tus amigos y familiares le den a «me gusta»? —Rompió el poema por la mitad una, dos y tres veces, y lo dejó caer sobre la acera húmeda—. No puedes esperar que la gente cumpla

su papel en tus fantasías, Henry. No somos recipientes vacíos para llenar con tus sueños.

—Ven al Burger King con nosotros —terció Lola, deslizándose entre ambos, a la vez que cogía a Grace de la cintura con las dos manos—. Vamos a comer algo. Luego puedes ir a casa de Henry o a la mía a dormir la mona.

—Si voy al Burger King, potaré encima de todo el mundo —respondió Grace, mientras se aferraba al hombro de Lola para no caerse. Volvió a mirarme, tratando de aclararse la vista parpadeando con fuerza; el cabello claro le tapaba la cara—. Quería saber cómo reaccionarías si me obligaba a ser ella por una noche. Kintsukuroi Grace, remendada con venas de laca de oro. Nunca me habías mirado así, como cuando me has visto entre la gente. Creo que estás enamorado de una persona que no existe.

Entonces soltó el hombro de Lola y vomitó en la acera, y se quedó hecha un bulto, tirada en el suelo. Tardamos cinco minutos en ponerla en pie, y otros cinco en convencer al conductor de Uber que habíamos pedido de que no haría falta llamar a un sacerdote mayor y a otro joven si la llevaba a casa.

—Gracias por cuidar de mí y eso —dijo, y se sentó en el asiento de atrás.

—No hay de qué. Tú... llega bien a casa.

Entonces añadió «Te quiero, Dom», al tiempo que yo le cerraba la puerta del coche. Y cuando se oyó el portazo, sentí que mi corazón se partía un poco más. La última hebra que lo mantenía unido se soltó. Se me cortó la respiración cuando el Uber arrancó y se la llevó. No quería seguir respirando. Quería tirarme en la acera y que me tragara la tierra.

—¿He oído bien? —preguntó Lola, a la vez que recogía los pedacitos de Pablo Neruda del suelo y los metía en su bolso. Habría deseado que no lo hubiera oído.

—Sí —respondí, con la mirada fija en el coche y las manos en los bolsillos, sin tener ni idea de por qué seguía vivo.

—Mira, no te ralles. Estaba claro que pillarte por ella iba a ser jodido. Grace te quiere, ¿vale? A su manera. Si hubieras sido el primero, si hubieras llegado antes que él, se daría cuenta de que lo que siente por ti es amor. Lo que pasa es que lo que tuvieron...

—¿Fue más grande? ¿Mejor?

—Las personas que solo viven en nuestra memoria son perfectas. Nunca estarás a la altura de ese fiambre.

—Gracias por tu sinceridad. —Negué con la cabeza—. Cuando está sobria, es cálida y fría al mismo tiempo. Solo parece quererme cuando bebe.

—Los borrachos siempre dicen la verdad, ¿no? Desaparecen las inhibiciones y se dice lo que se piensa.

—¿Como que quiere a su difunto novio?

—Venga, no tergiverses mis palabras.

—Ya. Pero es que... ¡no se puede ir por ahí besando y desvirgando a la peña si no la quieres! ¿Verdad?

—Desde luego. Sería intolerable. —Lola me pasó el brazo por los hombros y me dio un beso en la mejilla—. Yo sí te quería cuando te besé, ¿sabes? Y aún te quiero. Un montón.

—Gracias, La. Yo también te quiero.

—Guay. Ahora vamos a buscar un Burger King, que me muero de hambre.

Al llegar a casa, me quedé fuera. Pasé al patio de atrás, al cobertizo en el que mi padre creaba sus proyectos de carpintería. Encontré gasolina. Encendí la hoguera que usaban mis padres cuando venían visitas en los meses más fríos. Una a una, fui arrancando las páginas de *Eres polvo de estrellas* y las eché al fuego.

No consideré destruir el libro, sino liberar sus átomos.

Lola y Georgia vinieron el domingo a la hora de comer (sin que las hubiese invitado, claro, y bajaron con víveres que habían saqueado de la cocina).

—Estoy pensando en una palabra de seis letras que empieza por «z», acaba en «n» y lleva una «erre» —anunció Lola, y dejó caer el botín sobre mi regazo.

—¿Zurrón? —pregunté.

—Zorrón, yonqui de mierda. Zorrón.

—Tengo el corazón roto, La.

—Estupendo. Te mereces sufrir —alegó, mientras se metía bajo las mantas y enlazaba mis piernas con las suyas.

—Pero ¡Lola, no podemos restregarle nuestra aventura secreta por la cara a tu novia! —declamé con tono teatral, llevándome las manos a los mofletes.

—Toda para ti —dijo Georgia, a la vez que encendía la tele y la PlayStation y se acomodaba en mi sofá—. Está resacosa, quejica y muy coñazo en general. ¿Te has enterado de que le salió un admirador anoche? Un tal Samuel. Por lo visto, le pidió su número a Murray.

—Pfff. Menuda novedad —repuso Lola—. Los hombres caen rendidos a mis pies constantemente. —Abrió un bastón de caramelo, me lo dio, abrió otro y empezó a chuparlo—. ¿Has sabido algo de «La que no debe ser nombrada»?

—Sí. Le he escrito esta mañana.

—Henry.

—Ya, ya lo sé.

—¿Y bien?

—Pues como siempre. Me ha dicho que estaba borracha, que es una imbécil y que lo siente, y que a estas alturas ya tendría que saber que no debería hacerle caso.

—Joder. ¿Y no te has enfadado con ella por ponerse en plan señor Darcy y jurarte amor eterno así por las buenas para luego marcarse un *Exorcista* y vomitarme los zapatos?

—No.

Lola se acercó a mí y me dio una palmadita en la cabeza.

—Se te pasará.

—Ya lo sé.

Después, La y yo nos quedamos dormidos con el sonido de los cráneos que reventaba Georgia en el *BioShock Infinite* de fondo.

## Capítulo 24

El primer día de diciembre, el señor Hink (quien seguro que disfrutó al interrumpir la hora de cálculo) me sacó a rastras de la clase de matemáticas del señor Hotchkiss. Entonces fuimos en silencio hasta el despacho de la directora Valentine, donde Lola se encontraba sentada delante de su mesa. Extendidas ante ella había treinta páginas de tamaño tabloide, la mitad de ellas en blanco.

—¿Te importaría explicarme qué es esto, Page? —pidió Valentine.

Llevaba tiempo esperando a que se produjera esta reunión, pero no había logrado que me importara. Grace no había aparecido por clase la semana posterior a Acción de Gracias, y a pesar de que Lola me repetía que me espabilara de una vez bajo la amenaza de hablar con la directora, no había hecho nada porque ni siquiera era capaz de atravesar la puerta de la redacción.

—Parecen las galeradas del periódico.

—Esta mañana le he pedido a Lola que imprimiera todo lo que llevabais hecho —dijo Hink—. Y esto es lo que me ha dado.

«Contravención», dijo Lola con los labios.

«Traición», le respondí yo.

—Vamos a ver, tenemos más cosas. Existe un gran reportaje sobre *Magic: The Gathering*, y también varios artículos casi listos. Podemos dárselos a Lola dentro de unos días, como mucho.

—Ya es demasiado tarde —dijo ella—. Te lo llevo diciendo mucho tiempo. No puedo hacer el trabajo de tres meses en un par de días.

—Tiene que ir a imprenta el lunes, señor Page —me advirtió Valentine—. Si por mí fuera, te destituiría en el acto, pero el señor Hink aún confía en que te las arreglarás. La impresión ya está pagada, y permíteme que te diga que el *Westland Post* no ha dejado de publicarse en sus treinta y cinco años de historia. No vamos a hacer una excepción por ti. ¿Ha quedado claro?

—Sí.

—Tienes permiso para ausentarte de clase el resto del día. Reúne a tus redactores, pónelos a trabajar y terminad el periódico.

—Sí —repetí.

Lola me acompañó a la redacción y a continuación llamó a todos los colaboradores de primero. Por la tarde vinieron a supervisarnos tanto Hink como la directora Valentine, y decidieron que nos centráramos en el tema «El mejor momento de tu vida». Aunque fuera el peor número de la ya de sí poco impresionante historia del *Westland Post*, tenía la esperanza de que quizá, solo quizá, sería capaz de organizarme lo suficiente para llevar el maldito periódico a imprenta. Eso fue hasta que miré mi móvil y me encontré con dos cosas:

1. Un mensaje de mi madre que decía:

PROGENITORA

Estamos en casa de Grace. Ven en cuanto lo leas. Llama si necesitas que te recoja.

Cosa que no tenía el más mínimo sentido.

Y:

2. Un mensaje de voz de un número desconocido. Lo escuché enseguida, aún sin saber qué hacía mi madre en la casa de mi supuesta exnovia.

«Henry», dijo una voz familiar, aunque asustada y sollozante, a través del altavoz. Esa persona había llorado. Tardé un segundo en reconocerlo, en entender por qué me provocaba un nudo en el estómago. «Soy Martin Sawyer, el padre de Dominic. ¿Te importaría llamarme en cuanto puedas, por favor? Es que... —Sollozó—. Es una emergencia. No... no sé si Grace te lo ha dicho, pero hoy es el cumpleaños de Dom, el primero desde que se fue, y ella... ella...»

No pude oír el resto del mensaje.

—Grace —dije—. Le ha pasado algo a Grace.

La directora Valentine me miró desde el sofá del amor, donde estaba sentada.

—Soy muy consciente de que la señorita Town está en paradero desconocido, pero su familia y la policía ya se están encargando del asunto.

—¿Ya lo sabía? —le espeté, en un tono que nunca había usado con un adulto—. ¿Y no nos lo había dicho?

—El plazo para salir a imprenta es el lunes. Os quedan menos de setenta y dos horas para terminar meses de trabajo.

—Tengo que irme —dije, cogiendo mi mochila—. Debo encontrarla.

—Henry, si sales de esta redacción, no tendré más remedio que relevarte de tu cargo de editor.

Ya había echado a correr. Lola gritó a mi espalda, pero no pude abrir la boca porque pensaba que iba a vomitar.

Grace Town estaba muerta.

Lo sabía, lo sabía, lo sabía, en el fondo de algún olvidado recoveco del alma donde es posible saber las cosas sin tener claro cómo. Corrí como no había sido capaz en el partido de fútbol americano al que me había arrastrado. Aun así, por lo visto no fui tan rápido como Lola.

—¡Henry, espera! —me llamó.

—Lola, quédate aquí.

—Y una mierda. —Me pareció un buen argumento, así que nos lanzamos a la carrera los dos juntos.

Mientras corríamos, pensé: «Qué cobarde. No se le ha ocurrido otra cosa mejor que suicidarse y dejarme aquí». Si alguna vez había tenido alguna duda sobre si la quería de verdad o no, todas se disiparon durante los desgarradores diez minutos que tardé en llegar a su casa,

completamente seguro de las noticias que me aguardaban.

Había un coche patrulla en la calle. La puerta principal estaba abierta de par en par de manera inquietante, como cuando sucede algo terrible en las series policíacas. Entré a trompicones. Había un agente de pie en lo alto de la escalera, y adultos con cara de preocupados por todas partes, dos de los cuales eran mis padres. Los miré a ambos jadeante, con las manos apoyadas en las rodillas, y dije con voz monótona:

—¿Está... muerta? —Mis palabras provocaron que una rubia de mediana edad a la que no había visto nunca estallara en lágrimas.

Mi madre se acercó a mí, me abrazó y dijo «No, no, no, no», una y otra vez con ese tono tranquilizador que usan las madres para calmar a sus hijos después de una pesadilla. Mi padre fue a consolar a la mujer que berreaba, quien a segunda vista era claramente la madre alcohólica de Grace Town. Poseían los mismos rasgos finos y delicados que las hacían parecer yonquis si la luz no era muy favorecedora, pero al mismo tiempo muy hermosas. Con su brillante cabello rubio, el maquillaje corrido y sus enormes ojazos inocentes, parecía incluso más *femme fatale* que Grace.

—¿Qué está pasando? —quise saber cuando recuperé el aliento y conseguí separarme de mi madre—. ¿Dónde está Grace? ¿Por qué estáis todos aquí?

—Grace ha desaparecido. Salió de casa sin móvil al amanecer y no ha vuelto. Martin ha venido a buscarte, creía que tal vez sabrías dónde estaba. Le hemos dado tu número y luego hemos venido aquí a esperarte. Hemos llegado hace solo una hora.

—El coche de policía... Pensé que... Deberíais haberme sacado del instituto en cuanto os habéis enterado.

—Seguro que está bien —me tranquilizó mi padre.

Martin se acercó pasándose los dedos por el pelo. Nunca había visto a alguien con un aspecto tan demacrado. Se dirigió a la madre de Grace, cuyo nombre aún desconocía.

—La policía cree que primero habría que buscarla en los lugares adonde suele ir. Sé que Dom y ella pensaban pasar su cumpleaños en la casa del lago, así que Mary y yo nos acercaremos hasta allí. Voy a llamar a algunos de sus amigos del East River para que la busquen en la biblioteca donde escribía y en la cafetería donde desayunaba siempre, y puede que también en la casa flotante del puerto.

Todos esos sitios. Había ido allí a menudo y yo no tenía ni idea de que le gustaban. ¿Qué habría hecho Grace en una casa flotante? ¿Tener otra crisis existencial? ¿Habría pensado en polvo de estrellas, átomos y la insignificancia de la vida? No. Seguramente no. Lo más probable es que hubiera disfrutado de una tarde de primavera, con Dom a su lado, música de fiesta de fondo, bebiendo vino dulce y haciendo gala de sus sonrisas de devoradores de ensaladas. Seguramente habría sido así, la Grace de Facebook, a la que nunca había conocido.

Y a la que tal vez no conocería jamás.

Entonces surgió la pregunta que me había temido. Martin se volvió hacia mí.

—¿Se te ocurre dónde podría estar, Henry?

Me devané los sesos con desesperación pensando en los sitios donde la había visto. En nuestra redacción pecera. En el aula de teatro de paredes negras. En mi cuarto del sótano, acurrucada entre mis sábanas, vestida solo con una camiseta mía.

—Pues... Esto... Eh... ¿Habéis mirado en el cementerio? ¿Y en la pista de atletismo?

Martin asintió, pero parecía decepcionado.

—Hemos ido a ambos sitios esta mañana. Y al lugar del accidente, en el parque nacional.

—¿Se estrellaron en el parque nacional?

—Iban de camino a un restaurante para comer —explicó Martin.

Sentí la misma opresión en el pecho que cuando me habían machacado durante el partido de fútbol americano. Grace me había llevado a una cita al lugar donde había muerto Dom. Había recogido flores del jardín y me había dejado solo a la orilla del mar mientras se iba a dejar una ofrenda en su altar de la cuneta. Madre de Dios.

—Pero podemos volver a mirar esta tarde, supongo. ¿Algo más? —continuó Martin.

Negué con la cabeza, plenamente consciente de que la madre de Grace había dejado de llorar y me miraba sin parpadear, igual que su hija, de esa manera que te hacía sentir que tenías la piel transparente y todos los secretos que habías guardado estaban escritos en tus huesos.

—Bueno, si a alguien se le ocurre dónde puede estar, que nos lo diga. Disculpádmeme, será mejor que vaya a hacer esas llamadas.

Y entonces llegó la peor parte. La espera.

Esperamos a que asignaran a cada uno un lugar para buscarla. Aguardamos cuando llegaron más policías y nos tranquilizaron entre preguntas que insinuaban su velada creencia de que se había suicidado. Y también mientras conducíamos sin rumbo por las afueras, reduciendo la velocidad al pasar junto a cualquiera que pudiera ser una adolescente, como depredadores sexuales al acecho. Esperamos en casa después de que se pusiera el sol y los polis nos dijeran que descansáramos un poco, que Grace iba a aparecer «fuera como fuese», lo que no podía sonar peor. Aguardé, vestido de pies a cabeza en mi cama, mientras el reloj daba las doce y aún no se sabía nada. No había nada que hacer más que imaginar su cadáver, sumida bajo el agua como Ofelia o Virginia Woolf, porque así se mataría Grace, si es que se había suicidado: con un acto dramático y literario que haría que se hablara de la naturaleza poética de la muerte. Casi estuve tentado de correr escaleras arriba para comprobar que no hubiera metido la cabeza en el horno, a lo Plath. Entonces empecé a pensar en cómo se suicidarían las *Manic Pixie Dream Girls*. ¿Se montaban en sus bicis holandesas e iban a las vías del tren más pintorescas que encontrasen hasta que llegaba el expreso de medianoche y se las llevaban por delante? ¿Se ahogaban en sus estanques secretos?

El estanque.

Me incorporé de golpe, porque era un gilipollas integral.

—Ya sé dónde está —dije en voz alta. Viva o muerta, sabía dónde la iba a encontrar.

No había tiempo ni motivo para despertar a mis padres, así que me eché un abrigo encima, cogí las llaves de la mesa del comedor y corrí hasta el coche. Me acerqué al centro. Salté la verja de hierro forjado. Me torcí el tobillo bajando por el seto. Llegué renqueando hasta la estación de tren abandonada. Forcé la cerradura para entrar. Bajé a toda prisa por la escalera de caracol que se enroscaba hasta el sótano.

Y allí estaba, en la oscuridad, sumergida hasta la cintura en el agua estancada.

Viva. Gloriosa y milagrosamente viva. Mis entrañas se fundieron de alivio hasta que no fui más que una carcasa de cristal. Estuvieron a punto de fallarme las piernas.

—¡Grace! —grité mientras medio corría, medio me dejaba caer por los escalones—. ¡Grace!

Ella se dio la vuelta para mirarme. Aunque no había más luz que la de la luna, pude ver rastros de lágrimas en su rostro. Las palmas de sus manos descansaban sobre el agua en posición horizontal, y su respiración rápida y entrecortada lanzaba volutas blancas desde sus labios. Fui

más despacio, seguro de estar soñando, porque parecía sacada de una leyenda. Llevaba una corona de flores desvaídas trenzada en el pelo e iba toda vestida de blanco, como si fuera una novia.

Ahí estaba Ofelia, en carne y hueso.

Corrí por el agua hasta que no pude más, y luego fui braceando hacia ella. Me quité el abrigo y lo puse sobre sus hombros, porque estaba temblando.

—Vamos, tienes que salir del agua —dije, pero no se movió ni un ápice.

Grace me miró con lágrimas en los ojos. Y entonces el mundo implosionó. Fue como si se hubiera abierto por fin, y todo su dolor tuviese vía libre. Estaba llorando, sollozando entre violentas convulsiones, casi demasiado intensas para su cuerpo. Se dejó caer sobre mí, colocó todo su peso entre mis brazos, y juro que pude sentir la pena que emanaba de ella. La aspiré con cada bocanada de aire hasta que ya no quedó presión alguna en su interior.

—¿Por qué tuvo que morirte, Henry? —dijo una y otra vez entre llantos—. ¿Por qué? ¿Por qué no pude ser yo?

—Lo siento mucho —La apreté contra mí y la sujeté con fuerza porque no sabía qué otra cosa hacer o decir—. Lo siento muchísimo.

Y seguimos así hasta que me castañetearon los dientes y dejé de sentir las piernas.

Entonces, sin más, Grace paró de llorar, como si solo tuviera cierta cantidad de lágrimas en su interior y se le hubiesen acabado. Se apartó de mis brazos y se dirigió a la escalera sin mirarme; mi abrigo se arrastraba tras ella. Cuando llegó hasta el primer peldaño, se sentó en él, temblorosa, con los pies aún metidos en el agua helada. Por supuesto, la seguí, porque la habría seguido a cualquier parte. Esa noche, si hubiera tomado la dirección opuesta, hacia las frías profundidades del sótano, también habría ido tras ella.

Me senté a su lado, con las piernas cruzadas, y traté de no pensar en el frío que sentía, porque quería estar con ella, los dos solos, antes de tener que llevarla a casa. Me incliné y saqué el móvil del bolsillo de mi abrigo para llamar a Martin. Respondió después de un solo tono.

—Dios mío, por favor, dime que está viva —fueron sus palabras.

—La he encontrado. Está bien. Voy a llevarla a casa.

—Ay, gracias a Dios, gracias a Dios, gracias a Dios. Tráenosla.

—Vale. Nos vemos pronto. Está bien. Está a salvo. ¿Puedes decirles a mis padres que los dos estamos bien y que volveré pronto?

—Sí, desde luego. Gracias. Muchísimas gracias.

Colgué.

—Todos estábamos muy preocupados por ti —señalé en voz baja.

—¿Sabes que pensaban que me iba a suicidar el primer mes después de su muerte? Todos lo daban por hecho. Ni siquiera podía llorarlo en paz sin que alguien golpeará la puerta del cuarto de baño para comprobar que no me había cortado las venas. Dom jamás habría pensado eso de mí. Era el único que me conocía de verdad.

No podía mirarla. Unas horas antes, no me cabía duda de que Grace estaba muerta. De que se había suicidado. Yo era uno de ellos. Una de las personas que no conocían el interior de su alma. No como él.

—No estaba deprimida. Sigo sin estarlo. Estoy cabreada, joder. Quiero contarte algo sobre él —dijo con un suave castañeteo de dientes.

—Grace... No hace falta. —Fui incapaz de decirle lo que pensaba en realidad. «No, por favor. Dios santo, no me hables de él. ¿No me has machacado bastante ya?»

—Ya lo sé. Pero te he tratado muy mal. Mereces saber la verdad.

—¿La verdad?

—Lo conocí cuando tenía nueve años. Madre mía, recuerdo muy pocas cosas de mi infancia, pero el día que lo conocí no se me olvidará... Fue a principios de otoño, así que hacía fresco, pero todo estaba verde. Mi padre ya había muerto, mi madre llevaba tres días sin aparecer por casa y no quedaba nada de comida. Llamé a mi tío y vino a buscarme, pero los niños no se le daban mucho mejor que a mi madre, de modo que me dejó con una compañera de trabajo. Mary. Recuerdo que en el coche me dijo que tenía un hijo de mi edad, pero yo odiaba a los chicos. Siempre se metían conmigo en el colegio, cuando iba. Para mí eran criaturas extrañas y ajenas, ¿sabes? En fin, el caso es que, cuando llegamos, Dom estaba saltando en la cama elástica del patio. Recuerdo que pensé que era el niño más guapo que había visto en mi vida, y me pareció raro, porque nunca había pensado en los chicos de esa manera. Yo era terriblemente tímida, pero él no. Bajó de la cama elástica de un salto en cuanto me vio, y me propuso jugar al *Mario Kart*. No había jugado nunca (jamás había visto una consola), así que tuvo que enseñarme, pero tuvo muchísima paciencia y me dejó ganar. Fue uno de los mejores días de mi niñez. Luego, cuando se puso el sol, nos cogimos de la mano mientras veíamos dibujos animados en un portátil en su casa del árbol. Lo adoré. Me encantó su familia. Antes de conocerlos, ni siquiera sabía que existiera gente así. Al final de la noche, ya había decidido que iba a casarme con él.

Me reí con suavidad a mi pesar, y Grace también.

—Cosas de niños, ¿verdad? —dijo, mientras se enjugaba una lágrima—. Excepto porque él también se enamoró de mí, y en lugar de desvanecerse con el paso del tiempo, el sentimiento se volvió más real. Dom fue el primer chico al que le di la mano. El primero al que besé. Mi primer y único amor, hasta que llegaste tú.

—No me había... parado a pensarlo.

—No puedo expresar con palabras cómo es amar a alguien así. Ni perder a alguien así. Esa es una de las razones por las que ya no escribo. Porque no tengo palabras. Mucha gente dice que no se sabe lo que se tiene hasta que se pierde, pero yo lo tenía muy claro. Mucho. Lo valoré cada día que estuvimos juntos, sabía que era extraordinario. Y me daba miedo, mucho, que un día pudiera perderlo. Me preocupaba su seguridad, el que un día se hartaran de aguantar a mi horrible familia, pero nunca sucedió. Y yo me preguntaba cómo era posible que dos personas tuvieran tanta suerte. ¿Cómo podía justificar el universo el habernos unido cuando solo teníamos nueve años? ¿Cómo podía ser justo que a nosotros nos hubieran entregado en bandeja lo que todo el mundo buscaba cuando éramos demasiado jóvenes para saber que lo queríamos? Ahora ya lo sé. Gasté en ocho años el amor que debería haber durado toda la vida. Deberíamos haber madurado juntos; ir juntos a la universidad, viajar juntos por el mundo. Cuando murió, pensé que mi futuro había muerto con él. Dom no era perfecto. Eso lo tengo claro. Era meticuloso con unas cosas y descuidado con otras: se mordía las uñas cuando estaba nervioso o veía partidos, y eso me sacaba de quicio. Su actriz favorita era Katherine Heigl y me obligaba a ver todas sus películas. Le gustaba demasiado Carl Sagan. Pero, en serio, Henry, ¡su alma era extraordinaria! Podría haber llegado muy lejos en la vida... Te habría caído muy bien. Habríais sido amigos.

En ese preciso momento, me di cuenta de lo injusto que había sido todo. Grace Town no creía en las almas para el resto de la humanidad, pero estaba dispuesta a hacer una excepción con Dom.

—Estaba en el hospital cuando celebraron su funeral —siguió contándome—. Esperaron todo lo que pudieron, pero mi estado era crítico y no podían postergarlo más, ¿sabes? Así que me pidieron que escribiera algo para que alguien lo leyese, como una elegía, porque todos sabían que yo era buena escritora y siempre me decían lo bien que se me daba. Pero me negué. Sentía demasiado dolor, y no he escrito nada desde entonces. No creo que sea capaz de volver a redactar ni una palabra hasta que me obligue a mí misma a escribir sobre eso.

—¿Por qué te negaste?

—Porque fue culpa mía. No se lo he contado a nadie, pero es verdad. Fue mi culpa que nos estrelláramos y que él muriera.

—No fue culpa de nadie. Fue un accidente.

—Por eso no se lo he contado a nadie. Porque sé que todo el mundo va a decir lo mismo. Que no es más que la culpabilidad del superviviente y tal. Pero me estaba metiendo con él. Lo estaba distrayendo. Me dijo que parara, pero no le hice caso, y cuando me quise dar cuenta, estábamos en el otro carril. ¿Has oído ese topicazo de que la vida te pasa por delante de los ojos en el último segundo de tu existencia?

—Sí.

—Pues ni de coña. Vi el coche que se nos echaba encima, noté como él giraba el volante y supe, en esa fracción de segundo, que íbamos a morir. Y lo único que le dio tiempo de pensar a mi cerebro fue «Vaya mierda». En serio. Mi último pensamiento podría haber sido una palabrota. No pensé en mi vida ni en mi familia ni en mis amigos, ni siquiera en él. Por eso me pregunto en qué pensaría él, ¿sabes? Quizá fuese lo mismo.

—Probablemente pensó en ti.

—No murió en el acto. Cuando salió en las noticias, en todos los artículos dijeron que había fallecido al instante, al chocar, pero no es verdad. Tardó un minuto. Estábamos en el coche, volcados, los dos sangrando, e intentó hablar. No fue como en las películas. No murió susurrando «Te quiero» ni nada parecido. Sentía dolor y pánico e intentaba respirar, pero no era capaz. Y yo no pude hacer nada. Nada excepto contemplar cómo se moría.

»¿Sabes lo que hice el día del funeral? Vi “Cosmos”, el de Neil deGrasse Tyson, enterito. Las trece horas. Él llevaba meses intentando convencerme de que lo viera, y yo no hacía más que llamarlo “friki” porque le gustaba mucho el espacio. Fue el único modo que se me ocurrió para velarlo. Verme asombrada por el universo y recordar que, a pesar de que su conciencia había desaparecido, todas y cada una de sus moléculas siguen por aquí. —Me cogió la cara con las manos y pegó su frente húmeda a la mía—. Ojalá pudieras ver el mundo como yo. Ojalá comprendieras que la muerte es la recompensa por haber vivido.

—Por favor, no me digas esas cosas. Me das miedo cuando hablas así.

—No lo digo en plan suicida —me dijo en voz más baja todavía, como si me estuviera contando un terrible secreto—. ¿No te pasa que has tenido un día agotador y estás deseando llegar a casa para meterte en la cama y dormir varias horas del tirón? Esa es mi vida. Hay gente por ahí que lee libros de vampiros y desea la inmortalidad, pero a veces agradezco de corazón que todo se acabe, que durmamos para siempre. Adiós al dolor. Adiós al agotamiento. La muerte es la recompensa por haber vivido.

—Tengo que llevarte a casa —le respondí, y esta vez no protestó.

En cambio, Grace alargó la mano a su espalda, hacia una pequeña caja metálica que había sobre un peldaño. Dentro vi un puñado de cosas del santuario de Dom: el collar con el ancla que llevaba el día que nos conocimos, el llavero de los Strokes, la camiseta de los Ramones que no había podido lavar. Se puso en pie y me cogió de la mano para llevarme de vuelta al estanque. Su cojera apenas se notaba en el agua, y allí nos quedamos, cogidos de la mano, con el aliento vaporoso y blanco, mientras dejaba ir a Dom poco a poco hacia las profundidades. Lo último que soltó fue la propia caja, que tenía grabado DOM 4.º ESO en un lado. La vimos hundirse entre un frenesí de cuerpos plateados hasta quedar en el suelo cubierto de escombros que había a nuestros pies.

Me pregunté, mientras la miraba, si así era la redención. Si aquello era el equivalente de la absolución de los pecados y si se había perdonado a sí misma; y, de ser así, si podría seguir con su vida. Pero Grace me pilló mirándola y me habló como si me hubiese leído la mente.

—Las historias con final feliz simplemente aún no han terminado.

Luego vadeó el agua y subió por la escalera con mi chaqueta y su vestido blanco, que le colgaba, húmedo y flácido, pegado a todas las curvas de su cuerpo. Salió de la estación de tren y subió por la colina para luego trepar descalza el seto y la valla; cuando llegamos a mi coche, se desnudó hasta quedar en ropa interior en plena calle y tiró el vestido a una alcantarilla.

—Iba a casarme con él con ese vestido —dijo sin emoción, mientras miraba el encaje mojado—. Ya le había dicho que sí.

Luego, temblorosa, se subió al coche y se abrochó el cinturón de seguridad antes de colocarse las rodillas contra el pecho, viva pero vacía, con el cabello cubierto de flores como si fuera una tumba andante.

Durante el trayecto hasta su casa, no dijimos ni una palabra. Encendí la calefacción para que se pudiera calentar, pero aunque tenía la piel de gallina, estaba totalmente inmóvil, como si fuera la estatua de un ángel caído.

Cuando llegamos, todas las luces de la casa estaban encendidas. Martin, Mary y la madre de Grace, junto a dos policías, estaban en el césped delantero. Se dirigieron al coche cuando empecé a frenar, pero Grace negó con la cabeza y levantó una mano para detenerlos. Ellos se quedaron esperando mientras nos miraban.

Grace se volvió hacia mí.

—Maté a su hijo y, como recompensa, me pagan las facturas del hospital y me dejan vivir en su casa. Eso es en parte por lo que no puedo estar contigo. No puedo... hacerles ese feo. No concibo haber visto a su hijo morir a mi lado y luego enamorarme de otra persona a los pocos meses. ¿Lo entiendes?

Lo entendía, en cierto modo, pero eso no lo hacía más fácil. ¿No querrían los padres de Dom que siguiera adelante con su vida? ¿De verdad preferían verla sufrir lo indecible para redimir lo que ella creía haber hecho?

Le había preguntado esa primera noche en la estación de tren abandonada cuáles de sus pecados necesitaban absolución, y la verdad por fin había salido a la luz.

—Crees que mereces estar triste. Piensas que estás pagando una deuda cósmica al torturarte. Consideras que esto es tu redención.

—Me siento menos culpable y menos mierda cuando estoy triste que cuando estoy contenta. Es lo mínimo que puedo hacer por Dom y por sus padres. ¿No lo pillas? Es la única justicia que les puedo ofrecer.

—Así que te has sentenciado a una condena de prisión. ¿Cuánto tiempo? ¿Un año? ¿Dos? ¿Cadena perpetua? ¿Cuánto dolor hará falta para pagar esa deuda?

—Al menos un poco más.

—Por Dios. No tuviste la culpa. No lo mataste. Fue un accidente.

Grace se desabrochó el cinturón, se colocó el cabello detrás de las orejas, se acercó a mí y me besó. Noté sus pechos casi desnudos sobre mi cuerpo. Le sostuve la mandíbula con la mano y ella me pasó los dedos por el pelo. Durante unos pocos minutos, el mundo parecía mejor, aunque fuera una puta mierda. Pero luego se apartó, como siempre, y me miró como si quisiera decirme algo para lo que no encontraba palabras.

—¿Por qué me besaste? —le pregunté en voz baja, porque la verdad era que no lo entendía en absoluto—. Hablo de la primera vez. ¿Por qué me besaste si sabías que nunca podrías escapar de él?

—No quieres saberlo —susurró Grace—. De verdad que no te hace falta.

—Sí que quiero. Lo necesito.

—Porque estaba borracha y lo echaba de menos. —Grace negó con la cabeza—. Dios, ¿cómo puedes mirarme así después de todo lo que te he hecho? —susurró.

—Porque te quiero.

Ya no parecía tener sentido seguir ocultándolo. No me daba vergüenza ser el primero en decirlo. Era la verdad. No sabía cuándo había pasado del deseo al amor, pero había ocurrido.

—Henry, no sabes lo que es el amor —señaló en el mismo tono de voz que se utilizaría para llamar «idiota» a alguien—. Ni siquiera me conoces. Solo es un capricho pasajero. Nada más.

No respondí. Inspire profundamente y giré la cabeza para mirar por la ventana mientras Grace cogía sus zapados mojados y salía del coche sin nada más encima que su ropa interior y mi chaqueta.

—Buenas noches —me dijo, pero yo me limité a asentir, porque no podía hablar.

Un momento después, Martin, Mary y su madre la abrazaron, y los policías la acompañaron hasta el interior de la casa, donde tendría que pagar la deuda que había adquirido con los padres de su novio muerto, y me quedé a solas en la oscuridad.

Me pregunté si Grace creía de verdad que tanto ella como los Sawyer se sentirían mejor permitiendo que la tristeza se apoderara de ella, o si simplemente le gustaba vivir en continuo sufrimiento. ¿Estaba dejando que invadiera todos y cada uno de los billones de átomos de su ser porque estaba total y profundamente convencida de que se lo merecía?

Le mandé un mensaje a mi madre para decirle que Grace estaba bien, pero que yo tardaría un poco en volver a casa. Luego fui hasta el sitio que llevaba meses evitando, el lugar que se me había quedado incrustado en la mente como un zumbido, pero que hasta esa noche no me había dado cuenta de que quería visitar.

El cementerio no daba tanto miedo como yo creía. No había neblina, ni aullidos de lobo, ni cuervos. Al principio, caminé a toda prisa entre las tumbas, sobresaltándome con cualquier ruido, pero al final me tranquilicé. Encontré a Dom donde había visto a Grace arrodillada pocos meses atrás. La tumba todavía estaba cubierta de flores y, aunque el viento se había llevado los pétalos de algunas que estaban marchitas, también había coronas recién puestas. Grace no había dejado de acudir. Aunque me había dicho que lo intentaría, no había podido.

La inscripción de la lápida era sencilla, de tres líneas:

DOMINIC HENRY SAWYER  
17 AÑOS

«SI EL AMOR PUDIERA HABERTE SALVADO, HABRÍAS VIVIDO PARA SIEMPRE.»

Reseguí con el dedo las letras de su segundo nombre. Henry. Dom y yo compartíamos tanto... Un nombre. Un olor. Un amor. Intenté imaginarnos como amigos, en otra vida, en vez de estar celoso de sus huesos. Pero no. Probablemente no. El amor que Grace me había descrito era de los que trascienden el tiempo y el espacio. En cualquier universo, en cualquier vida, siempre estarían ellos primero, y luego yo. El segundón.

Una vez vi una lápida de una pareja a la que habían enterrado en la misma tumba, pero con cincuenta y cuatro años de diferencia. Ella había permanecido con vida cincuenta y cuatro años más, sola y con el corazón roto, a la espera del día en que pudiera reunirse con su amor bajo la tierra.

¿Enterrarían a Grace allí? Dentro de sesenta o setenta años, ¿volvería a aquel lugar y descansaría junto a su joven novio muerto? Aunque se enamorara de nuevo, se casara, tuviera hijos, ¿sería allí donde su cuerpo se disolvería y regresaría al universo? ¿Podría yo soportarlo? Si por alguna clase de milagro increíble Grace y yo terminábamos juntos, si íbamos juntos a la universidad y nos casábamos y viajábamos por el mundo y teníamos hijos, ¿podría tolerar que terminara enterrada con él? ¿Estaría muy solo en mi tumba, sin nadie, con el amor de mi vida entremezclado con los huesos de otra persona?

¿Podría sobrellevar sentir celos de un tío muerto durante el resto de mi vida? ¿E incluso después?

Me senté con las piernas cruzadas sobre su tumba y empecé a arrancar trocitos de hierba mientras intentaba recordar qué puñetas había ido a decirle.

—Serás cabrón —solté tras un rato. En cierto modo, casi lo escupí, con unas palabras más llenas de rabia y veneno de lo que había esperado—. Joder, te quiere muchísimo, y tú vas y la dejas sola. ¿Sabes lo destrozada que está? Bueno, a lo que voy: si estás ahí, si puedes oírme, tienes que ponerte en modo fantasma y aparecer en plan Patrick Swayze a la de ya, porque está sufriendo mogollón, y no encuentra consuelo... ninguno...

Cerré los ojos con fuerza e inspiré hondo varias veces. Hacía demasiado frío para llorar.

—No soy capaz de ayudarla, Dom. Quiero pero no puedo, porque no soy tú. Así que, si estás ahí, lo digo en serio, de verdad, no me importan los códigos de conducta de los fantasmas ni el orden natural de las cosas ni todas esas mierdas; si estás ahí, tienes que aparecer ahora mismo. Es una emergencia del reino corpóreo. Sal de la tumba, no me seas cobarde, y dime por qué coño la dejaste.

Esperé más de una hora, hasta que la vista se me ajustó a la profunda oscuridad y me temblaron las costillas. El fantasma de Dom no apareció. Y tampoco se alzó un zombi de entre los muertos.

—Bueno, pues que te jodan —dije, mientras me ponía en pie para marcharme.

Dejé el coche allí, y volví a casa andado, a pesar del frío. Estaba decidido a demostrarme, igual que Grace, que sentir dolor significaba que, de algún modo, estaba haciendo lo que debía.

## Capítulo 25

Cuando me desperté por la mañana, lo primero que se me vino a la mente fue Grace, y sentí un doloroso espasmo que me bajó desde la cabeza hasta el pecho. Pensé en ella y, después, en el periódico: las dos únicas cosas que me interesaban a esas alturas de la película; no me importaban ni la lengua, ni las matemáticas, ni cuántas universidades me habrían descartado con un rotundo «Ni de coña» tras ver las notas que sacaría en el primer semestre. Sabía que la había cagado a lo grande, me había desprecupado de todo, ¿y para qué? ¿Para qué?

Como era de esperar, escogieron ese sábado para desempolvar la faceta de padres preocupados, que no habían utilizado desde que Sadie se fue a estudiar a Yale. Bajaron poco después del amanecer y comenzaron a rondar por el sótano para evaluar el destrozo que le había hecho a mi vida. Abrieron las cortinas, me obligaron a salir de la cama y a vestirme. Me pusieron un cuenco de cereales delante y se negaron a dejar de cantar *Baby Got Back* hasta que acepté comérmelo; no me quedó más remedio.

Bajo sus ojos vigilantes, pasé la aspiradora, lavé mi ropa, ordené las estanterías y subí todas mis tareas de clase a la mesa de la cocina para que pudieran seguir supervisándome mientras me ponía al día con los puñeteros problemas de matemáticas de las dos semanas anteriores y acababa el trabajo de lengua, aunque me sentía demasiado vacío y me quedó fatal. A las once, mi madre me obligó a salir a trotar un poco con ella. A la hora de comer, mi padre volvió a obligarme a que me terminara todo lo que tenía en el plato. Sadie tenía el día libre y vino a las dos, más o menos. Para entonces, me habían permitido echarme una siesta y estaba tumbado con los brazos en cruz sobre mi cama.

—Oye, Henry, ¿has visto...? ¿Estás escuchando a Taylor Swift? —me preguntó Sadie desde el pie de la escalera.

—Sí, Sadie. Llevo dos horas seguidas escuchando a Taylor Swift. Es la única que me entiende.

—Ay, Dios.

—¿¿Quién te hizo daño, Taylor?! —grité, señalando al techo—. ¿Cómo puedes soportar que te rompan tantas veces el corazón?

—Jooder. Levanta el culo. Tenemos que hablar.

—Sadie... No quiero, de verdad. No se me da bien compartir sentimientos.

—Soy tu hermana, payaso. Si no hablas con tus amigos ni con tus padres, ¿qué pretendes, quedarte con eso dentro hasta que se manifieste como una enfermedad mental?

—Más o menos, sí.

—Y ¿cuánto tiempo llevas tumbado en la cama? Vas a terminar con una trombosis venosa profunda.

—Déjame, Sadie. Déjame con mi corazón roto y mi trombosis.

No hizo caso de mis protestas y se dejó caer encima de mi caja torácica, y yo me quedé sin respiración. Luego me dio con el dedo una y otra vez en el mismo sitio mientras decía «Habla, habla, habla», hasta que, al final, no pude resistir más.

—Arg, vale, mala mujer. Es que... Grace, y yo... No sé qué está pasando.

Saqué la frase de mi maratón de Taylor Swift.

Sadie esperó a que continuase.

—¿Te importaría aclararlo?

—Solo es que... estoy muy confuso, por todo. Y creo que me he provocado daños permanentes en el sistema respiratorio. Noto una opresión en el pecho todo el rato.

—Eso probablemente sea porque se te han roto las costillas cuando te he saltado encima.

—¿Esto es amor?

—No, qué va, chaval. A ver, no es todo de color de rosa, pero tampoco debería joderte la vida.

—Ya. Por ejemplo, mira a papá y a mamá.

—Mamá y papá son un cuento de hadas. No existen.

—Pero tú querías a Chris.

Sadie inspiró hondo.

—Sí. Lo quería. Y eso que a veces me despertaba por la mañana y lo veía con la boca abierta y babeando sobre la almohada, y me decía «¿En qué puñetas estaba pensando cuando decidí procrear con él?». No era perfecto. ¡Ni siquiera para mí! Fue difícil, todo el tiempo. Pero sí que lo amaba. Y mereció la pena. Mientras duró.

—Entonces ¿nunca creíste que era tu alma gemela?

—Ay, cariño. ¿Todavía creemos en las almas gemelas?

—¿Tú no? ¿Cómo puedes ver a mamá y a papá y no creer que dos personas están hechas la una para la otra?

—Dios, sí que te han jodido la percepción del mundo, ¿eh? Pensaron que engañarte te protegería, pero al final te han metido de lleno en una fantasía. Prácticamente son los cabecillas de una secta. Te han lavado el cerebro.

—¿A qué te refieres?

—Henry..., cariño...

—¿Por qué me dices esas cosas tan raras?

—Ay. —Sadie cerró los ojos y se mordió el labio inferior—. Antes de que nacieras, mamá dejó a papá durante, bueno, unos tres meses —soltó a toda velocidad, con los ojos todavía apretados.

Parpadeé unas cuantas veces. Sadie abrió los ojos lentamente, uno a uno.

—Mamá me hizo prometerle que no te lo diría hasta que hubieras acabado la universidad. Querían que tuvieras una «infancia estable», pero no puedo dejar que pases los próximos cinco años buscando algo que no existe. A ver, ¿por qué crees que cuando cumplí doce años lo celebré en el parque infantil de un *parking* de caravanas?

—La verdad es que nunca me fijé mucho en las fotos de esa fiesta en concreto.

—Te han envenenado con esa mierda de que «el amor es paciente, es bondadoso» desde que eras un crío. Pero el amor es ciencia, chaval. O sea, en realidad, no es más que una reacción química en el cerebro. A veces, dura toda una vida, y se repite sin parar. Y otras no. A veces estalla como una supernova y luego comienza a desvanecerse. Todos somos corazones químicos, nada más, efectos colaterales. ¿Eso hace que el amor sea menos genial? A mí no me lo parece. Por eso no entiendo a la gente que siempre pone como excusa para no casarse que la mitad de los matrimonios terminan en divorcio. Que un amor se acabe no quiere decir que no haya sido real. Mamá y papá se pasaban el día discutiendo. Sé que nunca los has visto, pero te prometo que se lanzaban uno al cuello del otro. Entonces, una noche, mamá me despertó y me ayudó a preparar una maleta, y hasta ahí puedo leer. No volví a ver mi dormitorio hasta que regresamos tres meses más tarde.

—¿Sabes por qué se marchó?

—Porque ya no estaba enamorada de él. La reacción química se había agotado. Por eso. Simple y llanamente. El amor nunca es perfecto, Henry.

—¿Por qué volvieron?

—Mamá descubrió que estaba embarazada.

—¿Por mí?

—No lo sé. Tal vez. Es probable. Se quieren con locura, y son grandes amigos, pero ya no están enamorados. Desde hace mucho tiempo. Así que no puedes pensar que cada persona de la que te enamoras es «tu media naranja». Las almas gemelas no existen. Las creamos nosotros.

—Ya. Ya lo sé. Es que... No me imagino invertir otra vez tanto esfuerzo en otro ser humano. Tanto tiempo y energía. Tanto de mí mismo. ¿Cómo empiezas de nuevo con otra persona?

—¿Cómo comienza un novelista a escribir un libro cuando acaba el anterior? ¿Cómo empieza un atleta lesionado a entrenar desde cero?

—Joder. No entiendo por qué la gente vuelve a intentarlo.

—¿Enamorarse?

Asentí.

Sadie soltó una risita.

—¿En términos biológicos? Por la continuación de la especie humana. ¿En términos lógicos? Porque el viaje es hermoso al principio. Y nadie puede ver dónde se va a torcer hasta que es demasiado tarde para parar. Y cuando te subes a ese tren...

—Te has subido a bordo de la metáfora, ¿eh?

—Calla, ya es demasiado tarde para bajarse. Cuando te subes a ese tren, tienes la esperanza de que no descarrile. Aunque puede que ocurra, de hecho, probablemente ocurrirá; no obstante, merece la pena subirse, solo para descubrir lo que pasará.

—¿Y por qué no me puedo quedar en la estación?

—Puedes, pero entonces no irás nunca a ninguna parte.

—Hala. Qué profundo.

—Debería haber estudiado Filosofía.

—Quiero recuperarla, Sadie.

—Ya lo sé, chaval. Y que la gente que te diga «hay más peces en el mar» solo te hará más daño. Y podría contarte el proceso científico por el que está pasando tu cerebro ahora mismo. Cómo está procesando un dolor tan intenso como si te pinzaran el nervio de un diente, pero no

puede localizar el origen, así que, en cierto modo, lo sientes por todas partes. Podría decirte que, cuando te enamoras, las partes del cerebro que se iluminan son las mismas que cuando tienes hambre o sed. Y podría explicarte que cuando la persona que amas te abandona, la ansías, la deseas más todavía, tienes mono y bajones, como un yonki. Ya sé que todo esto suena muy poético, o exagerado, o dramático, pero no lo es. Los corazones rotos son una ciencia, igual que el amor. Así que no dudes de mí: estás herido, pero te curarás.

—Joder, Suds. Hoy estás a tope.

Sadie inclinó la cabeza hacia un lado y parpadeó con rapidez.

—Me vas a hacer llorar, sinvergüenza. Hoy estoy que lo vierto con los consejos. ¿De verdad has sido feliz con ella? Porque desde fuera, parecía más una lucha. El novio muerto, la desaparición. ¿Ha habido un mes, una semana o un día que puedas recordar en el que pensaras «Vaya, sí, esto es lo que quiero. Así me gustaría que fuese mi vida. A esos buenos tiempos me encantaría volver»? ¿Tienes algo así con ella?

Cerré los ojos y pensé. Intenté recordar un período de más que unas pocas horas en el que de verdad hubiera sido feliz con Grace. Me vino a la mente la ansiedad, la tensión, el dolor, la tristeza, el ácido del estómago que me devoraba los pulmones. Recordé amarla con desesperación. Me acordé de la noche en la que volvimos juntos a casa del cine, cogidos de la mano, cuando estaba seguro de que me casaría con ella. También recordé la feria de Acción de Gracias, la segunda vez que la vi con ropa que no era de Dom. Eran breves destellos brillantes de felicidad, poco más que relámpagos en la oscuridad.

Abrí los ojos.

—Mierda —dije en voz baja.

—Ya me lo imaginaba.

—No sé si puedo aceptar que haya sido una pérdida de tiempo. Que todo este dolor no haya servido para nada. Que nunca tuvimos una relación de verdad.

Sadie me dio un golpecito en la sien.

—¿Es que no me escuchas, atontado? El amor no tiene que durar toda la vida para ser real. No puedes juzgar la calidad de un amor por el tiempo que dura. Todo muere, incluido el amor. A veces desaparece con una persona, otras por su cuenta. La mayor historia de amor no tiene que ver necesariamente con dos personas que pasan la vida juntas. Puede haber durado dos semanas o dos meses o dos años, pero ardió con más fuerza y brillo que cualquier otro, pasado o futuro. No te apenes por haber fracasado; eso no existe. Todo amor es igual en el cerebro.

—Y aun así duele.

Sadie me enjugó una lágrima que me empezó a salir y me pasó los dedos por el pelo.

—Ya lo sé, cariño. A veces, las cosas no funcionan. Además, ¿cómo va a ser tu alma gemela? ¿No me has dicho que no se ha leído Harry Potter? ¿De verdad quieres pasar el resto de la vida con alguien así? A ver, por Dios, piensa en tus hijos. ¿En qué clase de entorno crecerían con una madre así?

Me eché a reír, y Sadie también. Cerré los ojos y la abracé.

Se quedó acurrucada conmigo y me acarició el pelo, como había hecho siempre, desde que yo tenía memoria.

Me quedé mirando fijamente al techo mientras Sadie tarareaba canciones de Taylor Swift. Pensé en Grace y sentí que el dolor del que me había hablado Sadie me recorría todo el cuerpo. Grace y yo habíamos tenido un amor intenso y profundo, en el que uno se podría ahogar si se adentrara demasiado. Era un amor que ataba pequeños plomos a tu corazón, uno por uno, hasta que pesaba tanto que se salía desgarrado del pecho.

—Sadie... Sé que ha pasado mucho tiempo desde tu época de delincuente juvenil, pero ¿te acuerdas de cómo forzar la puerta del departamento de lengua?

Sadie me sonrió con su habitual mueca traviesa.

—Las viejas costumbres no se olvidan.

## Capítulo 26

Era última hora de la tarde cuando cometí el quinto allanamiento de mi vida. La sensación que daba el instituto en fin de semana era parecida a la de un barco abandonado, el *Mary Celeste*, por ejemplo. En el aire flotaba la impresión de que allí había habido gente hasta hacía poco, pero que una tragedia inesperada (es decir, los exámenes) se había abatido sobre ellos y los había obligado a evacuar el recinto. Todo estaba apagado y en silencio, e incluso en el aparcamiento, al aire libre, nuestras pisadas provocaban un eco inquietante.

—¿Estás seguro de que es buena idea? —me preguntó Lola, mientras trepábamos por la verja exterior. Ryan se agarraba al cuello de Sadie como si fuera un monito y se reía como si estuviese viviendo la mejor aventura de su vida—. No va a venir nadie.

—Verás como sí —respondí—. Alguien aparecerá.

A Heslin le habían levantado por fin el castigo a principios de semana por haber montado La Fiesta, así que, como era de esperar, comenzó a circular el rumor de que esa noche se preparaba otra liada de proporciones similares o incluso mayor. Los padres de Heslin, que, o bien eran idiotas o bien confiaban demasiado en el delincuente que tenían por hijo, lo habían vuelto a dejar al cargo de la casa. Por supuesto, esa misma tarde ya había un evento en Facebook con unos trescientos chavales apuntados, entre los que no estábamos ni Lola, ni Murray, ni yo. Ni tampoco, para sorpresa general, Madison Carlson.

Teníamos cosas más importantes que hacer.

Una hora antes, había dejado un mensaje en la página del evento de Heslin. «A todos los que buscan redimirse —empezaba, y terminaba con una súplica de ayuda—, por lo más sagrado, ayudadnos a salvar el *Westland Post* de la destrucción.» Veinticinco personas le habían dado a «me gusta» hasta ese momento.

—Vendrán —murmuré, mientras nos dirigíamos hacia el despacho de Hink. Tenían que hacerlo.

Resultó que habían mejorado las cerraduras desde los tiempos de Sadie como delincuente bromista. También habían puesto, sin que nosotros lo supiéramos, cámaras de vigilancia. Así que, mientras Sadie estaba de rodillas intentando abrir la cerradura y Lola y yo nos turnábamos para llevar a caballito a Ryan, ninguno vio al corpulento guardia de seguridad que se nos acercaba.

—¡Quietos! —gritó.

Capté la mirada de vacilación en los ojos de Sadie, cuando sopesó durante un instante salir corriendo, pero no lo hizo, probablemente porque yo llevaba a su hijo a la espalda y no sería muy maternal abandonarlo.

Así que los tres nos quedamos quietos.

«No pasa nada —pensé una y otra vez—. No pasa nada, no pasa nada, no pasa nada.» No importaba que el periódico no saliera a imprenta, que sin ayuda de nadie me hubiera cargado una tradición escolar de treinta y cinco años de antigüedad, que hubiera decepcionado a Hink. No importaba que a los tres nos detuvieran y nos acusaran de allanamiento, que era muy posible que Lola y yo no entráramos en la universidad por nuestra ficha delictiva, que Sadie perdiera su trabajo. No importaba, el Sol se tragaría la Tierra y nada de lo que hiciéramos allí tendría relevancia, no debería importarme, pero me importó.

Y mucho.

Grace se equivocaba. Me di cuenta en el breve segundo que tardó el jadeante guardia de seguridad en agarrarme del brazo, aunque no había hecho ademán alguno de salir corriendo. A gran escala gobernaba la entropía, pero los humanos somos tan pequeños que no podemos aplicarnos las leyes del universo. Somos demasiado diminutos, y nuestras vidas transcurren con demasiada rapidez. Ninguno presenciaria la gran redención cósmica que sucedería cuando el Sol se expandiera y devorara la Tierra y devolviera nuestros átomos al cosmos. Ninguno de nosotros podía esperar tanto tiempo.

El caos regenerativo: las cosas se deshacen y luego se vuelven a reunir, y seguimos adelante. Teníamos que absolvernos de nuestros propios pecados. Debíamos redimirnos a nosotros mismos.

Sadie se puso en pie, se volvió... y, para sorpresa de todos, sonrió.

—¡Jim! —gritó cuando le vio la cara al guardia—. ¡Joder, no puede ser! ¡Soy Sadie Page, tío! ¿No te acuerdas de mí?

—¡Tú! —exclamó Jim, y me apretó con más fuerza el brazo. «Ay, no»—. Me prometieron que te habías largado de una vez por todas.

—Pero bueno, Jim —le dijo Sadie, mientras le daba unas palmadas en la espalda y lo obligaba a soltar los dedos de mi brazo; luego se lo llevó a uno de los bancos que había a lo largo del edificio y se sentaron—. Tenemos que contarnos muchas cosas.

Y así fue como, diez minutos más tarde, después de pasarle un billete de cincuenta dólares y de prometerle que le haría café en la sala de profesores si no se chivaba, Sadie convenció a Jim Jenkins, el veterano y sufrido guardia de seguridad del Instituto Westland, de que nos concediera acceso ilimitado al departamento de Lengua y, con ello, al despacho del periódico.

*Ricky Martin Knupps II* nadaba con movimientos perezosos en su pecera mientras el sol de la tarde entraba a través de las persianas y convertía el aire en una constelación de torbellinos de partículas doradas. La habitación todavía olía a ella, a nosotros, pero el aroma se había disipado a lo largo de la semana anterior. La prueba de su presencia se despegaba poco a poco de los muebles y de las pilas de papeles en blanco, de los libros y de las pantallas de ordenador. Pronto parecería que nunca hubiéramos estado allí.

Lola se sentó delante del Mac y se puso a diseñar la cubierta al tiempo que yo revisaba los artículos mal puntuados que los estudiantes de primero habían enviado a lo largo del trimestre en busca de algo que se pudiera utilizar, cualquier cosa que encajara con el tema. Trabajamos en silencio mientras esperábamos.

Quince minutos después del allanamiento, comenzaron a llegar los voluntarios.

Si pensáis que apareció todo el curso, es que no conocéis hasta dónde puede llegar la apatía de los adolescentes. Podemos vernos motivados, en ciertas ocasiones, como cuando se muere el padre de un compañero o alguien logra entrar en «America's Next Top Model». Sin embargo, un

periódico escolar que puede desaparecer no inspira precisamente niveles de lealtad del estilo de *Braveheart*.

A pesar de todo, al final vinieron siete personas, es decir, siete más de las que esperaba (o merecía). Todos dijeron la misma frase:

—La verdad es que no sé escribir, pero...

De inmediato, les dije que, sinceramente, me importaba un carajo. Ya contaba con Muz y Maddy (que era como me había pedido Madison Carlson que la llamara, algo muy muy raro), pero Suki Perkins-Mugnai, Buck, Chance Osenberg y Billy Costa (miembros del famoso Trío Tricomoniasis), y el propio Heslin llegaron por sorpresa. Todos, además de Galaxy y los otros tres voluntarios a los que había jurado que mataría con mis propias manos si no me ayudaban, formaban un grupo variopinto.

Catorce personas para hacer el trabajo de tres meses en dos días.

Tan difícil no podría ser, ¿verdad?

Sadie nos ayudó con los aperitivos (el pago que prometí en el mensaje de Facebook), y luego Lola y nos sentamos en el sofá del amor mientras todos los demás se acomodaban en el suelo del despacho y se atiborraban de Kit Kat y Mountain Dew.

—El tema de este número, como ya habréis adivinado por mi mensaje de Facebook, va a ser la «redención» —les dije.

—¿Como en la peli *Redención* de Jake Gyllenhaal? —preguntó Suki Perkins-Mugnai.

—Tío, menuda mierda de tema —dijo Murray—. Yo sigo prefiriendo la «disforia de especie».

—Sí que es una mierda, ¿verdad? Todos los adolescentes quieren redimirse de algo. Suki, querrás redimirte de aquel terrible partido de fútbol americano. La, probablemente quieras la redención por asesinar a *Ricky Martin Knupps*. Chance y Billy, bueno... ya sabéis.

—Oye, creía que habíamos acordado dejarlo en «homicidio involuntario» —comentó Lola—. Como si no me sintiera ya bastante mal.

—A ver, no todo el mundo sabe escribir, pero todos tenemos algo que contar, y queremos la absolución de algún pecado. No me importa si escribís un poema acróstico o dibujáis una viñeta o componéis una pieza musical. Pero dadme algo. Alguna clase de redención.

Luego le di al *play* a mi lista de Spotify (sin Strokes, sin Pixies) y nos pusimos manos a la obra.

Heslin se marchó unas tres horas más tarde para supervisar su fiesta (o sea, para emborracharse), pero no sin antes escribir un soliloquio sobre cómo se había redimido por fin ante sus padres. Suki Perkins-Mugnai se marchó no mucho después. Escribió un par de cosas: la primera, un artículo sobre los Aplastasesos, la otra, un poema que hablaba de que no había llamado a su abuelo antes de que muriera porque pensaba que tenía más tiempo, mucho más, y él había pasado los últimos momentos de su vida preguntando por ella. Chance Osenberg y Billy Costa no querían inmortalizar el Trío Tricomoniasis, pero Chance le había suplicado a su padre que le comprara un móvil nuevo justo después de que se divorciara de su madre, aunque sabía que no podía permitírselo, así que escribió un relato corto sobre eso.

—Tenía trece años —me dijo Chance, mientras me lo enviaba por correo—. Era un capullo.

Billy escribió sobre la borrachera tan tremenda que cogió cuando conoció a los padres de su novia, que hasta vomitó en su cama. Murray dibujó una viñeta del bulo de los koalas carnívoros asesinos, una metáfora poco velada sobre lo mucho que echaba de menos a su familia de Australia. Madison contó que su cachorro de cuando era niña se había escapado, y que seguía sin poder recordar si había dejado abierta la puerta ese día. Lola escribió un haiku, «El colgajo», como penitencia por convencer a su madre de que así se llamaba a la piel sobrante del codo, y dedicó una página doble a la memoria de *Ricky Martin Knupps*, que nadaría para siempre en el tóxico castillo asesino del cielo. Los alumnos más jóvenes escribieron sobre la gente a la que habían acosado en el colegio, lo mal que se sentían por decepcionar a sus padres y por haber hecho llorar a sus hermanos.

Debido a que prácticamente era analfabeto, Buck no escribió nada, pero como podía dibujar a mano alzada incluso mejor que Lola, ella lo puso a trabajar en la maqueta. Estuvo hasta las dos de la madrugada esbozando relojes, perros, peces muertos y una representación anatómica especialmente desagradable del colgajo del codo izquierdo de Billy.

A las tres de la madrugada, después de dos pizzas (cortesía de Sadie) y varios viajes al 7-Eleven más cercano para comprar cuatro botellas de Dr. Pepper, una caja de Red Bull, siete perritos calientes y una mochila llena de chucherías, decidimos por fin dar por terminada la jornada nocturna.

Murray y Madison Carlson se habían quedado dormidos juntos en el suelo de linóleo del pasillo. La chaqueta de él estaba enrollada en plan almohada bajo la cabeza de ella. Madison había posado una mano sobre el pecho de Murray, y había muy poco espacio entre ambos. Un avance interesante.

Sadie se había tumbado en el sofá, con Ryan sobre su pecho. Los dos tenían la boca entreabierta y se les movían los ojos de un lado a otro bajo sus finos párpados.

—Sadie —le susurré, mientras la zarandeaba con suavidad por el hombro—, vámonos a casa.

—Incendí la cocina de la clase de economía doméstica a propósito —confesó Sadie somnolienta, incorporándose con Ryan todavía pegado a su pecho, al que le agarraba la cabecita con sus finos dedos—. Para eso quería la redención. Bueno, la de mi adolescencia.

—¿No por el sexo, drogas y rock'n'roll? —le preguntó Lola, mientras se desperezaba en la silla del escritorio.

Tenía el mismo aspecto en el exterior que yo en el interior: como si nos hubieran sustituido el noventa por ciento de la sangre por jarabe de maíz con alto contenido en fructosa, cafeína y polvo de cemento.

—Qué va. No quiero la redención por eso. No me hace ninguna falta. Lo único en lo que metí la pata fue con el incendio. No creo que Hotchkiss se haya recuperado del *shock*.

—¿El señor Hotchkiss era tu profesor de economía doméstica? —exclamé.

—Sip. Al tío le encanta cocinar. Vamos, que lo hace por placer. Pero un día le hice madalenas de crema de limón, ya sabes cuáles, Henry, y me puso sobresaliente. Yo me había metido de lleno en mandar a la mierda el patriarcado y estaba muy cabreada de que existiera esa asignatura en pleno siglo XXI. Así que..., bueno..., pues le prendí fuego a la cocina.

Sadie bostezó.

—Fue lo peor que hice de adolescente. Con mucho. Creo que a Hotchkiss se le rompió el corazón al intentar apagar el fuego.

—Tenemos páginas de sobra —le dijo Lola, mientras le acercaba un boli y papel a Sadie—. Quiero hacer un montaje desplegable con confesiones manuscritas.

Sadie miró el boli y los folios.

—¿Cuándo prescribe el delito de incendio? —preguntó, pero no esperó a que buscáramos la respuesta en Google y empezó a escribir.

Ryan se despertó cuando Sadie se inclinó hacia delante.

—Hola, mamá —la saludó, tocándole la cara.

—Hola, cariño —dijo ella, mientras le devolvía el trozo de papel a Lola—. ¿Nos vamos a casa?

Ryan asintió. Lola y yo nos quedamos a apagar las luces, y ellos nos esperaron cogidos de la mano en el pasillo medio en penumbra, al tiempo que charlaban en voz baja sobre todo lo que iban a hacer al día siguiente. Al zoo por la mañana. A comer en el parque. A dormir en casa de papá porque mamá trabajaba.

Al verlos, pensé en la acusación que me lanzó Grace la noche que se emborrachó en la feria: que no amaba a su verdadero yo, tan solo una idea que ya no existía, una sombra de su antigua personalidad.

Cuando era pequeño, me encantaba la fama de Sadie. Me fascinaban los rumores que la rodeaban como luciérnagas allá adonde iba. Y todavía la acompañaban. Pero me gustaba mucho más la versión que tenía ante mí: la que le salvaba vidas, la que miraba a su hijo pequeño como si estuviera hecho de diamantes, como un desayuno en la cama un domingo por la mañana y como un diluvio tras siete años de sequía.

Tal vez fuera posible amar dos versiones diferentes de la misma persona. Y quizá, solo quizá, hubiera gente que todavía quería redimirse de unos pecados para los que ya no necesitaba absolución.

El domingo fue agotador. Lola se plantó delante de mi casa a las siete de la mañana; las farolas brillaban con más fuerza que los tonos pastel de la aurora. Me puso un vaso grande de café en las manos enguantadas antes de hablarme.

—No me dirijas la palabra durante dos horas.

Y eso hice.

Nos reunimos con Jim Jenkins delante del despacho de Hink. Nos sentamos. Encendimos los ordenadores. Intentamos no morir. Morimos mucho. Al parecer, mis ojos ya no eran capaces de producir lágrimas, así que pasé la mañana machacando mi sistema digestivo con tremendas cantidades de Red Bull y frotándome los ojos hasta dejármelos completamente enrojecidos.

Cuando Lola, por fin, estuvo preparada para interactuar con sus semejantes, lo primero que hizo fue enseñarme la portada: la imagen de una chica en blanco y negro, con un universo en escala de grises detrás de ella, y una supernova por cabeza. Parecía la cubierta de una novela barata de quiosco. Incluso con el título «La redención de Westland» en letras mayúsculas de color naranja sobre la imagen, me di cuenta de que la chica estaba inspirada en Grace, como una imitación fantasmal de su ser.

—Todavía me quedan fotos de la sesión. Puedo utilizar otra modelo, de Flickr por ejemplo, si prefieres.

—Es perfecta —le dije—. Imprímela, en tamaño tabloide. Vamos a colgarlo y que lo vea todo el mundo.

Y lo colgamos. Y lo vieron. Los de primero llegaron a las diez de la mañana, y Buck poco después. Luego, sin motivo aparente, dos chicas que habían ido a la fiesta de Heslin la noche anterior. Él les había contado lo que estábamos haciendo y las había animado a que se pasaran. La mayoría de las páginas ya estaban completas, a excepción del desplegable de Lola con confesiones manuscritas; tal vez porque estaban tremendamente resacasas, les pareció una gran idea.

Escribieron sus pecados. Nos los entregaron. Les aseguramos que quedarían absueltos.

Y luego llegó otra persona. Y después otra más. Luego dos más. Tras llegar la octava, Lola hizo un cartel donde ponía CONFIESA TUS PECADOS PARA LA ABSOLUCIÓN, y lo colgó sobre un buzón que había a la entrada. Murray se enteró de la movida y apareció a la hora de comer disfrazado de sacerdote, agua bendita incluida, y se sentó en nuestro improvisado confesionario, desde donde saludó a todas las almas perdidas que llegaron a nosotros. Contemplamos cómo nuestros compañeros de clase, amigos y desconocidos de otros cursos se pasaban a lo largo del día a medida que se extendía por Facebook lo que estábamos haciendo.

A las cinco de la tarde, le pregunté a Lola:

—¿Cómo vamos de páginas?

—Ya solo nos queda una libre.

—Mierda, ¿qué vamos a hacer con ella?

Lola puso los ojos en blanco.

—Es para tu redención, tontolaba.

—Ah.

Luego contemplé a la chica supernova impresa en blanco y negro y pensé en cómo, a posteriori, puedes darte cuenta de que algo es venenoso desde el principio. Grace me había destrozado y recompuesto tantas veces que había empezado a pensar que eso era lo que yo quería. Una relación de *kintsukuroi*, más hermosa por haberse roto. Pero a veces, algo solo se puede desmoronar un cierto número de veces antes de ser totalmente irreparable, lo mismo que a una hoja de papel solo se le puede hacer un determinado número de dobleces.

Allí sentado, con el dolor azotándome todo el cuerpo, empezaron a asaltarme frases como «Ojalá no la hubiera conocido» y «Ojalá no me hubiera besado», igual que en la peli *¡Olvidate de mí!* (borrarla de mi memoria habría sido una opción viable en ese momento. Arrancarla de donde se había cosido al tejido de mi alma).

Volví a pensar en la cerámica *kintsukuroi*: que esas piezas deben romperse, para que, cuando se recomponen, el resultado sea más hermoso que el original. Pensé en lo mucho que me gustaban las cosas rotas, con defectos, abolladas o agrietadas, y en que quizá probablemente ese fuera el motivo por el que me había enamorado de Grace. Era un objeto roto con forma humana, y, por su culpa, yo también.

Puede que Grace estuviera rota para siempre, pero yo tenía la esperanza de que mis piezas pudieran pegarse de nuevo y arreglarse con vetas de laca de oro; y de que los desgarros en mi corazón se curaran para convertirse en cicatrices relucientes.

Entonces, me vibró el móvil.

GRACE TOWN

Estoy delante del despacho de Hink.

HENRY PAGE

¿Por qué?

Lola me ha contado el tema que habéis elegido. Quiero participar.

—Eres el demonio —le dije a Lola, mientras me ponía en pie con el corazón en la garganta.

—¡Solo en la cama! —me respondió.

Cuando salí al pasillo de tono rosa pálido y limón de los horrores, no pude evitar deseárselo cosas terribles a Grace Town. Quise que se pasara el resto de su vida arrepintiéndose de su decisión. Que le atravesara el alma como un hierro al rojo hasta el día de su muerte. Me la imaginé vieja y frágil, con la piel colgándole de los huesos como papel mojado. La vi exhalar su último estertor, con el arrepentimiento en los ojos por la vida que podría haber tenido conmigo, y disfruté de mi venganza.

En ese momento, deseé cosas que nunca me había planteado. Quise ser rico. Y famoso. Quise casarme con una supermodelo y follarme todas las noches su cuerpo cubierto de lencería. Deseé que todos los logros de mi vida constituyeran un «que te jodan, Grace Town». Quise destruirla con mi «extraordinariedad».

Pero para cuando llegué al extremo del pasillo, parte de ese odio se había disipado. «¿Por qué estamos tan dispuestos a hacer daño a los que más queremos?», pensé. Dos días antes, la amaba, y en ese momento, fantaseaba con arrancarle trozos del alma. ¿Por qué? ¿Porque me había hecho daño? ¿Porque no me había correspondido?

Nadie puede echarle en cara a otra persona sus sentimientos. Grace había hecho lo que creía que era correcto. No podía pedirle más.

Estaba sentada en el banco donde habíamos esperado la tarde que nos habían llamado al despacho de Hink. Un comienzo y un final, todo en el mismo lugar.

—Henrik —me dijo en voz baja, y me señaló el hueco que había a su lado, donde me había colocado superincómodo aquel día—. Quiero darte algo.

—No puedo, Grace. No puedo seguir con esto.

—Ya. Ya lo sé. Confía en mí: es el final.

En una conversación normal, ella me pediría perdón por arrancarme el corazón del pecho. Pero Grace no era una chica normal y no entendía que, a veces, las palabras «lo siento» eran más que suficiente. En su lugar, me entregó un pequeño sobre donde había escrito «A la atención del editor».

—El día que comenzamos en el periódico me preguntaste por qué había cambiado de idea. No llegué a contestarte, pero debería haberlo hecho, porque lo sabía.

—Vale.

—Todos y cada uno de los días desde que murió, solo he pensado en él. Durante las primeras semanas después del accidente, me refugié en la pena. Me lancé a sentirla hasta la última gota. Ya había perdido a seres queridos. A casi todos. Sabía cómo funcionaba el luto. Lo único que mitiga el dolor es el paso del tiempo, que te llena la cabeza de nuevo y mete una cuña entre tu mente y la tragedia. Esperé que la situación se volviera más fácil. Esperé a dejar de pensar en nuestros días más felices. Esperé a que la respiración no se me interrumpiera cada vez que me recorría una descarga de tristeza.

»Pero no se volvió más sencillo. Después de un tiempo, me di cuenta de que era porque yo no quería. Llevaba todo el peso de su recuerdo, y eso me agotaba, pero lo hice porque me lo merecía. Merecía el dolor, y cuando la pena de sus padres fue demasiado pesada, los ayudé a acarrearla.

»Y entonces te conocí.

»La primera tarde que hablamos, pasé veinte minutos sin pensar en él. Sé que no parece demasiado tiempo, pero para mí fue muchísimo, y me sentí muy ligera y animada. Dormí cuatro horas seguidas sin despertarme. Y supe que había sido por ti. No sé cómo, ni por qué, pero cuando estaba contigo, mi pena desaparecía.

—Pero eso no era suficiente.

—Ay, Henry —me dijo, mientras se me acercaba y me ponía una mano en la mejilla.

Cerré los ojos por la suavidad de su gesto y, un momento después, noté sus labios contra los míos, con una suavidad imposible.

—¿Por qué me besas así? —le pregunté cuando se apartó.

—¿Así cómo? —me preguntó a su vez.

—Como si estuvieras enamorada de mí.

Grace pasó la mirada de mis ojos a mis labios y luego volvió a centrarse en los ojos.

—No sé hacerlo de otro modo.

Había aprendido a besar con Dom, su primer y único amor.

En ese momento, por fin, entendí que yo no era más que un breve incidente en la historia de otros. Allí había una historia de amor enorme, pero no era la mía; yo era un personaje secundario, en la periferia, un truco del guion para mantener separados a los protagonistas. Si hubiéramos estado en *El diario de Noah* y Dom siguiera vivo, él sería Allie, Grace sería Noah, y yo la chica pelirroja de cuyo nombre nadie se acuerda, la que se ve engañada y tiene que fingir que le da igual.

Yo no era su segundo plato, eso ya lo había aceptado: yo no era más que un cameo, una estrella invitada, un extra sin diálogo, y me reventaba haber tardado tanto en darme cuenta.

Como soy tonto, lo primero que se me ocurrió fue que tendría que esforzarse mucho si pretendía recuperarme. Que al cabo de un mes, o de un año, o de una década, Grace Town volvería a mi vida después de pagarle la deuda que le debía a su novio muerto, después de sentir todo el dolor que su muerte se merecía, y haría que me persiguiera como yo la había perseguido a

ella. Vendría a mi casa en mitad de una tormenta con un radiocasete antiguo sobre la cabeza, y yo por fin la vería chorreando, empapada bajo la lluvia, como había querido desde el principio. Luego se lanzaría a mis brazos y sería maravilloso.

Pero al ver cómo me miraba, supe que eso jamás llegaría a pasar y me di cuenta de lo poco que la conocía. Nunca llegaría a preguntarle todas esas cosas que tanto ansiaba saber, que tanto había querido descubrir sobre ella (su infancia, su madre, su futuro).

Grace esperó a que yo le respondiera, pero me quedé callado, porque todo lo que tenía que decirle ya se lo había repetido cien veces, y estaba cansado, muy cansado, de hablar sin que sirviera para nada. Así pues, se puso las manos sobre la cabeza y exhaló con gran estruendo. Luego hizo algo que no me esperaba: Grace Town sonrió. Fue una sonrisa que se le extendió por toda la cara, que le arrugó el borde de los ojos. La luz del sol destelló en sus iris y casi los convirtió en cristales transparentes, y el corazón me tembló porque me dolía lo guapa que era y lo mucho que la odiaba por no ser mía.

—Eres una colección de átomos extraordinaria, Henry Page —me dijo, y su sonrisa se ensanchó más todavía antes de echarse a reír en silencio, con una carcajada que fue más una exhalación por la nariz que otra cosa.

Luego dejó caer los brazos a los costados y frunció los labios antes de asentir una vez; su sonrisa se había disipado.

Mientras la observaba ponerse en pie y marcharse (otra puta vez), comprendí por fin que amaba a un multiverso de Graces. A la chica de carne y hueso, la versión que todavía llevaba puesta la ropa sin lavar de Dom y dormía en sábanas sucias y corría sobre la pierna herida para asegurarse de que no se curaba demasiado pronto. Un diezmo de culpabilidad pagado con dolor. La única justicia que podía ofrecerle; la única redención que podía ofrecerse a sí misma.

A la versión que había sido, la criatura etérea que ya solo existía en fotografías y fantasías medio recordadas.

Y a la chica de ensueño *kintsukuroi*, remendada con laca de oro; a la versión que era limpia, completa, vestida con flores, y cuya silueta se recortaba contra el sol poniente. La versión que tarareaba a los Pixies y a los Strokes mientras bailábamos juntos bajo guirnaldas luminosas; la Grace que yo había ayudado a recomponer.

Todo un multiverso reunido bajo la piel de una única chica.

Abrí su contribución al *Post*. Era un trozo de papel que habían roto en mil pedazos y que habían recompuesto con un entramado de cinta adhesiva en la parte posterior. Las pequeñas cicatrices irregulares que separaban el texto estaban cubiertas de tinta dorada. El poema de Pablo Neruda, un *kintsukuroi* en forma de papel. Lola se lo habría devuelto a Grace. Qué maravilla. La, un demonio y un ángel en la misma persona. Había rodeado el título, «No te quiero», con tinta dorada, algo que yo suponía que me dolería muchísimo, pero no. De modo que lo leí de nuevo, una última vez.

*Te amo como se aman ciertas cosas oscuras,  
secretamente, entre la sombra y el alma.*

No puedo mentir: ofrecer tu alma a otra persona y que te rechace es una de las peores cosas que te pueden suceder en la vida. Es fácil pasarse días, semanas, meses o años preguntándote qué defecto tienes para que no te pueda amar igual que tú a ella. Buscarás dentro de ti las razones por las que no te quiso y encontrarás un millón.

Quizá fuera el aspecto que tenías cuando te levantabas por las mañanas, antes de ducharte; o que estabas demasiado disponible, porque a pesar de lo que diga la gente, hacerse el duro sigue siendo atractivo.

Habrás días en los que creerás que todos y cada uno de los átomos de tu ser tienen alguna clase de defecto. Y en esos momentos, debes esforzarte por recordar, como hice yo mientras veía marcharse a Grace Town, que eres extraordinario.

Grace Town fue una explosión química dentro de mi corazón. Fue una estrella que se convirtió en una supernova. Durante unos pocos y breves instantes, hubo luz, calor y dolor, brilló más que una galaxia, y a su paso solo quedó la oscuridad. Pero la muerte de las estrellas proporciona los elementos necesarios para construir la vida. Todos estamos hechos de estrellas. Todos estamos hechos de Grace Town.

—Mi redención —le dije a Lola, mientras le entregaba el sobre de Grace.  
Lo abrió. Lo leyó. Sonrió.

## Capítulo 27

El resto del semestre transcurrió más o menos así: una semana después, cuando me desperté por la mañana, Grace Town no ocupó mi primer pensamiento al abrir los ojos, aunque sí el segundo. No recuerdo qué fue lo primero, solo que no fue ella. No me atravesó como un rayo abrasándome las venas. La infección había comenzado a desaparecer. La herida se estaba curando.

En ese mismo instante tuve claro que sobreviviría. Y así fue.

Si alguien ha creído que *La redención de Westland* se convirtió en un éxito abrumador, es que no ha prestado atención. El documento que fue a la imprenta (dos horas antes de plazo, por cierto) estaba a caballo entre la catástrofe y el desastre en la escala de las mierdas. Fue el monstruo de Frankenstein de las publicaciones estudiantiles, que, para ser sinceros, no son precisamente conocidas por su estilo y claridad.

Era evidente que estaba hecho entre una decena de personas o más, gente que tenía ideas diferentes sobre el aspecto que debía mostrar el producto final. Los dibujos a mano de Buck chocaban con el elegante diseño de Lola, y yo no había tenido tiempo de editar los escritos de los alumnos más jóvenes, así que la mayor parte de lo que publicamos parecía, siendo muy generosos, una interpretación posmoderna de la gramática clásica. Pero era grande, atrevido, y su esquema de color naranja, negro y blanco llamaba la atención, los dibujos eran bonitos, y las confesiones eran divertidas y estúpidas y emocionantes; además, Lola lo había organizado todo de tal manera que sí, cuanto más lo miraba, más me gustaba. Puede que, al final, sí pudiera considerarse una redención de verdad.

Hink ni siquiera se enteró de que habíamos entregado a tiempo hasta que le di el visto bueno a las pruebas de imprenta cuatro días más tarde. Cuando lo supo, flipó cosa mala porque habíamos incumplido todas las reglas de los estatutos. Resultó que casi todos los pecados confesados por los adolescentes estaban relacionados con el sexo, las drogas, y el rock'n'roll de modo que Lola y yo tuvimos que pedirle a la asociación de padres que votaran para dar el visto bueno al periódico.

El voto decisivo acabó en manos del señor Hotchkiss. Por suerte, dos horas antes de la reunión, en su escritorio apareció una caja de madalenas de crema de limón que lo puso de un buen humor poco habitual en él. Votó a favor, y colocó una copia enmarcada de la disculpa manuscrita de Sadie en su mesa durante el resto del año.

*La redención de Westland* se distribuyó al día siguiente, y reventó el legado de Kyle. Al menos un sesenta por ciento de los alumnos se llevaron una copia, lo que supuso un incremento de un quince por ciento en la circulación, lo suficiente como para convencer a Hink y a Valentine de que, a pesar de mi insensatez, me había redimido lo suficiente como para seguir al cargo del periódico durante al menos un número más.

Cuando Lola y Georgia rompieron sin preaviso ni explicación alguna, Murray y yo tuvimos que ayudar a nuestra amiga a superarlo. Ella se derrumbó por culpa del dolor, y la cuidamos como ella había hecho con nosotros. La obligamos a cantar villancicos y a beber ponche de huevo. Hicimos que se pusiera un gorro, una bufanda y unos guantes, y la convencimos para que nos llevara en coche, a los tres, Maddy incluida, al centro comercial para hacernos una foto con Santa Claus. En Nochebuena, Lola se acurrucó entre nosotros y vimos *Pesadilla antes de Navidad* tapados con mi colcha. Procuramos que se sintiera mejor. No enseguida. Ni por asomo. Pero la ayudamos.

Después de Navidad, mis padres nos dijeron que se iban de vacaciones, pero a sitios distintos. Uno se fue a Canadá y el otro a México, pero esta vez, no hubo embarazo no deseado que los hiciera volver a vivir juntos después. Cuando mi padre regresó a casa, empaquetó sus cosas y se mudó a su taller de carpintería del patio de atrás. Todavía desayunan juntos cada mañana.

Y poco a poco, a medida que pagaba su diezmo, las vetas doradas comenzaron a aparecer en Grace Town. Después de las vacaciones de Navidad, su cojera disminuyó, hasta que dejó de necesitar el bastón. Empezó a ir en coche al instituto. A veces llevaba una prenda de Dom: un gorro de lana, un collar, una chaqueta. Pero la mayor parte de la ropa que se ponía era suya. Lentamente, con cada pago de su deuda imaginaria, se sintió redimida. Se había hecho justicia.

Nos apartamos el uno de la vida del otro. Nos borramos de Facebook, Instagram y Snapchat. Le entregamos la custodia de *Ricky Martin Knupps II* a Ryan, que lo llamó *Pez Pez* y lo quiso más de lo que nosotros hubiésemos sido capaces. Todos los lazos que nos unían se fueron partiendo y curándose, hasta que volvimos a ser entidades separadas. A partir de ese momento, solo la recordaba cuando me sobrecogía una ráfaga de anhelo doloroso: con los fuegos artificiales de Nochevieja, cuando veía películas a solas y a oscuras, pero sobre todo, cuando me despertaba por las mañanas y no estaba a mi lado.

Y mientras tanto, la amé, como ella a él. En secreto, entre la sombra y el alma.

## NOTAS

El verdadero núcleo de este libro nació el 11 de julio de 2014, de un artículo de *Nerve* escrito por Drake Baer llamado «This Is Your Brain on a Break Up». En concreto, la entrevista con Lucy Brown, una neurocientífica de la Universidad de Yeshiva, inspiró directamente el personaje de Sadie y su carrera.

El estanque de Grace en la estación de tren abandonada no existiría sin el artículo del 30 de noviembre de 2013 de *Renegade Travels* titulado «Los peces exóticos se apoderan del sótano de un centro comercial abandonado en Bangkok». El lugar está basado a grandes rasgos en una hermosa estación fantasmal y fuera de servicio en Sídney, en la que por supuesto jamás entré.

La frase «He amado demasiado las estrellas como para temer la noche», a la que Henry hace referencia en el capítulo 7, es una cita sacada del «El viejo astrónomo», de Sarah Williams.

La escena de comedia en la que aparecen Ricky Gervais y Liam Neeson mencionada en el capítulo 9 es del «Episodio Uno» de la serie «Life's Too Short», de la BBC Two. El PowerPoint de Henry se basa en varios ejemplos desternillantes y persuasivos de Tumblr («Por qué deberías dejarme tocarte el culo», «Por qué deberías dejarme tocarte las tetas», etcétera). Sin embargo, se inspira sobre todo en uno llamado «Por qué deberíamos hacer cosas sexuales» que vi por primera vez en Imgur; apenas puedo proclamar como mía una mínima parte de su brillantez. A la chica anónima que escribió el original: espero sinceramente que consiguieras acostarte con quien querías.

La frase en la que el padre de Henry habla de Grace en el capítulo 17 («lo asombroso constituye una parte esencial y característica de la belleza») es una cita de Charles Baudelaire.

No sé quién escribió «Las historias con final feliz simplemente aún no se han terminado», pero la primera vez que oí una versión de la misma fue en *Sr. y Sra. Smith*.

«Si el amor pudiera haberse salvado, habrías vivido para siempre», la inscripción en la tumba de Dom, no puede atribuirse, que yo sepa, a ningún autor que sea capaz de identificar con facilidad.

«Tu padre debe de ser pastelero, porque hueles a pasteles» y «Violeta, porque los alienígenas no llevan sombrero» están sacadas directamente de la gloriosa fosa séptica que es internet, lo mismo que, estoy segura, una decena de otras referencias informales sobre la cultura popular que no he conseguido atribuir como es debido (mis referencias están fuera de control).

Por favor, no tengáis en cuenta mi contravención.

## GRACIAS

A mi agente, Catherine Drayton, por ser mi primera aliada, y la más feroz. Si pudiera poner aquí una lista todos los sinónimos de «agradecida» y «afortunada», seguiría sin ser suficiente para mostrar mis sentimientos con precisión.

Al resto del equipo de InkWell Management, sobre todo a Masie Cochran, que fue la primera en leer este libro, y a William Callahan, por sus consejos editoriales, que fueron totalmente impagables. También al escuadrón de derechos internacionales de Liz Parker, Lyndsey Blessing y Alexis Hurley, por ser tan magníficos en vuestro trabajo.

A mi editora, Stacey Barney, por, bueno, por todo. Por tu perspicacia, por tu fervor, por la intensidad de tu amor por Henry y Grace. Pusiste muy difícil el no creer en el destino y en las almas gemelas cuando mi libro encontró la suya en ti.

También a Kate Meltzer, por tu apoyo infatigable, y al resto del equipo de Putnam y Penguin Random House, por darme la bienvenida a la familia de un modo tan entusiasta.

A Laura Harris, de Penguin Australia, por insuflarle vida a Murray y por compartir mi pasión por Taylor Swift.

A Emma Matthewson, de Hot Key, en el Reino Unido: como ya te dije en nuestros correos, ¡casi se me para el corazón como si tuviera diez años cuando tu oferta apareció en mi bandeja de entrada!

A Mary Pender y a Kassie Evashevski, de UTA, por ocuparse tan maravillosamente de los derechos para la película.

A los lectores de mis primeras obras, que me dijeron que era buena cuando de forma clara y categórica era mentira: Cara Faagutu, Renee Martin, Alysha Morgan, Sarah Francis, Kirra Worth, Jacqueline Payne, Danielle Green y Sally Roebuck. Apenas sois conscientes de lo mucho que necesitaba y apreciaba vuestra confianza (aunque fuera terriblemente inmerecida en ese momento).

A todo el equipo de Arc, pero sobre todo a Lyndal Wilson, por hacerme mucho mejor escritora (y por soportar mis frecuentes diabluras/desacatos a las reglas).

A Twitter y a Team Maleficent, por ser mis animadoras incansables: Samantha Shannon, Claire Donnelly, Katherine Webber, Lisa Lueddecke Catterall y Leiana Leatutufuf.

Un segundo reconocimiento para la incomparable e indispensable Katie Webber. Has sido un gran ejemplo al mostrarme que lo imposible era posible si uno se esfuerza lo suficiente. Me siento muy orgullosa de ti y constantemente maravillada por tu dedicación a lo que haces.

A mi equipo de Cowper, por apoyarme mientras escribía este libro: Baz Compton, Geoff Metzner, pero sobre todo, Tamsin Peters. Gracias por las tazas de té, por dejarme un rincón, por la sopa de pollo cuando estaba malita (bastante a menudo), y por alimentarme cuando estaba arruinada (todavía con más frecuencia). ¡Mirad lo lejos que ha llegado vuestro pequeño parásito!

A mi amorosa abuela, Diane Kanowski, que nunca leerá este libro porque es demasiado escandaloso, pero ¡le doy las gracias de todas formas! Los centenares de visitas a la biblioteca cuando era niña fueron fundamentales para alimentar mi amor por la literatura.

A mis padres, Phillip y Sophie Batt, por todo, por siempre. Aguantarme cuando era adolescente empieza a merecer la pena, ¿no? ¿No? A mi madre en concreto: hay una frase en un libro de Pierce Brown, *Mañana azul*, que dice: «Madre es mi espina dorsal. El hierro». Pienso lo mismo de ti.

Sobre todo, gracias a mis hermanas pequeñas, Shanaye y Chelsea, por salir a medianoche conmigo a pasear en coche cientos de veces, por los Skittles y por la Pepsi Max, por poner las mismas canciones una y otra vez, por no decirle a mamá que había dejado el trabajo para ponerme a escribir, por querer a mis personajes más que yo y, en general, por ser maravillosas.

Sois mis personas favoritas del mundo, y este libro es total y absolutamente de corazón para vosotros.

*Efectos colaterales del amor*  
Krystal Sutherland

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Our Chemical Hearts*  
Copyright ©2016 by Krystal Sutherland

Imágenes de la cubierta: ©2016 Getty Images  
Diseño de cubierta de Theresa Evangelista

© de la traducción, Julia Alquézar, 2017

© Editorial Planeta S. A., 2017  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona Crossbooks  
[infoinfantilyjuvenil@planeta.es](mailto:infoinfantilyjuvenil@planeta.es)  
[www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com](http://www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2017

ISBN: 978-84-08-17815-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.  
[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)